

eTerciopelo

FINALISTA
XII PREMIO
NOVELA
ROMÁNTICA
TERCIOPELO

Lo di
todo
por
amante



PAT CASALÀ

150X
INDIA

ARGENTINA
341114
PREMIUM

Lo di todo por amarte

Pat Casalà



TERCIOPELO

LO DI TODO POR AMARTE

Pat Casalà

ACERCA DE LA OBRA

Aiden y Zofia son dos corazones rotos que luchan por recomponerse. Lo suyo es un imposible. Pero el amor no entiende de deseos, solo de sentimientos.

La vida de Aiden, un joven boxeador irlandés con temperamento rebelde, da un nuevo giro al terminar en una prisión española. No tiene escapatoria, ha de pasar una temporada entre rejas, en un país extraño y con pocas posibilidades de conseguir ayuda exterior, así que acaba uniéndose a una de las bandas más peligrosas del lugar.

Para Zofia estar condenada a permanecer en la cárcel significa perder demasiado. Su marido vive en el edificio contiguo, ya que es un penal mixto, y no deja de acosarla, controlarla, mantenerla aislada de los demás... Su vida con él ha cambiado mucho desde que se conocieron, ahora es dolorosa, triste y angustiante. Necesita escapar de él, pero no lo consigue.

Cuando el destino reúne a Zofia y a Aiden, ambos dudan. Ella no puede permitirse ni un desliz. Intuye que Aiden es una trampa de su marido y necesita saber cómo va a usarla esta vez y hasta dónde va a llegar para herirla de nuevo. Él tampoco desea entablar ningún tipo de contacto con Zofia, pues la situación parece peligrosa.

Pero el amor no entiende de deseos, solo de sentimiento.

ACERCA DE LA AUTORA

Pat Casalà nació en 1972 en Barcelona, donde siempre ha residido. Estudió empresariales y durante trece años trabajó en la empresa familiar: tiendas de moda, donde compaginaba sus tareas entre la atención al público y la parte contable, administrativa y fiscal. Allí, entre clienta y clienta, se decidió a desarrollar su verdadera vocación: novelar los mundos imaginarios que la acompañaban desde la infancia.

En la actualidad trabaja como directora del área económica en una consultoría de empresas fundada por ella. Su novela *Lo di todo por amarte* es su primera publicación en el mundo editorial.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Advertencia

Dedicatoria

Prólogo: Aiden

PRIMERA PARTE: Lo di todo por amarte

1. Aiden
2. Zofia
3. Aiden
4. Zofia
5. Aiden
6. Zofia
7. Aiden
8. Zofia
9. Aiden
10. Zofia
11. Aiden
12. Zofia
13. Aiden
14. Zofia
15. Aiden
16. Zofia
17. Aiden

18. Zofia

SEGUNDA PARTE: Lo di todo por olvidarte

19. Aiden

20. Zofia

21. Aiden

22. Zofia

23. Aiden

24. Zofia

Epílogo: Aiden

Agradecimientos

Créditos

Esta novela es ficción y a pesar de estar inspirada en datos reales,
hay situaciones inventadas y que no se adaptan al verdadero
contexto en las penitenciarías españolas.

Dedicado a mi marido.
Por veintidós magníficos años de matrimonio
y dos hijos maravillosos.

Prólogo

Aiden

Choco con el hombro contra alguien y de repente el mundo deja de girar. Me ahogo. Apenas soy capaz de exhalar un aliento mientras siento cómo mi estómago se agarrota llenándose de arcadas. Las imágenes me bombardean rebobinando la película de mi vida a un tiempo olvidado, encarcelado en un lugar apartado de la memoria, aplastado por mis ansias de superarlo.

Huelo el perfume a cítricos mezclado con su aroma corporal, es ese olor que una vez me llenó de sensaciones, de anhelo, de deseos. Y el mismo que desembocó en el peor episodio de mi vida, uno que me agrietó el corazón convirtiéndolo en un músculo inerte, frío, letal.

Aspiro por la nariz cerrando los ojos mientras los recuerdos me bombardean llevándose mi serenidad. No me atrevo a levantar la vista porque no seré capaz de enfrentarme a lo que me muestren mis pupilas ansiosas y deseosas de recrearse en sus ojos color canela, en esa sonrisa colmada de promesas, en esos labios tan deseados y que no han dejado de visitarme en sueños, en las mejillas sonrojadas tras nuestro apasionado encuentro, en su larga y rizada melena pelirroja.

—Aiden...

Esa voz, ese susurro vibrante, ese tono suave y melódico, esa entonación de mi nombre...

Evoco la última vez que escuché ese mismo susurro y empiezo a temblar. Las sienas reproducen el sonido de mi corazón, igual que mis oídos casi sordos. Los pulmones se colapsan llenándome de resuellos, incapaces de procesar el peso que acaba de caer sobre ellos. Me sudan las manos. Y mis ojos se humedecen porque todas esas emociones encerradas en un lugar recóndito de mi alma explotan para ocupar hasta la última fibra de mi cuerpo.

—Aiden...

No puedo hacer esto, no puedo quedarme aquí, no puedo enfrentarme a su voz.

No puedo.

Cierro los ojos, aprieto los puños con fuerza y entonces siento su tacto en el brazo, a través de la camisa. ¿Es su mano la que me produce ese intenso hormigueo en la piel y la caliente propagando llamas a cada rincón de mi cuerpo?

Es imposible, no puede ser ella.

Si lo es, si ha vuelto a mi vida, si está aquí...

La odio. Odio oler su perfume, escuchar su voz, sentir su tacto. Odio cualquier recuerdo de nuestro pasado. Odio sentirme así, a punto de abrir los ojos, a punto de verla, a punto de saber si es ella y odio esa necesidad extrema de descubrirla.

—Aiden, mírame, soy yo. Llevo tanto tiempo esperando este momento...

Aprieto los párpados con fuerza y doy un paso tras otro para alejarme de allí, cada vez más rápido, con la necesidad de escapar al pasado, a ella, a esa felicidad efímera que se escurrió de mis manos sin llegar a tocarla.

Apenas soy consciente de dónde estoy o hacia dónde voy.

Solo quiero escapar.

Ya lo hice una vez, lo dejé todo atrás, la abandoné. Me marché porque necesitaba encontrar un nuevo rumbo, descubrir si era capaz de superar cada uno de nuestros momentos y no quiero volver a sentirme tentado de besarla, de tocarla, de convertirla en algo tan mío como antes, a pesar de la distancia entre los dos.

No puede regresar así. Ella no puede traerme los recuerdos, las imágenes del tiempo compartido, de esa última noche, de las revelaciones, de las verdades ocultas que salieron a la luz, de la sensación de caer en un profundo abismo del que no sabía cómo salir, de mis deseos frustrados.

Escucho sus pasos tras de mí, cómo me llama una y otra vez, cómo intenta que la mire porque ella sabe que una vez mis pupilas se encuentren con las suyas no podré resistir ese magnetismo de siempre, esa necesidad de poseerla que ahora me aplasta la capacidad de respirar con normalidad.

Debo aferrarme al odio, a la decisión de no mirarla, a mi intención de olvidarla para siempre.

Consigo llegar al ascensor sin sucumbir a esa voz que me atrapa como si

fuera una red capaz de apresar mi voluntad. Si las puertas se cierran a tiempo lograré subir hasta mi piso.

Lo conseguiré, escaparé de ella, de su influjo, de mis sentimientos, esos que se filtran por las grietas de mi determinación.

—Aiden, por favor, no te vayas, quédate...

PRIMERA PARTE

Lo di todo por amarte

Capítulo 1

Aiden

Dos años antes

*H*ace tres días que llegué y todavía no me hago a la idea de estar aquí, de haber acabado en una prisión de un país ajeno al mío, encerrado en una celda individual del módulo de ingreso, sin apenas libertad para salir de ella.

Este lugar me asfixia, pero estoy dispuesto a todo para sobrevivir porque jamás le permitiré a las circunstancias atentar contra mi intención de mantenerme fuerte.

Es lo más importante, no perder nunca esa fortaleza que ha logrado darme alas para salir de la desesperación y empezar a ver la luz para vivir a lo grande, aunque mi único anhelo sea vengar mi desgracia sin pensar en el después.

Solo pisar la prisión me cachearon, me tomaron las huellas, me sacaron unas fotos y anotaron mis datos personales en una ficha de forma fría y mecánica, como si no fuera una persona ni tuviera derecho a un poco de humanidad.

Mientras pasaba por el proceso mi mente se mantenía alejada y mis sentimientos se amotinaban despertando la ira. Me costó un mundo retenerla dentro y no dejarla salir, mi naturaleza me instaba a contestarles a los funcionarios de la prisión con un tono cortante, pero me contuve. Era mejor seguir sus indicaciones sin mostrarme irascible o podía acabar en aislamiento.

Los trescientos euros que llevaba en la cartera se los quedaron explicándome algo que no llegué a dilucidar por culpa de mi desconocimiento total del español. Y me rebelé contra esa decisión lanzando improperios en inglés, sin dejar de dedicarles gestos rudos. Si no llego a tener las manos esposadas les hubiera dado una buena paliza, pero me redujeron entre tres

cuando empecé a dar cabezazos y patadas y me quedé un rato con la cara aplastada contra el suelo, hasta que llegó un funcionario que sabía inglés.

—No te los roban —explicó en un tono molesto y con un marcado acento español mientras sus compañeros me incorporaban sin dejar de sujetarme en ningún momento—. Te los ingresaremos en una cuenta junto al peculio, un máximo de ochenta euros semanales para tus gastos internos, que tu familia o allegados han de enviar.

—¿Quién va a ingresarme el dinero si no tengo a nadie ahí fuera? —le espeté sin perder la beligerancia en mi posición o en mi voz.

—Eso no es asunto mío.

Tardé un rato en calmarme, pero al final lo conseguí.

Aquí dentro, de nada valen los puños con los guardias, mi única manera de subsistir es no dar demasiados problemas.

Odio la oscuridad y estar encerrado en poco espacio, no sé si soportaría con dignidad pasar una temporada a la sombra de una celda de aislamiento.

Antes de llevarme a la revisión médica me dieron una tarjeta electrónica para comprar cosas básicas en un lugar llamado economato. La tengo guardada en el bolsillo interior de mi cazadora, oculta de miradas ajenas, junto al mejor recuerdo de mi vida en Irlanda, el que me mantiene cuerdo y alejado de la bebida, dándome fuerzas para seguir adelante.

Estos tres días he pasado la entrevista con el asistente social y la visita del psicólogo y del educador. Todo en un inglés demasiado precario para entenderles en la totalidad.

Han sido jornadas de aprender a vivir privado de libertad, de encontrar la forma de no dejarme vencer por la rabia y la ansiedad al sentirme encerrado, de recordar cada instante de mi pasado reciente con deseos de regresar a él, de borrar los malos momentos, de recuperar lo perdido.

Apenas he salido de la celda y la sensación de encierro se ha ensañado conmigo. Necesito volver a respirar aire puro, ser dueño de mi tiempo, decidir dónde paso las horas.

Hace poco más de cinco minutos un funcionario de prisiones uniformado me ha anunciado el traslado a una celda al módulo asignado. Por fin estaré acompañado de otros reclusos, tendré mis horarios de salida al patio y empezaré a vivir como un preso.

No me da miedo estar rodeado de delincuentes, esta cárcel es de baja seguridad, pero si fuera más peligrosa tengo los puños y el cuerpo habituados

a hablar primero con golpes y me defendería sin dificultad.

Sin embargo, odio estar aquí, me asfixia y solo tengo ganas de salir corriendo para volver a ser un hombre libre.

Camino por un pasillo largo y agobiante. Es como si las paredes se aplastaran contra mí, como si poco a poco se juntaran para encerrarme entre ellas y dejarme sin respiración.

Mis pasos resuenan en el suelo de baldosas desgastadas rumbo a la celda donde compartiré reclusión con personas ajenas a mi vida, privado de ver el sol, de caminar por la calle cuando desee, de decidir mi destino.

Llevo una bolsa con los productos básicos de higiene personal que me dieron al entrar: jabón líquido, cepillo, pasta de dientes, cordones, un peine, papel higiénico, un juego de cubiertos de plástico y un vaso del mismo material. También me proporcionaron sábanas y una manta. Y me permitieron llevar conmigo una bolsa con mi ropa y enseres personales.

Mi cuerpo y mi mente entran en un estado furibundo que me consume. Abro y cierro los puños compulsivamente, con deseos de asestarle un puñetazo a ese hombre que avanza frente a mí como si nada hubiera cambiado para él y no le molestara mantener esa actitud distante con esta situación, como si fuera normal llevarme a una celda donde las rejas van a aislarme del exterior y voy a tener que acatar órdenes, normas y rutinas impuestas.

Siento como si la tensión de este espacio me alcanzara atravesándome como un rayo.

Imágenes inconexas de lo sucedido estos últimos dos años se repiten en mi mente con demasiada insistencia, quieren mostrarme un horror que no quiero contemplar. Intentan destrozarme. No pienso ordenarlas ni dejarlas pasar ni hacerles un hueco en mi necesidad de comprensión, porque estoy dispuesto a combatir los recuerdos mientras compongo una nueva versión de mí, una capaz de desbancar cada uno de los momentos duros.

Piso fuerte de camino a la celda, con la cabeza alta y la mirada felina dedicada a los compañeros que me abuchean golpeando las rejas con las manos. Mantengo la cabeza alta y les impido atravesar la máscara dura en la que se convierte mi expresión.

No vamos todos vestidos con el mismo traje suelto de color naranja sin distintivos de las películas americanas, sino con nuestra ropa.

Cada una de las pieles expuestas a mi escrutinio me muestra una realidad. Tatuajes de bandas, otros negros y oscuros, dibujos intimidantes, explícitos,

con historias detrás... Algunos de los presos parecen débiles, su expresión derrotada muestra fragilidad al dirigir la mirada asustada a los cabecillas, quienes me repasan con esa fiereza en la postura que intenta amedrentarme. Pero jamás lo conseguirán, soy un luchador, alguien acostumbrado a la violencia.

Veo cabellos rapados y amenazantes, otros largos con coletas, algunos que buscan un peinado más actual. Cuerpos mazados, algunos endeble, otros en proceso de musculación... Hombres de color, asiáticos, latinos... Presos altos, bajos, gordos, con gafas...

Al llegar frente a mi celda el funcionario espera a que un sistema remoto deslice la reja hacia un lado sin proferir palabra. Luego señala el interior, un cubículo pequeño con un catre, un retrete, un lavamanos de metal y una mesa diminuta a un lado.

Entro sin bajar la mirada ni un segundo. Es fría, letal, ausente de sentimientos. Una clara advertencia de mi intención de no dejarme joder por ninguno de los presentes.

Cuando el agente cierra la reja y desaparece recorro el lugar con los ojos altivos, mostrando mi hostilidad en ellos. Estoy fuerte, he trabajado mi cuerpo durante años para ser capaz de defenderme de los golpes de la vida y nadie conseguirá doblegarme sin encontrar una firme resistencia.

Los abucheos terminan al apagarse la luz unos minutos después.

Con movimientos rápidos hago la cama y me estiro en ella con los ojos abiertos, sin lograr encontrar ni una pizca de sueño en mi interior. La sucesión de acontecimientos que han desembocado en mi encarcelación se resiste a abandonarme durante las horas de oscuridad, me atrapa, me ahoga, me envuelve.

Por la mañana me preparo para el cuarto día de confinamiento en un lugar ajeno a mi realidad. Apenas hablo español, pero sí conozco el lenguaje universal de los puños y no voy a consentir que nadie me ultraje. Voy a abrirme camino a hostias, me haré respetar, conseguiré ser alguien en esta prisión y saldré con la dignidad intacta.

Prefiero acabar en la enfermería que ser pasto de los pandilleros capullos.

Cuando las rejas se abren estoy preparado para cualquier situación. La noche en vela apenas ha conseguido rebajar mi determinación de sobrevivir

como sea. Porque siempre he sido un superviviente que se ha servido solo de él mismo para superar cualquier obstáculo.

Camino siguiendo la fila hasta llegar al comedor, una sala carente de alma.

Mesas metálicas ancladas al suelo, con bancos de idéntico material a ambos lados, un mostrador al final con los cuencos de comida, paredes blancas y rejas en todas las ventanas.

Las miradas de los demás reclusos son claras advertencias de quien está al mando de cada uno de los bandos. Se agrupan en las mesas tras llenar la bandeja con la comida, con las jerarquías claras en las posturas y la elección de asiento, rodeando siempre al cabecilla, mirándolo con esa mezcla de ansiedad, pánico y desesperación de las personas débiles.

Yo no soy débil. Ya no. Solo lo fui de niño y acabé encontrando la forma de superar cada día los obstáculos que me alejaban de ser un hombre fuerte.

Algunos de mis compañeros trabajan tras la barra. Los contemplo cuando paso con mi bandeja, sin rebajar la dureza de mis ojos cuando se cruzan con alguien.

Una vez tengo el desayuno, me encamino a una de las mesas para sentarme en una punta, sin interactuar con nadie. La soledad es mi sino, llevo dos años sumido en ella y no me va a venir mal adoptarla ahora.

Elijo la concurrida por un grupo de presos más parecidos a mi edad, dirigidos por uno alto, musculado, sin tatuajes ni *piercing*, rubio, con unos ojos azules grisáceos. Su forma de vestir le distingue como de clase alta. Parece fuera de lugar y a la vez dentro. Es como si su porte me recordara a esas personas adineradas que proliferan por el mundo, aunque sus ojos hablan de oscuridad.

—Estás en nuestra mesa —escucho su voz sosteniéndole la mirada.

No le entiendo, ni tampoco sus siguientes palabras. Capto un tono agresivo, casi hiriente, que me indica sin miedo a equivocarme su intención de dejar clara su posición de superioridad en el grupo. No rebaja la fiereza de su postura ni de su mirada. Pero no pienso darle la satisfacción de verme acojonado, así que no separo mis ojos de los suyos ni cedo a la clara amenaza de su voz.

Sigue hablándome. Yo arqueo los labios en una sonrisa fría como el acero y le mando a tomar por el culo en inglés. Aunque no me entienda mis ojos son una clara indicación del sentido de mis palabras.

—¿Crees que puedes venir a mi mesa e insultarme a la cara? —pregunta en mi lengua, con un acento cojonudo—. Si piensas quedarte aquí vas a tener que darme algo a cambio y mostrarme respeto. Este es mi territorio. Mi mesa, mis reglas.

—Mira, pijo de los cojones —me encaro a él irguiéndome en toda mi estatura— me la trae floja quién te crees que eres. ¡No pienso darte una mierda! ¡Y puedes meterte el respeto por el culo!

Él se separa del banco, se levanta y camina hasta mí seguido de sus secuaces. No me intimida, me da igual si me llena la cara de golpes, si son diez contra uno, si acabo en la enfermería. Solo quiero ganarme el respeto en este lugar de mierda. Y esa es la única manera, la violencia, no amedrentarse, mantener la beligerancia sin ceder ni un ápice.

Le imito, me pongo en pie dispuesto a dar el primer puñetazo, a destrozarle esa cara de cabrón arrogante. Aprieto los dedos de ambas manos contra la palma, preparándolos para asestar la primera hostia antes de recibirla y tenso mi cuerpo.

—Vas a durar muy poco aquí dentro si te empeñas en enfrentarte a mí. —Les hace un gesto a sus colegas para que se mantengan al margen cuando hacen ademán de lanzarse sobre mí y se para a pocos centímetros de mi cuerpo, con una expresión llena de furia—. ¿Quieres que te haga una cara nueva? ¿Es eso lo que buscas?

—¡Serás nenaza! —Señalo con la barbilla a los chicos que nos rodean expectantes—. Con todos esos capullos a tu lado te sientes un gallito. ¿Qué pasaría si estuviéramos solos tú y yo? ¿Seguirías hablándome con ese tonillo de superioridad? ¿O te cagarías en los pantalones?

La atención de los reclusos está puesta en nosotros. Apenas se escuchan sonidos aparte de nuestro intercambio de puyas en inglés. La tensión del ambiente se puede cortar con un cuchillo, pero mantengo el tipo sin bajar la mirada, sin acojonarme, sin dejar entrever la ansiedad que empieza a apoderarse de mis músculos.

—¿Quieres pelea? —Es de mi misma estatura, por eso consigue mantener sus ojos a la altura de los míos sin rebajar la hostilidad de ellos—. ¿Estás buscando una forma de acabar en la enfermería antes de ir al agujero? Porque, si es eso, puedo dejarte hecho un cromo para una temporadita mientras me libro de confinamiento. ¡Tengo a los guardias comiendo de mi mano!

—¿A qué estás esperando? —Me coloco en posición para atacar—. ¿A que

tus colegas te echen una mano? ¿La tienes tan pequeña que no puedes ocuparte tú solito de mí?

Nos quedamos unos segundos quietos, midiéndonos en silencio. Mi respiración se descontrola, escucho mis latidos acelerados en el oído y apenas logro contener la inquietud.

De repente percibo un extraño movimiento enfrente de mi, justo tocando al rubio. Con un vistazo me percató de que hay un preso acercándose a él con sigilo y mis instintos de luchador avezado captan el pincho en su mano, a punto de impactar contra el costado de mi oponente.

Mi experiencia en sitios similares me ha preparado para este momento. Hay mil mitos sobre la vida carcelaria, algunos ciertos y otros carentes de base, pero la misión del preso es y siempre será construir objetos afilados para ajusticiar a los demás. Lo he comprobado en propias carnes y nunca más me arriesgaré a sufrir una cuchillada por sorpresa.

Prefiero atenderlas de frente.

No lo pienso, no me paro a recapacitar en mi siguiente movimiento. Me limito a dar un paso rápido hacia el hombre latino de la cabeza rapada que amenaza con pinchar al rubio y a impactar mi puño derecho en su cara con fiereza mientras le asesto una patada en la mano.

Y entonces se arma la de Dios. Los compañeros del rubio no tardan demasiado en atar cabos y se enfrentan al grupo del latino, que parece una banda callejera por sus tatuajes tribales. Yo sigo usando mis conocimientos de boxeador profesional para dejar a mi oponente ko en cuatro movimientos y cuando me giro encuentro a otro con el que descargar mi furia.

Durante unos minutos me inhibo de la realidad, solo actúo guiado por el instinto, con la necesidad de deshacerme de los recuerdos, del dolor, de la culpa. Porque siguen ahí, presidiendo mis días. Y solo la combato cuando peleo, cuando mis puños se apoderan de la mente, cuando tengo un oponente a la altura.

Unos gritos autoritarios me indican que debo detenerme. No entiendo al guardia que está separándonos ni a sus compañeros ni a nadie, pero sus gestos indican con claridad su intención de detener la pelea.

El rubio les habla sin perder la sonrisa de suficiencia. Está claro su dominio sobre la situación, ese tipo de personas siempre van un paso por delante gracias a su chequera.

Me asquea la forma en la que consigue camelarse a los guardias para que se

lleven a los latinos inmovilizados y nos dejen a nosotros en paz. Pero le necesito. Ahora es mi único salvoconducto a una estancia más tranquila en la cárcel.

—¡Los tienes bien puestos, inglesito! —Se acerca a mí con una sonrisa letal—. ¡Acabas de salvarme de una puñalada!

Siento cómo el ambiente de mi alrededor se relaja y cómo mi cuerpo también encuentra la forma de rebajar la tensión.

Me quedo de pie cerca de la mesa, con los dientes apretados y una expresión resuelta, aguantándole la mirada sin bajar los ojos en ningún momento.

—No he venido aquí a tocarte los cojones —suelto sin perder el tono combativo—. Solo quiero sentarme, tomarme mi desayuno y seguir con mi vida, pero si buscas guerrear has encontrado al tío adecuado, porque me flipa una buena pelea y no me acojono ante un niñato rodeado de colegas dispuestos a dar las hostias por él.

—¡Vale tío! —Levanta los brazos sin dejar de reír—. ¡Puedes unirte a nosotros! Ya has demostrado cómo las gastas.

Me siento a la mesa con un simple asentimiento de cabeza y me termino el desayuno en silencio, ignorando a mis compañeros. Necesito un poco de serenidad, quedarme a solas con mis ansiedades, con mis recuerdos, con el dolor penetrante que se me agarra en las entrañas para llenarme el cuerpo con su veneno.

—Tío, intégrate. —El tonillo del rubio es de camaradería—. ¡Eres uno de los nuestros!

—¡Y una mierda! —Sigo comiendo en silencio—. Prefiero seguir solo.

Se acerca a mí deslizándose por el banco, que sus compañeros han dejado libre para él, y me lanza una mirada que ignoro mientras me llevo a la boca una cuchara colmada de la mierda que nos han servido. Está fría y sabe fatal, pero no me importa, necesito comer, masticar, hacer cualquier cosa para rebajar la furia de hace unos momentos, porque si le permito poseerme va a acabar con el poco control que me queda.

—Has peleado como un profesional. —El rubio no se da por vencido—. Me llamo Juaco Mora y estoy aquí por trapicheos con drogas. ¿Me cuentas tu historia?

—No me apetece darle al palique.

—Tampoco busco que me recites la Biblia, tío, solo saber con quién me

relaciono.

—Aiden Naylor. Irlandés. —Lo pronuncio sin demasiadas ganas—. Estoy en prisión preventiva por una pelea. Me denegaron la fianza por antecedentes y riesgo de fuga.

Capítulo 2

Zofia

*E*stoy en el baño de mi pabellón intentando dejarlo reluciente. Ejercer el trabajo de limpieza es la única forma de mantenerme ocupada.

Esta espera me mata.

Necesito salir de aquí para volver a mi vida. Lo necesito con desesperación.

Me muevo con ansiedad, sin dejar de darle vueltas a la situación. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me castiga ahora? No lo entiendo, he hecho todo cuanto ordenaba, no me he saltado ni una de sus jodidas normas ni he intentado nada parecido. Sé lo que me juego y nada en el mundo conseguirá doblegarme en mi intención de permanecer para siempre al lado de Noelia.

Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, si consiguiera cambiar esa mierda de decisión que ha marcado mi destino... Pero no puedo, soy una jodida náufraga de la vida, su esclava, su seguidora más acérrima porque Noe lo es todo para mí y por ella soportaré cualquiera de sus mierdas.

Odio estar aquí encerrada. Lo odio a él. Lo odio tanto que a veces siento cómo me hiere de forma física solo con escuchar su voz o doblegarme ante sus peticiones.

El odio es un sentimiento intenso. Se me agarra a las entrañas, circula por mis venas y se introduce en mis pensamientos despertando la ira hasta invadirme por completo.

Muchas noches me duermo imaginando mil formas de deshacerme de él. Fantaseo con la posibilidad de clavarle un pincho en el corazón, de aniquilar su asquerosa sonrisa para siempre, de librarme de su yugo. Entonces me sería igual continuar en prisión, no me importaría continuar aquí encerrada para el resto de mi vida ni acabar en una cárcel más jodida, porque él es mi carcelero y me deja demasiadas veces sin aire.

Aunque entonces estaría alejada de Noelia...

Hoy me ha tocado limpiar a solas. Lo prefiero. Una de sus normas es no acercarme a nadie, no entablar amistades, no crear lazos con los demás. Me quiere aislar del mundo, siempre lo ha querido. Y me controla, tiene a las guardias compradas, no puedo dar un paso sin que él se entere.

Una relación tóxica, eso es lo que es. Pero nada podrá salvarme sin dejar a Noelia atrás y jamás la abandonaré. Ella es la luz y él la oscuridad. Llevo años lidiando con esa dicotomía, agarrándome a la única ilusión que me mantiene cuerda, olvidando cada giro doloroso para descubrir los pocos instantes de claridad.

Termino mi tarea con movimientos bruscos. Hoy es el cuarto día que no me visita. Si como mínimo me hablara, si supiera qué le sucede... Nunca he conseguido doblegarlo ante nada, a pesar de conservar mi vena combativa y no bajar la guardia en ningún momento.

Me tiene en sus manos.

Me lo ha arrebatado todo, incluso la posibilidad de ser libre. Lo único que no voy a entregarle jamás es mi sumisión absoluta ni esos resquicios de felicidad que se cuelan en mi vida cuando Noe está conmigo.

Solo por ella merece la pena vivir, por eso me aferro a la esperanza, aunque no sea más que una simple ascua en mi astillada alma.

En el pasillo, de vuelta al cuarto de limpieza, recuerdo la sonrisa de Noe, esos ojos color miel, la piel clara, los cabellos rubios ensortijados, su voz... La echo tanto de menos que hasta me duele el corazón al evocarla.

—Zofia. —Una de las guardias aparece de repente frente a mí—. Deja los útiles de limpieza, te necesitan en la biblioteca.

Asiento con una creciente inquietud. En esta cárcel mixta tenemos pocos lugares donde encontrarnos con los hombres y la biblioteca es uno de ellos.

Al fin se deja ver y podré averiguar la razón de este castigo. No ha contestado a ni una de mis cartas ni le he visto al salir al patio ni he sabido nada de él en cuatro días. Necesito saber qué pasa para intentar arreglarlo antes de que la falta de Noelia me destruya.

No tardo demasiado en guardarlo todo en su lugar, llevo tanto tiempo limpiando aquí que casi lo podría hacer con los ojos cerrados.

Antes de salir del cuarto de limpieza me miro un segundo en el espejo. A él le gusta que me arregle, odia verme sin el cabello recogido o bien peinado, con la ropa mal puesta, con la piel exenta de maquillaje y luz. Pero aquí dentro apenas cuento con tiempo para dedicarlo a mi aspecto.

Me hago un recogido rápido. La melena pelirroja natural llena de ondas se rebela a la sujeción y necesito varios minutos para dejarla presentable. Me quito el delantal que llevaba para limpiar. Los vaqueros ajustados a conjunto con la camiseta negra ceñida le gustarán. Seguro. Necesito estar bien, conseguir un permiso para ver a Noe o acabaré muriendo de tristeza. No es el momento de fallar ni de mostrarme cabreada porque las consecuencias no solo me afectarían a mí.

Ojalá pudiera salir de este círculo de dolor.

Si pudiera deshacerme de él...

Hubo un tiempo en el que logré mantener intacta mi voluntad. Soy guerrera, nunca dejaré de buscar la forma de presentar batalla ni le permitiré apoderarse de mí como pretende. Pero no tengo demasiadas opciones para librarme de él sin perder demasiado en el camino y no estoy dispuesta a dejarme quitar lo que más amo en el mundo.

La biblioteca está en un módulo separado.

Esta cárcel es de baja seguridad, está rodeada por jardines que separan los diferentes edificios y, a pesar de las rejas, las alambradas y las torres de vigilancia, tiene un aspecto menos asfixiante que otras prisiones. Es mixta, una de las pocas ocupada por hombres y mujeres en España. Cuando nos condenaron, Juaco logró tocar a las puertas certeras para encerrarnos a los dos en el mismo lugar. Aunque mi único delito es haberle conocido.

Camino detrás de la guardia por el jardín exterior que separa los módulos femeninos de los masculinos. Hay una alambrada en medio para marcar el límite de ambos espacios.

Algunos días le veo al otro lado, incluso le hablo.

Sé que me espía, siempre lo ha hecho, soy su particular obsesión y necesita tenerme controlada. Pero no tengo ni idea de a qué viene la hostilidad de estos últimos días.

Llevamos tres meses en la prisión y estoy más que decidida a suplicar que nunca. La necesidad de verla me ahoga demasiado y estoy dispuesta a cualquier cosa por recuperar el privilegio de recibir sus visitas.

Sé que él buscó la forma de condenarnos a ambos para hacerme todavía más daño de lo normal tras mi intento fallido de escaparme con Noelia a un lugar desconocido. Es retorcido, pero para él no hay nada demasiado fuerte a la hora de demostrarme quién es mi dueño. Y, a pesar de mis deseos de librarme de él para siempre, entendí de la peor forma que me tiene en sus manos.

La biblioteca es uno de los pocos rincones de la prisión donde me siento un poco libre. Estar rodeada de historias, de pensamientos, de letras... Es como si al recorrer las estanterías en busca de una lectura consiguiera inhibirme de la realidad para viajar a mundos imaginarios donde todo es posible, incluso abrazar la felicidad para siempre, sin matices ni obligaciones.

Entro con lentitud.

Es una estancia rectangular, con los estantes colocados en las paredes y varias mesas en el centro que hacen de sala de lectura.

Hay rejas en las ventanas, la puerta está blindada y hay un botón del pánico oculto bajo la mesa desde la que los funcionarios vigilan nuestros movimientos. Hay un par de funcionarios más recorriendo el lugar que no dejan de observar nuestro comportamiento; la puerta blindada está cerrada con llave y solo hay dos ventanas con rejas electrificadas en el exterior. Es uno de los lugares más seguros de la prisión.

Cuando él quiere verme a solas consigue intimidad en la biblioteca. Nunca le he preguntado cómo ha logrado el estatus de capo máximo, en tan poco tiempo. Basta una palabra suya para conseguir sus deseos. Y me jode cantidad porque eso todavía me roba más capacidad de movimiento.

No hay nadie aparte del vigilante, que me saluda con una inclinación de cabeza, sentado a la mesa del fondo. Tiene la atención puesta en la pantalla de su compañero de mesa, quien le está hablando en susurros.

Cierro un segundo los ojos e inspiro el aroma a libros impresos. Es un olor especial que me transporta a muchos momentos de mi vida. Siempre me ha gustado porque me recuerda muchas aventuras vividas entre sus páginas...

Sin dejar de observar la puerta cerrada con llave, recorro los estantes mirando los títulos, los lomos, el colorido de las portadas.

¿Por qué tarda tanto? Suele estar aquí cuando yo llego, le da un par de billetes rosas a los guardias de turno y nos consigue diez minutos a solas. A pesar de que el dinero está prohibido y muy perseguido aquí dentro, a él siempre le sobra.

Estoy nerviosa. Esto no puede ser buena señal y no estoy preparada para sufrir otra de sus jodidas crisis de celos o de algo peor. Presiento que me tiene preparada una jugarreta de esas que acaban conmigo destrozada y obligándome a pedirle perdón otra vez. Y no quiero volver a eso, necesito encontrar una forma de dejar atrás las riñas, las angustias, las amenazas.

Noelia es lo primero, ella me necesita y yo a ella. No voy a defraudarla.

Observo las cámaras de seguridad que retransmiten en directo a la sala de vigilancia de la prisión. Son mi único consuelo porque a pesar de no grabar el sonido, sí lo hacen con las imágenes. Y él no se atreverá a ponerme una mano encima si alguien puede verlo.

Pero no paro de darle vueltas a qué le ha molestado esta vez.

Llevo años luchando por encontrar la luz en la oscuridad, pero estos últimos meses ha sido más difícil y aterrador porque sus amenazas han cobrado una dimensión demasiado real.

Suelo buscar la forma de imponerme a algunas de sus decisiones y mi mal carácter interfiere demasiadas veces en mi intención de no rebelarme. Pero a él le gusta guerrear, es uno de sus mayores alicientes para ponerme al límite una y otra vez.

Quizás esa es su intención ahora, porque me hierve la sangre y solo deseo gritarle a la cara cada una de las verdades acerca de su mezquindad. Quiero insultarle, pegarle y exigirle una visita de Noe. Y me da igual si me amenaza otra vez. Llevo cuatro días sin saber de él.

Cuatro largos y ansiosos días...

Desde nuestro ingreso en prisión su forma de controlarme se ha vuelto más obsesiva. No soporto el encierro ni cómo cada minuto de separación desata sus celos insanos, su recelo, su siniestro instinto de conservación.

El sonido de la llave girando en la cerradura me acelera el corazón. Siempre es así, cada vez que aparece las palpitaciones se disparan en cualquier parte del cuerpo susceptible de sentir las precipitadas, a punto de destrozarme el corazón. Aprieto los puños mientras me doy la vuelta muy despacio, aguantando la respiración, dispuesta a enfrentarme a él con una escalada de rabia, pero al encararme con la puerta suelta una espiración profunda al encontrarme con una mirada desconocida.

Mi enfado sube de intensidad.

Es un chico de unos veintimuchos, con los ojos más azules que he visto en mi vida bajo unas espesas cejas negras. La barba de cuatro días rodea una boca de labios gruesos, perfectos, de esos que invitan a imaginarlos sobre la piel. Lleva el pelo azabache peinado hacia atrás, con algunos de sus mechones lisos sueltos sobre la frente, que se encuentran con unas largas pestañas oscuras.

Es guapo.

Alto, con un cuerpo acostumbrado a las máquinas del gimnasio y a la

actividad física, una mirada fría y una forma de andar que parece hablar acerca de su propensión a luchar por sobrevivir.

No tiene nada que ver con Juaco. Son dos personas muy diferentes. Este chico lleva unos ceñidos vaqueros de color gris claro, una camiseta negra con escote en uve bastante bajo, sin mangas para mostrar sin pudor esos brazos musculados con varias señales de peleas. En los dedos luce tatuajes de letras. Y lleva una pulsera ancha de cuero en la muñeca.

Juaco siempre va de marca, con ropa de calidad y un cuidado aspecto.

Sin casi mirarme, el recién llegado se acerca a uno de los vigilantes para soltarle el dinero y hace lo propio con los otros dos guardias que caminan de un lado para otro. No les habla, solo les tiende el billete rosa y espera a que nos dejen a solas. Después se acerca a los pocos presos que me acompañan en la sala para susurrarles palabras al oído.

En pocos minutos nos quedamos sin compañía.

¡Ese cabrón me ha tendido una trampa! ¡Otra vez! Quiere joderme, encontrar otro motivo para increparme e iniciar una pelea, pero no pienso darle munición. Si piensa que voy a ser simpática con el gilipollas que me ha mandado porque es un tío cañón lo lleva claro. ¡No estoy dispuesta a dejarme pisotear! ¡Ni a darle lo que quiere!

Cada segundo estoy más cabreada. No entiendo por qué él no está aquí ni cómo espera que reaccione a esta visita inesperada. Lo que sí me queda claro es su intención de demostrar algo y estoy convencida de que está detrás de un dispositivo capaz de ofrecerle la grabación en directo de las cámaras.

—¿Quién coño eres tú? —le espeto mirándole con rabia—. ¿Dónde está Juaco?

—No... hablar... español. —Niega con la cabeza, con frialdad.

Su acento no me da demasiadas pistas de dónde es, pero el inglés es un idioma universal y gracias a la obsesión de Juaco por mí desde críos lo hablo a la perfección.

—Te he preguntado por qué estás tú aquí y dónde está Juaco. —Lo pronuncio en un perfecto inglés, sin rebajar ni un ápice mi ira—. ¡Lleva cuatro días sin dar señales de vida! ¿Y te manda a ti? ¡Joder, tío! ¡Lárgate y traérmelo a él!

—¿Estás loca? ¿Te crees que soy tu puto esclavo? —Sus palabras parecen cuchilladas y su expresión es una clara amenaza—. ¡Yo no obedezco órdenes de nadie! ¡Y menos de una niñata como tú!

—¿Niñata? —Me acerco a él con deseos de hacerle pagar ese desprecio en la voz y en los gestos—. ¿Te crees que me puedes insultar a la cara? ¡Ve con cuidado con lo que me dices o Juaco te partirá la cara!

—¡Me la suda si me revientan a hostias! —Me sostiene la mirada dando un paso adelante que me intimida muchísimo. Este tío da miedo. Tiene una mirada letal y su expresión es demasiado gélida para pasarla por alto—. ¿Te crees que me voy a acojonar solo por escuchar su nombre?

—Simplemente por mirarme podría mandarte a la enfermería.

—¡Joder, tía! ¡Soy incapaz de tirarme a alguien como tú! —Me repasa desde las piernas hasta mis ojos con una sonrisa soez que me llena de furia—. Paso de cobardes incapaces de guerrear sus batallas.

—¡Gilipollas! —Respiro con fuerza. Me cuesta no desviar la mirada porque percibo ferocidad en la suya, como si fuera a saltar sobre mi yugular de un segundo a otro—. ¡No necesito a Juaco para partirme ese labio de imbécil que gastas! ¡Me basto solita! Tengo unos jodidos puños de acero, te lo aseguro. ¡Puedo aniquilarte la sonrisa en unos segundos!

—Inténtalo —Me reta con una expresión altiva—. Vamos, lanza uno de tus derechazos y demuéstrame cómo me borras la sonrisa. Te juro que me la pela si eres una mujer o un hombre, voy a destrozarte.

—¡Eres un mierda! —Inspiro por la nariz apretando los labios—. ¿Te pone darle de hostias a una tía? ¡Eso solo lo hacen los cobardes!

Avanza hasta quedarse a pocos centímetros de mi cara. Invade mi espacio personal y eso acelera todavía más mis latidos, pero escondo los resuellos ansiosos que desean escaparse de mi boca de forma sonora y no bajo la mirada bajo ningún concepto.

—Ahora te escudas en el machismo. —Su voz se convierte en un susurro ronco, lleno de matices fieros—. Eres patética.

—¡Y tú un hijo de puta! —Doy un paso atrás, intimidada por su presencia, su mirada, su posición—. Pero a mí no me engañas, en el fondo te enfrentas a mí para no hacerlo con un hombre.

—Mira, niñata. —Se aproxima otra vez y me habla tan cerca que siento su aliento en la cara—. A mí no me acojona pelear con quien sea porque tengo las de ganar. Así que deja de joderme y olvídate.

Durante unos segundos no tengo réplica para sus palabras. Yo, que siempre contesto hasta quedarme sin voz, ahora no tengo ni idea de cómo seguir esta

conversación sin ponerme a temblar. Está tan pegado a mí... Y noto cómo sus músculos se contraen en su posición combativa.

Podría destrozarme con un único golpe.

Respiro con mucha dificultad, me sudan las manos, un estremecimiento me llena en cuerpo de pavor y mi corazón parece decidido a romperme las costillas. Pero no sucumbo al miedo, no se lo demuestro, no me retiro hacia atrás ni escapo a su mirada. Nadie va a conseguir doblegarme con esta facilidad.

No nos movemos.

Él sigue mirándome con una salvaje declaración de intenciones y yo continúo clavando mis ojos en los suyos, sin dejar entrever mis verdaderos pensamientos.

El sonido de la puerta abriéndose nos obliga a reaccionar.

Doy tres pasos hacia atrás y cambio el foco de mi atención a la entrada, donde Juaco avanza con una de sus sonrisas más devastadoras. Parece complacido, como si acabara de superar la mierda de trampa que me ha tendido hoy.

—Aiden, veo que has conocido a mi mujer. ¿A que es toda una fiera?

—¡Qué te jodan, Juaco! —El moreno se da la vuelta y camina hacia la puerta para desaparecer.

—Me has dejado alucinado. —Juaco se acerca a mí para rodearme con sus brazos por la cintura y darme un beso suave—. Nena, eres la hostia. Pensaba que te había perdido, te vi el otro día tontear con ese tío en la sala de actos, pero me acabas de demostrar que puedo confiar en ti. ¡Un poco más y le destrozas!

—¿El otro día en la sala de actos? —Rebajo como puedo mis constantes alteradas e intento entender qué me está echando en cara—. No hable con ningún tío. Solo contigo.

—¡No me mientas! —Su expresión se vuelve dura—. Te vi con él, le pediste algo y le sonreíste. —Me pasa un dedo por los labios con fuego en la mirada—. Tu sonrisa es mía, Zofia. Solo mía. Si te atreves a sonreírle a otro te quedas sin verme a mí y sin visitas de Noelia. ¿Lo entiendes?

No, nunca lo entenderé, pero no voy a decírselo, no ahora que parece contento con mi forma de comportarme con ese tal Aiden. Hace tiempo que entendí la importancia de luchar solo las batallas necesarias para lograr un fin y la de ahora no lo es.

—No volverá a pasar —contesto en vez de gritarle como deseo—. Lo hice sin pensar.

—Ese es tu problema. —Por fin la rabia se esfuma de su mirada y me dedica una expresión relajada—. Deberías usar la cabecita para algo más que leer o mirar la tele. Pero tranquila, nena, yo estoy aquí para enseñarte como ser lista. Hace un momento lo has hecho genial con Aiden, le has plantado cara y no le has dedicado ni una jodida muestra de afecto. ¡Esa es mi chica!

Fuerzo una sonrisa que me produce arcadas. ¿Cómo puede llamarme estúpida a la cara? Soy lo suficientemente inteligente como para adivinar que estaba observándome en una pantalla, que me ha enviado a ese tío para ver mi reacción y conseguir una nueva arma para arrojarla sobre mí, que solo buscaba un pretexto para volver a herirme.

Cuando sus labios se posan en los míos para besarme le devuelvo el gesto con la energía necesaria para convencerle otra vez de mi entrega total a él. Aunque en realidad deseo apartarlo de mi cuerpo y alejarlo de mi vida para siempre.

Permito que sus manos me palpén sobre la ropa. Le ofrezco mi cuerpo, pero guardo mi alma en un recóndito lugar para no entregársela jamás. Porque él puede ser mi marido, pero nunca le permitiré ser el dueño de mi corazón.

Capítulo 3

Aiden

¡Maldito bastardo! Golpeo con el pie una de las plantas del jardín mientras sigo al guardia hasta mi pabellón. La rabia escala posiciones en mi interior, arremetiendo contra esa jaula interior en la que intento contenerla. Llevo una semana fuera del módulo de ingreso y las constantes provocaciones de Juaco no han conseguido meterme de lleno en su grupo, pero he picado el puto anzuelo cuando me ha ofrecido cien de los grandes por comprar a los guardias de la biblioteca.

¡Cien jodidos euros son una fortuna aquí dentro! ¡Y en efectivo!

Esa tía me ha sacado de mis casillas. ¿Quién coño se cree que es? ¿Y Juaco? ¿De qué va? Quería ponernos a prueba a ambos y no tengo ni puta idea de si la hemos superado, pero me la suda. Si quiere reventarme la cara adelante, necesito practicar y mis puños están preparados para destrozarle su sonrisa de pijo.

¡Me ha mandado a enfrentarme con su mujer! ¡Joder! ¡A mí me la trae floja esa tía! Parecía una fiera salvaje, pero en el fondo de sus ojos he descubierto ese poso de oscuridad y tristeza que me acompaña desde hace un par de años.

Tenían una mezcla de dolor, miedo y ansiedad.

Se ha enfrentado a mí con valentía, sin amilanarse, sin mostrar ni un ápice de sus sentimientos. No ha sido amable conmigo ni ha intentado joderme, solo estaba cabreada, como yo.

Pateo una piedra. Imprimo toda mi ira en ese gesto porque apenas soy capaz de contenerla. Mi temperamento se descontrola con el paso de los minutos, necesito pegarle a un saco, a una pared, a algo antes de explotar.

No me quito de la cabeza la mirada de esa tía, la desolación palpable en sus pupilas, esa sensación de que me miraba en un espejo, como si nuestras vidas estuvieran condenadas por igual. Ella también grita para deshacerse del dolor,

se rebela, se agita al encararse con las trampas del destino. Quizás la rabia es su modo de exorcizar cada uno de los obstáculos del camino. Puede incluso que tenga una idéntica forma de abordar las situaciones jodidas.

Cuando llego a mi celda, me siento unos minutos en la cama antes de ponerme en pie y golpear el colchón una y otra vez, con fuerza, dejando salir toda la ira contenida, todos los recuerdos, todas mis culpas. A veces pienso que podré deshacerme de ellas si pego más fuerte.

Termino sudado, con el corazón a mil y la respiración descontrolada, pero ha valido la pena porque he conseguido sentirme mejor.

La violencia no es la solución.

Tampoco lo era la bebida ni el camino autodestructivo que elegí hace dos años. Sin embargo ambas cosas ayudan a anestesiarme. Son armas eficaces durante unos minutos, unas horas o incluso unos días. Aunque el dolor siempre regresa para estrujarme el corazón con sus zarpas afiladas.

Paso el resto de la tarde en la celda, sin deseos de salir, dibujando en mi libreta para alejar de mi pecho esa opresión que me impide respirar.

Plasmo en el cuaderno cada una de mis emociones oscuras de la última semana: la forma en la que llegué a prisión, la ausencia de salida a la situación, la aparición de Juaco y la pelea con su mujer. No entiendo por qué me empeño en recordar sus ojos negros, mirándome con el reconocimiento de un dolor parecido, la melena pelirroja recogida sobre la nuca, su cuerpo perfecto que marcaba la ropa, esos pechos escondidos bajo la camiseta...

Delineo sus pupilas llenándolas de tristeza; termino el ojo, los párpados, las pestañas y dibujo una lágrima deslizándose desde su mirada herida, descendiendo por la hoja, para mostrar la tristeza anidada en sus ojos.

No había pintado a otra persona desde hace dos años, desde lo sucedido, desde el momento en el que mi vida voló en mil pedazos y me dejó el corazón roto. Ahora es como un jarrón fracturado en añicos que se han unido con pegamento para intentar reparar el daño. Sigue viéndose agrietado, los pedazos apenas logran mostrar su belleza y hay algunos fragmentos tan pulverizados que dejan pequeños huecos imposibles de rellenar otra vez.

Solo había pintado los ojos de Kate desde ese día. Cada una de sus miradas, las llenas de alegría, las tristes, las divertidas, las asustadas... A veces añado otros rasgos, incluso la larga cabellera negro azabache que solía cuidar con tanto mimo. Pero siempre había sido Kate. Ella se había apoderado de mi

cuaderno y de mi mente desde ese instante, y no entiendo por qué hoy he dibujado otros ojos.

Quizás me he sentido reflejado en ellos.

En los de Zofia.

A la hora de comer he logrado rebajar bastante la ira, aunque no pienso mostrar ni un ápice de vulnerabilidad delante de Juaco. Voy a exigirle una explicación y si no me convence acabaremos los dos en la enfermería porque no le consiento ni a Dios un trato así.

Llevo dos años combatiendo el dolor con violencia, tratando de mantenerme alejado de los demás, aniquilando cada uno de los sentimientos que aparecen para someterme al frío eterno y solo le permito a la ira deambular con tranquilidad por mis venas, inflamarlas, colmarlas de esa necesidad imperiosa de pegar con mis puños para resarcirme del dolor.

Cuando las rejas se abren acompañadas de la inconfundible voz al otro lado de los altavoces, me coloco en la fila con la vista levantada y una expresión amenazante.

Nadie va a joderme, no voy a tolerarle a Juaco jugar conmigo y, a pesar de tener los cien euros guardados en el bolsillo de mi pantalón y conocer su importancia, jamás me doblegaré ante un tío como él. Prefiero quemarme en el infierno antes que permitirle apoderarse de mi voluntad.

La mirada de Juaco es perversa, oscura, letal. Indica con luces de neón su maléfica mente. Solo lleva unos meses en la prisión y tiene a todos comiendo de su mano, le sobra la pasta y mantiene una seguridad en sí mismo aplastante.

Sé quién es, no tardé ni un día en descubrir su origen y cómo consiguió hacerse el rey de la prisión en cuatro días. Es hijo de uno de los banqueros más prominentes de España, con una fortuna familiar incalculable, influencias y una larga lista de amigos poderosos.

La gente suele adorar el dinero y el poder. Se vuelven frágiles a la hora de relacionarse con una personalidad como la de Juaco y lo reverencian sin evaluar su carácter.

Odio esa clase de sumisión, a las personas que se tienden a los pies de un hombre poderoso, su sometimiento absoluto sin cuestionarse si es digno de ese trato.

Lo encarcelaron por tráfico de drogas y no va a cumplir una condena demasiado larga.

Es extraño que un tipo como él se dejara atrapar y que terminara en la

misma prisión que su mujer. Queda clara la mano de sus contactos en esta forma de proceder.

En el comedor sigo la fila hasta hacerme con mi bandeja de bazofia. Juaco está sentado a su mesa rodeado de sus colegas y la mirada siguiéndome, como si quisiera marcar el terreno. Vamos a protagonizar una pelea de titanes porque ni muerto le voy a dejar intimidarme. Su sonrisa incisiva apenas logra atravesar un milímetro mis defensas. Parece que quiera amedrentarme con ella.

Camino hacia allí con la comida en la bandeja sin rebajar la fiereza de mis ojos ni acojonarme con su clara amenaza. Todo su cuerpo es una constatación de sus intenciones. Está sentado en el banco cara a mí, mantiene la mandíbula apretada, la sonrisa congelada, las pupilas con un brillo mortífero y los músculos en tensión.

Cuando ocupo mi lugar en la punta de la mesa, se gira para sentarse cara a la comida, sin apartar ni un segundo la vista de mis movimientos. Sus colegas no tardan ni dos segundos en levantarse para dejarnos sentados a cada uno en una punta, midiéndonos sin bajar los ojos, como si estuviéramos sosteniendo nuestra beligerancia con ese gesto.

—Zofia es mi mujer y no la has tratado demasiado bien —masculla.

—No vuelvas a mandarme a hacerte los recaditos —contesto ignorando su tono de voz amenazante.—. ¡Me la suda quién sea ella! ¡Joder! ¡Por mí como si quieres follártela en el patio a la vista de todos! No me interesa ni ella ni tu juego sucio.

—Tienes agallas, inglesito. —Se permite una amplia sonrisa—. La has retado desde el principio. Y ella ha estado a la altura. Es una tía guerrera.

—Llámame inglesito otra vez y te borro la sonrisa de una hostia. —Hincho las aletas de la nariz y suelto el aire despacio, sin rebajar la determinación de mi expresión—. Soy irlandés. Y en cuanto a tu chica, es una mujer imprudente. Si no llegas a aparecer la hubiera destrozado a palos. A mí nadie me habla así y vive para contarlo.

—Solo defendía lo suyo.

—Me la pela. Si vuelve a enfrentarse a mí de esa forma no voy a contenerme. No tengo ningún problema a la hora de pegar a una mujer si se lo merece.

—Zofia es zona prohibida. —Su expresión se vuelve seria—. Si la tocas a ella me tocas a mí. Y eso se castiga como una traición.

—¿Piensas que me voy a acojonar? —Le sostengo la mirada con una sonrisa gélida en los labios—. Me he ganado cien pavos ayudándote a librarte de los guardias. Si me pillan me alargan la condena. Pero también me has tendido una trampa y eso no lo perdono con facilidad.

—Vale tío, tú ganas. —Levanta los brazos en señal de sumisión y suelta una carcajada—. Eres el adecuado para hacerle de guardián, no te andas con rodeos y sabes cuál es tu sitio.

—¿De guardián? —Levanto las cejas en un gesto furioso—. ¿Esperas que vigile a tu mujer? ¡Lo llevas claro, tío!

—A cambio de pasta. —Acompaña sus palabras con una expresión interesante—. En tres días voy a salir de esta mierda de cárcel, pero ella se va a quedar y necesito a alguien que la proteja y me informe de sus actividades. Odio estar lejos, pero mis negocios requieren que esté fuera y ella todavía no está lista para la libertad.

Me paro un segundo a procesar su discurso y descubro matices demasiado duros para aceptarlos como tales. Me quedan claras las influencias que posee. Él decide cuándo salir.

¿Cómo puede jugar así con la vida de los demás?

¿Por qué se erige en juez y verdugo de su mujer?

¿Qué intenta demostrar?

Meneo la cabeza de forma casi imperceptible para quitarme esos pensamientos. No me interesa saber nada de su vida ni de la de Zofia ni del resto de presos de esta cárcel. Mi único anhelo es mantenerme cuerdo el tiempo que dure en encierro.

—No me interesa —declaro hundiendo la cuchara en la comida.

—Cien pavos al día —insiste él—. Es mucha pasta, la suficiente para comprar a los guardias y tener privilegios.

—¿Por qué no se lo pides a tus seguidores acérrimos? —Los señalo con los ojos—. Esos tíos están a tu lado para conseguir tu pasta y tus contactos. Yo no.

—Por eso te he elegido. No pareces la clase de tío que esté interesado en mí, has pasado la prueba en la biblioteca y eres de fiar. Lo veo en tus ojos. —Mira un segundo a los presos que nos rodean—. Esos me traicionarían a la primera ocasión.

—No entiendo cómo estás tan seguro de que yo no.

Sonríe dejando atrás, por primera vez desde que le conozco, esa expresión entre dura y superior. Sus labios muestran una mueca sincera y, aunque sus

ojos siguen reflejando una inquietante oscuridad, sus rasgos se dulcifican un poco.

—Te he observado esta última semana. Eres fiel a ti mismo, eso queda claro. —Levanta las cejas para enfatizar sus palabras siguientes—. También he conseguido tu expediente y he contratado a un investigador privado para acceder a tus más oscuros secretos. Lo sé todo sobre ti. Cada uno de tus actos de los últimos dos años me demuestran cómo eres.

¡Joder! ¿Insinúa que conoce mi historia con Kate? ¿Y lo de después? ¿Es eso?

Suelto un soplido casi inaudible y aprieto los dientes. Es imposible, he borrado mis huellas.

—¡No sabes una mierda! —Está de farol, estoy convencido.

—La pasta consigue resultados asombrosos. —Me dirige una sonrisa de suficiencia—. Michael O’Ryan, Eamon McShane y Donagh McNamara, ¿te suenan?

Lucho por no palidecer al escuchar esos nombres. Debo permanecer impasible a pesar de la aceleración de mi corazón.

—¿De dónde has sacado la información? —Mantengo el tono más neutro posible, a pesar de mi estado agitado.

—¿Importa? —Su mirada de suficiencia me da náuseas, pero tengo clarísimo que no puedo darle motivos para joderme. Con esos datos podría hundirme de verdad—. Me queda un nombre, uno que debería cambiar tu decisión respecto a mi petición. Katherine O’Dowd.

Escuchar cómo lo pronuncia es como si mi cuerpo recibiera un puñetazo directo a al estómago, como si acabara de hostiarme con una fuerza colosal.

Con un esfuerzo descomunal logro mantener a raya el nerviosismo que me invade para dedicarle una sonrisa mordaz mientras intento destensar mis músculos.

—Está bien —acepto tras evaluar mis opciones en unos segundos—. Cien pavos al día por hacer de perro guardián a tu mujer.

—Ahora te tengo cogido por los huevos. —Sonríe de forma letal—. Si me jodes voy a meterte entre rejas para el resto de tu vida. Pero si te quedas a mi lado, conseguiré sacarte de aquí y convertirte en uno de los tíos más poderosos del planeta.

—¿Por qué yo? —Le sostengo la mirada sin dejar traslucir mi ansiedad en ningún momento.

—Hay algo en ti que me gusta. Lo he visto desde que entraste por esa puerta hace una semana. Tienes la seguridad en ti mismo necesaria para estar a mi lado y no te acojonas con facilidad. Eso es una gran virtud en el mundo de los negocios importantes.

—No entiendo qué haces aquí si tienes la vida solucionada. —Ya no tengo nada que perder al exponerle mis recelos en cuanto a él, porque acaba de destrozar mis posibilidades de sentirme libre, así que decido hacerle las preguntas precisas para entenderlo—. Un tío como tú no debería traficar con drogas. A los dieciséis empezaste la universidad, terminaste en tres años con matrícula y entraste a trabajar en el banco familiar a los diecinueve con unos resultados de la hostia.

Su expresión se tensa un poco, pero no tarda en controlarla. Un par de sus presos enemigos han compartido conmigo muchísima información de esa parte de su vida, pero nadie conoce datos acerca de la parte privada.

—Una de las ventajas de esta cárcel son los reclusos con ganas de hablar —digo dándole un sorbo al agua—. Yo también puedo joderte si me interesa.

—Estoy aquí para darle una lección a Zofia —admite con una sonrisa tan fría que me hiela la sangre—. Se lo merecía, pero no quería estar lejos de ella más de lo necesario, por eso la acompañé.

—¿Te metiste en la cárcel para aleccionarla? —¡Está loco!—. ¡Joder! ¿Qué te hizo para merecer algo así?

—Intentó abandonarme. Y a mí nadie me deja. Nadie.

Me meto la cuchara colmada en la boca para mantenerme ocupado un segundo y procesar sus palabras. Es un hombre despiadado, todas y cada una de las informaciones que he recibido de otros presos acerca de él mostraban su faceta salvaje en los negocios. Un tiburón con dientes afilados, deseoso de comerse a todos y cada uno de los peces pequeños que encuentra en el océano de la vida. Pero a nivel emocional también tiene garras incisivas. Debo actuar con cuidado o va a aplastarme sin dudar.

—¿Y ahora vas a dejarla sola? —Levanto las cejas arrinconando la tensión.

—Tengo demasiadas responsabilidades en el banco de la familia para quedarme aquí —explica con tranquilidad—. Llevo trabajando allí desde los diecinueve, más de cinco años. Y nadie puede reemplazarme en mi sitio. Necesito volver, mi padre me necesita.

—Ahora me vas a intentar convencer de que un crío de veinticuatro años es imprescindible en un banco.

—Así es. —Su mirada es sincera y altiva, como si esta afirmación le llenara de orgullo.

—Lo pillo, eres algo así como un gurú de los números —me cachondeo recordando los artículos que uno de los latinos me permitió leer en la biblioteca acerca de él.

—Tengo un jodido don con las finanzas. —Muestra su dentadura perfecta en una ancha sonrisa llena de arrogancia—. Y voy a convertirme en el amo del mundo.

Mastico un poco de pan para destensar los músculos agarrotados. La mandíbula me duele por la fuerza que ejerzo con ella.

Debo controlarme si quiero salir victorioso de esta contienda, encontrar la forma de deshacerme de él poniéndome a su altura. No es el momento de usar los puños. Necesito emplear la mente, analizar, buscar un hueco en su visión de la situación y arrebatarle la posibilidad de encadenarme a él para el resto de mi existencia.

—¿Cuál es mi tarea con Zofia exactamente? —pregunto en tono conciliador.

—Necesita a un amigo. —Me guiña un ojo—. Si la tocas te voy a crucificar, pero si consigues ganarte su confianza seré un puto mecenas para ti.

—Se trata solo de hacer de niñera...

—Eso es para empezar. Zofia intentó dejarme, trazó un plan bien atado, consiguió apoyos en personas cercanas a mí. No puedo permitirselo otra vez, ella es mi vida y no pienso perderla. Es mía ahora y para siempre.

—Si me hago amigo suyo puedo chivarte cualquiera de sus ideas al respecto —deduzco—. Pero, ¿qué me impediría ayudarla e irme con ella?

—Sé quién eres, lo que has hecho, cuáles son tus crímenes. Por muy lejos que escaparas siempre te encontraría y podría destrozar a tu familia por el camino.

Me exalto al escuchar la amenaza. El tono no deja dudas acerca de su capacidad de cumplirla.

—Si les tocas un puto pelo de la cabeza voy a destrozarte.

—Jamás llegarías a ponerme una mano encima. —Otra de sus sonrisas mortíferas arquea sus labios—. Si me das lo que quiero voy a poner el mundo a tus pies. Tu único límite infranqueable es enamorarte de Zofia. Ella es solo mía.

—¿Y cómo se supone que debo acercarme a ella?

—Hay mil maneras de establecer contacto con las presas. Durante las horas

de biblioteca, en el patio separados por una valla, si trabajas en el Economato...

—¿En el economato?

—Es el mejor puesto de la cárcel, solo acceden a él contadas personas, y yo tengo el poder de meterte ahí si te interesa alguna vez. Solo debes cumplir mis instrucciones y podrás tener lo que te dé la puta gana. Conmigo tus deseos se volverán realidad.

Durante los siguientes minutos como escuchando cada una de sus indicaciones respecto a mi cometido con Zofia a partir de su marcha. Me enumera las normas, menciona las medidas de vigilancia establecidas y termina la conversación con una amenaza clara de qué pasará si me propaso con ella o intento joderle.

Al regresar a mi celda, repaso con ansiedad cada segundo de la conversación, con la creciente sensación de estar enjaulado entre sus manos. Es un tío inteligente, tiene capacidad para colgarme de una soga y quitar la silla bajo mis pies, y su crueldad con Zofia muestra hasta dónde está dispuesto a llegar para castigar a los demás.

Necesito encontrar un punto vulnerable para librarme de él.

Capítulo 4

Zofia

Canturreo en voz baja una de las canciones preferidas de mi madre mientras intento encontrar una forma de llamar al sueño, que se escurre por los recovecos de mi ansiedad.

Hace apenas unas horas, Juaco me ha anunciado su inminente salida de la cárcel y me ha destrozado saber que seguirá castigándome por mi intento fracasado de huida.

Esperaba represalias, una venganza en toda regla, pero jamás imaginé acabar aquí dentro ni condenada por tráfico de drogas ni separada así de mi familia ni con la prohibición real de ver a Noelia.

Si pudiera dar marcha atrás, si encontrara cuál fue el cabo suelto en el plan, si fuera capaz de librarme de él para siempre... Al escaparme pensaba que nada podía salir mal y cuando me di de bruces con el fracaso tardé demasiado en reaccionar. Juaco volvió a desmenuzar los pedazos ya remendados de mi corazón, tendiéndome una nueva trampa. Y acabé en esta cárcel, alejada de todo, sin posibilidad de salvarme.

A veces me gustaría desaparecer, dejar esta existencia miserable, refugiarme en un cobarde adiós para no volver a respirar ni a sentirme muerta en vida. Pero entonces veo los ojos de Noelia, escucho su voz, su risa, su felicidad y sé hasta dónde estoy dispuesta a llegar por ella. Es mi luz, la única razón por la que sigo aquí aferrándome a una esperanza de escapar algún día y no acabar bajo tierra.

La canción habla de una voz, de la sensación de la chica al escucharla susurrar su nombre. *Like a prayer*, de Madonna. Mi madre es una gran fan de su época de collares, abalorios, puntillas y pelo suelto. De niña solía ponerme su música a todas horas, la cantaba en voz alta con un acento malísimo, sin

entender ninguna de las palabras que decía. Entonces todavía vivíamos en Polonia, mi padre estaba con nosotras y éramos muy pobres, pero felices.

Algunos años después, ya en España, cuando Juaco consiguió meterme en su exclusivo y carísimo colegio inglés, entendí el significado de cada una de las frases de Madonna. Esta canción se convirtió enseguida en mi favorita porque anhelaba sentirme como la protagonista alguna vez en la vida, unida a un hombre con esa absoluta felicidad.

¿Cómo acabé en manos de Juaco? ¿Por qué se fijó en mí? ¿Qué capricho del destino me convirtió en una mujer condenada al ostracismo sentimental?

Deseaba mi cuento de hadas. Enamorarme, sentir cómo las fibras de mi cuerpo vibraban con cada encuentro, cómo mi corazón se inundaba con un sentimiento intenso, capaz de desbancar cualquier obstáculo. Y en vez de conseguirlo, encontré un hombre posesivo, celoso y obsesionado conmigo.

Los párpados encuentran una forma de cerrarse para llevarme a un sueño ligero donde se reproducen algunas escenas del pasado, de cuando todavía era una inocente niña polaca que no lograba pronunciar ni una de las palabras de Madonna de forma coherente y, aun así, era feliz.

Me gustaba bailar y cantar a viva voz en medio de ese salón pequeño, mal ventilado, sin luz natural y con muebles raídos que yo consideraba parte de mi hogar. Muchas veces colocaba mi única muñeca en el sofá como espectadora y le representaba el mejor espectáculo del mundo de la música.

Era inocente, ingenua, soñadora.

Ahora debo ser dura, encontrar la fuerza interior para enfrentarme a mi destino, curtida, ajena a muchas de las escenas que se desarrollan en mi presente; fuerte por Noe, cauta para evitar caer en una trampa de Juaco, inteligente para trazar un nuevo plan y capaz de representar el papel de esposa sumisa mientras busco la forma de librarme de él. No hay cabida a la ternura ni a las ilusiones de antaño. Nada puede devolverme esa sonrisa alumbrada por la esperanza de conseguir cada uno de mis sueños hasta que esté a muchos kilómetros de distancia de aquí.

Durante unas horas dormito enredada en imágenes del pasado, del presente, del futuro. Me despierto a ratos, ansiosa, sin deshacerme de esa inquietud que me acompaña desde el anuncio bomba de mi marido. Va a salir, me va a dejar sola en una cárcel y necesito averiguar cuál es su siguiente movimiento para adelantarme a él, porque no me cabe duda de que estará acechando desde su

mansión, esperando el momento justo para volver a clavarme una estaca en el corazón.

Siempre me ha gustado ver series sobre prisiones. Pero, tras vivir tres meses en una, he descubierto que no se ajustan del todo a la realidad. Las mujeres encarceladas no son en su gran mayoría de buena familia, al contrario, casi todas han sufrido abusos en la juventud, han sido maltratadas por la vida, desechadas por la sociedad y han acabado tras los barrotes por tráfico de drogas.

Durante mis meses aquí he escuchado auténticos dramas. Compañeras desgarradas por el dolor debido a agresiones continuadas y sistemáticas por parte de gente que debería quererlas, al pasado, a su vida. He visto cómo las medicaban en exceso, cómo algunas de las guardias las castigaban con demasiada dureza y he temido por mi integridad en sobradas ocasiones.

Es un mundo de hombres y sobrevivir en él es complicado. Solo uno de los cinco módulos de la prisión está ocupado por mujeres, en las cárceles de España predominan los varones y son instituciones pensadas para ellos, sin demasiados recursos para nosotras.

Como somos pocas, nos mezclan sin importar el grado de delito cometido. Es duro saber que dos celdas a mi derecha se encuentra una asesina violenta o que en el otro lado del pasillo está una mujer demasiado cruel para no temerla.

Desde mi entrada aquí he pasado por mucho. Ojalá hubiera reclusas como en *Orange is the new black*, ojalá pudiera sentirme lo suficientemente fuerte para no sentir miedo al recordar las palizas recibidas al entrar, antes de que Juaco ejerciera su magia para conseguirme un poco de paz siempre que me mantenga alejada de las demás. Para él es más importante aislarme de posibles amistades que castigarme.

¿Qué sucederá ahora? ¿Seguirá comprándome protección? ¿O va a lanzarme a las leonas?

A la hora de levantarme siento cómo mi cuerpo está en tensión al preguntarme una y otra vez cuál es mi próximo destino.

¿Puede Juaco arrinconar su obsesión y deshacerse de mí?

No soy una persona valiente como intento hacer creer a los demás. Lo oculto bien, solo es eso. Durante años he hecho ejercicio para mantenerme en forma. Por suerte, a Juaco le gusta más con un cuerpo cuidado y nunca ha opuesto resistencia a mi interés por moldearlo. Mantengo siempre la cabeza alta, finjo

no amedrentarme por nada, pero muchas veces tiemblo mientras compongo una fachada de mujer dura e impenetrable.

Las rejas se deslizan hacia un lado para empezar a circular todas en fila hacia el comedor. Mi corazón está desbocado. Intento no mirar hacia todos los lados ni delatar mi estado, pero no lo logro del todo. No estoy preparada para una paliza.

Camino con los puños agarrando la tela de los vaqueros con disimulo, estrujándola, escuchando cómo los latidos se reproducen en estéreo en mis oídos, casi anulados por esa ansiedad que me obstruye la tráquea.

El comedor se llena de voces, de gente, de reclusas. Este es el momento más delicado, cuando avanzamos en fila hacia las bandejas. Si me han de atacar, ahora es su oportunidad porque hay demasiadas personas caminando a la vez y las guardias pierden un poco el control sobre todas nosotras.

Consigo llegar a la comida, llenar mi bandeja y sentarme a una mesa sin ningún incidente. Suelto el aire destensándome un poco, fijo la vista en la comida y me la tomo en silencio, ralentizando con lentitud mis constantes alteradas.

Paso el resto de la mañana limpiando, sin dejar de sentir cómo la inquietud me posee a ratos.

Estoy paranoica, está claro. Juaco no va a renunciar a mí, solo quiere darme una lección para mantenerme bajo su yugo para siempre. Necesita asegurarse de que voy a seguir siendo suya, de su propiedad, su mujer. No me ha vendido, su dinero sigue pagándome la protección, queda clarísimo. Pero le temo. Es un hombre cruel, capaz de dañarme sin importarle las consecuencias y me ha demostrado con demasiada dureza, hasta dónde está dispuesto a llegar para manifestar que nada podrá librarme de él.

El almuerzo es igual de tranquilo que el desayuno. Y no sé si es la calma antes de la tempestad o una permanente. Nunca sé cómo funciona la retorcida mente de mi marido ni con qué nueva trampa me sorprenderá.

Al terminar cierro un segundo los ojos para intentar trasladarme con la mente a un lugar donde no exista Juaco ni nuestra vida en común ni los años a su lado, pero no puedo hacerlo sin sentir un dolor penetrante porque, a pesar de los malos momentos, hay alguien que prevalece en medio de la vorágine de mi vida con él y nunca voy a renegar de su existencia.

Por la tarde voy a la biblioteca, como suelo hacer cuando tengo ratos libres.

Leer es una de las pocas aficiones que logra mantenerme alejada de la

realidad por unas horas. Mientras el autor me sumerge en su historia consigo vivirla, abstraerme de este mundo de mierda para irrumpir en otro lleno de nuevas y excitantes aventuras.

A veces me siento tentada a no dejar las páginas durante horas para superar un mal instante, incluso muchas noches cierro los ojos y me transporto a esos lugares donde mi miseria no me alcanza y puedo ser la heroína de mi propio cuento de hadas.

Una de las guardias me acompaña hasta la puerta, donde me informa como cada día de las normas y los horarios. Este ritual me parece absurdo, tengo clarísimo cuál es el funcionamiento de la biblioteca y que no debo mezclarme con los hombres. Este es uno de los pocos lugares donde convivimos y Juaco lo eligió como nuestro centro de reuniones clandestinas. No todos los guardias se dejan comprar para darnos unos minutos de intimidad, pero mi marido siempre se sale con la suya.

No hay demasiada gente, la mayoría ocupa una mesa del fondo. Esta cárcel es una de las mejores de España, goza de unas instalaciones muy modernas y los jardines más exuberantes. Por eso la eligió Juaco, por las comodidades que ofrece.

Camino por los estantes en busca de un tesoro literario para llenar mis horas de soledad. Hoy mi turno de limpieza ha sido por la mañana y, mientras algunas de mis compañeras se pasan las horas libres en talleres para la reinsertión, yo recorro la biblioteca para olvidar la vida que me espera al salir de aquí, si algún día Juaco me lo permite.

Me apetece algo poco denso, una historia cargada de sentimientos, una de esas tan intensa que se cuela por los poros de mi piel y me mantiene enganchada a las páginas como si fueran un imán para mi sedienta mente. Es la mejor terapia contra esos pensamientos recurrentes que me llenan de un pánico demasiado real para darle la espalda.

Cada uno de los lomos contiene un mundo de sensaciones. Están ajados, algunos rotos y otros, incluso, descoloridos. La mayoría de los libros son de segunda mano gracias donaciones de personas y organizaciones anónimas, usados, devorados por otros ojos, pero me encantan así porque tienen alma y han sido vividos. Los libros necesitan eso, pasar por muchas manos, revivir en mil lectores, crecer y contener la esencia elemental de cada experiencia.

Me apasiona hojear alguno de ellos y descubrir una mancha de aceite en una hoja, una gota, una huella de su paso por otros lectores voraces. Eso confiere

esencia a sus páginas.

—¿Buscas algo en concreto? —Una voz áspera y un poco ronca me sobresalta, pero disimulo a la perfección mientras me giro componiendo una expresión de absoluta indiferencia.

—¿Te ha enviado para que me controles! —le espeto al mismo hombre que hace un par de días apareció en este mismo lugar para tenderme una de las trampas de Juaco. Creo recordar que se llama Aiden—. ¿Qué coño tiene sobre ti? ¿Te ha amenazado? ¿O lo haces por morbo?

—¿Serás capulla! —Se encara a mi mirada con hielo en los ojos, pero detrás de esa pátina fría y acerada descubro el brillo de la pasión, como si intentara ocultar sus verdaderos instintos bajo una máscara impenetrable—. Mira, tía, me la traen floja los juegucitos que te traigas con el cabrón de Juaco, yo solo intentaba ser amable, pero si prefieres mala leche has venido al lugar adecuado.

—Eres patético.

—¿Yo? ¿Patético? —Suelta una carcajada casi sorda para no incumplir las normas del lugar y me repasa con descaro—. Puedo ser muchas cosas, pero te aseguro que patético no es una de ellas.

—Pero te has dejado comprar por Juaco, ¿no? —Arruga los labios en un gesto de asco—. Todos sois iguales, caéis en su red con una facilidad que debería daros vergüenza.

—¿Y tú? ¿Acaso no eres el mayor pez que ha pescado?

Me molesta su mirada inquisitiva, esos ojazos azules con motas anaranjadas y rodeados por una aureola gris oscuro. Detecto desafío en ellos, pero también hay un gesto que no acabo de identificar y, por alguna razón incomprensible, me dispara el corazón y acelera de forma casi automática mi respiración.

—¿Qué te jodan, capullo!

Cojo un libro al azar de la estantería, le doy un empujón y me largo a una mesa.

Él no se mueve, se queda quieto frente al anaquel, observando con sus ojos chispeantes mis movimientos. Tiene los brazos cruzados bajo el pecho y ese gesto le tensa la camiseta que llevaba pegada al cuerpo, de tirantes gruesos para marcar unos músculos muy trabajados, incluso más que los de Juaco.

Su postura me intimida un poco porque es desafiante, como si intentara avisarme de sus fieras intenciones. Y esa mirada directa hacia mí, sin perder

la fuerza en ningún instante, me atraviesa las defensas para inundar mi cuerpo de ansiedad.

Sin embargo no dejo traslucir ni una de esas sensaciones. Le sostengo la mirada durante unos minutos y después la desvío al libro obligándome a abrirlo por la primera página.

Soy incapaz de leer concentrándome en las palabras. Siento sus ojos repasarme en la distancia y el temblor me asola por completo, acompañado del conocido sabor del pánico asido en la boca del estómago, como si quisiera agarrarse a él con una fuerza colosal. Pero hay algo más, un regusto inquietante, una sensación extraña y nueva.

El deseo de levantar la mirada crece con los segundos. Nunca había experimentado una necesidad parecida. Es como si esos ojos, que me observan sin ninguna clase de recato, me llamaran y quisiera conocerlos, descubrir la razón por la que parecen heridos de muerte a pesar del empeño de su propietario en mostrar dureza.

No lo hago. Me mantengo firme en el propósito de no mirarlo, pero mi cuerpo parece decidido a rebelarse.

Crispo los dedos sobre la cubierta del libro, inspiro con fuerza por la nariz y suelto el aire con muchísima lentitud por la boca, suplicándole a mis latidos que se ralenticen.

No sé cuánto rato dura esta situación, solo que el nerviosismo no me abandona hasta que él camina rumbo a algún sitio desconocido de la biblioteca y entonces suelto el aire, destenso un poco los dedos y parpadeo un par de veces para deshacerme de la ansiedad sin demasiado éxito.

Durante los siguientes veinte minutos trato de averiguar de qué va el libro que tengo entre las manos, pero soy incapaz. Por la portada parece una novela romántica de las que no suelo leer. Me gusta imaginar una vida mejor, aunque en las cuestiones del corazón tengo demasiado claro mi futuro y no quiero tener esperanzas acerca de cambiar porque cada día me parece algo más difícil.

Cuando era niña soñaba con casarme por amor, incluso me atrevía a fantasear con ese día, aderezándolo con un sinfín de instantes rosa pastel que, a día de hoy, me parecen una auténtica chorrada. Mi boda, la de verdad, fue uno de los días más tristes de mi vida porque significó unirme para siempre a alguien despreciable a quien una vez quise.

Juaco ha borrado mi visión romántica del amor, ha aniquilado a esa niña

feliz y despreocupada que se imaginaba como la protagonista de las historias tiernas que devoraba en su cochambrosa habitación de Polonia, arropada por el amor de unos padres cariñosos y la promesa de un futuro lleno de inciertas y maravillosas experiencias.

Soy incapaz de leer. Siento la presencia de ese hombre cerca, amenazante, intrigante, expectante.

Al final sucumbo a la tentación de buscarle con la mirada hasta encontrarlo leyendo un libro ilustrado. Tiene las cejas un poco juntas, casi pegadas, en un gesto de concentración absoluta. Sus ojos ahora contienen un mundo de sentimientos ardientes y preocupados. Es como si, a través de sus pupilas, pudiera descubrir un interior colmado de sensaciones demasiado intensas para no convertirlo en un ser temperamental.

De repente alza la mirada y me descubre. Solo por un segundo muestra calidez, como si reconociera una oscuridad dolorosa en mi interior muy parecida a la suya. Pero enseguida cambia la expresión por esa gélida impavidez de antes.

No aguanto ese contacto visual demasiado rato. Crispo los labios en una mueca airada, levanto el mentón con altivez y me pongo en pie para caminar hacia el guardia del mostrador.

—Quiero volver a la celda —le informo señalando el libro con la portada rosa y un título empalagoso que ha llegado a mis manos por pura casualidad—. ¿Puedo llevármelo?

Conozco la respuesta. Se pueden sacar los volúmenes de la biblioteca tras firmar en la ficha registro, pero a mí me gusta leer sentada en este santuario porque es un lugar donde me siento ajena a las rejas, al encierro, las normas y la realidad de la prisión.

Sin embargo estoy dispuesta a leerlo en la celda para no sentirme atrapada por la mirada de ese esbirro de mi marido.

—Firma aquí. —El guardia me ofrece un bolígrafo dándole la vuelta al libro donde registra cada uno de los préstamos—. Tienes quince días para devolverlo. Si necesitas más avisa.

Mientras manda un mensaje a mi módulo para que me venga a buscar una de las guardias, mis ojos me traicionan volviendo a posarse en el hombre de Juaco. Está en el mismo lugar de antes, sin moverse, leyendo algo del libro con muchísimo interés.

Una vez en mi celda me dispongo a leer un poco. Quizás una novela

romántica consiga hacerme sonreír durante unas horas a pesar de saber que en mi vida no caben los sentimientos de ese tipo ni permitirme la esperanza de tenerlos alguna vez.

Por extraño que parezca la historia me atrapa desde la primera página y las horas pasan con rapidez hasta acercarme a un nuevo reto, a otra cena.

Durante los tres días siguientes mi rutina no varía demasiado. La soledad es un bien preciado para mí, aunque la falta de noticias de Juaco me agria la poca estabilidad que me acompaña. Necesito saber de él para obtener mi permiso para ver a Noelia o acabaré volviéndome loca.

Agradezco estos días sin sentir sus manos recorrer mi piel, sin entregarme a sus besos, a sus caricias, a su forma agresiva de hacerme el amor. Sin embargo la ausencia de él en mi vida también significa la de Noe y no logro domar mi ansiedad ni mis desvelos al sentirla tan lejos.

La novela que cogí por error de la biblioteca la he devorado con un ansia desconocida en mí. Sumergirme en sus páginas ha sido como si volviera a irrumpir en esa coraza de mi niñez, cuando creía en el amor infinito. Y algunas veces, mientras avanzaba en la lectura, los ojos de ese hombre de Juaco que sigo viendo cada tarde en la biblioteca me han acompañado como si quisieran convertirse en mi faro dentro de la tormenta que dirige mi vida.

Capítulo 5

Aiden

*H*ace tres días de la salida de Juaco de la prisión y no he conseguido acercarme demasiado a su mujer. Es esquiva, malhumorada y borde. No me apetece relacionarme con ella ni hacer de niñera ni fingir una amistad inexistente, por eso me mantengo a distancia.

Sin embargo hay algo en ella que me atrapa cada vez que nos encontramos. Su mirada contiene una historia demasiado profunda, como si un millar de sentimientos bulleran en el interior de sus pupilas, escondiéndose de los demás. Y a mí siempre me han atraído los misterios y los pasados dolorosos.

Llevo un par de horas dibujando en mi celda. Es lo único que me mantiene cuerdo en el encierro, plasmar los ojos de Kate, recordarla, pensar en su sonrisa, en su forma de hablar, en cómo se bebía la vida como si se tratara de pequeños sorbitos de alegría, en su felicidad contagiosa.

Pero me pasa como los últimos días, no logro perfilar los párpados de Kate ni sus pupilas azuladas con puntitos grisáceos ni sus pestañas espesas y de un color tan negro como la oscuridad ni sus tupidas cejas azabache. Mi mano solo delinea la mirada de Zofia, esa penumbra llena de dolor que me acompaña en cada una de mis miradas furtivas o directas.

El rímel consigue cambiar de color las pestañas anaranjadas y muy largas, que al abrir mucho los ojos se unen con las cejas pajizas, del mismo tono pelirrojo de su larga melena ondulada. Las pupilas parecen dos bolas negras, brillantes y reflectantes porque consiguen atrapar la luz para contenerla en pequeños trazos en su interior, como si fueran diminutas ventanas a su corazón lleno de heridas. Me hablan de un padecimiento extremo, de una vida privada de libertad, de unas ansias inmensas de romper con las cadenas que la mantienen atada a una realidad no deseada.

Me atrapa enseguida el deseo de descubrir cada uno de sus dolores, de sus padecimientos, de ese poso herido que asoma en sus ojos cada vez que nuestras miradas se cruzan.

Cada uno de mis trazos parece dirigido por una mano invisible y perversa porque he vuelto a dibujar sus ojos en medio de un retrato de su rostro, con la nariz angulosa, los pómulos sonrosados y los labios carnosos coloreados con ese carmín rojo pasión que usa.

Me invade la rabia.

No entiendo por qué Zofia preside ahora mis dibujos cuando siempre ha sido Kate la dueña de mis creaciones. Desde siempre ha sido mi musa, la única capaz de traspasar mis defensas para protagonizar mis ilustraciones. Y no voy a permitirle a otra mujer ocupar su lugar.

Nunca.

Jamás.

Ese lugar es solo para Kate, cedérselo a otra persona sería traicionarla.

Arranco la cartulina con rabia y los recuerdos de la última noche compartida abriendo grietas profundas en mi corazón.

Quiero destrozar la cartulina con el rostro de Zofia, hacerla añicos, apartar de mí su visión para volver a abrazar la de Kate. Necesito verla, dibujarla, sentirla. Si no lo hago se habrá ido de verdad y soy incapaz de dejarla marchar.

No puedo hacerlo

Simplemente no puedo.

Un par de lágrimas rebeldes se deslizan por mis mejillas hasta perderse en la comisura de mis labios. Mi cuerpo se tensa con dolor, ira, ansiedad. Arrugo la página entre las manos, la aplasto, la convierto en una bola inútil que tiro a un lado para golpear la mesa con saña y después llevarme las manos a la cabeza para tirar de mi pelo.

Quiero hacerme daño, castigarme por traicionar la promesa que le hice a Kate, por pensar en otra mujer, por no recordarla como merece.

Kate, mi dulce Kate...

Me rompo otra vez, como cada pocos días durante estos últimos dos años.

Es como si los recuerdos se hubieran convertido en cristales hechos añicos, astillados, llenos de puntas punzantes que se clavan en mi cuerpo para desangrarlo.

Escucho el sonido de la reja abriéndose y me esfuerzo por controlarme. No

debo mostrar debilidad ni sentimentalismo con los guardias, las emociones están prohibidas en una prisión y la única forma de sobrevivir en ella es esconderlas bajo llave.

—Naylor. —Gustavo, uno de los guardias, está frente a la reja abierta—. Has pedido biblioteca.

Asiento al escucharlo y me pongo en pie dándole vueltas a si debo acudir a la cita con Zofia o permitirle a Juaco usar la información contra mí, aunque eso signifique permanecer encerrado el resto de mi vida.

Ya vivo en una cárcel autoimpuesta y solo las ansias de venganza me impiden acabar con todo para siempre. No ganaré nada recuperando mi libertad fuera de estos muros, aparte de la capacidad de decisión que aquí me falta.

Hace un año bebía demasiado, me refugiaba en litros de alcohol para ahogar los recuerdos y el dolor. Pero una noche todo cambió.

Si no llego a ver a aquel tipo, si el karma no me hubiera enviado una señal quizás estaría bajo tierra, pero verle, tenerle tan cerca y poder castigarle por lo sucedido fue el detonante para encontrar las fuerzas de resurgir de mis cenizas.

Me apunté a un programa de Alcohólicos Anónimos, lo seguí aunque no había llegado a esos extremos y volví a entrenar, a pelear, a ejercer la profesión de siempre. Me había convertido en una versión más agresiva de mí mismo, alguien sin nada que perder y mucha rabia pugnando por salir de mi cuerpo. Una persona capaz de dejarse hasta el alma en el *ring*.

A veces basta una casualidad para ver la luz, un simple giro del destino, una chispa vital que enciende de nuevo los sistemas averiados de tu interior. Para mí fue suficiente con ver a ese malnacido para encontrar un propósito. Y si ahora Juaco me lo arrebatara no me importará quedarme para siempre encerrado.

Sin Kate la vida carece de sentido.

Camino detrás del guardia por los jardines rumbo a la biblioteca.

No me gusta leer desde lo de Kate, me parece una pérdida de tiempo y algo insípido, sin ninguna utilidad. Los sentimientos contenidos en una historia suelen inducirme a creer en imposibles, a desear volver a emocionarme y no estoy dispuesto a dejarme seducir por esa indomable atracción hacia el sentimentalismo. Pasó de largo para mí, me bajé de ese tren hace dos años y jamás estaré preparado para volver a subirme a él.

Cuando entro en el recinto veo a Zofia sentada a una de las mesas, como siempre. Tiene un libro abierto enfrente, se aguanta la cabeza con una mano y pasa las páginas con la otra, sin apartar los ojos de las letras, como si le insuflaran ilusión y chispas de emoción a su mirada.

Su expresión es de concentración. Tiene los ojos muy abiertos, se muerde el labio inferior por un lado y la boca se arquea en una casi sonrisa. Lleva el pelo recogido en un moño mal hecho con un lápiz y varios de los mechones se le escapan a la sujeción.

Me adentro en la sala para coger un libro de la estantería e ir directo a una de las mesas, pero me detengo a mitad de camino porque ella levanta la mirada con lentitud hasta posar sus pupilas en las mías. Abre un poco los ojos y exhala con un gesto suave, humedeciéndose los labios. Es una mirada penetrante, como si contuviera una extraña invitación a avanzar hacia su mesa siguiendo un impulso.

No lo dudo, cojo un libro cualquiera de la estantería y camino hacia ella porque quizás es mi oportunidad para cumplir con las indicaciones de Juaco. Dan igual mis bobas reflexiones de hace un rato, es absurdo no luchar por salir de este agujero y terminar mi venganza. Ya tendré tiempo de pudrirme en la cárcel cuando termine con esos capullos.

Al llegar a su mesa, retiro la silla y me impongo ser lo más agradable posible para cumplir mi misión. Eso es lo más importante, ganarme su confianza.

Ella no aparta la mirada en ningún momento. Mantiene una expresión cauta, como si midiera cada uno de mis pasos.

Me parece una mujer inteligente y muy capaz de descubrir que mis sombrías aspiraciones con ella son una orden directa de su marido. Sin embargo sigo deseando acercarme, hablarle, conocer algo más acerca de ese pasado doloroso del que hablan sus ojos.

—Estás muy absorta en el libro —digo sentándome a su lado, levantando las páginas y descubriendo una portada romántica y sensiblera—. No te imaginaba de esas bobas sentimentales capaces de llorar con una escena ñoña.

—¿Quién coño te crees que eres para juzgarme? —Me fulmina con la mirada arrancándome el libro para volver a abrirlo por la página que estaba leyendo—. Eres uno de los peones de Juaco, así que suelta de una jodida vez lo que quieras decirme y déjame en paz. No pienso caer en una de sus trampas de mierda.

—No seas tan capulla. —Le dedico una sonrisa torcida—. Solo intentaba hablar un poco contigo.

—Pues ya has intercambiado algunas palabras. Ahora aire, me quitas la luz y me molesta tu presencia. Los que se dejan atrapar por Juaco los quiero a mil kilómetros de distancia. Sois todos igualitos, unos cabrones de mucho cuidado.

Cuando mis pupilas conectan con las tuyas, siento una sacudida y el aire se electrifica, como si esa conexión acabara de cortocircuitarlo. Espiro ahogando un gemido y trago saliva, extrañado por el comportamiento de mi cuerpo ante su presencia.

—Si buscara la definición de borde en Google me saldría tu jodida cara. —Lo digo con rabia, necesitado de exorcizar mis incomprensibles reacciones—. ¡Serás cabrona! ¡Tía, deja de hacerte la dura! A mí no me engañas, tú también le perteneces. Eres su mayor trofeo.

—¿Piensas que lo sabes todo? —La ira refluye de sus pupilas—. Eres corto de miras si crees que Juaco solo me quiere como un botín. Para él soy mucho más que eso, lo he sido toda su jodida vida y si te ha pedido que te acerques a mí, es porque quiere ponernos a los dos a prueba.

—Me ha mandado con una misión y si te portas bien te la contaré.

Sus labios se arquean en una sonrisa amarga y emite una risa sorda para no alertar a los guardias que vigilan el recinto.

—En sus trampas siempre hay un perdedor. Y esta vez no pienso ser yo.

—¿Te has planteado que esté de tu lado? Acabo de contarte la verdad.

Niega con la cabeza volviendo a componer una expresión fiera y hermética. Las pupilas se le agrandan y traslucen un dolor de proporciones épicas.

—Si lo conocieras como yo, no dudarías de mis palabras. —Cierra un segundo los ojos en un gesto angustiado—. Le gusta jugar con las personas, buscar sus límites, encontrar la forma de dominarlas. Y, entonces, cuando al final se doblegan ante él, las estruja con fuerza destrozándolas, porque él es el único con potestad de decidir sobre ellas.

—No entiendo por qué te casaste con Juaco si piensas eso de él.

El miedo se palpa en su mirada, en sus palabras, en su voz. Intenta matizarlo, esconderlo bajo capas de frialdad, pero lo siento alcanzarme, recorrerme la piel, fundirse con mi riego sanguíneo, para llenarlo con un millar de sensaciones. Está aterrada. Y mi cercanía forma parte de ese pánico porque puedo destrozarla.

—A veces la vida no te deja elección. —Por un segundo ha bajado las defensas y me ha mostrado una cara diferente, una donde la felicidad se escurre a algún lugar apartado, pero ahora vuelve a adoptar la máscara de dureza de siempre—. Aléjate de mí. No voy a ser la que se quemó esta vez, jamás le permitiré arrebatarme lo único que da sentido a mi vida.

—¿Qué es? —pregunto con verdadera curiosidad—. Si tan importante es para ti...

—¡Lárgate de una jodida vez! —ordena volviendo a concentrar la mirada en el libro—. No te conozco ni tengo ninguna intención de contarte mi vida.

—Podrías dejar tu mala leche en la celda. —No escatimo en ira al espetarle las palabras a la cara—. Estamos los dos en el mismo barco, ¿por qué no cooperas?

—Estás pirado si piensas que estás a mi altura de mierda. La mía me ahoga y la tuya apenas te cubre los zapatos. —Me dirige una mirada cargada de rabia—. ¡Vete a darle palique a otro!

—¡Vale tía! —Me levanto con rabia—. ¡Me las piro!

Ocupo una silla frente a otra mesa e intento concentrarme en mi libro.

Sus ojos me siguen y en ellos descubro una llama angustiada, como si no le gustara tratar así a la gente o se arrepintiera un poco de sus palabras.

Durante el resto de la tarde la miro en demasiadas ocasiones.

A pesar de su beligerancia, parece perdida en un mar lleno de tiburones donde nada a contracorriente en busca de escapar a los mordiscos. Y me gustaría unirme a su causa, encontrar la forma de alejarnos juntos del peligro.

En algunos momentos nuestras miradas se encuentran, pero, cuando eso sucede, ella no tarda ni dos segundos en bajar la suya para regresar a las páginas del libro con un gesto agobiado. Sin embargo, se queda durante una hora en la misma hoja, sin avanzar, como si algo la tuviera absorta en algún otro lugar.

Regreso a mi celda antes que Zofia. Al pasar por su lado rumbo a la puerta sus ojos se levantan del libro, se posan en mí y sus labios susurran *hasta mañana* con muchísima suavidad.

—Hasta mañana —contesto sin casi mover los labios.

La noche pasa bastante revuelta, con pesadillas donde me enfrento a los recuerdos de Kate y veo, una y otra vez, la mirada herida de Zofia, sus ojos

derramando lágrimas, su forma de fruncir los labios, su lengua acariciándolos... Escucho su voz susurrante despedirse de mí, sus palabras acerca de Juaco, su miedo en ellas.

Por la mañana me cuesta caminar hacia el comedor para desayunar, apenas he logrado descansar un poco y estoy todavía ansioso por culpa de mis sueños. Hacía tiempo que no revivía lo de Kate con esa fiereza y volver a sentir cómo se me desgarró el corazón aquella noche maldita ha supuesto una nueva oleada de dolor penetrante e intenso.

Las siguientes horas pasan a cámara lenta, con dificultades para centrarme en las rutinas de este lugar. Vuelvo a sentir cómo los sucesos arrasan con mi serenidad y cómo se introducen por los poros de mi piel para ahogarme y desmenuzarme el alma maltrecha.

Kate. Siempre fue Kate. Mi luz, mi felicidad, mi vida.

Pero ahora, cada vez que pienso en ella la mirada de Zofia me nubla los recuerdos, como si quisiera mostrarme algo, pero no sé qué es. Sus ojos son como dos esferas brillantes, como dos bolas de billar preparadas para ser impactadas y coladas en uno de los agujeros y dar un vencedor al juego.

Negras, relucientes, penetrantes.

Por la tarde no la veo en la biblioteca. No está sentada a una de las mesas como es habitual en ella ni recorriendo los estantes ni aparece durante la larga hora en la que la espero, mirando con ansia la puerta, con deseos de verla aparecer.

La noche vuelve a ser una repetición de la anterior, aunque esta vez los recuerdos sobre Kate se difuminan mitigando la sensación de caer en un abismo negro del que me es difícil salir. Esta vez veo lo sucedido desde una perspectiva diferente, con mayor detalle, con mayor entereza, sin desgarrarme por completo.

Quizás es cierto el dicho «El tiempo lo cura todo», porque siento como he empezado a desligarme de mi yo de ese instante para verme caminar hacia una versión renovada, capaz de deshacerse un poco del pesado equipaje que me dejó la noche que lo perdí todo.

Durante la mañana dibujo con una efervescencia creativa desconocida. Antes de lo de Kate publiqué varios de mis trabajos con un seudónimo y tuvieron mucho éxito. Quería dedicarme a ello de forma profesional, dejar el boxeo y ser un artista. Pero ni mi padre ni nadie del mundillo lo aprobaba y decidí ocultar mi verdadera identidad bajo un nombre falso en mi otra vida,

esa que alimentaba mis aspiraciones de ilustrar mil viñetas para contar historias llenas de sentimiento.

Joss Lewis se convirtió en un ilustrador anónimo, sin bagaje, sin un padre ganador de cinco mundiales de boxeo ni una carrera prometedora en ese deporte.

Cada una de las láminas de la libreta que escondo entre mis cosas y no muestro nunca a los demás, contiene una pizca de Zofia, de su rostro difuminando un poco la recurrente cara de Kate que lleva un par de años inundando mis creaciones e impidiéndome dibujar cualquier otra escena.

Esta tarde sí está en la biblioteca, sentada a su mesa habitual, con el libro abierto sobre ella y su mirada inmersa en las letras.

Camino hacia los estantes sin apartar la vista de Zofia. Lleva el pelo recogido con un lápiz, apenas está maquillada y viste muy sport, sin mostrar demasiado de su cuerpo, como si el calor sofocante de este julio no la agobiara.

Sus pupilas parecen sentirme porque enseguida se separan de la lectura para posarse en mis ojos y al hacerlo el aire se llena de electricidad. Es como si al conectarnos por la mirada los iones positivos y negativos de la atmósfera chocaran entre sí para cargar el aire de partículas llenas de energía.

Por unos segundos siento que me falta el aire. Se me seca la garganta. El corazón se dispara. Y apenas puedo moverme.

Alguien pasa por mi lado y me da un pequeño golpe en el hombro rompiendo el hechizo del momento. Sacudo la cabeza para deshacerme de esas extrañas reacciones y aparto la mirada de ella. Debe ser fruto de los sueños y las pesadillas, estoy sensible por los recuerdos.

Olvido la estantería, mi misión y cualquier otra razón por la que debería hablar con ella, y me retiro a una mesa donde localizo a uno de los presos que me ha contado muchos datos interesantes acerca de Juaco. Llevo unos días reuniendo información para idear un plan y librarme de él. Necesito volver a ser dueño de mi destino. Y este tío puede darme una nueva pista para saber cómo actuar.

La información es poder.

Durante unos minutos le sonsaco dándome cuenta de que es una fuente agotada. Apenas sabe más de lo que ya compartido conmigo.

Necesito conexión a internet, un ordenador, un *smartphone*, algo para buscar su rastro en la red. Es una de las primeras veces en la vida en las que me enfrento a mi dependencia a la tecnología porque me siento yermo sin ella.

Pero aquí no tenemos nada de eso, es como una regresión al pasado. Sin móvil, sin internet, sin tele por cable...

En mi charla con el latino me ha quedado claro que Juaco es muy precavido y si quiero encontrar datos capaces de ayudarme a vencerlo, debo recurrir a técnicas más eficaces. Pero sin tecnología ni amigos en el exterior apenas puedo actuar.

Estoy solo. Igual que los últimos dos años. No hay nadie a quien pueda recurrir porque aparté a todos los amigos y familiares de mi lado, los traté como a una mierda, los injurié y no les permití acercarse a mí cuando más necesitado de cariño estaba. Y ahora ya no tengo a nadie a mi lado por mi estúpida y patética forma de comportarme.

Levanto la mirada y me encuentro con los ojos de Zofia mirándome con una penetrante invitación a hablar con ella. Funcionan como si yo fuera metal y ella un imán que me atrapa en su magnetismo, porque no tardo ni dos segundos en cerrar el libro de ilustraciones que tengo sobre la mesa, despedirme de mi compañero y caminar hacia ella.

—Ayer no viniste —musito ocupando un sitio a su lado—. Creía que habíamos quedado.

—¡No eres el centro del mundo! —Parece molesta por mis palabras—. ¡Y tú y yo no tenemos una mierda! Las citas las tengo con mi marido. Solo él es el dueño de mi tiempo y puede quedar conmigo.

—Pero ahora está fuera de este maldito lugar y no puede tocarte.

Esboza una de las sonrisas más tristes que he visto jamás.

—La cárcel no va a mantenerlo alejado de mí. —Aprieta los labios y enseguida se repone de su segundo de bajar la guardia—. Ayer estuvo aquí. Y me tocó.

—¿En un vis a vis? —deduzco al escuchar su tono irritado. Y no sé por qué me lleno de ansiedad mientras espero su respuesta.

—Eres muy listo para ser un mierda.

Ya vuelve a adoptar la beligerancia de siempre, como si haberse abierto demasiado a mí hace un instante fuera una muestra de debilidad.

—¿Te crees más fuerte por insultarme? —le espeto sin rebajar mi tono incisivo, a pesar de sentirme extrañamente herido con su confesión—. Quizás

si dejaras de hacerte la dura conmigo, podríamos trabajar juntos para deshacernos de tu marido. Me contó tu intento frustrado de fuga.

—Ahora le da por airear nuestra vida frente a cualquier capullo que se cruza en su camino.

—¡Joder, tía! ¡No hay quien te aguante! —Niego con la cabeza con una mueca de cabreo en la cara—. ¡Deja de imaginar que eres el jodido núcleo del mundo! Tu marido solo quería dejarme las cosas claras y mostrarme qué le sucede a la gente que le traiciona. ¡Él te metió aquí! Me parece acojonante que alguien quiera inculparse en un delito para darle un escarmiento a su mujer.

—Así es Juaco. —Exhala con suavidad, relajando un poco las facciones—. Cruel, cabrón, con ideas de lo más retorcidas, incapaz de mostrar compasión... —Crispa los labios con tensión—. Si te tiene cogido por los huevos no va a soltarte nunca. Le gusta retorcer la mano para mostrar hasta dónde llega el dominio sobre su presa.

—Te casaste con él... —Niego con la cabeza en un intento frustrado de dominar la rabia que me invade—. ¿Fue por coacción? ¿Por eso acabaste con un tío así?

Su expresión me ofrece la respuesta, pero necesito constatar la intuición, escuchar la confirmación de sus labios.

—¡Métete en tus asuntos! —Ya vuelve la luchadora, la mujer incapaz de traspasar la línea para dejarme entrever su verdadero interior.

Ahora lo veo claro, Zofía tapa con rabia su verdadera naturaleza, esa que sus ojos gritan al mundo y me explican cómo de devastada está, cuánto le cuesta confiar en los demás y hasta dónde su marido la atemoriza.

—Dímelo. —Le cojo la mano sobre la mesa y ella da un respingo—. No voy a joderte, solo quiero entenderlo y ayudarte a salir de esta situación. Confía en mí.

—Nos vemos mañana. —Se levanta con rapidez apartando su mano de la mía—. Se me ha hecho tarde.

—Zofía...

Observo cómo camina hacia el mostrador para avisar de su intención de volver a la celda con un cosquilleo en la piel de los dedos. No se gira en ningún momento, no cambia su postura rígida, tensa, llena de indiferencia fingida.

La sigo con la mirada, anhelante por descubrir una hebra de calidez en sus ojos.

Antes de cruzar la puerta tras una guardia, su vista recorre el lugar para posarse un segundo en la mía. Me quedo sin respiración. Sus pupilas contienen un millar de emociones, unas palabras calladas, una constatación de que el miedo y el dolor minan su capacidad de ser ella misma.

Capítulo 6

Zofia

*L*os días pasan con demasiada lentitud y me siento cada vez más atrapada. Me falta el aire, la libertad, la capacidad de seguir adelante con mi vida sin ser consciente de la realidad dolorosa que me ha tocado en suerte.

Y necesito a Noelia, la necesito tanto que el dolor del alma se convierte en físico.

Juaco aparece cada pocos días para solicitar un vis-a-vis. Siempre consigue sus propósitos con solo chasquear los dedos. Es un constante recordatorio de su poder sobre mí, sobre las personas que orbitan a su alrededor, sobre cualquiera que intente contradecirle.

En la cárcel solo se permite un vis-a-vis mensual tras rellenar una instancia y demostrar la filiación. Estamos casados, vivimos en la misma casa, compartimos habitación. Con esas premisas basta para solicitar ese contacto íntimo, pero todavía no me explico cómo lo consigue Juaco tan a menudo porque, a pesar de sus contactos y de su poder, esto es una prisión con normas estrictas.

Todavía no he visto a Noelia. Hace demasiado tiempo de esta separación forzosa y mi estado de ánimo decae por momentos. Sin ella nada tiene sentido y no soy capaz de capear los mil temporales que asolan los cimientos de mi precaria serenidad.

Necesito recuperar algo de equilibrio, un resquicio de luz en la oscuridad permanente que me rodea o caeré sin remedio en un pozo de desesperanza.

Mi marido no es una persona violenta de una forma física, pero me molesta cuando la gente solo percibe la violencia como un golpe en la carne, un desgarró en la piel o unas marcas visibles en el cuerpo. ¿Qué hay de las agresiones verbales? ¿De los ataques a la integridad y a la autoestima? ¿De la degradación constante, acompañada con un aislamiento total del entorno?

Juaco es un experto en dañar el alma sin usar los puños. No necesita pegar para golpear con fiereza, porque sus métodos sutiles son mucho más efectivos y permanecen durante mucho más tiempo en el interior de sus víctimas.

Lo he visto tantas veces...

El dolor, la humillación, la ansiedad reflejada en las pupilas de las personas que han pasado por nuestras vidas. Y siempre esa sonrisa de suficiencia en los labios de mi marido, el brillo acerado en sus pupilas demenciales, esa frialdad oscura y penetrante que se agarra al corazón de los demás para partirlo en mil pedazos.

Cada día acudo a la biblioteca con deseos de hablar con Aiden. Es el único contacto que se me permite y, a pesar del miedo a acercarme demasiado a él, me motivan nuestros encuentros, ver cómo mis palabras producen diferentes reacciones en su rostro y saber que, por una vez, puedo acercarme a alguien, aunque sea de forma precavida.

No entiendo las intenciones de Juaco en este sentido, por eso procuro no tentar a la suerte y mantengo una distancia de seguridad entre nosotros. Es imposible que no haya una trampa en este acercamiento y no puedo permitirme un desliz.

A simple vista Aiden parece una persona rota, como yo. Hay algo en su forma de hablar y de comportarse que me hace reconocerlo como a un igual, pero no logro traspasar sus defensas ni le permito a él romper las mías.

Para ser sincera, tampoco lo he intentado, porque me aterra la posibilidad de darle a mi marido lo que busca, de ofrecerle en bandeja sus oscuras intenciones. Las hay. No tengo dudas respecto a eso. Juaco jamás da nada sin esperar un rédito y me está ofreciendo tanto...

¿Qué busca? Dar una respuesta a esta pregunta me inquieta. Necesito saber a qué atenerme para estar preparada, no sé si seré capaz de ensamblar las piezas rotas de mi corazón si vuelve a pulverizarlo con su maldad.

Con Aiden reacciono con rabia, a la defensiva, manteniendo una distancia de seguridad, aunque en realidad deseo conocerle, saber más acerca de esa pena que le consume, descubrir al hombre tras la coraza. Lo veo, casi lo palpo a través de sus palabras y sus miradas. Y me produce una extraña necesidad de desentrañarle, como si me sintiera unida a él de alguna manera.

Cada tarde nos encontramos en la biblioteca, nos sentamos en la misma mesa e intercambiamos silencios, palabras huecas y momentos. Yo suelo leer una novela romántica, porque desde el instante en el que cayó una en mis

manos descubrí la fuerza de los sentimientos enredados en ella. En cambio, él se distrae con un libro de ilustraciones.

Hace casi dos semanas que nos encontramos en mismo lugar, a la misma hora, frente a unas cámaras que seguramente mi marido tiene pinchadas para espiarnos.

Mantenemos algunas conversaciones que siempre acaban de forma brusca por mi culpa, pero no puedo dejarle entrar en mi corazón, aunque desee con toda mi alma mantener algún tipo de contacto cercano con otro ser humano, un resquicio de amistad, una esperanza de no permanecer para siempre aislada de la realidad.

Es curiosa mi mente porque intenta acercarme a él de formas prohibidas. Mis sentimientos desbocados intervienen en la ecuación. Llevo tanto tiempo sola, que la posibilidad de compartir mis miserias e ilusiones con otra persona nubla demasiadas veces el miedo a las represalias de Juaco. Por eso, en algunos instantes, me permito bajar las barreras un segundo y enseguida vuelvo a alzar un muro más alto, más fuerte, más sólido y disparo palabras airadas antes de desaparecer.

Sin embargo, cada día regreso y durante las horas de separación me descubro anhelando esos encuentros, esos instantes en los que la soledad no pesa tanto.

Hoy no ha venido a nuestra cita diaria.

Llevo media hora intentando concentrarme en el libro, mirando la entrada cada cinco minutos y sintiéndome ansiosa por verlo aparecer.

Es extraño este sentimiento de inquietud relacionado con su ausencia. No me había pasado antes, pero debe ser fruto del encierro, de la falta de libertad, de la poca interacción con otras personas que se me permite.

Ha de ser eso.

Cuando regreso a mi celda una hora después, intento deshacerme de la ansiedad sin ningún éxito. Aiden no ha aparecido y eso puede ser una mala señal. ¿Y si Juaco le ha hecho algo? ¿Y si ya se ha tomado su revancha? ¿Y si me ha ofrecido la posibilidad de fantasear con tener un amigo para arrebatármelo?

¿Es eso? ¿Solo quería herirme otra vez?

Siento un dolor penetrante en el pecho, una brecha abrirse en mi corazón, una sensación angustiada. Durante mis años al lado de Juaco ha habido muchos Aidens, demasiadas personas de paso en nuestras vidas que han acabado pagando caro caer en las manos de mi marido.

¿Por qué me angustia no saber nada de él? ¿Por qué siento como si me faltara el aire?

Era previsible que tarde o temprano terminara cayendo. Siempre sucede igual. Nunca hay salvación para los peles de Juaco. Lo sabía, tenía la certeza de que iba a desaparecer tarde o temprano. No puedo pasarme las horas dándole vueltas a las mil hipótesis planteadas por mi mente acerca de su suerte.

Aiden era uno más, otra víctima en el juego perverso de mi marido. Solo eso. Una pieza en el puzle de sus maldades.

Intento conciliar el sueño con la necesidad de aceptar de una vez la realidad, de superar la sensación de angustia y desazón que me produce no saber nada de él. Pero, al cerrar los ojos, por mi mente desfilan demasiadas imágenes sobre el posible destino de Aiden y soy incapaz de dormir, de descansar, de alejar la sensación de angustia de mi interior.

Durante siete largos días le espero. Me siento cada tarde en la biblioteca con el corazón encogido, sin dormir, sin comer, sin dejar de sentirme al borde del abismo de la más absoluta desesperación.

Saber de él es la única obsesión que me acompaña una hora tras otra. Estoy completamente sola otra vez, a merced de esa ansiedad creciente que me ahoga como si me estrujara los pulmones con un puño de hierro.

En mis encuentros con Juaco disimulo lo mejor posible. El deseo de preguntarle por Aiden me quema en la garganta, pero me contengo una y otra vez, porque no puedo darle pistas de mis pensamientos ni de cómo se han creado algún tipo de lazos entre nosotros. Es mejor callar, interpretar el papel de siempre, darle lo que quiere y sufrir en silencio.

Intento encontrar la forma de pasar los días sin dejarme llevar por el desespero, pero la soledad pesa y su ausencia me hiere.

Sigo pasando mis tardes en la biblioteca, mirando la puerta de forma compulsiva, preguntándome por su destino. Y de repente al séptimo día mis ojos se levantan del libro y le descubro caminando hacia mí.

Siento como si mi corazón bombara felicidad a cada uno de los sistemas de mi cuerpo, como si esa aceleración consiguiera desbancar la desesperanza para iluminarme, como si acabara de recibir el mayor de los regalos.

No logro dominar el movimiento de mis labios al curvarse hacia arriba para esgrimir una sonrisa radiante, mientras suelto el aire en una espiración colmada de alivio, de ilusión, de esperanza.

Está demacrado, con marcas visibles de una paliza en su rostro lleno de cardenales, todavía en proceso de curación e hinchazones. Camina con dificultad, como si le doliera alguna parte del cuerpo y se encoge un poco, aguantándose el abdomen.

Sigo con la mirada cada uno de sus movimientos. Parecen dolerle, pero rechaza la ayuda del guardia con un ademán airado y consigue hacerse con un libro antes de sentarse a mi lado.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto intentando no amplificar mi tono preocupado ni dándole notas de esa emoción que circula por mis venas—. Pareces salido de una pelea de bar.

—Si a diez contra uno le llamas así, pasé por una jodida pelea en un bar. — Su voz es áspera, como si estuviera llena de matices de cólera y dolor a la vez —. Tu marido tiene una forma muy interesante de mandar sus mensajes.

—Es muy poco sutil. —Debería volver a mantener las distancias, no hablarle con cariño, no dejarle entrever mi preocupación por su ausencia, pero he pasado tanta ansiedad que le doy rienda suelta a mi nerviosismo, a mi alivio, a mi necesidad de descubrir hasta la última hebra de lo sucedido—. Suele usar estos métodos para explicarte quien manda.

—En la enfermería me acompañaron unos cuantos. —Sonríe un segundo antes de volver a su máscara airada—. Les di una paliza de la hostia, aunque ellos también se cobraron su recompensa.

—¿Qué quería Juaco?

Durante unos segundos siento su indecisión, como si estuviera sopesando hasta donde quiere contarme. Nuestras manos están cerca, casi se tocan. Y sus ojos contienen un mundo de palabras calladas, como si quisieran abrirme las compuertas para dejarme entrar en su interior.

—Avances contigo. —Sus ojos se posan en los míos con un brillo de sinceridad que me acaricia el alma—. Debo hacerme tu amigo y sonsacarte tus planes.

—Si supiera que acabas de confesarme sus intenciones acabaría del todo

contigo. Y no es una persona acostumbrada a pegarte un tiro y ya está, prefiere desangrarte poco a poco para ver cómo sufres.

Ha sido el intercambio de frases más suave desde que nos conocemos. Su voz es como una caricia en mi cuerpo, lo recorre con una sensación electrizante. Y no sé cómo reaccionar a eso porque es la primera vez en mi vida que me sucede.

Sus ojos siguen posados en los míos. Apenas parpadea. Escucho su respiración jadeante, idéntica a la mía. Siento cómo su mano avanza un poco hasta rozar la mía y ese contacto me acelera el corazón precipitándolo en la cuerda floja.

—Podríamos buscar la forma de escapar a él —musita—. Me niego a creer que no existe.

—Persigues un imposible. —Con un esfuerzo inmenso me separo de él y adopto de nuevo mi actitud desafiante. Juaco nos está mirando, lo ha orquestado todo y está esperando para darnos la puñalada final. No puedo dejarle ganar, nunca me lo perdonaría—. Estoy convencida de que nos observa pirateando el circuito de la cárcel, es imposible que no me espíe a cada segundo.

—¿Quieres decir?

—Me tiene en sus manos. —Pongo todavía más distancia entre nosotros y me fuerzo a componer una expresión dura—. Y por lo que veo, a ti también. ¿Cómo quieres escapar a alguien así?

—Siempre hay maneras. —Se agita y le lanza un par de miradas furtivas a la cámara—. Solo necesitamos encontrarlas.

—Hay muchas cosas que desconoces de mi marido. Demasiadas.

Compongo una expresión furiosa a pesar de mis deseos de abrazarlo para demostrarle mi alegría al tenerle de vuelta.

Ojalá la vida me concediera una oportunidad real de conocerle.

—Cuéntamelas —susurra—. Confía en mí.

—Nunca vencerás a Juaco. —Utilizo un tono gélido—. Cuanto antes lo entiendas, mejor será para ti.

—Entonces dame algo para calmarlo. De momento solo tenemos eso. Deja de ser tan esquiva, demuéstrole que empiezas a confiar en mí y dejemos que el tiempo decida.

Si no lo hago, Juaco puede dañarlo de nuevo. Pero no tengo claro si es parte de su trampa, si sus intenciones son ver cómo rompo mi promesa de

mantenerme alejada de la gente para castigarme todavía más o si realmente espera convertir a Aiden en su espía.

—Es arriesgado —admito al fin con una mueca crispada—. Necesito tantear el terreno antes de avanzar en una dirección.

—Está bien. —Asiente devolviendo la vista a su libro abierto sobre la mesa—. Cuando estés preparada, aquí estaré.

No hay agresividad en nuestra conversación de hoy y eso ya es un avance. Me gusta. Me hace sentir bien y desearía seguir con esta sensación durante el resto de mi vida.

Cada segundo tengo más clara mi necesidad ávida de tener algún amigo, de confiar en alguien, de no quedarme siempre encerrada en mi soledad.

Podría confiar en él, dejarle entrar, explicarle mi vida. Es la primera vez que Juaco me empuja a algo semejante y no se muy bien cómo reaccionar. Pero me seduce tanto la idea... Dejar salir al exterior mis angustias, compartirlas, repartir el peso...

Cuando llega la hora de regresar a la celda nos despedimos con un simple *hasta mañana*.

Durante la semana siguiente intercambiamos algunas frases más suaves que de costumbre. Me cuenta que es de Irlanda y me da unas pinceladas de su país. Yo hago lo propio con Polonia y me invade la nostalgia de siempre al recordar mi niñez ahí, pero como mínimo no es un terreno pantanoso ni hay peligro en compartir esa parte de mi pasado.

Es boxeador profesional. Hace años fue una gran promesa en ese deporte, aunque algo sucedió que lo apartó del *ring* hasta hace un año que volvió y arrasó con mil títulos ganados.

Eso explica su obsesión por estar en forma y cómo logró pelear contra diez mandando a algunos a la enfermería a hacerle compañía.

Yo apenas puedo afirmar que tenga una profesión. Las circunstancias de mi juventud impidieron mi acceso a la universidad y, para mi desgracia, soy una mantenida. Aunque a Juaco esa realidad le va como anillo al dedo.

A veces pienso que todo lo sucedido fue uno de sus planes macabros, a pesar de que hay algunos obstáculos naturales difíciles de explicar cómo se los saltó.

A Aiden solo le cuento mentiras acerca de mi falta de preparación universitaria. No quiero compartir con él más de lo necesario. Sin embargo, me siento fatal por mentirle. Y acabo admitiendo que hubo circunstancias excepcionales para no seguir mi sueño de convertirme en traductora. Siempre me han apasionado los idiomas, los estudio online porque mi marido no me deja acudir a clases presenciales. Son una de mis pocas pasiones, junto al cuidado de las plantas.

No entramos en temas más personales, nos da miedo adentrarnos en ellos. Como mínimo a mí me aterra. Llevo tantos años viviendo en el ostracismo que me parece tocar el cielo con las manos al poder hablar con alguien sin sentir el acoso de Juaco, pero no puedo bajar la guardia porque no tengo ni idea de cuáles son sus pretensiones reales.

Hay tantos agujeros en su historia como en la mía, pero tras divagar un poco acerca de ellos pactamos ser el máximo de sinceros y *pasar palabra* cuando nos adentramos en algún terreno complicado para preservar nuestra integridad.

Durante las horas de separación me sorprende recordando partes de nuestras últimas conversaciones. Han sido más distendidas de las anteriores, sin agresividad patente ni rasgos de la batalla campal que suelo mantener con los demás.

Me sienta bien hablar con una persona sin rabia. Es como, si al hacerlo, retrocediera en el tiempo para volver a irrumpir en esa niña feliz que soñaba con príncipes y princesas.

A veces, cuando cierro los ojos, palpo esa felicidad e intento abrazarla, sentirla, dejar que vuelva a poseerme, pero se escapa de mis brazos, se escurre y se diluye entre los acontecimientos posteriores para mostrarme un desierto yermo de ella frente a mí.

Con Aiden hay instantes que la vuelvo a sentir como una piel fina que me recubre. Y no debería permitirme estos deslices porque nuestra incipiente amistad solo es un oasis en medio de la tormenta de arena que pronto se cubrirá con la oscuridad de Juaco.

Los días avanzan acercándome peligrosamente a Aiden. Me descubro demasiadas veces anhelando nuestras tardes en la biblioteca, deseando hablar con él, ofrecerle alguna migaja de mi pasado, sintiéndome tentada a abrirle mi corazón.

Un millar de dudas me oprimen la decisión cada vez que me adentro en el pantanoso mundo de las palabras y le cuento un pedacito de mi infancia, de

mis años felices, de la convivencia con mis padres.

Me gustaría avanzar más en el tiempo, dar un salto a los momentos dolorosos que me han llevado hasta este momento, pero no puedo hacerlo así sin más, como si fuera algo sencillo.

No lo es.

Jamás será un paso fácil porque hay demasiados obstáculos para avanzar en ese sentido.

Juaco no deja de visitarme, de pedirme encuentros íntimos, de hablarme de Aiden con un tonillo incómodo. Y no sé dónde estoy ni cómo lidiar con mis sentimientos porque cada día crecen los lazos de amistad entre nosotros y el miedo a estar cometiendo el mayor error de mi vida me asalta con asiduidad, destroza mis nervios y me sume en una espiral de ansiedades.

No entiendo cómo, pero en algunas conversaciones Aiden consigue despertar mis sonrisas, incluso una esperanza latente en mi interior. Y no puedo permitírmelo, no sin consecuencias. Las cámaras captan hasta el más mínimo de mis cambios faciales.

¿Y si Juaco descubre como me siento al lado de Aiden? ¿Y si malinterpreta mis sonrisas?

Hay instantes en los que me asalta una rabia descontrolada. Incluso golpeo con fiereza el colchón, la pared, el cubo de limpieza, cualquier cosa que tenga cerca. Y entonces exploto en un llanto lleno de dolores, recuerdos, realidades.

No puedo vivir en este constante estado de pánico, siempre a la expectativa de qué va a hacerme Juaco a continuación, con la sensación de caminar sobre una cuerda muy fina a varios metros del suelo y sin red.

Quiero recuperar mi vida, mi libertad y a Noelia. No puedo seguir en este tiovivo de emociones ni acercarme a Aiden ni dejarme tentar con la promesa de tener un amigo de verdad. Mi marido jamás me lo permitirá.

Cuando me calmo, sé que no voy a renunciar con facilidad a esta posibilidad porque a pesar de mis intentos de mantenerme alejada de Aiden, poco a poco se ha colado en mi corazón despertando una ternura olvidada, encendiendo la luz de una ilusión, dejándome creer en nuestra amistad.

Hoy se retrasa. Llevamos tres semanas solos en la cárcel y sus visitas suelen ser bastante puntuales.

Llevo una media hora en la biblioteca esperando su aparición y empiezo a ponerme nerviosa. ¿Y si han vuelto a darle una paliza? Le he contado alguna información personal para que convenza a Juaco de sus avances, incluso me he permitido la licencia de cambiar mi expresión ante las cámaras para darle realismo a nuestra amistad.

Al fin aparece.

Respiro aliviada al descubrir la ausencia de nuevas marcas de golpes o algún rastro de una pelea reciente. Suelto el aire en una espiración profunda y siento cómo mis labios se arquean hacia arriba, componiendo una brillante sonrisa.

Me reprendo enseguida y borro el gesto. Es peligroso, no puedo permitirme algo así.

Con creciente inquietud miro a la cámara un par de veces de forma disimulada. Si Juaco descubre esa mueca la puede malinterpretar.

El pulso me tiembla, una pátina de sudor frío y angustiado recubre mi piel, y contraigo los músculos faciales en una expresión de terror al pensar en cómo por unos segundos he dejado atrás mi contención natural para sonreír sin tapujos.

Mostrar mis instantes de felicidad, aunque sea efímera, solo le da alas a mi marido para encontrar nuevas formas de destrozarme.

Nunca tiene bastante. Necesita mostrar en todo momento quién dirige los hilos de nuestras vidas degradándome hasta convertirme en una masa de ansiedades, dolores y desesperación.

No puedo darle munición y menos con Aiden.

Cuando ocupa un sitio a mi lado apenas le hablo y lo poco que le digo es gruñendo, con una expresión huraña, como si me molestara su presencia.

—¿Qué te pasa hoy? —pregunta molesto tras veinte minutos—. Pareces inquieta.

—¿Dónde estabas?

—Con tu marido. Me ha visitado para interrogarme acerca de ti. —Sus labios muestran una sonrisa sincera—. Parece que al fin he pasado la prueba. Me ha felicitado y todo.

—Me alucina que no lo veas venir —suelto con rabia—. Tiene un plan para destrozarnos, estoy segura y me da muchísima rabia no conocer sus intenciones. Aunque no tengamos ni idea de qué busca, sé que solo puede salir

algo malo de esto. Será mejor dejarlo enfriar antes de que venga su estocada letal.

—Decidimos ir a por todas, ¿recuerdas? —Sus dedos rozan los míos con disimulo y aguanto la respiración intentando retener el gemido que vibra en mi garganta—. Buscaremos la forma de vencerle, lo conseguiremos.

—Me has demostrado ser diferente a como te imaginaba al principio. —Sus manos recorren el espacio que nos separa para coger las mías. Mis labios tienen vida propia, se arquean hacia arriba, sonríen y se iluminan. Al darme cuenta de mi gesto aparto con rapidez las manos y siento cómo la ansiedad se apodera de mi cuerpo. Levanto la vista hacia la cámara apartándome mucho de Aiden—. No puedo arriesgarme, sería un error perverso porque conozco a mi marido. Nunca da nada sin pedir su recompensa y suele ser muy dolorosa.

—Estoy dispuesto a pagar el precio. —Sus pupilas refluyen con un brillo especial mientras me suplican que me mantenga cerca—. No me apartes de tu lado. Odio la soledad.

—Lo siento. —Me levanto luchando con todas mis fuerzas para mostrar una expresión dolida—. Él acabará interviniendo. No quiero cargar con tu caída.

—Zofia, quédate.

No me giro ni le hago caso ni le respondo mientras voy en busca del guardia para irme a celda. Poner distancia es la mejor forma de seguir respirando ambos.

Si Juaco ha visto ese roce, mi expresión feliz, esos instantes en los que me he permitido soñar con un futuro alejado de él...

El resto de la tarde lo paso leyendo. Cuando dejo de hacerlo, mi mente se interna en una vorágine de ansiedades que no deseo encarar, así que me sumerjo en el interesante mundo de una pareja a punto de vencer la última dificultad para estar junta.

Es tan bonito vivir este tipo de aventuras...

Antes pensaba que hacerlo sería doloroso, pero he descubierto la fuerza de una buena narración, cómo los sentimientos de ese romántico y turbulento camino hasta por fin estar unidos me llena de ilusión porque destapa una esperanza latente de deshacerme de mis cadenas algún día. Y si no lo consigo, siempre me quedarán los libros.

Paso una muy mala noche. En medio de una tormentosa pesadilla donde Noelia se marcha lejos y no puedo volver a verla, la presencia de Aiden me calma de una forma extraña. Aparece caminando hacia mí cuando me estoy

derrumbado, con esa sonrisa torcida que le he visto pocas veces, y logra que mis lágrimas dejen de convertirse en desgarros del alma.

Su presencia irradia serenidad, ilusión, alegría.

Por la mañana me informan de que mi marido me espera para uno de los horribles vis-a-vis. Cada vez que me toca me siento morir. Desde hace un tiempo mis reacciones son peores, me es más difícil ignorar la realidad y fingir para evitar un castigo mayor.

Cierro los ojos y espiro con fuerza antes de seguir a la guardia por el pasillo.

Ojalá pudiera echar a correr y escaparme para siempre. Daría lo que fuera para tener esa posibilidad siempre que Noelia viniera conmigo.

Su falta me ahoga, llevamos casi cuatro meses sin vernos. Necesito conseguir una visita de una vez por todas y mi única salida para ello es mantener mi coraza durante el encuentro.

Juaco me espera en la celda con paredes que nos ocultan del exterior. Hay una cama, una mesa, una silla y un baño. Es un lugar exento de adornos o de detalles que puedan otorgarle una mínima sensación de intimidad. Es fría y atroz para mí. Como mi marido.

Su sonrisa me alcanza como si fuera la punta de un látigo, sin embargo me obligo a devolverle el gesto. Tras tantos años a su lado soy una experta a la hora de aparentar serenidad.

—Te he echado de menos. —Como siempre se aproxima para besarme con pasión—. Si no te hubieras empeñado en intentar escaparte compartiríamos nuestra vida como siempre.

—Déjame volver a casa, por favor —suplico.

—Cuando esté seguro de que no volverás a intentarlo.

Me trago las lágrimas, la ansiedad, el asco y me acerco para abrazarlo. Le gusta que tome la iniciativa porque le da la falsa ilusión de que le quiero.

—¿Cómo está Noelia? —susurro besándole.

—Solo pregunta por ti. —Siento sus labios recorrerme la piel y me estremezco—. Eres irremplazable, amor mío. Pero te vas a pudrir aquí una temporadita más, hasta que aprendas la lección. A mí nadie me abandona.

—Confía de nuevo en mí, Juaco. Por favor. —Le acaricio cómo a él le gusta, represento el papel de la solícita esposa con deseos de acostarme con él. Necesito convencerle, necesito salir de aquí—. Nunca más lo intentaré.

—Si pudiera creerte... —Me desnuda con ansiedad, como cada vez que me

posee y yo se lo permito, le doy permiso para poseerme, para volver a convertirse en mi dueño, para usarme a su antojo—. Cuento los días para tenerte en la cama conmigo. ¿Sabes cuánto te quiero? ¿Cuánto te echo de menos? Eres la única para mí, jamás encontraré a otra mujer como tú.

—Déjame volver a casa. Por favor.

Entra en mí y como cada vez simulo un deseo que soy incapaz de sentir.

—¡Joder nena! —Me estira en la cama y aumenta el ritmo—. Eres una jodida diosa del placer.

Cierro los ojos y mi mente perversa me trae un rostro prohibido. Es como si fuera él quien está en mi interior, como si pudiera reemplazar a Juaco, como si de alguna manera fueran sus labios los que me besan, su piel la que está en contacto con la mía, su cuerpo el que me posee.

Estoy a punto de susurrar su nombre porque desearía que fuera él y abro los ojos de golpe al comprender el alcance de ese deseo. Al hacerlo me encuentro con una sonrisa malvada en los labios de Juaco. No deja de moverse dentro de mí ni de mirarme ni de mostrar un brillo especial en sus ojos.

Cuando le llega la explosión finjo la mía como a él le gusta, pero sigo conmocionada con los acontecimientos, con mis deseos, con la sensación de que Juaco ha sido capaz de entrar en mi mente para descubrir el camino exacto de mis pensamientos.

—Esta tarde van a poner una película en el sociocultural. —Al terminar se coloca a mi lado sin dejar de acariciarme—. Es un título antiguo, pero muy interesante. Estoy seguro de que será muy educativa para ti porque te dará una visión muy realista de cómo podrías acabar si cruzas la línea de lo prohibido.

Capítulo 7

Aiden

Llevo mucho rato en la celda intentando dibujar en la libreta, pero mi mente no deja de analizar de forma frenética mi amistad con Zofia. Ella es la única ancla a la normalidad que tengo aquí dentro y no puedo renunciar a nuestros breves encuentros. Pero las últimas visitas de Juaco son un constante recordatorio a mi situación.

Si me dejo llevar, quizás acabe lamentándolo, pero Zofia se ha introducido demasiado en mi corazón para darle ahora la espalda. Y no sé cómo actuar, cómo darle la vuelta a nuestra realidad, cómo construir un puente entre nosotros.

Desde que la conozco, el recuerdo de Kate no me estruja tanto el corazón ni me impide sentirme más animado. Su mirada, su voz y su forma de mirarme me hacen sentir bien, me dan serenidad, quizás por eso, últimamente, he dejado de delinear el rostro de Kate de forma compulsiva y he regresado a mis orígenes, cuando creaba historias ilustradas en el papel.

Esa era mi vida entonces, mi pasión, el único futuro al que aspiraba y del que llevo más de dos años huyendo porque necesitaba alejarme de cualquier motivo de recuerdo. Kate era el motor para mi creatividad, la única con una sonrisa capaz de eclipsar los obstáculos, mi cómplice en ese alter ego que cree con su ayuda y que se ganaba bien la vida como ilustrador.

Joss Lewis.

Muchas veces echo de menos regresar a esa rutina, a pesar de no firmar con mi nombre, era una forma perfecta de expresar mis ideas, conseguía darme libertad, ilusión, felicidad.

Cuando llegó la hora de despedirme de Kate dejé atrás esa vida, mis amigos, la familia. Todo. Desaparecí. No le permití a nadie acercarse ni ayudarme a superar la pérdida ni entrar en mi espacio. El dolor arrasó con

cada resquicio de mi alma y era incapaz de compartir esa pena, explicarla o hacerle frente.

Me convertí en un receptáculo estéril de emociones. Las escondía bajo litros de alcohol, me emborrachaba para olvidar y apagar los sentimientos y pasé un año nadando a la deriva.

La noche en la que renací, lo hice tras pegarle una paliza a uno de los desgraciados que arruinaron mi prometedor futuro con Kate. A pesar de la falta de entrenamiento y de mi baja forma física, la rabia actuó como un detonante para destrozarle la cara y mandarle al hospital. Incluso activó la adrenalina lo suficiente para hacerme huir a tiempo del lugar de los hechos.

Ese fue mi instante de lucidez, el que me llenó de ira, de deseos de venganza, de una nueva y colosal fuerza interior capaz de devastar las ansias de alcohol para darme una razón poderosa para vivir.

El odio es una energía poderosa, lo suficiente para ofrecerme un propósito.

Desde ese despertar a la ira no había sentido la necesidad de calmarme. Solo me empujaba el rencor, la furia y la venganza. Esas emociones eran como un motor para arrasar con todo a mi paso y solo me permitía la tristeza a solas en mi habitación, frente a la libreta que antaño se llenaba de mis creaciones y en esos instantes solo atesoraba el rostro de Kate.

Jamás pensé en volver a crear. Tras perderla solo me quedó el dolor, la tristeza, la desolación de los recuerdos.

En cambio ahora siento resurgir en mis venas esa inspiración del pasado, esas cosquillas en las puntas de los dedos al desear coger el lápiz para deslizarlo sobre una lámina vacía y darle vida a esos personajes que inundan mi mente.

Y en medio de esa vorágine de ideas, siempre está la mirada de Zofia, sus ojos negros, esa ventana a su interior que me ha mostrado en contadas ocasiones, sus palabras, nuestras breves conversaciones.

Hoy no voy a ir a la biblioteca ni a acudir a nuestra cita diaria ni a dejarme llevar por esa emoción de contarle retazos de mi vida sin ahondar demasiado en ella. Me gusta revivir mi juventud, los años de ilusiones, las mañanas de domingo en familia, mis primeros combates. Pero soy incapaz de hablarle de Kate, de mi pasión por ilustrar, de lo sucedido la noche en la que cambió mi destino.

Es curioso como a veces mi mente funciona con el piloto automático a la hora de decidir hasta dónde voy a darle de mí. Porque hay partes dolorosas que guardo bajo llave, recuerdos preciosos que no comparto con ella y otros demasiado pesados para darles una dimensión real al explicarlos en voz alta.

Esta tarde nos han propuesto la emisión de una película en sociocultural, un salón de actos con capacidad para doscientas personas, donde a veces proyectan *films* para los reclusos. Es uno de los pocos lugares donde convivimos hombres y mujeres, aparte de la biblioteca.

Mientras el salón está parcialmente a oscuras nos separan por sexo, cada uno a un lado de la sala, pero eso no quita que algún recluso se deslice entre las butacas para hacerle una visita a una de las chicas.

Para mí es uno de los lugares más calientes de la prisión porque en la biblioteca, a pesar de compartir el espacio, la potente luz y los funcionarios que recorren el perímetro impiden cualquier tipo de contacto íntimo, en cambio, durante la proyección de una peli en el sociocultural, la penumbra propicia encuentros fugaces.

Juaco me ha ordenado asistir a la proyección. Me encantaría poder negarme y decidir con libertad sobre mi vida, pero tiene demasiados datos jugosos sobre mí y siempre me pesa esa amenaza contra mi familia. Así que me anoto en la lista de los asistentes a la película y ni siquiera miro el título.

A la hora prevista me uno a la fila dirigida hacia el salón de actos por cuatro guardias armados. Camino ignorando nuestra cita, intentando no pensar en ella y desbancar esa ira que me consume. La imagino esperándome en nuestra mesa y los deseos de devolverle hasta la última gota de dolor a Juaco me encoleriza todavía más.

Mi mirada recorre el lugar al entrar. La zona destinada a las mujeres es pequeña, nosotros las cuaduplicamos en número en esta prisión y en todas las de España.

La cárcel es un mundo de hombres.

Abro mucho los ojos al encontrarme con Zofia sentada en una posición un poco encogida en la parte destinada a las mujeres.

¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha decidido venir a ver la película? ¿Acaso Juaco tiene algo que ver? ¿Es una de sus maniobras?

La observo en silencio mientras sigo al resto de reclusos. Su expresión es angustiada, como si estuviera a punto de descubrir algo doloroso, y se

sorprende al conectarse con mi mirada, mostrando su absoluto desconcierto al descubrir que yo también he ignorado nuestra cita en la biblioteca.

Ocupo una silla con un incesante martilleo en la cabeza. Hay algo en la mirada de Zofia que me asusta, como si ella estuviera al borde de un abismo y no fuera capaz de encontrar ningún asidero que la sostenga arriba.

Y no me cabe la menor duda de que Juaco ha tirado de los hilos para propiciar esta situación. Su maquiavélica mente ha trazado un plan. Seguro.

Me gustaría abrazarla, prestarle mi hombro para descargar la ansiedad, ayudarla a encontrar su camino, convertirme en su ancla a la vida y a la felicidad.

Esa maraña de sensaciones me alcanza como si fuera una serie imparable de detonaciones en mi interior. No la conozco suficiente para desear convertirme en su protector y me asusta ahondar en mis pensamientos.

Porque Zofia solo es una posible amiga a la que apenas he tratado.

Pero sigo sufriendo con y por ella.

Esos ojos heridos de muerte son una espejo de mi alma devastada, a través de ellos accedo a un interior como el mío, a un corazón apenas cosido a puntadas traperas.

Quizás ese es nuestro nexo de unión, ese extraño sentimiento de cercanía que nos atrapa al conectarnos por la mirada, esos deseos que crecen en mi interior de compartir el tiempo con ella, de conocerla, de descubrir hasta el último de sus secretos.

—Buenas tardes. —Un monitor se coloca frente a la pantalla y nos hace callar con su tono grave. Sacudo la cabeza para deshacerme de los pensamientos sobre imposibles y prestarle atención. No puedo seguir ahondando en esas ideas, es demasiado peligroso—. Ha habido un cambio de última hora en el título de hoy. —Los silbidos se elevan entre las voces de protesta—. Vamos a proyectar *Revenge*, de Kevin Costner y Madeleine Stowe. Es una película de los años noventa.

El rictus de terror que de repente ocupa la cara de Zofia me alcanza. Parece angustiada, como si ese título le revelara algún dato difícil de asumir para ella.

Intento averiguar la razón de esa expresión aterrada, pero no tengo la más mínima pista de por qué ese título la encoge todavía más en el asiento y le llena los ojos de humedad.

Cuando las luces se apagan el argumento me tiene cautivado. La historia de

amor entre los protagonistas es preciosa, prohibida y demasiado complicada para avanzar en ella. Pero incluso con la amenaza de torturas infames, luchan contra el miedo para consumir esa pasión que les domina.

Ella es la mujer de un hombre poderoso, un mafioso con capacidad para destrozarlos. Él es uno de sus mejores amigos, el hombre que le salvó la vida una vez y con el que contrajo una deuda de honor.

Cada una de las escenas que les acercan me acelera el corazón y cuando llega la temida venganza del mafioso siento cómo me quedo sin respiración.

Es demasiado real, demasiado cercana a mi situación, demasiado macabra.

Pero cuando estamos a punto en el punto final y me enfrento a ese desgarrador momento es como si un puñal me perforara el alma. Al verlo me asaltan los recuerdos y me ahogo. ¿Cómo puede una película mostrar un paralelismo tan cercano a la realidad?

Kate.

Las lágrimas pugnan por saltar de mis ojos, siento cómo me desintegro, cómo regreso a esa noche maldita, cómo la pierdo de nuevo. Es como si el personaje interpretado por Kevin Costner fuera un reflejo de quien fui yo en ese instante y Madeleine Stowe se convirtiera en mi Kate.

Mi corazón vuelve a romperse en mil pedazos de ansiedades y dolores.

Paso cerca de cinco minutos quieto, con la mirada en la pantalla llena con los títulos de crédito. Apenas me percató de que las luces vuelven a estar encendidas ni escucho las palabras de los guardias ni soy capaz de levantarme para seguir a mis compañeros.

La necesidad de conectarme con Zofia con la mirada me alcanza. ¿Estará ella al corriente de mi pasado? ¿Se lo habrá contado Juaco?

Levanto la mirada y la encuentro sentada en la silla, casi igual de petrificada que yo. Sus pupilas se llenan de un miedo penetrante, como si la historia que acabamos de ver fuera de alguna forma una amenaza y, de repente, me desligo de la parte final para contemplar el nudo, la razón por la que la protagonista termina así.

Un jefe mafioso, poderoso, cruel. Su mujer. Y el amigo que le traiciona enamorándose de ella.

El recuerdo de las palabras de Juaco cuando me encargó acercarme a su esposa me muestra una realidad angustiada: «Tu único límite infranqueable es enamorarte de Zofia. Ella es solo mía».

¿Y si ha sido él quien ha elegido la película? ¿Y si quería advertirnos, de la

forma más cruel, de cuál será nuestro destino si le traicionamos? ¿Y si sus celos patológicos le impulsan a imaginarse demasiadas cosas en la situación? ¿Y si quiere verme sufrir acercándose a ella para arrebatármela después?

Zofia y yo solo somos amigos a los que todavía no se nos puede considerar íntimos. Hay demasiados obstáculos para abrirnos al cien por cien. Intentamos compartir nuestra soledad, encontrar una forma de avanzar en una relación demasiado precaria y peligrosa. Nos estamos conociendo, midiendo, buscando nexos en común.

¿Puede Juaco imaginar que hay más?

En varias ocasiones ha demostrado su perversa mente. Es retorcido, Zofia no se cansa de decírmelo. Y ella es su talón de Aquiles. La tiene subyugada, es como si fuera un objeto de su propiedad al que necesita atar corto, como si le diera miedo perderla.

Mi expresión refleja comprensión y ella asiente, como si acabara de meterse en mi cerebro para averiguar hasta el último de mis pensamientos.

No aparece al día siguiente en la biblioteca ni los dos sucesivos. Parece como si se la hubiera tragado la tierra.

Intento verla a las horas del patio al otro lado de la verja al tercer día sin noticias suyas, pero no hay rastro de ella.

Empiezo a preocuparme y no es por Juaco ni por sus amenazas. Es por Zofia. La echo de menos, siento que esta separación forzosa me parte el alma y no lo entiendo.

Desde la proyección de esa dichosa película siento algo extraño crecer en mi interior, algo demasiado complicado de afrontar sin ponerme a temblar.

Estoy confundiendo las cosas, seguro.

El encierro, la ausencia de amistades, la soledad, el recuerdo de Kate apagándose...

Es solo eso, una compilación de factores.

La proximidad de Zofia estas semanas ha sido un bote salvavidas en medio de la tempestad que asola mi vida y lo necesito para desafiar las aguas bravas que amenazan con hundirme.

Hacía tanto tiempo que no me acercaba a alguien...

Ella ha conseguido sacar a la superficie algunos de mis más recónditos sentimientos, me ha dado pie a volver a creer en mí, a sentirme libre para

abandonar la senda de la autodestrucción y a empezar a volar hacia una reconstrucción de mi persona.

Solo han bastado unas semanas de charlas intrascendentes para crear lazos de amistad.

Quizás era lo que necesitaba, acercarme a alguien, abrirme un poco, compartir los silencios. A veces basta con eso porque si los dos estamos rotos logramos entendernos sin necesidad de palabras, abrazar esa coraza de dolor que nos recubre y descubrir las ascuas de un corazón sangrante para hacerlas arder otra vez y darles vida.

Ya no recuerdo tanto a Kate como antes. Cuando cierro los ojos solo veo a Zofia, escucho su voz, revivo nuestras peleas verbales del principio y luego descubro los pocos instantes de debilidad en los que me ha mostrado su interior. En esos momentos su sonrisa eclipsa cualquier pensamiento negativo.

Me pregunto si es la razón por la que llevo sin dibujar desde nuestra última mirada.

¿Dónde está? ¿Por qué no aparece?

Es mi hora de biblioteca, la que espero con ansia cada tarde. Me levanto de la cama con rapidez al escuchar el sonido de la reja deslizándose hacia un lado para ir a su encuentro, aunque no aparezca, aunque sea una nueva tarde sin noticias.

—Tienes visita —anuncia el guardia sin mostrar ni un ápice de simpatía. Es el único que se defiende con el inglés.

—¿Quién? —Camino tras él intentando descifrar la respuesta y contando mentalmente si me va a quedar tiempo para acudir a mi cita.

No me contesta, se limita a conducirme en silencio hasta la sala de visitas y a dejarme frente al doble cristal a prueba de balas, en un espacio delimitado por paredes de melanina.

Frente a mí está Juaco, vestido con un traje chaqueta elegante y de marca, bien peinado, arreglado, pulcro.

Reprimo una mueca de asco. Odio que ese hombre me tenga en sus manos, su forma de sonreír con suficiencia, como si fuera el dueño del mundo, su mirada acerada, esa expresión llena de dureza. Y sobre todo odio saber que también es el dueño de Zofia.

Con un gesto alcanza el teléfono señalándome el mío con una inclinación de cabeza.

Le imito, descuelgo y me pongo el aparato en la oreja para escucharle.

—Veo que apenas has hecho progresos con mi mujer —dice a modo de saludo—. Espero que disfrutaras de la película el otro día. Sugerí su proyección porque a veces la realidad supera la ficción. Tu dulce Kate acabó así, en tus brazos.

—¡Cabrón! —mascullo—. ¿Qué coño sabes tú de Kate?

—Absolutamente todo lo que pasó. —Lo leo en su mirada, conoce hasta el último detalle de esa noche. Es como si un rayo acabara de alcanzarme al descubrirlo en el brillo burlón de sus pupilas, como si quisiera castigarme con su maldad—. Si hubieras pensado en una venganza más sutil no estarías aquí lamentándote. Los puños son una mala forma de castigar a la gente, hay métodos más eficaces.

—¿Cómo obligar a tu mujer a hacerse amiga de alguien para que la traicione?

—Es una forma de verlo. —Sonríe con desafío—. Necesito controlarla. Ya intentó dejarme una vez, no puedo jugármela de nuevo. Ella lo es todo para mí. Por eso te elegí para esta misión cuando descubrí lo de Kate. Solo una persona rota como tú puede entenderme.

—Yo jamás la obligué a estar conmigo. Entiendes el amor de una forma muy distinta a mí.

—Zofia me quiere, por eso nos casamos. —Hielo, eso es lo que desprende de su expresión y su mirada—. Y ahora necesita un amigo, por eso te he encontrado. Alguien como tú no puede volver a querer, estás jodido por culpa de lo sucedido con Kate, la venganza es tu único sostén a la vida. Eres perfecto para la misión.

—Ella no quiere saber nada de mí, lleva tres días sin aparecer en la biblioteca. No parece interesada en ser mi amiga.

—Dale tiempo.

—Quizás tu película la acojonó. —Le lanzo las palabras como si fueran dardos.

No conseguirá doblegarme ni ponerme a la altura del betún. Puede pisarme, pero no me voy a amedrentar con sus amenazas porque me da igual pasarme la vida encerrado, ya vivo en una prisión interna.

La mirada de Juaco se nubla un segundo al escucharme, pero con rapidez

vuelve a ser fría y letal, como si no pudiera sentir o, simplemente, consiguiera rebajar sus emociones hasta casi hacerlas desaparecer de su alma.

—Si te acercas demasiado a ella te voy a destrozar —suelta sin perder la sonrisa—. Pero si cumples con mi misión voy a darte a esos cabrones en bandeja. A los tres. Les hundiré, les humillaré y les haré pagar cada una de las decisiones que tomaron respecto a tu Kate esa noche. —Le brilla crueldad en la mirada—. ¿Escuchas sus gritos en sueños? ¿Revives esos momentos? Era una mujer luchadora, toda una guerrera.

—¡Hijo de puta! —Me abalanzo contra el cristal con acceso de rabia y lo golpeo con el puño.

Uno de los guardias me detiene cuando lo intento de nuevo. Juaco se ha levantado y se ríe a carcajadas que el cristal aísla.

—¡Cálmate! —me ordena el guardia—. O te mandaré a la celda de aislamiento.

Durante unos segundos forcejeo, pero cuando veo cómo Juaco vuelve a sentarse y su mirada me indica la necesidad de serenarme para escuchar sus últimas palabras me quedo quieto. La idea de pasar unos días sin salir al aire libre no me seduce y ahora la única opción válida para librarme del castigo es mantener la calma.

Una simple mirada de Juaco, con asentimiento de cabeza incluido, consigue rebajar la fuerza que el funcionario de prisiones ejerce en mi antebrazo.

—¡Está bien! —gruño con un movimiento brusco para deshacerme de la sujeción y me siento—. ¡Tranquilo!

—Coge el telefonillo —indica el guardia—. Si vuelves a ponerte violento, no te valdrá la influencia de tu amigo. ¡Esto es una jodida prisión! ¡Y hay normas!

Que tú te pasas por el forro cuando te conviene, pienso sin exteriorizar mis palabras.

—Veo que has captado mi advertencia —comenta Juaco con una expresión que me enciende hasta hacer bullir mi sangre—. Si consigues ganarte la confianza de Zofía os sacaré de aquí en una semana. He hablado con tu abogado y con el juez, no tendrás problemas para salir bajo una fianza que yo pagaré con gusto.

—¡No quiere hablar conmigo! —le espeto con rabia contenida—. ¡La has acojonado!

—Solo era una advertencia.

—Pues se la ha tomado muy a pecho.

—Mañana estará en la biblioteca para vuestra cita diaria. Los guardias seguirán permitiendo que os sentéis juntos a la mesa y va a estar receptiva. — Sus palabras parecen órdenes directas, imprime en ellas una aspereza implacable—. Habla con ella, consigue su confianza y asegúrate de que una vez fuera vais a seguir esa amistad y te llevaré a mi casa para cumplir con una venganza bien pensada.

Quiero replicar, lanzarle cuatro pullas a la cara, decirle que puede meterse su dinero, sus influencias y su casa por el culo, pero no me da opción.

Cuelga el teléfono, se pone en pie, le hace una señal al guardia y camina hacia un par de sillas a la derecha.

En mi camino hacia la salida la veo a ella sentada al otro lado. No me mira ni se mueve, solo se fija en su marido, en el movimiento que hace al empezar a hablar con ella y en su expresión.

Capítulo 8

Zofia

Siento su presencia, es como un vuelco en el estómago al oler ese aroma tan propio de él, al escuchar cómo sus pasos le alejan en dirección a su módulo y cómo susurra mi nombre sin apenas sonido.

Le he visto al entrar, enfrascado en una conversación con Juaco. Mi marido busca algo de él y no sé si podré pagar el precio esta vez. Aiden se ha colado en mi corazón con esa amistad que me ofrece y quiero aceptarla, necesito hacerlo, dejarle acompañarme en la soledad.

Pero desde la película me he mantenido apartada, intentando dilucidar si puedo arriesgarme a ser realmente la amiga de alguien sin despertar la ira de mi marido. Porque ese argumento y esa reveladora sucesión de acontecimientos de *Revenge* es una amenaza real, una demasiado importante para darle la espalda.

No pretendo enamorarme de Aiden ni de nadie, solo busco cercanía, un hombro sobre el que llorar y una espalda para descargar parte de mi dolor.

Solo eso.

Un amigo.

Juaco sonrío desde el otro lado del cristal mirándome con deseo.

Odio esa expresión, sus ojos chispeantes, esa posesión a la que me somete, sus ansias de tocarme, de hacerme el amor. Su cara me produce deseos de salir corriendo, de terminar de una vez por todas con esta existencia dolorosa, de no permitirle seguir anclado a mi lado como si fuera un lastre incapaz de desprenderse de mí.

¿Por qué capricho absurdo del destino le conocí hace tantos años? ¿Por qué me acerqué a él?

Si pudiera retroceder en el tiempo cambiaría muchísimas cosas. Era una ingenua, una niña deslumbrada por su riqueza, su poder, su magnetismo, su

belleza.

No ahondé en su interior, no escarbé en la luz para descubrir esa oscuridad que le caracteriza ni fui capaz de darme cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Y ya no hay vuelta atrás porque se ha convertido en mi marido, en mi carcelero, en mi pesadilla particular, una de la que me es imposible escapar.

Trago saliva alargando la mano para coger el aparato que me permitirá escucharlo a través del cristal y le miro sin traslucir mis sentimientos.

—Hola preciosa —saluda al descolgar el auricular—. Tenía muchísimas ganas de verte. Estar aquí fuera no es lo mismo sin ti.

—Yo también te quiero y te echo muchísimo de menos. —Fuerzo una sonrisa, como si estuviera ilusionada de volver a verle, y coloco la palma abierta sobre el cristal. No es el momento de mostrarme belicosa, por eso utilizo un tono de voz suave, cariñoso, lleno de matices irreales de amor. Y miento porque es la única manera de mantener intactas mis opciones de regresar a casa—. ¿Cómo está Noe?

—Preguntando por ti. —Su mano se coloca frente a la mía y puedo ver cómo se ilumina—. Estoy deseando perdonarte del todo, Zof. No aguanto aquí fuera sin ti. Es un infierno. Tú eres lo único importante para mí, estar separados me es muy difícil. —Su sonrisa se vuelve cálida, como si por un momento fuera capaz de sentir de verdad—. ¿Por qué lo hiciste?

Parece estar pasando por una de sus fases cariñosas poco frecuentes en él, pero hay que andarse con pies de plomo. Muchas veces esa ternura solo esconde una daga directa al corazón.

Me muerdo el labio inferior en uno de esos gestos que le ponen a cien y luego le mando un beso. Necesito convencerle de mi redención y de un deseo inexistente de volver a nuestra cama. Si lo consigo recuperaré mi libertad y volveré a ver a Noelia.

—Fue un error. Me enfadé contigo y no lo pensé. —Modulo la voz a una melosa—. Quiero recuperar nuestra vida. Perdóname. Por favor.

—Vas a tener que demostrarme mejor tu arrepentimiento. —Ya está ahí el brillo acerado en su mirada—. No me vale con cuatro palabras sueltas. Explícame qué te pasó por la cabeza para trazar ese plan. ¿No soy lo bastante bueno contigo? ¿Por eso querías dejarme?

Ese tono herido muestra cómo le afectó descubrir mis intenciones y esconde un conato de rabia. La dualidad de su carácter me descoloca a veces porque nunca sé cuál de sus dos caras le domina. Puede convertirse en un ser

emocional en algunos instantes, pero sin perder esa calculadora mente que le induce a mostrar su vena posesiva. Y yo soy ese bienpreciado que desea mantener a su lado sobre cualquier otra cosa.

—Te quiero. —Mentir es mi única baza en este instante porque no tengo una explicación coherente para mi intento de fuga.

¿Cómo voy a decirle que aborrezco nuestra vida en común?

—Necesito entenderlo, Zof —implora con la voz y con la mirada—. Dame una razón lógica para conspirar contra mí con uno de mis hombres. Querías dejarme llevándote a Noelia. ¿Por qué?

—Lo siento. —Necesito decirle algo lógico, una excusa creíble, pero llevo meses intentando dársela y no acepta ninguna—. Por favor Juaco, olvidémoslo y empecemos de cero otra vez.

—Si fuera tan fácil. —Aprieta los labios en un gesto lleno de una ansiedad que borra enseguida—. Sin ti mi vida no vale nada. Zofia, eres mi mujer, la única para mí y estar lejos de ti es doloroso. Necesito entenderte para seguir adelante.

Si él supiera lo que yo necesito no estaría aquí intentando desentrañar una razón poderosa para abandonarlo. Es tan egocéntrico que no está dispuesto a aceptar quien de los dos es el problema ni a mirar más allá de sus narices. Jamás me tratará como a una persona, para él solo soy una posesión demasiado valiosa para dejarla marchar. Y nunca sabré por qué me siente así.

—Haré lo que quieras. No aguanto más aquí dentro sin vosotros. —Utilizo un tono suplicante cambiando el foco de su atención porque no encontraré una explicación satisfactoria para él a mi intento frustrado de huida—. Por favor, sácame de la cárcel, déjame volver a tu lado.

—Mañana regresa a la biblioteca, gánate la confianza de Aiden y consigue que quiera trabajar conmigo. Hazte su amiga.

Niego con la cabeza reprimiendo como puedo el pánico ante sus palabras.

¡Maldigo la hora en la que me fijé en él!

—Vi la película —musito con la voz demasiado temblorosa. Necesito un esfuerzo monumental para controlarla—. No quiero malentendidos entre nosotros. Eres mi marido, estoy contigo y nunca permitiría que otro hombre te hiciera dudar de mis sentimientos.

Si los conociera de verdad, si pudiera traspasar la coraza con la que me revisto al estar con él, si descubriera mi odio y mis ansias de verlo pudrirse en un agujero como este el resto de su vida jamás me permitiría salir de aquí.

Pero siempre ha querido crearse mis palabras. Es en la única parcela de nuestra relación en la que tengo algo de ventaja. Su deseo de sentirse querido por mí es superior a la suspicacia y por eso es receptivo a mis mentiras construidas a base de la convivencia diaria durante muchos años.

—Lo sé. —Apoya la frente en el cristal—. Estamos hechos el uno para el otro.

—En mi corazón solo estás tú. —Imito su gesto diciéndole lo que desea oír—. Nunca te traicionaría. Eres mi hombre, Juaco. Ahora y siempre.

—Pues demuéstralo. —Vuelve a colocarse erguido—. Habla con Aiden, conviértete en su amiga, traérmelo a casa contigo.

—¿Por qué? —Abro mucho los ojos—. No lo entiendo.

—A veces no hace falta una razón. Es tu prueba, la única forma en la que vas a lograr convencerme de tu arrepentimiento. Acércate a él, cuéntale lo necesario para que confíe en ti, consigue que venga a casa con nosotros al salir de la cárcel y mantén tus sentimientos por mí intactos. —Una sonrisa glacial curva sus labios—. Haz lo necesario, pero nunca, jamás, traspases la línea prohibida o te juro que lo de la película será una mierda al lado de tu castigo.

—Está bien —acepto sin molestarme en volver a preguntarle sus razones para tantos despropósitos y tantas contradicciones. Es inútil hacerlo, él no me va a contar sus planes porque solo soy un instrumento para lograrlos y solo conseguiría cabrearlo—. Lo haré. Si eso es lo que necesitas para volver a confiar en mí no voy a escatimar en recursos para conseguirlo. —Su expresión muestra impaciencia. Debo añadir unas palabras que me perforan el alma. No me gusta mentir con esta dolorosa sensación de caer en una trampa mortal, pero es la única forma de conservar algo de mi vida, de luchar por regresar a casa con Noe—. Yo jamás me enamoraría de otro porque estoy enamorada de ti, Juaco.

—Te quiero, Zof. No puedo esperar ni un segundo más para tenerte en nuestra cama cada noche. —Sus ojos brillan de deseo—. Si me obligas a castigarte también sufrimos Noelia y yo. No vuelvas a fallarme.

—Yo también te quiero. —Solo deseo llorar, pero le muestro una expresión acorde con esa confesión de mentira—. Te necesito. Siento de veras lo que hice. Me volví loca, tuve un momento de debilidad y pensé... ¡No sé en qué estaba pensando!, la verdad. Por favor, déjame regresar a tu lado.

—Volveré.

Se despide de mí con un beso en el cristal.

De regreso a mi celda analizo la conversación, sus miradas, sus palabras. ¿Qué quiere demostrar acercándose a Aiden? ¿Por qué nos obliga a hacernos amigos? ¿Qué hay detrás de ese interés? ¿Qué necesidad tenía de proyectar esa película?

Juaco no hace nunca nada gratis, tras de sus actos se esconden intenciones y no puedo dejar de darle vueltas al argumento de *Revenge*, a la mirada de dolor de Aiden cuando miraba la última escena, a cómo me afectó conocer la elección de mi marido, a cómo ha intentado acercarme a él para llevarlo a nuestra casa.

Paso la noche inquieta. Las pesadillas me asaltan más de lo normal y a pesar de mis intentos por mantener un sueño profundo me despierto en repetidas ocasiones empapada en sudor y temiendo la oscuridad.

La mañana me pasa bastante lenta. Estoy inquieta, demasiado para no sentir el peso de los acontecimientos y de unos sentimientos extraños e intensos que cercen en mi corazón al pensar en Aiden.

Es un hombre brusco, agresivo, dolido, roto. Pero es una de las pocas personas capaces de mostrar sinceridad ante sus palabras y sus actos. No intenta engañarme ni intimidarme ni hacerme daño. Ha confiado en mí, me ha dicho la verdad sobre Juaco y me ha tratado bien a pesar de sus arranques airados.

Apenas soy capaz de comer a la hora del almuerzo, tengo el estómago contraído por las dudas y la ansiedad.

Nado entre aguas pantanosas. Si quiero regresar a casa debo encontrar el equilibrio entre la petición de Juaco y mi conciencia. Porque no quiero traicionar a Aiden, se está convirtiendo en una persona demasiado importante para mí y la idea de fallarle me destroza. Pero tampoco puedo renunciar a mi libertad controlada.

A la hora de encaminarme hacia la biblioteca todavía no tengo claro cómo actuar con Aiden. ¿Le cuento la verdad? ¿Le abro mi corazón? ¿Le permito conocerme? ¿Acepto su propuesta de acabar juntos con Juaco? ¿O me limito a ofrecerle cuatro trazos sobre mi vida sin ahondar demasiado para camelármelo?

Me gustaría tener autonomía para decidir sin sentir una losa de miedo aplastarme los pulmones.

Aiden podría ser un aliado perfecto. Pero ese pensamiento en sí ya me da

miedo porque mi marido es inteligente, ha de haber previsto todas las posibilidades y podría esperar algo así. Es típico de él, darme un tronco al que asirme para resquebrajarlo después sin importarle cómo me hundo más y más en la desesperación.

Al entrar en la biblioteca le veo sentado con la atención supuestamente puesta en un libro, pero no tardo en descubrir el brillo de sus ojos desviarse de forma disimulada hacia mí.

He de hacer un esfuerzo para obligarme a caminar sin parecer nerviosa. No quiero darle pistas a Juaco de mi estado anímico.

El corazón se me dispara mientras camino a su encuentro. Y siento cosquillas en el estómago. Estoy ansiosa porque no tengo claro cómo actuar, por eso cuando más me acerco más inquietud siento.

Debería calmarme o voy a estropearlo todo.

—¿Juaco te ha pedido que vengas y tú solo cumples sus órdenes? —me espeta con rabia cuando ocupo la silla a su lado y abro mi libro—. ¿Es eso? Porque no me explico tus razones para no aparecer por aquí en tres días.

—Quiere que me haga tu amiga. —Las palabras brotan de mi interior con una implacable sinceridad. Es como si todas las dudas acabaran de disiparse para encontrar una vía directa a desnudar mi alma ante él—. Pero estoy acojonada, Aiden. Esa película... Juaco tiene una mente muy retorcida, es imposible saber qué espera de nosotros y por qué nos puso *Revenge*.

—A mí me ha pedido lo mismo. Es muy extraño.

Ambos nos quedamos un segundo mirándonos en silencio, pero no tardamos en darnos cuenta del peligro de continuar con ese gesto y rompemos la conexión lo más rápido posible.

—Juaco siempre tiene razones ocultas para pedir algo —admito obligándome a fijar la vista en las páginas—. La película, su salida de la cárcel, su petición... No vamos a poder evitar lo que tiene planeado y será doloroso para los dos. Le conozco. Nos destrozará tarde o temprano.

—¿Cómo puedes vivir con alguien así?

Fingimos estar inmersos en la lectura durante unos tensos minutos. Las dudas vuelven a acosarme, no sé si puedo confiar en él, si debo hacerlo, si esta serenidad que siento a su lado es positiva o puede acabar de hundirnos en la miseria.

Contarle mi verdad, explicarle cada una de las situaciones pasadas, la coacción de Juaco, su intención de retenerme para siempre a su lado, la

existencia de Noelia, mi historia completa... No sé si es una buena idea o puede acabar con la poca entereza que nos queda.

—¿Qué tiene para obligarte a obedecerle? —contraataco con una pregunta comprometedora—. No pareces un tipo que se deja coaccionar con facilidad. Ha de ser algo muy fuerte.

Levanta la mirada del libro para dedicarme una muy intensa. Se pasa la mano por el pelo, la desliza entre los mechones en un gesto nervioso, vuelve a posar las pupilas en las ilustraciones y suspira con suavidad.

—Me arrestaron por darle una paliza a un tío —admite con una expresión hermética—. Le partí la cara a hostias y lo volvería a hacer. Me costó casi seis meses dar con su paradero porque el muy cabrón había desaparecido de la faz de la tierra. Pero acabé encontrándolo y haciéndole pagar caro lo que me hizo. —Crispa los dedos sobre las páginas—. No era el primero ni va a ser el último. En Irlanda dejé a su compañero medio muerto y me di a la fuga.

—Y Juaco lo sabe todo —deduzco—. ¿Tiene pruebas?

Asiente.

—Piensa que si me amenaza con enviarlas a la policía va a acojonarme, pero no estoy aquí contigo por eso. —Sus ojos brillan con una luz especial—. Me da igual pasarme el resto de mi vida en la cárcel. Esos cabrones destrozaron lo más importante de mi vida y yo solo busco venganza. Es la única manera de sentirme vivo porque fuera de ese odio es como vivir en una oscuridad absoluta.

—¿Qué te hicieron?

Cierra los ojos, baja la cabeza y espira con mucha lentitud.

—Kate —susurra casi sin voz—. Me la arrebataron.

No dice nada más, se queda mirando la hoja del libro abierto sobre la mesa respirando demasiado rápido. Leo dolor en sus facciones, ansiedad, angustia. Es una sensación muy parecida a cómo yo me siento, como si reconociera en él la marca de la desesperación de estar encerrado en una existencia dolorosa.

—¿Tu mujer? —Miro instintivamente su dedo anular de la mano izquierda en busca de alguna prueba que confirme mi pregunta. El dedo muestra una fina marca más blanca justo donde debía llevar el anillo.

—Era mi mundo —contesta levantando de nuevo la mirada húmeda.

—El mío lo es Noelia. —La decisión de compartir con él esa parcela de mi vida es instantánea, como si nada evitara que le abra de par en par las puertas a mi alma—. Mi hija.

—¿Tienes una hija con Juaco?

Asiento tragándome la ansiedad.

—Tiene seis años y es lo más precioso que existe. —Inspiro recordando su sonrisa y lucho para no romper a llorar—. El castigo de Juaco no fue meterme en la cárcel, sino mantenerme alejada de ella. La echo muchísimo de menos.

—Por eso te casaste con él —concluye casi en un susurro—. Porque estabas embarazada.

—Tenía dieciocho años cuando ella nació y no me dejó alternativa. Pero Noe es lo mejor de mi vida y no me arrepiento de haberla tenido porque le dio sentido a esta jodida existencia, a lo sucedido con Juaco, a este matrimonio de mierda. Cuando la tuve en brazos por primera vez supe que lo arriesgaría todo por hacerla feliz.

Nos callamos asimilando el peso de las confesiones, aunque no son demasiado profundas y solo delinear la superficie de los sucesos. Hay más en su historia acerca de Kate y un sinfín de connotaciones en mi pequeña explicación de la existencia de Noelia. Pero todavía es pronto para ahondar en las emociones.

—Juaco quiere que me haga tu amigo para saber si planeas dejarle de nuevo —dice de golpe, mirándome con una intensidad demasiado difícil de asumir sin ponerme a temblar—. Me ha prometido una venganza a la altura si lo hago.

—A mí lo único que me importa ahora es volver a abrazar a mi niña. —Chasqueo la lengua con una aceleración de mis latidos.

—Pues vamos a darle lo que quiere y a descubrir sus razones para hacerlo.

Esas son nuestras últimas palabras, unas que sellan esa amistad deseada por mi marido y que un sexto sentido me advierte va a llevarnos a cavar una tumba demasiado profunda para salir a flote algún día.

Pasamos el resto de la tarde haciendo ver que leemos, sin hablar, en un silencio inquieto que aviva la electricidad formada entre nosotros.

Por la noche no dejo de dar vueltas en la cama, con la sensación de haber abierto la caja de Pandora, de estar ante una bomba de relojería a punto de explorar cuando menos me lo espere.

Y en medio de los sueños revueltos aparece la mirada de Aiden, su cuerpo, su voz, su presencia. Le escucho pronunciar el nombre de su mujer. Kate. Y me duele. Es como si esas cuatro letras me destrozaran, como si no fuera capaz de admitir su existencia.

Capítulo 9

Aiden

*P*aso la noche repasando los pocos datos de los que dispongo, dándole vueltas a la situación, buscando una explicación coherente a la forma de actuar de Juaco.

No es normal ese interés desmedido por unirme a su mujer ni la advertencia velada de la película ni su intención de llevarme a su casa, a su terreno, a su vida.

¿Qué pretende? ¿Qué busca? ¿Qué quiere?

Un millar de preguntas se suceden en mi cerebro con una necesidad imperiosa de hacer un croquis mental de sus pretensiones porque alguien como él no maquina sin ninguna razón poderosa detrás de cada uno de sus movimientos.

Está enamorado de Zofia. Aunque su manera de demostrarlo sea cruel, sus sentimientos son claros y no entiendo la necesidad de amenazar su ya precaria relación enredándome en medio. Puede ser una jugada maestra o explotarle en la cara.

Ha de haber algo más en su interés en mí, un motivo que no soy capaz de vislumbrar.

Es un hombre cerebral. No actúa acompañado de pasiones ni se aparta demasiado de la línea trazada para evitar cometer errores. Es inteligente. Mide cada uno de sus pasos al milímetro sin dejar huellas de sus intenciones. Y por una razón que no alcanzo a comprender me quiere en su vida.

Repaso una vez más los datos recogidos hasta el momento, pero no son suficientes para entender el plan maestro, ese que dirige Juaco llevándonos dónde quiere.

A las tres de la noche caigo en un duermevela nervioso. En mis pesadillas descubro una sombra oscura planeando sobre mí. Es una mano con un puñal

que se proyecta en la pared cercana y amenaza con destrozarme.

Los recuerdos fragmentarios de mi última noche con Kate se presentan como piezas desperdigadas de un puzle lleno de ansiedades. Y como sucede cada noche la presencia de Zofia consigue barrer cualquier atisbo de dolor para llenar la escena de sensaciones olvidadas, casi vedadas para mí.

Al despertar siento cada una de esas emociones impregnando mi piel.

Me desprendo de ellas con una furiosa necesidad de apartarlas de mí, de aniquilarlas, de dejarlas en el olvido para siempre.

Le conté a Zofia cuatro rasgos de lo sucedido con Kate y ella también delineó unas puntadas del complicado tejido de su vida con Juaco.

Necesito saber más, conocer la parte oculta de esa realidad, descubrir los matices y las razones por las que acabó unida a alguien tan despiadado.

Cada vez que los imagino juntos una corriente de alto voltaje me recorre las terminaciones nerviosas encendiéndolas, convirtiéndolas en un receptáculo de la mayor ira conocida en mi vida. Deseo partirle la cara, alejarlo de ella, pisotearlo, obligarlo a ver cómo se despeña por un acantilado de bodes pronunciados.

Descubrir la existencia de su hija me ha dejado descolocado. Anhele saber más, entender cuál es la historia escondida tras tanto dolor, porque a su lado no es una persona feliz.

Paso el día luchando contra esos pensamientos recurrentes. No puedo erigirme en el salvador de Zofia y, quizás, avanzar en el tortuoso camino de convertirme en su amigo esconde espinas demasiado afiladas para no desgarrarme la piel.

Sin embargo, quiero hacerlo.

Intento sin demasiado éxito rebajar las connotaciones de esas ideas que brotan en mi mente como si fueran un campo de amapolas en primavera.

Es peligroso. Y una auténtica locura. Mi corazón está roto, desgarrado, hundido. Es incapaz de latir a toda potencia otra vez.

Debería apartarme de Zofia, olvidar a Juaco, permitirle que use las pruebas en mi contra y resignarme a una vida en prisión. Esa sería la actuación más inteligente, pero no puedo exponer a mi familia y estoy convencido de que Juaco no amenaza en balde.

Por la tarde pongo rumbo a la biblioteca sin tener todavía claros mis siguientes pasos. Una voz cada vez más fuerte grita en mi cerebro la necesidad de dar media vuelta, de no involucrarme más en este asunto, de no volver a

mirar a Zofia a los ojos, de no desear conocerla hasta considerarla parte de mí.

Pero sigo caminando con decisión, entro en el recinto y mis ojos la encuentran.

Lleva el pelo recogido, como de costumbre, en un moño mal hecho sobre la coronilla. Algunos mechones se sueltan a esa precaria sujeción y atentan contra su rostro pálido y perfecto.

Recorro la delicadeza de sus rasgos sintiendo cosquillas en mi cuerpo, como si esa visión me alterara. Me detengo en esos labios perfilados con un carmín muy rojo, muy vivo, muy intenso.

Ella levanta la mirada con una lentitud que me acelera el corazón. Al posarse en los mis ojos los suyos transmiten ilusión, emoción, esperanza.

Me enciendo. Es como si esa ventana a la felicidad olvidada consiguiera introducirse por los poros de mi piel para recorrer cada pedazo de mi cuerpo y llenarlo de una corriente de ansiedad, necesidad, anhelo.

No debería avanzar hasta la estantería, alcanzar un volumen cualquiera, sentarme a su lado y abrirlo. La única manera de protegerme es salir corriendo, alejarme del peligro, olvidar su existencia y someterme a los designios de mis decisiones.

Eso sería lo correcto.

Sin embargo, nada me impide abrir el libro sobre la mesa y permanecer a su lado.

—Háblame de ella —solicita con una mirada triste—. De Kate.

—Nos conocimos en el instituto. —Coloco las manos sobre la mesa y levanto la vista hacia algún lugar indefinido que me conecta con mi pasado—. Es la clásica historia, de esas con poco interés por la repetición de patrones, pero no deja de ser la nuestra y la adoro.

—¿Chico malo con chica buena? —Sus ojos contienen chispas de interrogación cuando al final permito a mis pupilas contemplarlos.

—Algo así. —Sonrío con melancolía—. Mi padre es un campeón de boxeo, en Irlanda y fuera de ella. Me crie en ese mundo, siempre viviendo en los *rings*, viendo la violencia, sintiéndola, entrenando. Eso me moldeó de una forma un poco ruda.

—Solo entendías el lenguaje de los puños.

Es como si me conociera y pudiera descubrir cada recodo de mi alma, porque sus palabras son certeras, descubren los huecos ocultos en mi

explicación.

—No es difícil deducirlo. —Asiento y vuelvo a perderme con la mirada en esa maraña de instantes de mi pasado—. Mi hermana y yo nos pasamos la niñez acompañando a nuestro padre a las competiciones. No teníamos a nuestra madre, se largó cuando era un crío y nunca supimos más de ella. Abigail y yo crecimos con una idea diferente de la vida que nuestros compañeros.

—Es triste perder a una madre así.

—Nos dejó. Eso no es triste, es de hija de puta. —Escondo la rabia que me produce pensar en ella apretando los puños contra la tela de mis vaqueros bajo la mesa—. Jamás me ha interesado conocer más datos acerca de ella ni siquiera saber cómo era. Mi padre quemó todas las fotos y jamás nos ha hablado de su pasado. Tras su desaparición, fue como si nunca hubiera existido. Y lo prefiero así.

—Mi padre murió cuando tenía doce años —explica con un suspiro triste—. No teníamos mucho, pero éramos felices. A veces retrocedo con la mente a mi vida en Polonia, a ese piso pequeño y roñoso, a cargo de unos padres maravillosos y lo echo de menos. —Cierra los ojos para dejar escapar una lágrima suelta. Al abrirlos reflejan una pena insondable—. Nunca me ha interesado la riqueza ni la posición. Creo en la felicidad construida a base de cariño, en quererse unos a otros para regalarse un tipo de moneda diferente al dinero.

—Pero te casaste con uno de los tíos más poderosos del país.

Asiente con pesar. Mira un segundo a la cámara con miedo, pero enseguida se gira hacia mí, se muerde el labio entrecerrando un segundo los ojos y espira con fuerza.

—La muerte de mi padre nos dejó muy tocadas, tanto a nivel emocional como monetario. —Levanta las pupilas hacia el techo, como si no pudiera mantener el contacto visual con las mías mientras desnuda una parte de su alma—. Mi tía había emigrado a España el año anterior, era la única familia que nos quedaba. Una vez en Madrid había encontrado trabajo de limpiadora en una casa bien, tenía un buen sueldo, alojamiento, comida... Ella le consiguió un puesto a mi madre en casa de los Mora que incluía vivir allí, en una habitación que podía compartir conmigo.

—Tu historia también es un cliché.

Se permite una sonrisa de verdad, aunque esconde una pena ansiosa y

dolorosa.

—No somos nada originales. —Me guiña un ojo en un intento de rebajar la carga emocional de su relato—. Aunque a pesar de ser historias típicas no dejan de ser muy nuestras. Me molesta cuando la gente generaliza y se queda solo con la falta de originalidad, porque en cada una de las historias de los demás hay rasgos característicos y muy propios de cada situación y, a pesar de ser parecidas, no todos las vivimos de igual forma.

—La singularidad está en cómo sentimos.

Inspira una bocanada de aire y crisper los dedos sobre la mesa antes de dedicarme una mirada profunda que habla de muchos sentimientos callados.

—El principio es típico, pero el final... —Contrae los músculos faciales en una mueca tan triste que me parte el corazón—. Al conocerlo, Juaco me deslumbró. Era el hijo mayor, un chico fuerte, carismático, inteligente. Sabía hablar varios idiomas con soltura. Su madre es inglesa y les habla desde niños en ese idioma. Iba con sus hermanos a un colegio bilingüe y era una fiera a la hora de estudiar. También era un genio con los números y empezó a ayudar a su padre de muy joven. Me sentí atraída por él. Teníamos la misma edad, nos encontrábamos muchas veces por la casa y acabamos haciéndonos inseparables. Él consiguió que sus padres me pagaran su colegio, nos pusieron en la misma clase y no tardamos mucho en intimar. Jamás pensé que escondiera un corazón tan oscuro, en aquel entonces lo ocultaba muy bien. Y yo me dejé seducir por sus promesas, por su forma de tratarme, por su fingida delicadeza.

—A veces pasa...

—Si pudiera retroceder cambiaría todas mis decisiones. Todas. Porque cuando me di cuenta de cómo era Juaco en realidad fue tarde. Hizo lo inimaginable para retenerme a su lado y los indicios de que era un capullo manipulador se hicieron evidentes en sus maquinaciones. Nuestra relación llevaba mucho tiempo en un terreno pantanoso por culpa de sus celos patológicos, de su forma de aislarme de los demás, de demostrarme siempre su intención de quererme solo para él. Pero cada vez que le dejaba buscaba una forma de retenerme. Primero fue la amenaza de despedir a mi madre y dejarnos en la miseria, después me quedé embarazada y ya no hubo marcha atrás.

—Era una relación tóxica.

—Todavía lo es.

Durante unos segundos se queda callada, con una expresión de dolor demasiado profunda para resistirla sin desmoronar mis defensas. Miro a ambos lados en busca de controlar las miradas de los guardias y de las cámaras, bajo mi mano y la oculto con la mesa para agarrarle la suya que está sobre su pierna.

—Solo tienes veinticuatro años —musito con mucha suavidad—. Aun tienes la posibilidad de escapar y mucha vida por delante para rehacerte de Juaco. Lo vamos a lograr. Juntos.

—Si fuera así de sencillo...

—Vamos a confiar en conseguirlo. Hemos de aprender a soñar.

Esas palabras me suenan demasiado grandes una vez las pronuncio. Los cuentos de hadas no existen, es imposible lidiar contra alguien como Juaco sin acabar herido y me cuesta entender la razón poderosa de mi cerebro para prometerle a Zofia con esa rotundidad que vamos a escapar juntos.

Juntos...

Es como si de repente la sombra de Kate acabara de desvanecerse para mostrar un futuro nítido sin ella. Y no puedo hacer eso, dejarla atrás, superar su marcha. Le debo mi memoria, mi corazón, mi existencia.

Los recuerdos de nuestra vida en común me bombardean sin piedad. Nos conocimos muy jóvenes, nos enamoramos un par de años después y nos convertimos en inseparables. A los veintidós nos casamos y a los veinticinco la perdí. Ahora, dos años después, no puedo olvidarla. Se merece mi amor para siempre.

—¿Te dejó? —La pregunta de Zofia me trae de vuelta a la biblioteca—. ¿Tu Kate?

—En muchos sentidos, así fue. —Asiento—. Pero no lo hizo voluntariamente. Nos queríamos muchísimo, con ella me sentía como si estuviera completo. Si hubiera podido elegir nunca se hubiera ido de mi lado.

—Murió. —No es una pregunta, es solo un susurro afirmativo que me recorre el cuerpo con un estremecimiento.

—La mataron.

Su mirada se llena de dolor, como si pudiera introducirse en mi alma para descubrir hasta la última gota de mi padecimiento.

Siento su mano cerrarse sobre la mía bajo la mesa y un calor reconfortante sube por mi brazo para caldear mi cuerpo congelado.

—Por eso le diste la paliza a ese hombre —afirma casi en murmullos—.

Querías vengarte.

—Solo la venganza y el odio conseguían darme una razón para vivir. Porque la de verdad había muerto en mis brazos esa noche. —Mis ojos se llenan de lágrimas—. Ellos no tuvieron piedad, la hicieron sufrir frente a mis ojos, me obligaron a verlo. No se merecen misericordia, han de pagar por sus actos.

No puedo seguir hablando, necesito unos segundos para rehacerme o me hundiré otra vez en ese pozo de desesperanza en el que me interné tras aquella noche.

Ella sigue cogiéndome la mano, acariciándola, mostrándome su cercanía. Y mi corazón se expande en el pecho, se contagia de su cariño, siente, bombea sangre a una velocidad demasiado vertiginosa y aprende a dar cabida a muchas emociones a la vez.

Me percató de que tengo los ojos cerrados, húmedos, tocados de muerte. Los abro despacio para perderme en sus pupilas negras, brillantes, llenas de promesas.

—Estamos jodidos —susurra—. Es duro enfrentarse a un pasado tan doloso. Pero hace un rato has dicho que escaparíamos juntos de él.

—Kate luchó con todas sus fuerzas. —Ignoro sus palabras porque ahora que he abierto las compuertas del pasado necesito contarlo todo, no guardarme ni una coma—. Estábamos en la habitación, durmiendo. Esa noche nos habíamos enterado de que íbamos a ser padres, estábamos muy felices. ¿Cómo podíamos imaginar lo que nos esperaba?

—Entraron en vuestra casa.

—Eran tres. —Asiento controlando como puedo la voz a pesar de las lágrimas que se empeñan en deslizarse desde mis ojos—. Forzaron la cerradura. No los oí. Nunca he entendido cómo es posible seguir durmiendo cuando unos cabrones han entrado en tu casa y caminan con sigilo hacia tu habitación. Me gustaría entenderlo.

Callo preso de mis sentimientos alterados.

—No fue tu culpa.

—Sí, lo fue. Si me hubiera despertado, si los hubiera oído, si lo hubiera sabido...

Me detiene agarrándome fuerte la mano. Con la otra me coge la barbilla para obligarme a mirarla.

—Quizás nada de eso hubiera impedido lo que pasó. —Su voz es poderosa porque me llega al alma—. No puedes proteger a todo el mundo. Eran

ladrones, irrumpieron en tu casa, te superaban en número. Deja de culparte por algo que se escapa a tu control.

—Ella gritó y eso me despertó. Teníamos unas pistolas apuntándonos. —Cierro los puños, aprieto los dientes y suelto una exhalación desgarrada—. Nos obligaron a levantarnos de la cama y a mostrarles donde estaban las joyas, la caja fuerte, el dinero. Se lo di todo, Zofia. Todo. Nuestra vida era más importante que cualquier objeto material. Pero ellos no tuvieron suficiente. Pensaban que había más dinero en la casa y la cogieron para golpearla mientras uno de ellos me sujetaba atado a una silla. —Mi mirada retrocede en el tiempo para sentir cómo me rompo otra vez en mil pedazos—. Quería protegerla, ayudarla, salvarla. Ella gritaba. Si hubieras escuchado esos chillidos... Todavía me visitan en sueños. No podía darles nada para calmarlos. No había más dinero en casa ni tenía nada con lo que negociar. La golpearon una y otra vez. El cabecilla parecía un hombre sádico porque se reía cuando ella y yo suplicábamos. Al final se convencieron de que les decía la verdad. Me soltaron, nos pegaron un tiro a los dos y huyeron dándome por moribundo. Pero resistí. No entiendo cómo ni por qué el karma decidió dejarme con vida. Me arrastré hasta ella, la abracé, la besé y lloré cuando murió entre mis brazos tras decirme que me quería. —Mi mirada se posa en Zofia—. Era mi mundo y no pude salvarla.

—No tenías capacidad para hacerlo.

—Después de eso, aparté a todo el mundo de mi lado, me di a la bebida, me fui de mi ciudad, dejé el boxeo, mi vida, todo. No podía mirar a la cara a su familia ni a la mía. Pasé una larga temporada en el hospital y prohibí las visitas, me aislé para no encarar mi responsabilidad.

—A veces reaccionamos como no deberíamos. —Curva los labios en una sonrisa de sincero cariño—. Estabas dolido, pero no puedes pasarte la vida culpándote por algo que no podías evitar. ¿Kate lo hubiera querido? ¿O preferiría que continuaras con tu vida?

—Era una persona muy dulce, jamás permitiría que me perdiera así. —Vuelvo a centrar mi mirada en la lejanía—. La policía me interrogó en el hospital. Los agresores no se habían cubierto la cara, recordaba cada uno de sus rasgos. Se los describí, expliqué hasta el último detalle. Pero los meses sumaron sin arrestos. Y yo cada día estaba más sumido en la miseria. Hasta una noche; fue como si el destino quisiera mostrarme un camino, porque al salir borracho de un bar vi a uno de los atacantes. Le reventé la cara, le

arranqué los nombres de sus compinches y escapé antes de que la policía apareciera. No entiendo por qué, pero no me denunció cuando le llevaron al hospital. Desde entonces solo he vivido para vengarme.

Capítulo 10

Zofia

*D*os días después de nuestras confesiones recibo una visita alentadora de los abogados que me representan. Juaco ha cumplido su promesa y me va a conceder la ansiada libertad porque de alguna forma ha conseguido exonerarnos a ambos de los cargos. Hay pruebas en contra de las presentadas en el momento de la detención y si todo va bien vamos a quedar libres de toda sospecha en breve.

Solo veinticuatro horas después me comunican la orden de liberación.

No deseo pararme a pensar en la torturada y diabólica mente de mi marido al concebir el retorcido plan que inició mi encarcelación porque solo quiero ser feliz, celebrarlo y buscar la parte emocionante de esta realidad.

Puedo irme a casa, ese es lo único importante en estos instantes.

Tras escuchar las indicaciones de los letrados corro a mi celda para preparar la bolsa con las pertenencias que acumulo ahí. Descuelgo las fotos de mi niña con una intensa emoción. Tiemblo. Parezco un manantial incansable de lágrimas de ilusión y apenas hago caso a esa vocecita interior que me anuncia las dificultades de enfrentarme de nuevo a mi vida con Juaco. No quiero escucharla ni aceptarla ni admitir la ansiedad de regresar a nuestra convivencia marcada por su asfixiante manera de quererme.

Una guardia me espera fuera mientras me visto con ropa cómoda, pero elegante. Debo parecer presentable cuando me encuentre de nuevo con mi marido porque la idea de empezar mal me aterra. Él es el único capaz de alejarme de mi niña y esta separación ha sido demasiado dolorosa como para repetirla cuando estoy a punto de dejarla atrás.

Me miro al espejo con el peine en la mano. Lo deslizo por el pelo con los pensamientos enredados en Aiden, en su historia, en los detalles personales

que ha compartido conmigo estos últimos días, con sus ojos varados en algún lugar del pasado y brillando con un resquicio de esperanza al contemplarme.

Lleva demasiados días apareciendo en mis sueños. Es como si se hubiera introducido en mi corazón para abrir una verdadera brecha en su interior, como si poco a poco ganara terreno hasta convertirse en una profunda muesca en él.

Cada una de sus confesiones nos acercan más. Le siento crecer en mi alma, ocuparla, llenarla con una emoción desconocida hasta este instante.

¿Puede la amistad producir esas extrañas sensaciones? ¿Es mi necesidad de calor humano la que me hace pensar en él a todas horas? ¿Desear su compañía? ¿Necesitar oír su voz?

No intento contestar a esas preguntas porque me asustan demasiado las respuestas.

Le he abierto las puertas de mi vida, le he dejado entrar, le he contado hasta la última migaja de mi desesperación. Y es cierto, el peso se ha repartido, pero también siento el suyo, ese amor sin barreras que le unía a su mujer, ese dolor intenso de perderla, esa sensación asfixiante de culpabilidad por no poder salvarla.

Cada vez que pienso en Kate me parto en dos. Imaginarla en sus brazos, hablando con ella, sintiéndola, abrazándola, haciéndole el amor... Es demasiado para mi endeble corazón. Lo convierte en polvo, lo desmenuza, lo destroza.

¿Por qué? ¿Cómo puede un recuerdo de él hacerme tanto daño?

Cuando tengo el pelo perfecto me doy la vuelta obligándome a borrar esos pensamientos, a no recordar unos sentimientos prohibidos e imposibles, a regresar a mi verdadera realidad.

Por fin voy a ver a Noelia. Estoy tan feliz que la sonrisa no se me borra de la cara.

Durante mi estancia en prisión Juaco se ha negado a traerla; su excusa era que no quería explicarle dónde estábamos por si la podía traumatizar.

¡Será cabrón!

Odio su forma de hacerme pagar mis fallos a la hora de huir y me siento muy culpable por la suerte corrida por su guardaespaldas, la única persona dispuesta a ayudarme en el pasado. Acabó despedido tras recibir una paliza descomunal.

Me paro un segundo frente al espejo con los sentimientos a flor de piel y dándome cuenta de que no puedo condenar a Aiden a algo parecido. Pensar en

abandonar a Juaco no es factible en un futuro cercano y prefiero mantener a Aiden lejos de nosotros para concederle la oportunidad de ser feliz.

Camino detrás de la funcionaria con mi bolsa y mis esperanzas de recuperar un vestigio de felicidad al lado de mi niña. Por un segundo valoro la posibilidad de escribirle una carta de despedida a Aiden antes de traspasar la puerta de salida, pero prefiero desaparecer sin mirar atrás, encontrar la forma de rehacer mi vida sin pensar en él o en lo que hemos compartido.

Juaco me espera a la salida, apoyado en uno de nuestros coches. Va vestido con un traje de marca, perfectamente peinado y arreglado, como si su paso por la prisión ya se hubiera desvanecido en el olvido.

—Estás guapísima, Zof. —Me abraza mientras su nuevo guardaespaldas se hace cargo de mi bolsa—. No veo el momento de quitarte la ropa.

—Tú tienes un aspecto increíble. No podía esperar ni un segundo más para verte. —Miento devolviéndole el beso—. Llévame a casa.

—Ahora mismo.

Sus besos me saben peor que otras veces. Me siento sucia, como si estuviera traicionando a mis verdaderos sentimientos y al cerrar los ojos veo una mirada que no debería recordar, escucho su voz, imagino sus manos tocándome en vez de las de Juaco...

Durante el trayecto me pone al día de unas cuantas novedades en el negocio y en la casa. A pesar de su intención de mantenerme siempre aislada de los demás le gusta compartir conmigo sus triunfos. Es como si esa egolatría de nacimiento hablara por él y necesitara mostrarse ante mí para intentar encandilarme.

Sonrío. Es la única forma de actuar con él si no quiero una pelea. Y no es el momento, no cuando Noelia está tan cerca de mis brazos.

—¿Puedo invitar a mi madre a cenar esta noche? —pregunto tras alabar sus proezas—. Hace tiempo que no la veo y a Noelia le gustará estar con su abuela.

—Llámalas. —No me creo que sea tan fácil, con él nunca lo es y menos cuando se trata de compartirme—. Así tendré más tiempo para estar a solas contigo. —Saca de su bolsillo mi teléfono—. Toma, te lo he cargado por si lo necesitabas.

Ignoro la repulsa que producen en mí sus comentarios y hablo con mi madre delante de él. Nunca me ha permitido usar el móvil sin su supervisión.

Controla cada uno de mis movimientos, lo tiene pinchado y si alguna vez descubre un paso en falso lo pago muy caro.

Los nervios se incrementan a medida que nos acercamos a casa. La idea de estar a solas con Juaco en la habitación sin límite de tiempo es una tortura. Pero por mi niña lo soportaré.

Una de las únicas ventajas de la prisión era la separación obligatoria.

Me hubiera gustado contarle a Aiden mi historia completa con Juaco porque se merece conocerla, saber el alcance de la realidad. Pero no encontré las fuerzas para hacerlo.

Hubo un tiempo en el que creí amar a Juaco. No entiendo cómo me dejé deslumbrar así por su presencia, por sus mentiras, por su falsa sonrisa.

Era una joven inexperta recién llegada a Madrid. Mi vida había sido pobre, pero feliz y plena. No estaba preparada para entrar en un mundo como casa de los Mora. Todo era nuevo y excitante para mí. El dinero no era un problema, no se escatimaba en nada a la hora de conseguir sus deseos y la casa era un sueño.

Mi madre y yo teníamos una habitación más grande que el piso de Polonia, dos camas espaciosas y cómodas, un baño privado, espacio para nuestras cosas... Y el jardín era el sueño de cualquier persona. Cuidado, lleno de flores multicolores, con rincones escondidos, una piscina, un invernadero...

Recuerdo cómo me alucinaba caminar por el exterior y oler los aromas de cada una de las plantas, descubrir nuevas variedades, nuevas tonalidades y las flores salpicando el paisaje con su aroma lleno de matices. Desde niña adoro la naturaleza, una de mis mayores pasiones es el invernadero que he reconstruido en el jardín de nuestra casa.

Al llegar a Madrid todavía era una niña de doce años incapaz de hablar ni una palabra de inglés o de castellano. Interpretaba la sonrisa de Juaco como un cumplido. Solía perseguirme en silencio al principio, ayudarme cuando tenía algún problema, acompañarme a la cocina en secreto para tomarnos un festín a escondidas de los demás.

Durante el primer año se dedicó a enseñarme español y a convertirse en mi sombra.

Tras luchar bastante consiguió que sus padres me matricularan en su colegio inglés carísimo y lo pagaran. Allí él se convirtió en mi salvador. Era uno de los chicos más populares del lugar, su palabra casi era ley, por eso cuando

varios compañeros empezaron a meterse conmigo por mi falta de modales y de dinero él me protegió.

Acabé besándole una noche de verano en un recodo de la piscina, amparados por las estrellas y la oscuridad de la hora.

Le quise. De verdad que le amé con todo mi corazón.

Quizás cambió después o, en esos instantes, solo me mostraba una cara de su personalidad porque en ese tiempo consiguió mi amor. Lo que tardé demasiado en descubrir fue que ese comportamiento tierno solo era para una parte de él, la que me mostró durante nuestros primeros tres años de relación, una que escondía la oscuridad anidada en su interior, esa sombra que poco a poco le convirtió en un hombre celoso, horrible, capaz de herirme demasiado.

A veces pienso que el Juaco del principio era el verdadero. Nuestros primeros tres años de noviazgo fueron perfectos porque, aunque él era poco cariñoso, no dejaba de demostrarme de mil formas su amor por mí y me trataba con cariño.

Pero al cumplir los dieciséis sufrió un cambio brusco. De repente toda su bondad se desvaneció, desapareció y se convirtió en una persona fría, calculadora, insensible. Fue al regresar de un viaje con mi madre a Polonia para acudir al entierro de un familiar lejano. Me lo pagaron los padres de Juaco y mi madre y yo nos ausentamos un mes para regresar a nuestra tierra, reencontrarnos con la familia, con nuestras raíces.

Fue un mes perfecto. Juaco no era tan controlador como ahora, sin embargo me extrañó su ausencia a partir del quinto día. No se puso en contacto conmigo, no me envió mensajes, no me llamó. Al principio pensaba que era porque quería darme espacio para mi momento familiar, pero cuando le llamaba se mostraba distante, ausente, como si algo le sucediera.

Al regresar a casa me informaron de que estaba en el hospital, había recibido un tiro en un atraco una semana atrás. Estaba en el lugar equivocado en un mal momento.

Me asusté.

Recuerdo cómo empecé a temblar, a sentirme culpable por mi ausencia, a reprocharme la felicidad de ese mes en Polonia.

Fui corriendo al hospital sin deshacer la maleta. Necesitaba verle, comprobar que estaba bien. El corazón estaba disparado cuando llegué, apenas podía contener las lágrimas de angustia. ¿Y si me habían engañado? ¿Y si su estado era peor de lo que imaginaba?

Mientras avanzaba por el pasillo varias imágenes grotescas desfilaron por mi mente, pero ninguna me preparó para la realidad. Juaco estaba en una cama, con una herida en un costado, sin máquina ni tubos conectados a su cuerpo. Tenía la mirada perdida en la ventana, sin nada para leer ni la tele encendida ni el móvil. Su expresión era dura, casi letal, como si hubiera perdido la suavidad de antes, como si su capacidad de sentir se hubiera solidificado en una capa de hielo.

Cuando me descubrió apenas me saludó. Se pasó una media hora mirándome en silencio, ignorando la batería de preguntas que disparaba sin detenerme.

—Si me traicionas lo vas a pagar con tu vida. —Esas palabras todavía me despiertan hoy por las noches. Fue una sentencia directa a mi felicidad, aunque entonces todavía no lo sabía.

A partir de ese instante cambió y convirtió mi vida en un infierno del que necesito salir. La relación con sus padres también se resintió. Les trataba con rabia y resentimiento, como si los culpara del atraco del que nunca hablaba. Se volvió controlador, obsesivo, airado. Poco a poco dejó atrás su antiguo yo, para abrazar uno maleado por esos nuevos sentimientos.

Tardó menos de un año en hacerse con el control del negocio de sus padres a pesar de ser un crío. Su forma de tratar a los demás se convirtió en un juego cruel para él.

Nunca sabré qué sucedió para dar ese cambio radical, pero a veces creo intuir su antiguo yo en una mirada, en un gesto, en una palabra.

Intenté dejarle unos meses después, tras interrogarlo para entender qué le pasaba. Tardé demasiado en darme cuenta del cambio de mis sentimientos por él a medida que me aislaba de los demás. Manejaba los hilos de mi vida a su antojo, me llevaba dónde quería y cuándo él decidía, me castigaba cuando miraba a otra persona o hablaba con alguien, me obligaba a estar a su lado a todas horas y se convirtió en un celoso patológico, tanto que hasta consiguió sacar a mi madre de la casa prometiéndole un sueldo vitalicio e instalarme en su habitación.

No he dejado de preguntarme cómo puede alguien cambiar así. Él siempre tuvo esa parte brusca, celosa, posesiva. Pero, tras mi viaje a Polonia, se incrementó hasta convertirse en algo obsesivo. No podía acercarme a nadie sin enfrentarme a sus crueles escarmientos.

Pensaba que podía largarme en cualquier momento. A medida que el tiempo avanzaba mi amor se desvanecía y en vez de ser feliz a su lado languidecía.

Un día hice las maletas para marcharme. Estaba a punto de cumplir los diecisiete, no tenía dinero y, a pesar de mi madre iba a perder su nómina si yo le dejaba, no podía continuar atada a un hombre como él. Ni a mí ni a mi madre nos importaba empezar de cero otra vez con tal de conseguir la felicidad, pero él me detuvo antes de salir por la puerta.

Fue la única vez en la que sus represalias fueron físicas. Me encerró en la habitación, no me dejó salir en una semana. Me traía comida, me abrazaba por las noches, me hablaba con dulzura, pero seguía sin dejarme salir.

—Mientras estés conmigo tendrás el mundo a tus pies —dijo una noche—. Pero si intentas dejarme otra vez voy a convertir tu vida en un infierno.

La semana siguiente me mostró su capacidad para cumplir las amenazas. De alguna manera consiguió involucrar a mi madre en una trama de trata de blancas. Tenía pruebas de una implicación ficticia, pero demasiado real a ojos de la policía. Prometió guardarlo todo en un sitio seguro si las cosas entre nosotros volvían a ser igual que antes.

Mi amor propio luchó por sobrevivir, pero las evidencias eran aplastantes. No podía condenar a mi madre por culpa de mi equivocación al permanecer demasiado tiempo al lado de Juaco. Mi decisión fue dolorosa porque arrasó con mi alma dejándola herida para siempre. Sin embargo debía salvar a mi madre o no podría vivir con las consecuencias.

Aunque acepté, seguía buscando la forma de salir de ese círculo de dolor. Intenté trazar un plan para recuperar las pruebas y largarme cuanto antes de ahí.

A las pocas semanas de volver a su cama me quedé embarazada. Mis esperanzas de dejarle alguna vez se esfumaron para siempre porque desde el instante que le di la noticia decidió casarse conmigo, convertirse en padre, ser mi pareja de por vida.

Si la naturaleza pudiera alterarse, pensaría mal de él porque siempre me ha parecido extraña esa casualidad. Él consiguió atarme todavía más, tenerme a su lado a pesar de mi creciente odio hacia su persona y doblegarme a su antojo.

El nacimiento de Noelia fue determinante porque, al verla por primera vez, supe que a partir de ese instante solo importaría su felicidad.

Mi relación con Juaco se ha hecho más asfixiante con el paso de los años, por eso hace unos meses decidí dejarle llevándome a Noelia. Me acerqué a su guardaespaldas, conseguí convencerlo de que me ayudara y trazamos un plan

que me parecía infalible, pero fracasamos y ahora vuelvo a estar en sus manos, como siempre.

La casa está tal como la recordaba. El jardín cuidado, el aroma de las flores de invierno invadiendo el exterior y colándose por alguna ventana abierta, la sobria decoración de los tres pisos, la actividad del servicio poniéndola a tono...

Mis suegros y mis cuñadas me reciben en la puerta con Noelia. Cuando la veo las lágrimas inundan mis ojos con una alegría demasiado intensa como para no llorar a viva voz.

—¡Mi niña! —La abrazo tan fuerte como me permiten mis brazos—. ¡Te he echado muchísimo de menos!

—¡Mami! —Me aprieta con sus manitas y siento cómo el mundo deja de girar—. ¿Me has traído un regalo? Papi me dijo que me habías comprado muchas cosas.

—Cuando deshagamos el equipaje te traeremos tus regalos —contesta Juaco mirándola con amor—. Mami está un poco cansada del viaje, deberías dejarla darse una ducha y cambiarse de ropa.

—¡Vale! —Me da un beso en la mejilla antes de soltarme—. Voy a mi habitación con la abuela a pintar un cuadro de gracias. —Se acerca a mi suegra para darle la manita—. Quiero ser agradecida.

—¡Esa es mi chica! —aplaude Juaco.

Me gustaría estar más rato con ella, pasar todas mis horas libres a su lado, pero la mirada de mi marido me disuade de contradecirle.

Saludo a mis dos cuñadas y a mi suegro con un simple monosílabo y subo a mi habitación acompañada de Juaco.

Al principio tenía una relación perfecta con sus padres y sus hermanas. Pero después de ese dichoso viaje a Polonia cambió. Ninguno de ellos volvió a acercarse a mí como antes porque Juaco lo impidió desde el principio.

Ojalá supiera cómo logró hacerse cargo de todo, cómo barrió la voluntad de los habitantes de la casa con esa facilidad para doblegarnos a todos con su domino absoluto de nuestras vidas.

Nuestra habitación ocupa el último piso de la casa. Se sube a ella por un ascensor privado del que solo nosotros y la doncella tenemos la llave. Nos

instalamos ahí tras la boda y, como deferencia, Juaco permitió que lo decorara a mi antojo.

Salgo del ascensor con una mezcla de emociones. Ver otra vez a mi hija, recuperar la libertad, alejarme de Aiden, regresar a la odiada cama de mi marido...

—¿Te duchas conmigo? —Siento los brazos de Juaco rodearme por la cintura y estrecharme con fuerza mientras camina conmigo hacia el interior de la habitación—. No veo el momento de disfrutar de tu vuelta.

Los años de convivencia me han preparado para una actuación magistral. Le doy lo que quiere de forma voluntaria. A pesar de no desearle, le ofrezco mi cuerpo porque es la única opción si quiero estar con mi hija. Y hace tanto que no la tengo cerca...

Una hora después voy a su habitación cargada con la bolsa de regalos que Juaco ha preparado para ella. Es un buen padre, la adora y la trata con mucho cariño, aunque también es posesivo y temo que cuando crezca la ahogue demasiado.

Las horas con Noelia nunca son suficientes. Me encanta descubrir el brillo en su mirada cuando desenvuelve los paquetes, escuchar sus exclamaciones de emoción, ver cómo cualquier cosa la llena de ilusión.

Me cuenta sus últimos meses en la escuela, sus avances, sus peripecias en el mundo de la infancia. Tiene muchas amigas, es una niña feliz y sociable a la que he mantenido a salvo de mi calvario particular. Merece seguir en la inopia, querer a su padre, tenerle, no descubrir su lado oscuro.

Cuando nos llaman para cenar la acompaño a lavarse las manos y caminamos juntas hacia el comedor de la casa, un lugar sombrío para mí donde solo la voz cantarina de mi niña consigue caldear el gélido ambiente producido por nuestra tensa relación familiar.

—Le he pedido a la abuela que te preparen albóndigas —anuncia emocionada—. Es tu plato preferido y hace mucho que no lo comes.

—¡Gracias cariño! —Me detengo a pocos pasos del comedor, me pongo en cuclillas y la abrazo—. Te quiero muchísimo, Noe. Siento haber pasado tanto tiempo fuera, pero no volveré a marcharme sin ti.

—Papi me contó que estabas visitando países chulísimos. —Su sonrisa despierta un amor sin medida en mi corazón—. ¿Me lo contarás todo?

—¡Claro!

De repente escucho una conversación en el salón y una voz me alcanza

disparando mi corazón. Me levanto con rapidez, agarro la mano de mi hija y camino hacia allí intentado domar mi respiración acelerada.

Capítulo 11

Aiden

*E*star en esta casa me produce una extraña mezcla de sensaciones. Es demasiado lujosa para mí, con una decoración minimalista donde se aprecian pocos detalles elegidos con un gusto de alguien que jamás ha pasado apuros económicos. Tiene un toque femenino, como si la madre de Juaco se hubiera ocupado de llenar los jarrones de flores y las paredes con cuadros modernos y repletos de colorido. Pero es un lugar exento de alma, como si le faltara vivir los sentimientos y sus habitantes se dedicaran a fingir.

Observo el salón sin perder mi gesto de cortesía. Muebles blancos, algún toque negro, con unas cristaleras que ocupan por entero una de las paredes para ofrecer vistas del jardín, un conjunto de sofás de piel nívea, una enorme pantalla de televisión colgada en la pared y pocos libros en los estantes.

La idea de permanecer en este hogar frío y carente de calor familiar es nefasta, pero Juaco no me ha dejado opción si quería salir exonerado de las acusaciones contra mí. Es curioso porque va a limpiar mi nombre a pesar de ser culpable y de la grabación de una cámara de seguridad cercana al lugar donde le di una soberana paliza a uno de los tres culpables de la muerte de Kate.

Fue la propuesta del abogado que me visitó hace dos días. Mi libertad a cambio de trabajar para Juaco, aunque no me ha indicado en calidad de qué ni durante cuánto tiempo.

Solo debía firmar un contrato donde me vendía a Juaco. Solo eso.

Al principio rechacé la oferta, porque no quiero salir de una cárcel para deberme a una persona como él, pero las amenazas que sucedieron a mi negativa rotunda acabaron por convencerme de estampar mi firma en el papel con rapidez. Mi hermana, mi padre, mis amigos... ¿Puede alguien destrozar así la vida de los demás?

No fue una intimidación directa ni unas palabras claras, pero las insinuaciones mostraron la clase de hombre a quien estoy atado por culpa de unas desafortunadas casualidades. No intenta hacerles daño físico a mis allegados, su estilo es otro. Puede implicar a cualquiera en delitos no cometidos, meterlos en la cárcel, arruinarlos o destrozarles la vida. Es un cabrón sin sentimientos y no pienso permitirle hacerle daño a mis personas queridas, a pesar del alto precio que intuyo pagaré por protegerles.

He de encontrar la manera de deshacerme de él antes de caer más en sus garras. Pero necesito tiempo, planificación, descubrir sus puntos débiles, idear una estrategia sin fisuras. Y, de momento, solo puedo avanzar hacia dónde me lleve el destino sin mostrar mis cartas ni mi intención de luchar. Antes debo trazar un camino claro y con posibilidades altas de resultar vencedor y no vencido.

Llevo media hora en esta casa y ya estoy incómodo a pesar de mi increíble habitación con baño privado con vistas a la piscina y del nuevo vestuario que me espera en el armario.

Tras una ducha rápida me he puesto uno de los trajes negros con sobria camisa blanca y he bajado aquí, siguiendo las instrucciones del abogado que me ha dejado en la casa una vez solucionado el papeleo de la cárcel.

Ha sido todo demasiado precipitado. Es imposible que me haya sacado bajo fianza en dos días desde mi firma del contrato. Imposible. Esa maniobra ha acabado de mostrarme la influencia de Juaco en demasiados ámbitos. Es un hombre poderoso, con aliados demasiado importantes para subestimarlos.

La justicia en este país es lenta y, aunque lo único que ha conseguido el abogado ha sido presentar nuevas pruebas que han abierto la posibilidad de una fianza de mi prisión preventiva, el proceso no ha seguido un plazo lógico.

Juaco me tiene en sus manos y yo odio las cadenas, no soporto sentirme atado a alguien ni con un miedo irracional a que lastime a mis allegados.

En el salón está la familia Mora casi al completo. La madre de Juaco me resulta familiar y no entiendo por qué. Es alta, con un cuerpo de infarto, ojos claros, cabello castaño y rasgos delicados. Su acento cuando me habla en inglés denota su procedencia irlandesa y no británica como me hicieron creer. Tiene un porte distinguido, pero sus ojos están apagados, sin chispa.

Su mirada se posa demasiadas veces en mí, como si yo también le recordara a alguien, pero no acabara de reconocer a quién o simplemente no le apeteciera acercarse. Se ha mostrado bastante seca conmigo, apenas me ha

dirigido la palabra y lo agradezco, porque no tengo deseos de hablar, prefiero observar. Sin embargo no dejo de sentir como si ella estuviera reprimiendo alguna emoción que intuyo me atañe. Y no tengo ni idea de la razón por la que me siento así.

El padre es un hombre de modales exquisitos que esconden un corazón de hierro. Parece calculador en cada uno de sus movimientos y aunque intenta ocultarlo tras una máscara de fingida cordialidad mi instinto me indica un odio irracional hacia mí.

Las hermanas de Juaco son dos pijas insoportables. Más jóvenes que él, con una educación a la altura de su estatus y un notable parecido físico a la madre.

Llevo una copa de vino en la mano que no pienso beber para no faltar a mi promesa de mantenerme sobrio, pero tampoco podía rechazar, y observo el lugar con creciente interés por descubrir hasta los últimos secretos que esconde.

Cuando la puerta se abre levanto la mirada siguiendo la de Juaco y descubro a Zofia entrando en la estancia con una niña asida a su mano. Llevo dos días sin verla, desde la visita de mi nuevo abogado al día siguiente de nuestras confesiones. No he podido ir a la biblioteca porque la idea de aceptar en voz alta mi situación me dolía demasiado. Pero ahora, viéndola aquí, me doy cuenta de cuánto la he echado de menos.

Ella sonrío al encontrarse con mis ojos y de repente siento como si el salón estuviera vacío y solo nosotros dos lo ocupáramos. El aire se electrifica uniéndonos por la mirada con un hilo invisible, se llena de chispas, de sensaciones, de demasiadas palabras calladas que no quiero escuchar.

Sus labios se arquean un segundo hacia arriba y los míos siguen su inercia, curvándose sin pararse a pensar por qué le sonrío a una mujer inalcanzable cuando mi corazón le pertenece a Kate.

El hechizo dura escasos segundos, hasta que Juaco le rodea los hombros con uno de sus brazos y la estrecha contra él antes de besarla fugazmente en los labios.

Ante la escena mi cuerpo se encoge como si acabara de recibir la peor de las palizas. La sangre bulle en mis venas, calentándolas, y siento una sacudida en el estómago.

No me gusta verlos juntos ni tocarse ni descubrir la mirada de Juaco. Es una clara advertencia, una forma de marcar el terreno dejando claro de quién es Zofia.

Debería analizar estas reacciones a su presencia, descubrir la profundidad de su efecto en mi alma, afrontarlo. Pero no puedo o me romperé en mil pedazos.

Para mí siempre será Kate, le prometí amor eterno.

Mi corazón está comprometido, el de Zofia tiene dueño y esta extraña sensación que acabo de sentir solo puede ser una locura transitoria, una forma de mi cuerpo a reaccionar a los últimos acontecimientos. Ella me ha dado calor en un momento de frialdad y solo añoro eso, su compañía.

Me deshago de estos pensamientos, lucho por aniquilar las sensaciones y me dedico a observar la estancia en un desesperado intento de no ceder a la tentación de mirarla, pero solo lo logro a ratos.

La velada transcurre demasiado lenta para mí. No me interesa la conversación de esta gente ni les entiendo en más de la mitad de las ocasiones. Cada día descifro un poco más de español, pero mi falta de dominio del idioma me aísla en muchos momentos.

Utilizo el tiempo para contemplarla con disimulo cuando no logro reprimir la necesidad de hacerlo. Me fascinan sus muecas, cada uno de sus gestos, la forma suave y cariñosa en la que le habla a su madre, cómo se ocupa de su hija y la felicidad momentánea cuando la mira.

No me pasa desapercibida la forma en la que Juaco se la come con los ojos. Está atento a ella, observa cada uno de sus movimientos con una expresión controladora, sin dejar de escrutar si en ellos se esconde una intención oculta. Y ella le devuelve el gesto ocultando su verdadero sentir.

Apenas cruzamos un par de miradas y, cuando eso sucede, sus ojos están tensos, agobiados, llenos de una ansiedad demasiado dolorosa como para no helarme la sangre.

Está atrapada, como yo, y nuestro carcelero es la misma persona sin escrúpulos.

Ophelia, la madre de Juaco, sigue con el juego de miradas y esa forma seca de comportarse conmigo, como si le molestara y a la vez le despertara alguna clase de ternura incomprensible. En instantes puntuales, cuando su marido Hernán se interesa por datos de mi pasado, se me queda mirando con curiosidad y una mueca tirante, apretando los labios con fuerza, como si reprimiera un mundo de palabras y sentimientos.

Me despido al terminar la cena, rechazando la invitación a tomar una copa. Necesito huir de ese ambiente tenso y de lo que la presencia de Zofia me

produce porque me hiere de una forma que no alcanzo a comprender.

Escucho el adiós de Ophelia y no puedo evitar mirarla. Por un segundo baja la guardia y sus ojos se humedecen.

Niego con la cabeza extrañado, le contesto con una frase escueta y salgo del salón con rapidez.

Necesito aire.

Una vez en mi habitación me muevo en la oscuridad. No quiero encender la luz, prefiero dejarme iluminar por las farolas de la propiedad y la luna menguante que domina un cielo estrellado.

Intento recordar los ojos de Kate, su mirada, ese brillo de siempre al encontrarse conmigo y solo soy capaz de delinear los de Zofia en la mente, esa ventana directa a su interior, a su alma, a sus sentimientos.

Golpeo el colchón con rabia. ¿Por qué me empeño en pensar en ella? ¿Puede mi corazón herido necesitar tanto calor humano que se siente preocupado por alguien que me ha ofrecido un poco de cariño? ¿Por eso casi he dejado de recordar a Kate?

No puedo contestar a esas preguntas, soy incapaz de hacerlo cuando las respuestas podrían destrozarme.

Me meto en la cama vestido solo con el pantalón del pijama y me paso cerca de dos horas mirando al techo, con una mano bajo la cabeza, dándole vueltas a los últimos años de mi vida, desde el momento en el que se truncó sin remedio.

Cuando Kate murió entre mis brazos, se llevó a ese chico ilusionado con el futuro, mi bondad, mi capacidad para sonreír y soñar. Dejé de vivir, de buscar la emoción en las ilustraciones, de creer en un mañana mejor.

Me culpaba por estar vivo, por haber sobrevivido a ese disparo, por respirar. Porque yo debí morir con ella y no seguir aquí. Ese fue mi gran error, uno del que no puedo escapar.

Por eso aparté a todo el mundo de mi lado. No merecía vivir ni sentirme querido.

Sin embargo ahora, cada vez que pienso en Zofia, siento la necesidad de vivir. Y no lo entiendo. Es imposible para mi corazón volver a llenarse con ternura después de haberme convertido en un hombre violento, con el único deseo de destrozarse a los culpables de la muerte de Kate.

Ese era mi propósito en la vida. Hacerles pagar hasta el último aliento de mi amada, hacerles daño, impactar los puños una y otra vez en sus caras

arrogantes.

Y en estos instantes la idea me parece desproporcionada, carente de lógica porque debería concentrar mis energías en olvidar.

La noche en la que descubrí a Michael O’Ryan al salir el bar donde me emborrachaba y me compadecía de mi desgracia actué sin pensar, ebrio de venganza, de dolor, de odio. No pensé ni valoré qué hacer después. Lloré de rabia mientras mis puños le destrozaban esa sonrisa de suficiencia que se había tatuado en mi alma. Deseaba herirle tanto como él me hirió a mí.

Si no llego a escuchar unas voces acercándose le hubiera matado. Esa es mi verdad, una a la que me cuesta enfrentarme. Porque a pesar de mi dolor nunca he sido una mala persona y la idea de quitarle la vida a un ser humano me parece despreciable.

No entiendo qué extraño instinto de supervivencia me asaltó esa noche al oír a una jauría de personas que se dirigían hacia mí ni por qué huí ni cómo acabé decidiendo dedicar mis días a la venganza. Solo sé que después de esa noche luché por rehabilitarme, estudié el perfil de Michael O’Ryan e identifiqué a sus compinches. Pero en ningún momento me paré a pensar en mis actos, continuaba adelante solo por un instinto primario, la rabia era mi motor, la venganza mi energía y la ira nublaba mis pensamientos coherentes.

Al principio valoré la posibilidad de ir a la policía para denunciar a los culpables de la muerte de Kate, esa hubiera sido la mejor solución, la única lícita. Pero Michel me había visto la noche de la paliza, sabía quien era yo porque me lo dijo mientras le destrozaba. De momento no me había identificado como su agresor ante la policía, sin embargo nada le impediría hacerlo si le incriminaba. Entonces él podía acabar libre y yo entre rejas.

No tenía ni idea de sus razones para proteger mi identidad y no podía jugar a una ruleta rusa en ese instante. Prefería tomarme la justicia por mi mano, reventarles la cara a los culpables, resarcirme del dolor mientras estampaba mis puños de acero contra sus cuerpos endebles.

Tardé varios meses en encontrar los nombres de los otros dos agresores. Eamon McShane y Donagh McNamara. Imprimí una foto de sus caras, junto a la de Michel, y las coloqué las tres en la pared para recordarme cada mañana mis prioridades.

Volver al *ring* respondió a mis ansias de prepararme físicamente para mis asaltos mientras les rastreaba y buscaba una forma de llegar a ellos.

Nunca antes fui alguien tan pasional, nunca había actuado solo movido por

el afán de venganza ni había dejado atrás la racionalidad.

Quizás si hubiera trazado un plan más elaborado, más inteligente y más pensado ahora no estaría en esta situación. Pero lo único importante para mí en ese momento era encontrarles para hablar con la violencia y rebajar mi dolor a base de golpes.

Michel O’Ryan ya había tenido su dosis de palos y aunque mi intención era volver a castigarlo una y otra vez más adelante, me centré en encontrar a los otros dos, unos hombres escurridizos.

Mientras los buscaba volqué mi rabia en los combates y empecé a ganar. Llevaba desde niño peleando, viendo cómo mi padre machacaba a sus rivales, practicando en un gimnasio y en el *ring*. Si antes tenía potencial, este último año me he convertido en un campeón imbatible. Es como si toda la desesperación eclosionara en mí cada vez que peleo y recuperara las enseñanzas de toda una vida.

El segundo hombre que encontré fue Eamon McShane. Cuatro meses después descubrí su rastro en Edimburgo, donde seguía delinquiendo con total impunidad. Mi paliza a Michel debió alertar al trío y por eso se separaron.

Volé a Escocia bajo una identidad construida a base de pagos a falsificadores y hackers. Le busqué una noche oscura cerca de su casa, en un callejón solitario.

Recuerdo la adrenalina surcando por mis venas, la aceleración en mi ritmo cardíaco, la rabia emergiendo por los poros de mi piel y esa sensación poderosa de estar cerca de deshacerme un poco de la carga de mi dolor.

Cuando lo tuve frente a mí supe que no me esperaba. Su expresión de pánico fue el preludio de volverme casi loco. Se defendió con saña, golpeó duro e intentó no acabar inconsciente en el suelo, lleno de heridas producidas por esa ira primaria que me consumía, pero nada lo impidió ni me detuvo porque mi único anhelo era usarlo de saco de boxeo.

Me contuve antes de hacerle un daño irreparable. Yo no era un asesino y no quería convertirme en uno ni por Kate.

Pensaba que pegarles iba a aliviar mi pena. De verdad creía en esa máxima. Golpea cada vez más fuerte y encuentra consuelo.

Pero acabé hecho un ovillo a su lado, llorando con una mezcla de dolor, rabia e impotencia.

El peso de la pérdida era demasiado intenso para dejarlo atrás con un acto de venganza.

En ese callejón, de noche, envuelto en el frío atroz de Edimburgo, descubrí que nada me devolvería a Kate. Podía castigar una y otra vez a los culpables de su muerte, pero ella no volvería a mis brazos nunca más.

Pasé un mes sumido en una especie de depresión. La echaba de menos, aunque poco a poco su sonrisa se diluía en el pasado. Debía luchar contra eso, conservar los recuerdos, tenerla a mi lado de nuevo porque ella era la única en mi corazón.

La dibujaba cada vez más a menudo en busca de sentirla.

Seguía boxeando, ganando combates, consiguiendo fama y dinero. Ese era mi único mundo, porque no quería volver a acercarme a las personas de mi antigua vida, a mi familia, a mis amigos. El nuevo Aiden era una máquina con el corazón demasiado roto para sentir otra cosa que no fuera odio.

Por fin, un día descubrí una pista acerca de Donagh McNamara, el último de los cabrones de aquella noche.

Había llegado a una conclusión; quizás castigarlos no me devolvería a mi Kate, pero sí aliviaba momentáneamente la pena y quería sentirme poderoso por unos instantes, erigirme en el vengador, dejar salir toda esa rabia que me consumía hasta convertirme en un amasijo de sufrimientos extremos.

Donagh estaba en Madrid. De alguna forma ese hombre había logrado dejar atrás la delincuencia para empezar un negocio bastante lucrativo en la capital española y, por algún designio del destino, salió en un periódico explicando cómo construyó su red de gimnasios desde cero.

No tardé demasiado en trazar un plan para ejercer de verdugo. Lo hice de noche, cerca de su gimnasio insignia, amparado por la oscuridad. No contaba con la presencia de una cámara de seguridad escondida en la entrada trasera ni con la identificación de la policía gracias a mi fama en el mundo del boxeo ni con acabar en prisión preventiva sin posibilidad de acceder a una defensa como Dios manda por falta de amistades en el exterior.

Soy culpable de los delitos. Merezco estar encerrado, pagar por esa agresividad desmedida.

Sin embargo Juaco ha invalidado la grabación, su abogado ha demostrado que es falsa, y le ha dado a la policía un hombre de paja para cargar con mi crimen.

En poco tiempo un juez va a decretar mi inocencia y seré libre, sin cargos pendientes con la justicia. Solo los tendré con mi conciencia.

¿Cómo puede hacerlo? Ese hombre es demasiado inteligente para

combatirlo con rabia. Si quiero deshacerme de su yugo he de calmarme, estudiarlo, encontrar sus puntos flacos.

Tardo una eternidad en dormirme. Al hacerlo vuelvo a tener las pesadillas de siempre, reviviendo la última noche con Kate. Y la presencia de Zofia se afianza un poquito más en cada sueño, aparece de repente a mi lado mientras abrazo a mi mujer moribunda, coloca una de sus manos en mi hombro y siento cómo el calor que desprende se propaga por mi cuerpo para serenarlo.

Cuando abro los ojos todavía está oscuro en el exterior. Estoy tan empapado en sudor y ansioso que me parece imposible volver a conciliar el sueño a pesar de la hora temprana. La bajera se ha salido de su sujeción por mis vueltas nocturnas.

Tener un baño propio tras un tiempo en la cárcel es un bien muypreciado. He recuperado mi intimidad, parte de la integridad perdida por la exposición de los barrotes y una vida privada. Aunque me debo a un hombre oscuro y siento cómo mi corazón se abre a unas emociones vedadas para mí.

Una ducha de agua templada despierta mis sentidos. Me paso más de diez minutos de pie bajo el chorro, quieto, solo dejando que las gotas se deslicen por mi piel ansiosa de esa caricia.

En el armario cuelgan varios trajes de mi talla. Son elegantes, con una tela delicada y un corte alucinante, aunque están demasiado alejados de mi personalidad. Soy más fan de la ropa cómoda: los vaqueros, las camisetas ajustadas, los jerséis ceñidos y un poco rotos, incluso el chándal. Me gusta enseñar los hombros musculados con prendas sin mangas, llevar mi propio estilo más descuidado que este traje italiano y la corbata. Pero es mi primer día en esta casa y no es el momento de imponer gustos estilísticos hasta estar seguro de las intenciones de Juaco.

Con una camisa blanca abrochada hasta el pecho y el pantalón de traje, salgo de la habitación.

Es hora de poner mis sentimientos en orden, de dejar atrás la rabia y de abrazar la suficiente frialdad para encontrar una salida a esta situación.

Apenas son las cinco y cuarto de la mañana cuando empiezo a bajar las escaleras. Necesito un café antes de empezar la jornada. No he dormido demasiado ni tengo claras cuáles son las rutinas de la casa, por eso considero la cocina el lugar más acertado al que dirigir mis pasos.

Las luces de emergencia distribuidas por la casa me acompañan en mi camino junto a la linterna del móvil que ayer me proporcionó el abogado. Es un iPhone último modelo, con las prestaciones más modernas del mercado y un consumo de datos casi ilimitado que pagará Juaco.

No me gusta esta sensación de pertenecerle, me ahoga.

Ayer al llegar me dieron un pequeño tour privado por la casa y no tengo ningún problema en encontrar la cocina, situada a un lado del comedor.

La luz se filtra por la puerta cerrada, señal de que hay alguna presencia en su interior.

Abro despacio para tener tiempo de reaccionar antes de descubrir quien la ocupa a estas horas tan tempranas.

Es una estancia de grandes dimensiones, decorada con muebles blancos, suelo de una baldosa que imita la madera de una forma sublime, una gran isla en el centro y una mesa barra americana colocada a un lado de la isla.

Aguanto la respiración cuando escucho el sonido de las bisagras. Zofia levanta la mirada al descubrirme. Está sentada a la barra americana con un tazón frente a ella y un plato con tarta de chocolate.

Mi corazón se descontrola. Está increíble. Lleva una camiseta suelta, el pelo recogido de cualquier manera como en prisión y tiene rastros de chocolate en las comisuras de los labios.

—Buenos días —saludo caminando hacia ella—. No esperaba encontrar a nadie a esta hora.

—Me cuesta dormir.

—¿Malos sueños?

Capítulo 12

Zofia

—Algo así. —No puedo apartar mis ojos de sus movimientos, es como si estuviera conectada a ellos, como si nada pudiera disuadirme de contemplar cada mínimo cambio en su postura, en su expresión, en su cuerpo. Levanto el brazo señalando la encimera para intentar rebajar esa extraña fascinación y me esfuerzo a hablarle en busca de un conato de racionalidad—. Sírvete un poco de café si quieres, he hecho de sobra.

Camina hacia la placa de inducción y mis ojos no abandonan su intención de descubrir hasta el mínimo detalle de su forma de coger la cafetera y vaciarla dentro de una de las tazas que hay preparadas en la encimera. La camisa blanca apenas muestra el contorno de sus músculos, pero yo los imagino con facilidad, como si se tensaran al moverse y estuviera observando cómo lo hacen.

—¿Sueles bajar a desayunar cuando todavía no han puesto las calles?

—Es la mejor hora para hacerlo. Adoro la soledad.

Se gira con el tazón en la mano y se lo lleva a los labios.

Me quedo un segundo enganchada a ese gesto, lo percibo a cámara lenta, como si pudiera detener los segundos. El tazón sube hacia los labios sin haberle puesto azúcar ni leche ni nada para endulzar el agrio sabor a café. Sus labios lo reciben envolviéndolo, inclina un poco la taza con un gesto de su brazo y entrecierra un poco los ojos.

—Está buenísimo. —Baja de nuevo la mano—. Hacía tiempo que no probaba un café de verdad. La bazofia de la cárcel no se puede llamar así, es una infusión mal hecha.

—Eres de café solo y sin azúcar...

—Es el de verdad. Si no te gusta así es que no te apasiona el café.

—Yo le pongo un montón de leche y una cucharadilla de azúcar. —Me acerco el mío a los labios para saborearlo—. Y el *cappuccino* es mi preferido.

—Entonces el café no te apasiona porque lo ensucias.

—Me gustan las cosas dulces y solo es muy agrio. —Sonríó ante su mueca de placer cuando da otro sorbo—. Pero tienes razón, nunca he sabido encontrar diferencias entre un tipo de café y otro porque en realidad me gusta el conjunto, la mezcla. En el Starbucks suelo pedirme un *caramel macchiato*. Y luego le pongo cacao en polvo por encima. ¡Está buenísimo!

Deja el tazón sobre la barra, a mi lado, y camina hacia la nevera para hurgar en su interior.

—¿Queda un poquito de tarta? —Señala mi plato a medio comer—. Estoy famélico, llevo demasiado tiempo comiendo la mierda de la prisión. Y también soy fan del chocolate, como me queda claro que lo eres tú.

—En el tercer estante. —Solo le veo desde atrás, su cuerpo inclinado dentro de la nevera, pero no puedo dejar de admirar cómo los pantalones se le ajustan al culo para delinearlos tan perfecto que me cuesta reprimir un jadeo cuando me quedo con la mirada quieta en esa zona—. Es una receta secreta de la cocinera y está de muerte. Lo echaba muchísimo de menos en prisión.

No sé qué me pasa, llevo unos días extraña, con reacciones absurdas y nada lógicas al verle o tenerle cerca.

Me gusta el silencio y la soledad de esta hora en casa y nunca me ha apetecido compartirlo porque es mi espacio, mi momento, el único instante que guardo para mí. Pero desde la aparición de Aiden en la cocina me siento bien, sin agobiarme con su presencia ni desear que se vaya.

Eso es impropio de mí. Demasiado para no despertar una voz de alarma en mi mente.

—Supongo que vivir aquí tiene muchas ventajas. —Ocupa un sitio a mi lado armado con la bandeja de la tarta, un plato y un cuchillo—. Pero no pareces demasiado feliz de regresar.

—Es mucho mejor que estar en la cárcel, la verdad. Como mínimo es un hogar y tengo libertad de movimiento, intimidad, mi espacio.

—Si lo quieres ver así... —Se sirve una generosa ración de pastel y se lleva un trozo a los labios—. Juaco no parece de los que dejen demasiada libertad.

—Me controla si salgo de casa, por eso me gusta este momento del día, cuando puedo bajar a la cocina a solas, sin sentir el peso de su control. —Le

doy un sorbo generoso a mi café y levanto la mirada hasta encontrarme con sus ojos—. Aquí como mínimo puedo moverme sin una sombra pegada a mi espalda. Cuando salgo siempre voy acompañada por uno de sus hombres y me siento muy incómoda.

—No me imagino vivir así, ha de ser durísimo.

—Todo es cuestión de perspectivas. Si queremos encontrar la parte negativa de una situación es fácil dejarse llevar, pero yo prefiero centrarme en la positiva. Si buscas bien, siempre la hay. —Arqueo un poquito los labios—. En esta casa puedo estar cerca de mi hija, tengo mi invernadero, mis rincones, soledad, tiempo para mí e intimidad. A veces solo quiero eso, estar tranquila, sin otras personas alrededor vigilando cada uno de mis movimientos. Esto no es una cárcel, es un espacio donde puedo sentirme libre. A pesar de la presencia de Juaco, de sus hombres y del resto de la familia, tengo algo muy preciado que pierdo una vez traspaso la verja del jardín.

—Me gusta tu forma de pensar. —Sus ojos me acarician la piel mientras me habla, es como si estuvieran tocándome, deslizándose por mi rostro ansioso de recibirlos—. Pero leo amargura en tu discurso.

—Nadie es cien por cien feliz —admito—. Mi vida está llena de malas decisiones y a veces me gustaría darle la vuelta al reloj para deshacerlas. Sin embargo a los pocos minutos me doy cuenta de que no podría cambiarlas sin perder demasiado por el camino.

—Noelia...

Su voz es apenas un susurro.

No necesito decir nada más para conseguir traspasar su entendimiento, basta con ese nombre para reconocer la realidad. A pesar de los malos momentos, del control de Juaco, de mi limitada existencia feliz, no renunciaría a nada de ello si al hacerlo perdiera a mi niña, la única razón de mi ilusión.

—Yo tampoco cambiaría ni un solo segundo con Kate, aun sabiendo que no podría cambiar el final. Jamás renunciaría a lo que tuvimos. —Compone una sonrisa nostálgica—. Nos conocimos cuando éramos unos críos y todavía no sabíamos nada del amor. Vivíamos en la misma calle, bajábamos juntos por las tardes cuando estábamos solos en casa y acabamos convirtiéndonos en grandes amigos. El tiempo consiguió demostrarnos hasta dónde llegaban los lazos que nos unían.

—Hubo unos años en los que amé a Juaco de verdad —confieso siguiendo la estela de sus palabras. Con Aiden necesito mostrar mi alma al desnudo, sin

subterfugios, sin medias verdades, sin ocultar las partes dolorosas de mi vida —. Era una persona diferente y nuestra relación era equilibrada y feliz. Si supiera qué sucedió para convertirlo en un hombre sin alma, si fuera capaz de entender qué le hizo cambiar así.

—No le imagino diferente porque tiene ese punto depredador que solo muestran los hombres con un corazón oscuro.

—Nunca fue romántico ni tierno, pero sí era cariñoso, agradable y me quería. —Crispo los dedos sobre la mesa—. Era feliz con él y de repente cambió, se convirtió en un hombre diferente. Empezó a controlarme más, a mostrarse muy celoso, a aislarme de cualquiera con quien temía que se la podía pegar y a seguirme. Necesitaba estar seguro de mi fidelidad. Incluso me apartó de mis amigos y de mi madre. —Suelto el aire con una profunda exhalación—. Intenté dejarle, pero me amenazó y luego me dejó embarazada. No tenía salida.

—Es raro que alguien cambie así.

—Tú lo hiciste.

—Por lo sucedido con Kate. Eso es diferente porque había una razón para ese cambio. Cuando ella murió no era capaz de procesarlo ni de perdonarme. —Desvía la mirada a la ventana—. Me culpaba demasiado y la echaba tanto de menos que no podía respirar. Por eso empecé a beber, para anestesiarme. Pero sé que puedo volver a ser una versión rota de mí mismo, que dentro de mi corazón sigue existiendo ese Aiden del pasado.

—A veces Juaco me habla como antes y sé que sigue ahí —explico dándome cuenta de la realidad de mis palabras—. Nunca lo había dicho en voz alta, pero añoro a esa persona porque la quería de verdad. Nunca entenderé qué sucedió, cómo ha acabado convirtiéndose en un monstruo. ¿Acaso ya lo era? ¿Me engañó?

—¿Fue de repente? —pregunta mirándome de nuevo—. ¿Un día te levantaste y él era otro?

—Me fui un mes a Polonia con mi madre porque un familiar había muerto y ella deseaba estar un tiempo en familia y regresar a casa. —Vuelvo a sentirme invadida por la emoción de recordar mis primeros años de vida, a punto de subirme a un avión, con esa ilusión de ver mi tierra de nacimiento de nuevo—. Juaco vino a despedirnos al aeropuerto, me abrazó con fuerza y me aseguró que estaría esperándome porque nada cambiaría su amor por mí. Pero lo hizo

porque al volver estaba en el hospital con una herida mucho más profunda que el balazo que lo mandó ahí.

—Una bala no solo mata, también destroza. ¿Qué pasó?

—Nunca habla del tema. Solo sé que le atracaron y él se resistió. El tío sacó el arma, le apuntó y cuando él se negó a dárselo todo le disparó. Le dejó desangrándose en el suelo, medio desnudo, sin nada que lo identificara. Y perdió la consciencia. No la recuperó hasta despertarse en el hospital.

—Es curioso. —Noto una hebra de ansiedad en su voz—. A Kate y a mí también nos atracaron y nos dispararon. Me desmayé con ella entre mis brazos y desperté más tarde en el hospital.

—La historia se parece mucho.

—Quizás de ahí le viene su obsesión conmigo. Lo descubrió y se solidarizó porque yo también perdí algo importante ese día.

—Puede. —No sueño muy convencida—. El antiguo Juaco actuaría así, pero el de ahora es una persona incapaz de sentir compasión. Solo le mueve el odio.

—Como a mí antes de conocerte.

Calla, baja la cabeza y bebe un sorbo de café.

Nos quedamos unos instantes en silencio, a solas con nuestros pensamientos. Sus últimas palabras abren un sinfín de posibilidades que en algún momento deberemos estudiar.

Levanto la mirada con necesidad de llenarme con su cercanía, con su presencia. Me encuentro con sus ojos y suelto una espiración audible donde dejo escapar la intensidad que me provoca este encuentro visual.

Es demasiado peligroso entender las reacciones de mi cuerpo, no quiero intentarlo, prefiero alejarlas porque al conectarme a él con la mirada siento como si un terremoto asolara mis cimientos y entonces deseo acariciar la felicidad, encontrar la forma de deshacerme de las cadenas de Juaco para siempre y permitirme sentir.

Estoy condenada a no hacerlo, a guardar mis emociones bajo llave, a no dejarme llevar por esta necesidad que arrasa con mi cordura.

Si le doy un nombre a los sentimientos, si me atrevo a abrir la caja de Pandora que anida en mi corazón, si me permito abrazar esa cálida realidad que clarea en mi alma y la atrapa convirtiéndola en su presa para siempre...

No puedo hacerlo.

Ya intenté dejar a mi marido una vez y acabé encerrada, castigada,

completamente anulada para soñar en un mañana mejor. Esta es mi vida, la única que me permite estar junto a Noelia, no voy a jugármela por nada porque ella es lo primero en mi lista de prioridades.

—¿Cultivas algún tipo de planta en especial en el invernadero? —dice de pronto Aiden, rompiendo mis pensamientos.

—Depende de la temporada. —Dejo el tazón de café que tenía en las manos sobre la mesa y me permito mirarle a los ojos, a pesar del temblor de mi cuerpo—. A veces compro especies raras para ver si consigo hacerlas crecer. Estoy un poco asustada por cómo estarán ahora mis niñas, tras tantos meses de ausencia.

—Mi hermana Abby adora las flores. De niña decía que de mayor quería ser florista porque la idea de crear ramos le apasionaba. Y lo consiguió. —No me pasa desapercibida su mueca de dolor, como si recordar a su familia fuera un atentado contra su integridad física—. Empezó en una tiendecita de nuestro barrio en Dublín y terminó como socia.

—La echas de menos.

Mi voz baja unos decibelios hasta convertirse prácticamente en un susurro. Yo añoro los días al lado de mi madre, cuando la vida todavía me concedía la potestad de elegir mi destino.

A veces cierro los ojos y vuelvo a esa coraza de chica jovencita y llena de ideas acerca del futuro, incluso recuerdo mis años felices junto a Juaco.

Si supiera qué sucedió ese mes que estuve en Polonia, si pudiera ayudarle a volver a ser como antes... Si algún día lo lograra podría iniciar una nueva vida lejos de él, con mi niña, y darle la oportunidad a Noelia de tener un padre cariñoso.

—Abby y yo estábamos muy unidos. —En un gesto ausente le da un sorbo al café—. Crecimos en una casa sin otra presencia femenina que ella. Mi padre es un buen hombre, pero cuando mi madre se marchó tardó un tiempo en levantar cabeza. —Calla un segundo, deja el tazón sobre la mesa y levanta la mirada hasta conectarla con la mía—. Se lo llevó todo al irse, incluso su corazón.

—¿La recuerdas?

—Tenía apenas dos años cuando desapareció. —Niega con la cabeza—. Y en casa no hay fotos de ella, así que solo tengo cuatro anécdotas de Abigail. Nos llevamos tres años, pero ella tampoco conserva demasiados recuerdos de

esa época, aunque convivió con mi madre hasta los cinco. Quizás el no tener fotos ni vídeos ni nada parecido hizo que la olvidáramos.

Ha de ser triste sentirte abandonado por tu madre. Acercó mi mano a la suya sobre la mesa y la coloqué encima, con necesidad de transmitirle calor, proximidad, cariño. Al hacerlo siento como si un chispazo se iniciara en nuestra unión y recorriera mi cuerpo, alterándolo.

Reprimo como puedo un jadeo, me muerdo el labio para ahogarlo en las cuerdas vocales y entrecierro un segundo los ojos, incapaz de seguir mirándolo.

—Debió ser duro dejarla atrás —musito casi sin voz, en busca de alguna forma de romper el inapropiado hechizo que nos ha atrapado

—Cuando Kate murió no era yo. —Volvemos a juntar los ojos y el aire se llena de iones positivos y negativos chocando, provocando una corriente de alto voltaje—. Me negué a arrastrar a mi familia a ese lugar de autodestrucción donde terminé.

—A veces no somos capaces de ver la importancia de la compañía. Mi madre es uno de mis pilares, sin ella no estaría entera. Y aunque Juaco la mantiene alejada de mí, lo poco que me deja verla me llena de energía, de coraje, de capacidad para capear el temporal.

—No podía estar con ellos, Zofia. Simplemente no podía. Era incapaz de salir del pozo, de pensar en mí o en ellos, estaba demasiado jodido para hacerlo.

—Pero te rehabilitaste.

—Por las razones equivocadas, ahora lo veo claro. —Su mirada cambia, se llena de algo difícil de identificar sin ponerme a temblar y veo el brillo de la sinceridad clareando en sus ojos—. Conocerme me ha hecho cambiar de perspectiva.

Mis dedos le acarician la mano de forma involuntaria. No lo pienso, solo me dejo llevar por esa intimidad que nos ha acercado físicamente hasta casi rozarnos. Hemos girado los taburetes hasta quedar frente a frente y los hemos colocado tan juntos que Aiden ha necesitado abrir las rodillas para encerrar las mías. Y nuestras caras avanzan con lentitud, llamándose.

—Es peligroso...

Me humedezco el labio con la lengua. Escucho el sonido alterado de mi corazón retumbar en los tímpanos, siento cómo mi cuerpo entra en combustión espontánea y apenas consigo sostenerme sobre la silla. Solo me aguantan sus

ojos, esa fuerza en su mirada, esa constatación de la realidad que me niego a admitir.

Nos quedamos unos minutos quietos. Estamos tan cerca que sus respiraciones me acarician la piel. Tengo las manos sobre las piernas y él las ha cogido ambas. Me arden, es como si su tacto me produjera llamaradas de necesidad.

—Demasiado peligroso —susurra separándose—. Será mejor que me vaya a preparar para el día.

Se levanta con rapidez, como si necesitara moverse a mil por hora para escapar de la tentación.

Asiento. Es un gesto lleno de tristeza porque mi cuerpo sigue ardiendo de anhelo, pero sé que su forma de actuar es la correcta.

Dejarnos llevar por la atracción podría destrozarnos.

Con muchísima dificultad cambio mi foco de atención al plato con migas de tarta y escucho sus pasos alejarse.

Las lágrimas aparecen sin permiso, se deslizan por las mejillas con la constatación de mis sentimientos alterados, del dolor de la separación obligatoria.

Si pudiera cambiar mi destino...

Capítulo 13

Aiden

Necesito escapar, salir corriendo, alejarme de la tentación porque si sigo en la cocina un segundo más cometeré el mayor error de mi vida.

Kate. Debo pensar en Kate.

Solo ella tiene el poder de retener mi corazón y le prometí luto eterno. No puedo faltar a mi promesa porque es a Kate a quien he de amar. Zofia es la mujer del hombre que me tiene en sus manos. Traicionarlo sería cavar mi propia tumba.

Pero sus ojos me persiguen mientras camino cada vez más rápido hacia el recibidor para poner el máximo de distancia entre los dos. Ese reflejo en sus pupilas negras me incita a darme la vuelta, a volver atrás, a abrazarla, a dejarme llevar por mis deseos.

Alcanzo la escalera con rapidez, sin dejar de avanzar hacia la habitación, de alejarme de ella, de intentar esconder la alteración de mi corazón al estar a su lado, al hablar con ella, al rozar su piel.

No puedo olvidar cada uno de sus gestos, cómo ha desnudado su alma compartiendo conmigo hasta su última verdad. Ha sido el mayor regalo de todos, uno que llena la realidad de demasiados sentimientos y se introduce en mi piel para llegar a mi corazón.

El deseo de dar la vuelta es penetrante. Necesito una alta dosis de autocontrol para no hacerlo porque mi cuerpo clama a gritos la necesidad de ella.

Cuando al fin llego a mi habitación cierro la puerta y suelto una espiración audible caminando hacia la cama. Me estiro en ella e intento calmarme sin éxito. Apenas soy capaz de concentrarme en nada, solo puedo pensar en ella, en nuestra conversación, en sus labios...

Durante los siguientes veinte minutos me obligo a permanecer sentado sobre el colchón zapeando con el mando a distancia en busca de algún programa que me ayude a resistir la necesidad de regresar a la cocina para besarla, pero no logro del todo mi propósito y acabo apagando la televisión y caminando hacia la puerta para perseguir mi deseo más profundo, uno que podría costarme la vida, pero al que me cuesta renunciar.

Mientras hablábamos sentía una corriente invisible acercarme a ella, me colmaba el cuerpo, la piel, cada pedazo de mi alma.

Necesidad. Anheló. Ardor. Deseo.

¡Joder! ¿Por qué no puedo quitarme de la cabeza esos pensamientos? ¡Es una locura! No puedo ceder sin pensar en las consecuencias, llevo haciéndolo estos últimos dos años y he acabado en una situación comprometida.

Pero ella es...

¿Qué es? ¿Qué me ha hecho?

Su forma de hablar, cada una de las inflexiones de voz, sus confianzas, esa manera de ver la vida, cómo su boca cambia al hablar, el hipnótico movimiento de sus labios, ese gesto que hace cuando sus palabras son dolorosas, crispando los dedos sobre cualquier superficie y entrecerrando los ojos al enfrentarse al momento álgido de su confesión.

No dejo de recordar cómo se mordía el labio para intentar acallar los jadeos al encontrarse con mi mirada, su lengua paseándose por los labios cuando estábamos tan cerca que podía acariciarla con mi aliento.

La necesito.

Es algo superior a mi conciencia, a mi cordura, a mi realidad.

Y no puedo ceder porque Kate era mi alma gemela y no voy a traicionarla ni tampoco le permitiré a Juaco apodarse de mi vida. Si me acercara a Zofia me quemaría, acabaría muerto tras una vil tortura y a pesar de mi forma autodestructiva de actuar estos últimos años ahora sé que quiero vivir, remendarme, luchar por seguir adelante.

Con Kate en la memoria.

Para Kate.

Con esos últimos pensamientos regreso a la cama para volver a entrar en el difícil círculo vicioso que me empuja hacia ella. Regreso al inicio, a mis deseos, a la ansiedad de estar alejado de ella y anhelar su contacto, su cercanía, perderme en su mirada...

Unos golpes enérgicos en la puerta preceden la entrada de Juaco. Va vestido

con un elegante traje chaqueta parecido al de anoche, arreglado, peinado, afeitado.

—Buenos días —saluda avanzando hasta la mitad de la habitación—. Baja a desayunar con la familia y después hablaremos de tus obligaciones como mi trabajador. Voy a convertirte en un tío legal y tendrás la venganza a tus pies.

—No tengo ni idea de tus negocios. Soy un boxeador.

—Te enseñaré lo necesario. —Su sonrisa no admite réplica—. Al fin y al cabo eres como de la familia ya. Necesito que sigas acercándote a Zofia y averigües si tiene intención de dejarme. La otra vez lo intentó por la mañana, antes de que me despertara. Por eso he doblado la seguridad a esa hora y he dado órdenes a mis hombres de que mi mujer no puede salir de casa sin mi permiso explícito. ¡La muy lista se alió con uno de los vigilantes! No volverá a suceder.

—La he visto esta mañana. —Su postura me disuade de ser sincero en esa parte porque si de alguna manera me vigila puede estar poniéndome a prueba—. No podía dormir y he bajado a la cocina. Estaba allí tomando café y un poco de tarta.

—Zofia duerme poco. —Su gesto de aprobación me indica que ya lo sabía y que de alguna manera acabo de ganarme un poco más su confianza—. Le gusta desayunar dos veces, una a solas a horas intempestivas y la otra con la familia. Me gustaría conocer vuestras conversaciones.

—En cinco minutos bajo. —Me pongo en pie sin deseos de contestar a la pregunta intrínseca en su última frase—. Necesito acabar de vestirme.

Da cuatro zancadas hasta colocarse demasiado cerca de mí con una mirada intimidatoria.

—¿Tiene intención de volver a dejarme?

—No. —Lo digo con contundencia, aguantándole la mirada sin amedrentarme, y busco la forma de devolverle el golpe—. De momento solo me ha hablado de algunas cosas de su pasado.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cómo os conocisteis, su viaje a Polonia, el atraco... ¿Qué te pasó? ¿Esos capullos te dejaron hecho una mierda?

—¡No tienes ni puta idea! —Me agarra con una mano por el cuello de la camisa y lo arruga con fuerza, adelantando la cara hasta quedar a dos milímetros de la mía—. ¡Esos cabrones lo pagaron muy caro! Cuando salí del

hospital los busqué a los dos y les destrocé la vida como ellos intentaron hacer con la mía.

No contesto. Me quedo mirándole con desafío, sin ganas de seguir provocándolo y con un intenso dolor de cabeza al darle vueltas a sus palabras.

El atraco, la venganza, el balazo...

Son demasiadas coincidencias y yo no creo en ellas. Ha de ser la razón por la que estoy en sus manos, la que me ha llevado a esta situación. Al encontrármelo en la cárcel indagó en mi pasado y al reconocer el mismo patrón de dolor se sintió unido a mí. Es la única explicación a su forma de actuar.

Me suelta, da un paso atrás y sale de la habitación sin despedirse, dejándome a solas con mis pensamientos.

No me permito dejar salir la rabia y la frustración, ya habrá tiempo de afrontarlo más tarde, cuando no me esperen en el comedor ni pueda darle una pista de debilidad a Juaco.

Con la camisa abotonada me coloco la corbata, pero no consigo hacerme bien el nudo, así que termino dejándola sobre la silla para bajar sin ella.

El comedor está en un silencio muy incómodo. A la mesa se sienta la familia al completo, pero entre ellos hay la misma frialdad de ayer en la cena, aunque esta vez no se esfuerzan por esconderla con conversaciones triviales, prefieren leer el periódico, un libro, mirar el móvil o comer perdidos en sus cavilaciones.

Noelia está al lado de su madre hablándole en voz baja, como si le preocupara romper el sacrilegio de esta atmósfera aguada de palabras y llena de tensión.

Es una niña guapísima, agradable y con una sonrisa preciosa.

—Esta noche vienen Abbs y Ger a cenar —anuncia Juaco en inglés para que le comprenda—. Desde la boda no les hemos invitado y se lo debemos. —Le dirige la última parte a Zofia—. Habla con Carmen para que se luzca con el menú.

—Me encargo. —La respuesta de Zofia es automática, apenas se permite una sonrisa ni un gesto que denote ilusión o desagrado ante la visita. Solo contesta a la petición de su marido. Solo eso.

Levanto un segundo la mirada del plato y la observo en silencio. Me gustaría descubrir un brillo de emoción en sus ojos, una pátina de ilusión, un conato de que está aquí y no ausente, siempre con miedo a las reacciones de Juaco,

infeliz a pesar de su discurso acerca de cómo debe encontrar la parte positiva de las situaciones. Pero me basta esa rápida mirada para descubrir dolor, angustia y ansiedad en sus pupilas.

No pregunto quiénes son los invitados aunque sí me interesa conocer cada detalle de la vida de Juaco, ya que mi único propósito desde ya es encontrar la forma de escapar a sus garras y cualquier dato es básico para trazar un plan de éxito.

Los siguientes minutos volvemos al tenso silencio de antes, uno donde apenas se escuchan los cuchicheos de Noelia hablando con su madre.

En algunos momentos paseo la mirada por los presentes intentando evaluarlos con ojos crítico. Las dos hermanas de Juaco son más jóvenes. Él tiene veinticuatro, tres menos que yo, y las chicas deben rondar los veinte y los dieciocho. Le miran con un respeto demasiado mezclado con miedo para ser normal.

Ophelia sigue con ese juego de miradas viciadas por demasiados sentimientos indescifrables y no puedo dejar de ofrecerle vistazos disimulados en busca de darles alguna consistencia lógica. Me habla con una tirantez extraña, pero cada uno de sus gestos delata un interés real en conocer algún dato de mi vida.

Al llegar casi al término del desayuno levanta la mirada del plato, la posa en mí y dispara una pregunta en un tono frío, como si intentara parecer desinteresada.

Intento por enésima vez entender su juego sin demasiado éxito.

—¿Eres boxeador?

—Sí. —Le doy una respuesta escueta, como su pregunta—. Como mi padre.

Es morena, con la piel pálida, unos penetrantes e inescrutables ojos marrones, rasgos delicados y un poco retocados, maneras refinadas, un cuerpo no muy grande, de huesos pequeños, figura demasiado delgada y bien proporcionada. Todavía no la he visto sonreír ni relajar la tensión de sus músculos faciales.

—Tu padre. —¿Por qué su voz suena llena de heridas? Es casi un susurro, un lamento, un dolor agudo que me sacude—. ¿Te ha dejado solo en España? Cuando estabas en la cárcel debió venir a ayudarte. Es lo que hacen los padres.

Sus ojos se abren con una esperanza desconcertante, como si deseara escuchar la respuesta y fuera importante para ella.

Niego con la cabeza en un gesto casi imperceptible y suelto aire por la boca.

—Llevo tiempo sin hablar con él.

—Mantener una buena relación con la familia es importante. —Esta vez juro que su tono es un sollozo—. No deberías apartarte así de él.

—A veces la vida es complicada.

—Mi situación lo es, desde luego.

Desvío la mirada para dar por zanjado el tema. No es el momento ni el lugar ni la persona adecuada con quien hablar de mi familia o de mis decisiones, aunque me gustaría hablar con ella a solas en algún momento para ahondar en su interés, pero ahora necesito dejar de escucharla, de ver esos ojos cargados de dolor y de pena, de sentir su discurso como un reproche o un intento de escrutar mi pasado y mi presente.

Me lo anoto como pendiente porque con su forma de actuar sé que puede mostrar más simpatía con mi causa y ayudarme a librarme de su hijo. Ella también parece tenerle miedo. Es como si la figura de Juaco impusiera a toda su familia y no deja de sorprenderme.

Mis ojos se paran en Zofia. Ella me dedica una débil sonrisa, casi invisible, pero se ilumina y me muestra atención.

Llevo demasiado rato empeñado en dominar las sensaciones que desata en mí para pararme a pensar en sus palabras de esta mañana, pero ahora cobran una dimensión importante al darle vueltas a la cuestión más significativa. Juaco cambió tras un atraco y a los dieciocho años consiguió hacerse con el control de la compañía de sus padres. ¿Cómo puede un crío doblegar a alguien como Joaquín Mora, un hombre apuesto, de cuerpo musculado y cuidado, aspecto impoluto, maneras muy finas y una familia adinerada? Ha de haber algo más en esa historia y me da la sensación de que Ophelia tiene información relevante.

Si lograra llegar a ella...

El desayuno toca su fin con la llegada del chófer de la familia para llevar a Noelia al colegio, acompañada de Zofia. Ambas se despiden con un frío adiós y salen por la puerta principal escoltadas por un tío trajeado y con un pinganillo. Muy al estilo de las pelis del FBI y un poco aterrador.

Juaco me da instrucciones claras levantándose.

—Tienes veinte minutos para pasar por tu habitación y reunirte conmigo en el recibidor. —Mira el reloj—. Hoy es el primer día del resto de tu nueva vida.

Veo el mohín frustrado de Ophelia cuando se levanta acompañando a su marido, apartándose de mí.

No me gusta cómo ha sonado la última frase de Juaco. Era más una advertencia que una bienvenida al mundo de los ricos.

Utilizo el tiempo para afeitarme y lavarme los dientes.

Llego al recibidor con cinco minutos de adelanto. Está desierto. Me acerco al gran espejo situado sobre una mesa de cristal que se apoya en la pared. No he sido capaz de hacerme el nudo de la corbata, la llevo colgando a ambos lados de la camisa, colocada dentro de la solapa y con los botones abrochados hasta arriba. Vuelvo a intentarlo al ver mi reflejo en el cristal, aplicando las enseñanzas que he encontrado en Internet sin demasiado éxito.

Cuando la puerta principal se abre apenas tengo tiempo de percatarme porque estoy demasiado concentrado en mi tarea.

—¿Nunca te has hecho el nudo de la corbata? —La voz sonriente de Zofia me sobresalta. Levanto la mirada hasta descubrirla a través del espejo a pocos pasos detrás de mí, con una expresión divertida.

Mi corazón escala el Everest en cinco segundos.

—Soy boxeador profesional. —Me doy la vuelta despacio, apoyándome en la mesa para no derrumbarme aquí mismo—. Mi traje de gala es un short, una camiseta y un albornoz con capucha para entrar en el *ring*, junto con los guantes. ¡No tengo ni idea de corbatas!

—Déjame a mí. —Se adelanta hasta colocarse a pocos centímetros de mi cuerpo y empiezo a respirar con dificultad—. Tengo muchísima práctica.

Me enderezo, asiento y me quedo paralizado mientras sus dedos se ocupan del nudo. Mi cuerpo es como un amasijo de chispas que lo recorren y lo llenan de hormigueo, aleteos, sensaciones demasiado vibrantes para darles una dimensión real.

—Pareces una experta. —La voz me sale ronca y demasiado baja, apenas logro controlarla.

—Lo soy —contesta casi en un murmullo.

Durante unos segundos solo se escuchan nuestras respiraciones jadeantes. Nos miramos a los ojos, ella apenas mueve las manos, las deja envolviendo las dos puntas de la corbata y da otro paso hacia mí, hasta rozarme con su cuerpo e inundarme con su calor.

Mis ojos descienden hasta encontrar los suyos. Brillan con la constatación de un sentimiento profundo que nace de su alma.

Coloco mis manos en las suyas, las acaricio, las siento, las vivo. Ella suspira y su exhalación se colma con un leve jadeo.

Unos pasos en la escalara rompen el momento. Zofia da uno atrás para apretarse de mí al máximo mientras termina el nudo y mantiene la mirada en la prenda. Yo intento fijar la vista en la lejanía ordenándole a mi cuerpo que se relaje, pero no lo consigo.

—¿Es tu primer traje con corbata? —Juaco parece animado, aunque le dedica una mirada asesina a su mujer mientras desciende las escaleras.

—Cuando Kate murió me puse uno, pero mi padre me ayudó con el nudo — contesto con la voz más normal que logro componer—. Es mi segunda vez.

—Luego te doy cuatro clases. —Llega al rellano, se acerca en tres zancadas a Zofia y la rodea con su brazo por la cintura. Ella termina conmigo y se acerca a su marido.

La bilis se me agria cuando Juaco marca el terreno juntándola mucho a él y besándola como si le fuera la vida en ello. Es como si un puño de acero acabara de impactar contra mi abdomen y el dolor se propagara por cada una de mis terminaciones nerviosas.

Ella está de cara a mí y de Juaco solo veo la espalda. Los ojos de Zofia se llenan de tristeza al encontrarse con los míos, es como si me pidiera perdón con ellos, como si ella también sintiera esta laceración en su pecho.

No es mía y nunca lo será. Debo aceptarlo y erradicar estos sentimientos absurdos que se desatan cuando la tengo cerca y a cada minuto de mi día en el que pienso en ella.

Cuando se separan sigo a Juaco hacia el exterior, donde nos espera el chófer para llevarnos a las oficinas centrales del banco. Ella se despide con un simple adiós antes de perderse escaleras arriba.

El edificio del banco es espectacular y no está demasiado lejos de la casa. Es de cristal, alto, majestuoso, con el nombre imponente en la cúspide.

Encontramos un grupo de periodistas a la entrada que, según me ha contado, Juaco llevan ahí desde su salida de la cárcel, aunque cada día son menos. El morbo acerca de su falsa condena va perdiendo fuelle con el paso de los días.

—Pertenece a los Mora desde 1956 —explica cuando el coche los esquiva a los paparazzi metiéndose en el parking—. Alberga un banco solvente, con alcance internacional y un potencial enorme para seguir con la expansión. Estás a punto de convertirte en su director de operaciones.

—No tengo ni idea de nada de banca —admito—. Si pretendes que te ayude

en algo has de entender mi desconocimiento absoluto del negocio.

—Claro, tú eres boxeador.

—Así es.

—Tranquilo, todo el mundo aprende rápido y más si es de la familia.

Levanto la mirada desconcertado ante su última afirmación. ¿Desde cuándo me considera de su familia? ¿Es una forma indirecta de referirse al chantaje?

Meneo la cabeza e ignoro ese comentario porque prefiero centrarme en mi cometido como director de operaciones, sea lo que sea eso.

Las siguientes cuatro horas son una carrera contrarreloj para lograr entender los mil datos que Fernando, uno de los empleados de Juaco, me proporciona en un despacho de la última planta con vistas a la ciudad. Según parece será mi despacho a partir de ahora.

Pero en realidad yo solo quiero volver al *ring* o dedicarme a ilustrar, esto me queda enorme. Y nunca me ha interesado el mundo de la banca.

Absorbo el máximo de información que mi cabeza puede almacenar sin desfallecer. Es un desafío a mi intelecto, pero al cabo de un par de horas empiezo a descifrar las enseñanzas de Fernando.

Nunca se me han dado mal las matemáticas ni las cuestiones lógicas y al final todo se limita a eso, a entender cómo se mueve el dinero según unos patrones establecidos.

Capítulo 14

Zofia

*E*sta mañana he vuelto a mi rutina de antes de la prisión y me parece un sueño hecho realidad. Nunca pensé que echaría tanto de menos las horas de libertad vigilada ni tener mis cosas cerca.

Sin embargo hay instantes en los que me quedo quieta abrazándome y sintiendo cómo me desmorono al recordar el momento de inflexión en mi historia reciente, cuando me alejaron de mi niña para meterme entre rejas.

Durante mi vida he llorado mucho, pero ese día derramé lágrimas cargadas de impotencia, dolor, sufrimiento. Mientras me llevaban en el coche patrulla hacia un destino cruel, mis sentimientos se desbordaron convirtiéndose en veneno y puñales, como si pudieran llenar mi alma de odio y mancillar mi cuerpo con heridas sangrantes que nunca cicatrizarán del todo.

Por fin lo he dejado atrás. He conseguido volver a abrazar a mi hija, acompañarla al colegio, descubrir su sonrisa feliz al entrar en el edificio tras darme un dulce beso en la mejilla, observar cómo se adentraba en la escuela con ese andar despreocupado de los niños.

Estoy en mi hogar. Y sí, quizás es una jaula de oro con un carcelero capaz de destrozarme para demostrar que es mi dueño, pero es mi espacio, contiene mis alegrías, mis penas, mis desvelos, mis ilusiones.

Estoy en el invernadero desde hace un par de horas. Hay gestos de mi marido que refutan mi forma de etiquetarlo. Son pequeños regalos cariñosos, como si necesitara reivindicar que detrás de su coraza cruel y vengativa todavía se esconde el hombre al que una vez amé.

Durante mi ausencia le ha pedido al jardinero que mantuviera mis flores perfectas. No les falta brillo ni viveza ni esa intensa concentración de mil colores que iluminan este espacio donde me gusta pasar horas acompañada de

música de fondo, sin más obligación que disfrutar de su aroma, de cuidarlas, de ver cómo crecen, de atreverme con nuevos cultivos.

Es mi santuario, mi paraíso personal, mi lugar sagrado.

Aquí no entran los hombres de Juaco, no me incomodan, no me vigilan de cerca. Se mantienen a una distancia prudencial para darme intimidad y es como un bálsamo en medio de la tempestad.

Mis ojos se enredan en las orquídeas. Siempre me han gustado estas flores. Son delicadas, necesitan cuidados especiales y son muy frágiles. A veces me siento como ellas y me sorprendo buscando fuerzas en la flaqueza para rehacerme. Es como si yo también fuera a quebrarme sin falta de cariño, como si en algún instante necesitara una mano amable para rebrotar y mantener mis pétalos llenos de luz.

Alzo las comisuras de mis labios en una sonrisa boba al descubrir la imagen de Aiden en mi mente. No entiendo por qué me hace sentir bien ni cómo mi cerebro le recrea cada día con mayor frecuencia desde nuestro primer encuentro.

Le reconozco como la persona capaz de iluminar mi camino, pero me asusta tanto esa certeza que no tardo en intentar quitármelo de la cabeza, arrancármelo del corazón y expulsarlo de mi alma donde se ha introducido hasta enraizar.

Es peligroso sentir...

Debería luchar con más fiereza para erradicarlo de mis pensamientos o acabaremos reducidos a la nada. La ira de Juaco es demasiado brutal para enfrentarnos a ella sin armas para repelerla.

Pero, ¿y si él siente lo mismo? ¿Si me tiene el mismo aprecio? ¿Si quiere seguir conociéndome?... Entonces debemos pensar en una estrategia vencedora porque dejar cuajar esta atracción surgida entre ambos sin un plan de fuga solo nos condenaría a una vida llena de dolor.

Me toco un segundo los labios en un gesto ausente, con un deseo demasiado peligroso para mi situación.

Hace demasiado tiempo de la última vez que sentí tentada a besar a alguien, a arriesgar mi precaria estabilidad, a traspasar los muros del miedo para permitirme soñar. Y me aterra dejarme llevar por esos sentimientos que arraigan en mi interior al estar cerca de Aiden.

Su sonrisa, el tono de su voz, la forma en la que se pasa la mano por el pelo cuando está nervioso, el gesto involuntario de sus labios fruncidos al

descubrir un acercamiento de Juaco, sus palabras, su proximidad...

No puedo seguir ahondando en él si quiero conservar la cordura. Mi vida es demasiado complicada para enredarme en una historia imposible.

Pero Aiden sigue presidiendo mis pensamientos a pesar de mis esfuerzos por aniquilarlo de mi interior.

La vibración del móvil en el bolsillo del pantalón me devuelve al invernadero, a las orquídeas, a mis flores.

Con movimientos bastante lentos lo rescato y me enfrento al nombre de la pantalla.

—Gracias por cuidar de mis flores —respondo a la llamada sin saludar—. Significa mucho para mí.

—Por eso lo hice. —Por un segundo su tono de voz es suave, pero enseguida vuelve a ser tosco—. ¿Cuáles son tus planes para hoy? Me han dicho que llevas más de dos horas encerrada en el invernadero.

Ya está ahí ese afán controlador, el tonillo final para demostrarme hasta dónde puedo disponer de mi libertad, la constatación silenciosa a la presencia de sus hombres en la casa y a sus informes acerca de mis actividades.

—Voy a ir al Garden —contesto sin casi entonación, enfadada con la situación, con mi deseo de permitirme pensar en un mañana mejor, con ser tan frágil al vislumbrar una posibilidad de sentir más allá de Juaco—. Después tengo hora en la peluquería. Esta noche tenemos una cena y necesito arreglarme. Voy a llamar a mi entrenadora personal para empezar mis rutinas mañana en el gimnasio de casa. Y quiero pasar la tarde con Noe, que sea ella quien decida qué hacemos. ¿Te parece bien?

—Es un buen plan. Estos meses has perdido un poco el tono y necesitas entrenamiento, eso queda claro. En cuanto a la niña, recupera el tiempo perdido, pero no olvides sus horarios, no podemos criar a un monstruito. —Odio ese tono condescendiente—. Diles a las peluqueras que te dejen espectacular. Llevas el pelo hecho una mierda desde que entraste en la cárcel.

Le suelen gustar las rutinas frívolas, como si considerara necesario que mi día entre dentro de unos cánones establecidos por él. Hay límites infranqueables, como ir a un gimnasio público o quedar con alguien fuera de casa, pero suele estar de acuerdo con todo lo relacionado con el culto del cuerpo o con mejorar mi aspecto exterior.

¿Por qué no le interesa también el interior? ¿Mis sentimientos? ¿Mi dolor?

Agradezco la falta de agresividad en su forma de hablarme y me destenso un

poco para no romper la suavidad de la conversación. Es algo difícil de tener.

—¿Necesitas que te compre algo? —Le gusta que me preocupe por él y hoy no tengo el cuerpo para discusiones—. Tendré algo de tiempo antes de recoger a Noe en el cole.

—¡Cómprate un vestido nuevo! Quiero que esta noche seas la más sexy de la mesa para luego comerte entera.

Un escalofrío me baja por la columna vertebral al notar la lascivia en sus palabras. No quiero que llegue la noche, no quiero entregarme a Juaco otra vez, no quiero seguir atada a él por miedo. Necesito escapar.

La sonrisa de Aiden inunda mi mente de una forma peligrosa. Por un segundo me permito soñar en imposibles, imaginarlo a mi lado besándome, tocándome, quitándome el vestido. Y un calor demasiado difícil de asumir me llena cada partícula del cuerpo, me invade, me atrapa.

—Te veo esta noche —me despido, incapaz de seguir hablando sin delatar las sensaciones.

—Estoy impaciente.

No logro contener las lágrimas cuando aparecen para deslizarse por las mejillas. Un último vistazo a las orquídeas me recuerda la fragilidad de mi situación.

Mis deseos están prohibidos. Si me atrevo a pensar en ir más allá con Aiden me arriesgo a perderlo todo porque Juaco jamás lo permitiría.

Pero cada una de las fibras de mi cuerpo le desea.

Es un deseo perverso, doloroso, ansioso.

Tardo más de media hora en serenarme. Oscilo demasiado entre la necesidad de trazar un plan para volver a intentar dejar atrás a Juaco para siempre y la de destruir mis sentimientos por Aiden. Y no acabo de estabilizarme porque el miedo es una emoción demasiado asfixiante y me atrapa en muchos momentos negándome la posibilidad de pensar en positivo.

Cuando al fin consigo rebajar bastante la ansiedad salgo de casa escoltada por uno de los hombres de Juaco. Como siempre, él conduce mientras yo me dedico a mirar por la ventanilla sentada en la parte trasera.

Siempre me ha gustado observar la vivacidad de la ciudad a través del cristal. Las gafas de sol impiden que mis ojos llenos de nostalgia puedan hablarles a las personas de paso, a los guardaespaldas, a los transeúntes. Los esconden de la realidad y así puedo escrutar la felicidad ajena sin que se note cómo me afecta estar privada de ella.

La visita al Garden es agradable. Me gusta pasearme entre la larga extensión de flores y plantas para deleitarme con la vivacidad de los colores, las fragancias, las diferentes especies. Tras evaluar varias posibilidades me decido por un par de nuevas semillas y compro todo lo necesario para su cultivo.

Mi peluquería la eligió hace años Juaco. Es un establecimiento exclusivo y escandalosamente caro, pero que cumple con su premisa de aislarme del mundo. Cabinas individualizadas, tres chicas dedicadas a cada clienta y profesionalidad elevada a la máxima potencia es su marca personal.

Como de costumbre el hombre de Juaco se sienta en la silla de la esquina para no perderse detalle de la sesión y así me impide relacionarme con otro ser humano.

Mientras trabajan mi pelo, las uñas, el maquillaje y un poco mi piel, me pregunto por qué ha permitido que Aiden traspase la barrera impuesta a los demás. No es normal ese comportamiento en mi marido, él suele apartar a todo me mundo de mí, incluso me ha separado de mi madre.

¿Puede ser tan retorcido como para desear que surjan sentimientos entre nosotros con la intención de castigarnos después?

¿Es capaz de hacernos esto?

Me cuesta entenderle. Desde que volví de mi viaje a Polonia los cambios en su carácter fueron evidentes y cuanto más tiempo pasaba peor era su forma de comportarse. Hasta que se convirtió en un témpano de hielo cruel y manipulador.

Ojalá pudiera descubrir lo sucedido en mi ausencia y me ayudara a delinear sus intenciones ocultas esta vez. Porque está claro que las hay. Mi marido nunca va de cara, siempre elabora planes complicados para conseguir sus metas. Y ahora necesito conocer la que persigue porque si no lo hago puedo acabar pagándolo muy caro.

Las chicas hacen un trabajo maravilloso, como siempre, y la tarjeta de crédito que financia y controla Juaco paga la suma considerable de dinero por el servicio.

Suele darme bastante libertad en algunos aspectos a la hora de gastar, aunque hay otros en los que no transige. Para él es importante mi aspecto y en ese sentido suele invertir lo necesario.

Camino seguida por su hombre por la calle Serrano en busca de un vestido para la noche. No me apetece demasiado ir de compras, pero contrariarlo es

levantar un huracán y mientras pueda evitarlo prefiero no iniciar una batalla.

Entro en una de las boutiques de marca para encontrar la prenda perfecta.

Antes del cambio de Juaco me encantaba pasearme por una tienda parecida de su mano. Entonces era un gran asesor de imagen, disfrutaba eligiéndome modelos y viendo cómo me sentaban. Recuerdo nuestras visitas a los probadores, cómo fantaseábamos con comprar un montón de ropa cara y cómo a veces me concedía el capricho de regalarme el modelo que más le había gustado.

No me engaño, sé reconocer los síntomas de su obsesión por el control en aquellos días, pero también era afable y no intentaba imponerse. Tenía una tendencia implacable por vestirme a su gusto, por aconsejarme cómo debía ser mi imagen, incluso por preocuparse por mis amistades o mis salidas en solitario, sin embargo no me prohibía nada ni era agresivo.

Los cambios de la gente suelen ser una exageración de rasgos inherentes a ellos. Debí darme cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

Con un par de conjuntos en la bolsa me encamino hacia el coche para dejarme llevar al colegio de Noelia.

Es mi hora preferida del día porque puedo tenerla a solas durante la tarde, llevarla a sus clases de ballet, al parque, a merendar... Puedo disfrutar de mi hija sin más interferencias que la atenta mirada del guardaespaldas.

Hay un corrillo de madres junto a la puerta. Son un puñado de mujeres estiradas y cargadas de prejuicios que se regodean en sus fortunas para justificar su desprecio por las demás. Sus miradas posadas en mí son hirientes.

Una de las normas de Juaco es no intimar con ellas. Si Noelia es invitada a una de sus casas a jugar con alguna de sus amigas o a una fiesta envía a la niñera de acompañante.

No me es difícil seguir esta directriz ya que este tipo de personas me caen fatal. Son altivas, miran por encima del hombro y siempre parecen juzgar con dureza al resto de la gente que está a su alrededor.

Me mantengo alejada de ellas, protegida por las gafas de sol, ignorando sus miradas suspicaces. Debieron gozar de lo lindo cuando me arrestaron.

Por suerte la puerta se abre con rapidez y la visión de mi hija me distrae.

Camino hacia ella para abrazarla cuando la maestra me reconoce y la deja venir hasta mí. Está feliz de verme, su beso entusiasta en la mejilla así me lo demuestra.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —pregunto caminando hacia el coche y

agarrándole de la manita—. Es un día especial, puedes pedir lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —Abre mucho los ojos con una expresión entusiasmada—. ¿Sea lo que sea?

—¡Miedo me das! —Suelto la primera carcajada sincera del día.

—Quiero... —Suelta un suspiro feliz—. Un helado de chocolate en aquel sitio de nombre raro.

—¿Häagen daz?

Aplaude y asiente varias veces con la cabeza.

—¡Ese! ¿Podemos ir? Me gusta el de chocolate con cosas de colores por encima.

—Me parece un plan fantástico.

La llevo a la heladería y me permito un poco de dulce. Mientras se llena la cara de chocolate me cuenta algunas anécdotas de este tiempo separadas con la fuerza arrolladora de siempre. Es una niña muy alegre y suele contagiarme ese estado de ánimo.

Al terminar salimos a pasear por el parque que hay cerca de la heladería. Nos pasamos un rato en los columpios antes de regresar a casa para las rutinas de la noche.

El buen humor me acompaña cuando nos acercamos a la puerta juntas para recibir a Juaco como le gusta. No quiero que nada empañe mi instante de serenidad, así que intento no pensar más allá del ahora, no preocuparme por la noche ni por mi situación, pero al verlo entrar en casa acompañado de Aiden mi corazón recibe una bala mortal.

Nos quedamos asidos por la mirada durante lo que me parece una eternidad. Sus ojos hablan de atracción, emoción y sentimientos compartidos. Y los míos le corresponden.

Con mucho dolor separo la vista para posarla en mi marido. Por suerte su atención está puesta en la niña. A pesar de no ser demasiado cariñoso con ella suele otorgarle unos minutos de su tiempo al llegar del trabajo.

—¿Qué tal el día? —pregunto acercándome a él.

El gemido ahogado de Aiden me alcanza creando una corriente adversa en mi cuerpo.

—¡Redondo! —Juaco me rodea con sus brazos para darme un efusivo beso—. Ahora lo remataremos con una cena a la altura. ¡Abbs y Ger van a ser unos invitados de excepción!

Siento una hebra de ironía en su voz, como si ocultara algo doloroso para

esta noche.

Permito que sus labios me besen, que me estreche entre sus brazos, que invada mi espacio sin dejar de darle vueltas a la intuición de que hay algo más en sus palabras.

Conozco a los invitados. Gerardo es uno de los mejores amigos de Juaco, crecieron juntos y tienen una estrecha relación. Su mujer es un encanto, suele amenizar los instantes compartidos y siempre se comporta con exquisita cortesía. Tenemos la pasión común por las plantas, algunas veces Juaco permite que me acompañe al invernadero. Aunque con la entrada en la cárcel la he tratado poco.

El brillo de sus ojos advierte de que mi intuición es cierta. Hay algo maligno en ellos y me aterra descubrir la razón.

¿Acaso espera asestarme el golpe final? ¿Quiere destrozarme?

La hora siguiente se llena de inquietud. Aiden está en su habitación preparándose para la cena. Juaco y yo estamos en nuestra suite en silencio. No me ha dejado bajar a la cocina a darle la cena a Noelia, la ha enviado con su niñera.

Mientras intento leer un poco, él sigue trabajando en el portátil, estirado en la cama.

No intento entablar una conversación ni presionarle para que confiese sus ocultas intenciones porque solo conseguiría discutir, pero mi nerviosismo sube de intensidad con el paso de los segundos y la sensación de estar a punto de acudir en directo a una explosión me llena el cuerpo de una ansiedad acuciante.

Le conozco y sé que trama algo doloroso.

Capítulo 15

Aiden

*E*l cansancio me puede. Se me cierran los ojos y tengo pesadez en el cerebro por culpa de las horas de concentración dedicadas a entender mi nuevo puesto de trabajo. Estoy demasiado exhausto para bajar a cenar y sin embargo no me queda otra opción.

La idea de estar cerca de Zofia me produce una mezcla demasiado intensa de emociones y no puedo controlarlas ni hacerlas desaparecer.

Cada vez que Juaco la besa o le ofrece un gesto de cercanía siento el fuego de la ira poseerme. Es como si recibiera la más cruel de las palizas, como si ella fuera mía y me la arrebataran frente a mi mirada ansiosa.

Pero no lo es.

Nunca será mía.

Y esa certeza me produce descargas de dolor en el corazón porque me he enamorado de ella.

Si sus ojos se posan un segundo en los míos una cálida emoción me recorre el cuerpo. Leo en ellos deseo, atracción, necesidad. Son las mismas sensaciones que me invaden a oleadas, como si pudieran crear un tsunami en mi interior que durante unos segundos es capaz de arrasarlo con la realidad.

Cierro los ojos reprendiéndome en silencio frente al espejo de cuerpo entero que hay detrás de una de las puertas del armario.

Es su mujer.

Lo repito hasta la saciedad en un intento desesperado de aceptarlo. Pero también escucho la vocecita anhelante de mi cerebro, esa que me indica sus sentimientos crecientes hacia mí, su necesidad de escapar a las garras de Juaco, su anhelo por abrazarme.

El día de hoy se ha llenado con imágenes suyas. Cada segundo de descanso de mi mente aparecía ella para despertarme el deseo. Es como una maldición

porque no puedo deshacerme de sus ojos, de su aroma, de su sonrisa tímida al mirarme.

Quizás tengo una tendencia absurda hacia el masoquismo y lo mío son los amores prohibidos. ¿Por qué me he fijado en la mujer de un hombre como Juaco?

Es un hombre perverso. Hay algo en su forma de hablarme y de tratarme que me alerta de sus intenciones ocultas. Tras su fachada de persona modélica esconde maldad y algo me dice que cuando se deshaga de la careta mostrará un rostro doloroso y me alcanzarán sus dardos envenenados.

Y también me siento culpable por faltar a la promesa que le hice a Kate. Ella era mi vida y ahora parece relegada a un segundo plano porque ya no soy capaz de sentir cómo sus ojos me iluminan, cómo su recuerdo capitanea mi felicidad.

Se desdibuja en mi mente, difuminándose entre las imágenes cada vez más insistentes de Zofia. Es como si perdiera a Kate, como si esa conexión de antaño se hubiera roto para atarme a una persona diferente y cuando siento crecer esos lazos invisibles me atemoriza la posibilidad de olvidar el pasado para dejarme caer en un abismo demasiado peligroso.

Termino de ponerme uno de los trajes del armario. Es más informal del de esta mañana, pero tampoco me siento cómodo dentro de él, preferiría mis vaqueros, mis sudaderas, mis camisetas arrapadas, incluso mis deportivas. Esta ropa me aleja demasiado de mi verdadera naturaleza, me asfixia, me convierte en una mala versión de mí.

Dejo tres botones de la camisa abiertos y cierro el armario para dejar de verme a través del cristal. Prefiero no descubrir cómo me afecta este cambio brusco en mi itinerario de la vida.

Como todavía quedan veinte minutos para bajar decido sentarme frente al escritorio de la habitación con uno de mis cuadernos secretos. No quiero compartir con nadie mi afición, prefiero aislarla de Juaco, de Zofia, de cualquier interferencia actual, por eso los he escondido lejos de la mirada de los habitantes de la casa y no quiero mostrarla.

Desde la aparición de Zofia en la prisión conseguí romper el círculo vicioso en el que solo quería dibujar los ojos de Kate porque su esencia todavía estaba pegada a mi alma. Era mi forma de revivirla, de seguir enganchado a ella, de sentirla a mi lado. Pero ahora ese hilo que nos unía se ha roto de

forma irremediable para convertirse en un recuerdo. Ella sigue en mi corazón, siempre ocupará una parte de él, sin embargo ya no es su dueña.

Mis dedos agarran el lápiz con soltura, siento las cosquillas de la inspiración invadir cada partícula de mi cuerpo y empiezo a deslizar la punta sobre el papel para crear una nueva historia llena de emociones encontradas.

Por primera vez desde hace mucho tiempo tengo la necesidad de volver a ilustrar una cantidad increíble de viñetas, de seguir una trama, de crear personajes y darles vida.

Mientras dibujo consigo despejar la mente, alejar mis problemas, olvidarme de todo para dejarme seducir por la sensación de ser el titiritero de desventuras ajenas.

Me reconforta lo suficiente para relajar el cansancio, los pensamientos recurrentes sobre Zofia, la pérdida de Kate y la sensación de que esta noche me espera una sorpresa de la mano de mi maquiavélico anfitrión.

Cuando la alarma del móvil me avisa escondo otra vez mis útiles de dibujo y me preparo para la cena. Abro un segundo el armario para ponerme la chaqueta frente al espejo, me aliso la camisa con las manos y me paso los dedos por el pelo para colocarlo en su lugar.

Los sentimientos agitados regresan a mí con rapidez mientras salgo al pasillo y lo recorro rumbo a las escaleras.

Escucho el timbre y los pasos de alguien acercándose a la puerta. El recibidor está bajo la escalinata señorial, a unos pasos de mí, pero desde aquí no veo las personas que entran, solo las escucho saludar a Juaco y a Zofia.

Una voz asciende cuando empiezo a bajar los peldaños y mi corazón recibe una descarga. Me agarro a la barandilla con la respiración acelerada, sin ser capaz de contenerla.

Es imposible.

Trago una ingente cantidad de saliva buscando la voz en mi interior, intentando rebajar las cosquillas inquietantes, aniquilar la sequedad de mis cuerdas vocales, la ansiedad que asciende de forma preocupante por la garganta.

Es ella.

No lo entiendo.

¿Qué hace aquí?

A la mitad de la escalera mis ojos la descubren. Parece llena de luz, con una felicidad extrema. Su cuerpo enfundado en un vestido elegante ha perdido

algunos kilos, su melena negra azabache está más estilizada y esa forma de sonreír...

Nuestras miradas se cruzan cuando solo me faltan tres peldaños. Sus ojos se abren muchísimo, la boca sigue la misma inercia y un *joh Dios!* se escapa de sus labios perfilados de carmín muy rojo.

Veo casi a cámara lenta cómo se acerca.

Me parece algo irreal.

—Abby —musito al pararme frente a ella.

—¿Aiden? —Mi nombre es apenas un susurro en su boca—. ¡No sabíamos nada de ti! ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué no has mantenido el contacto? ¿Qué haces aquí?

Me ametralla con las preguntas sin dejarme tiempo para recomponerme ni para contestar. La situación es tan extraña... Siento los ojos de Zofia posados en mí, junto con su expresión desconcertada, la mirada de Juaco velada por una pérfida frialdad, la mueca extrañada del hombre que hace un instante sostenía la cintura de Abigail y su propia confusión.

—Yo... —Se me quiebra la voz.

¿Qué puedo decirle? ¿Cómo voy a justificar estos años de ausencia? ¿Mi desprecio a ellos? ¿Mi lejanía? ¿Por qué está frente a mí? ¿Qué capricho del destino nos ha juntado en esta situación?

Cuando sucedió lo de Kate no les permití llorar conmigo ni consolarme ni apoyarme. Les aparté, les obligué a dejarme en el olvido.

Necesitaba estar solo para enfrentarme al duelo.

—¡Te largaste! —Sube el tono de voz y me empuja con rabia sin darme tiempo a recomponerme de la impresión—. ¡Nos dejaste tirados!

—Lo siento. —Sacudo la cabeza intentando recobrar un poco de serenidad—. No podía estar con vosotros. Me sentía a punto de romperme del todo. Todavía me siento así.

—¡Somos tu familia, Aiden! —Sigue empujándome con fuerza con los ojos desorbitados y húmedos—. ¡También la queríamos! ¿Lo sabes, capullo arrogante? ¿Te imaginas por un segundo cómo nos dolió perderte a ti también?

—Ella era mi vida —susurro agarrándole por las muñecas para evitar que siga golpeándome—. Y me la arrebataron. Era un deshecho, Abby. No podía estar al lado de nadie porque destruyo todo lo que me importa.

—¡Eres mi hermano! ¿No lo entiendes? —Se quiebra, afloja la presión de sus brazos y da un paso atrás—. Papá y yo estábamos preocupadísimos, no

sabíamos dónde te escondías ni en qué estado estabas y nos angustiaba perderte. Merecíamos algo mejor.

—Tienes razón —admito con un suspiro—. Me perdí y no quería arrastraros conmigo.

—¿Y ya te has encontrado? —La suelto y ella se recompone el vestido en un gesto derrotado—. ¿Podemos volver a formar parte de tu nueva vida? ¿Vas a contarme qué haces aquí?

Mis labios se abren para darle una versión resumida de la situación, pero el hombre que la abrazaba al llegar da un paso hacia ella, le rodea la cintura con el brazo y la aparta a un lado.

—Estaba en la cárcel con Juaco. —La estrecha más hacia él y clava su mirada airada en mis ojos—. Abbs lleva destrozada desde que desapareciste sin dar señales de vida. ¿Cómo acabaste en una prisión?

—Quería vengarme de los asesinos de Kate. —Mi voz es suave y le dirijo las palabras a mi hermana—. No podía asumir su muerte y pensaba que si los encontraba y los golpeaba hasta destruirlos me sentiría mejor.

—Pero ella no volverá. —Abigail da un beso en la mejilla a su pareja, se separa de él y me rodea la cintura con los brazos para estrecharme hacia ella con un cariño infinito—. Por muchas palizas que les des no conseguirás traerla de vuelta.

Se seca las lágrimas sorbiendo por la nariz y apoya la cabeza en mi hombro. El enfado remite hasta convertirse en ternura y emoción al tenerme de nuevo junto a ella.

—Ahora lo sé. —Su abrazo me reconforta y siento renacer la necesidad de volver a encontrarme, de recuperar mi vida y dejar atrás el pasado de una vez por todas—. Siento haberos abandonado de esa forma. No fui justo con vosotros.

—No vuelvas a hacerlo. Te queremos, Aiden y no saber de ti ha sido peor que enterrar a Kate.

Durante unos minutos solo se escuchan nuestras respiraciones agitadas.

—No sabía cuánto os necesitaba hasta que te he visto —susurro en su oído—. Lo siento tanto.

—Papá estará feliz de saber de ti. Ha pasado un calvario.

Cuando deshacemos el abrazo da un paso atrás para encontrarse con la mirada del hombre que la acompaña. Le da la mano, lo acerca a mí y sonrío con una ilusión intensa.

—Él es Gerardo, mi marido —dice enseñándome una sortija impresionante—. La boda fue hace cuatro meses y me trasladé a vivir aquí, a Madrid. ¡Me encanta esta ciudad!

—¿Te has casado? —Me parece imposible no haber estado ahí y la realidad cae impune sobre mí—. Nunca debí desaparecer.

—Ya no podemos dar marcha atrás, Aiden, pero sí caminar hacia delante. Juntos de nuevo.

—¡Cuéntame la historia al completo!

Un carraspeo de Juaco reclama nuestra atención.

—Tenemos toda la noche para ponernos al corriente, ahora deberíamos entrar en el comedor. Mis padres nos esperan.

—Vamos —secunda Zofia.

Les sigo sin dejar de lanzar miradas a mi hermana, como si temiera que fuera a desvanecerse de un momento a otro. Ella también busca mis ojos en algunos instantes y sé que tiene la misma sensación.

Mientras camino no dejo de darle vueltas al extraño cúmulo de casualidades que nos han reunido de nuevo en esta casa.

¿Juaco me ha traído aquí y de repente aparece Abigail en su mismo círculo? ¿Casada con uno de sus mejores amigos?

No puede ser una coincidencia, ha de haber algo más.

Una vez en el comedor los saludos se suceden. La madre de Juaco le dedica un gesto tenso a Abby, idéntico a los que utiliza conmigo. Es como si reprimiera algo, como si le doliera nuestra presencia. En cambio con Gerardo se muestra afectuosa y le sonrío con sinceridad.

Ocupamos las sillas asignadas en silencio.

—Estamos juntos otra vez. —Abby está mi lado y me coge la mano de forma cariñosa—. Vas a tener que explicarme muchas cosas.

—Y tú a mí.

Juaco pone al corriente a sus padres de nuestros vínculos familiares admitiendo lo alucinado que está por la coincidencia. Mientras habla vislumbro un brillo opaco en sus pupilas, como si disfrutara de la situación. Eso solo incrementa mi sensación de que es su artífice.

—¿Cuánto tiempo llevabas sin saber nada de él, Abigail? —pregunta el padre de Juaco cuando nos traen la bebida.

—Desde el entierro de su mujer. —Le cuesta decir esas palabras—. La asesinaron unos ladrones que entraron de noche en su casa y él acabó en el

hospital. Cuando pidió el alta voluntaria preparó el entierro y después desapareció.

—Necesitaba alejarme de todo —admito—. A veces cuesta enfrentarse al dolor.

—Perder a una persona querida es muy duro. —La voz quebrada de Ophelia me parece muy triste—. No debió ser fácil para ti.

—Kate y yo llevábamos toda la vida juntos, no tenía ni idea de cómo conseguiría sobrevivir sin ella. Por eso me hundí.

—Y sin embargo aquí estás. —Juaco me guiña un ojo—. Dispuesto a seguir adelante.

—Lo intento.

Los ojos de Zofia parecen heridos, como si enfrentarse a mi pasado fuera doloroso para ella. Le dedico una mirada fugaz que intenta explicarle cómo su presencia me ayuda a dejarlo todo atrás, a recuperar parte de mi corazón, a recomponerme. Pero ella apenas la ve.

—Cuando desapareciste me derrumbé —admite Abby—. Papá estaba desesperado por saber algo de ti, la policía no hizo nada por encontrarte y las semanas avanzaban sin noticias. No debiste marcharte así.

—Tienes razón. —Asiento con la cabeza—. No lo pensé, actué sin más.

—La familia está para apoyarse en los malos momentos, Aiden —interviene Gerardo—. Es mejor recurrir a ellos, dejarles estar a tu lado. Cuando conocí a tu hermana estaba destrozada por tu desaparición. Nunca debiste hierirla así.

—Gracias por salvarme. —Los ojos de Abby se iluminan de una forma tan intensa que me alegro por ella. Es como si fueran el reflejo de un amor sin barreras—. Cuando recuerdo ese día adoro la lluvia. Ella te trajo a mí.

—Era una tormenta torrencial. —Gerardo le acaricia la mano con una expresión enamorada—. Pero desde ese día ya no me molesta la lluvia. ¡La adoro!

—Como yo a ti.

Una joven uniformada entra en el comedor con una bandeja. Deposita la fuente en una mesa auxiliar y con ayuda de otra joven nos va sirviendo los platos.

—Ahora necesito escuchar la historia completa —le solicito a Abigail.

—Es bastante vulgar, la verdad. —Se muerde el labio con una sonrisa—. Gerardo estaba en Dublín por trabajo, tenía una reunión cerca de mi floristería.

—Mientras caminaba por la calle la tormenta se convirtió en una cortina de agua —prosigue él—. Solo me faltaron un par de ráfagas de aire. ¡Se llevaron el paraguas! Y entonces vi la tienda de tu hermana y decidí entrar para refugiarme.

—Estaba preparando un arreglo floral para una clienta importante y él apareció chorreando, enfadado y quejándose en un idioma desconocido para mí. —Mi hermana le dedica una mirada a su marido—. Las primeras impresiones muchas veces son equivocadas porque le grité muy enfadada.

—Ese arranque de genio me enamoró. —Gerardo suelta una carcajada—. Tardaste un rato en calmarte y me obligaste a comprar un ramo.

—¡Y lo tiraste en la primera papelería al salir!

—No podía aparecer en una reunión con flores —se defiende él con una carcajada—. Pero volví al día siguiente para invitarte a un café.

Desde ese día empezaron a verse con bastante regularidad, a escribirse, a hablarse por teléfono. Él volaba a Dublín siempre que le era posible y ella cogía aviones para visitarle en Madrid.

—Cinco meses después estaba harto de tanto viaje y le propuse matrimonio. —Mi cuñado termina la historia—. Le ofrecí ayudarla a abrir una floristería aquí y ella me aceptó.

—Y no me arrepiento de esa decisión.

Sus gestos son una clara muestra de sus sentimientos. Están enamorados y me duele haberme perdido su noviazgo, la boda, los preparativos y cualquier otra parte de su vida.

Abigail me habla un poco de mi padre. Se ha quedado en Dublín a pesar de la oferta de Gerardo para que venga a vivir cerca de ellos a España. Él pertenece a Irlanda y le costaría muchísimo dejar atrás sus raíces.

Durante el resto de la cena hablamos un poco de mis dos años de ausencia, de la nueva vida de mi hermana, de la historia de amor entre los padres de Juaco, quienes se conocieron en Inglaterra, de cosas sin importancia. Aunque cada uno de los gestos de Ophelia delata que hay mucho más en esa historia, como si solo hubieran explicado una parte muy superficial de la realidad.

Ella nos sigue tratando con distancia, dedicándonos gestos dolorosos, preguntando a veces algunos detalles demasiado personales de nuestras vidas. No dejo de preguntarme qué le sucede con Abby y conmigo, por qué se muestra tan interesada en conocernos y a la vez tan esquiva y distante a nivel afectivo.

Parece una mujer rota y me desata algún tipo extraño de ternura porque me encantaría encontrar el pegamento capaz de unir las piezas desperdigadas de su corazón.

La despedida se llena de emociones. Abby me da su nuevo número de teléfono, la dirección de su casa y la de la floristería.

Prometemos vernos pronto.

Una vez en la cama soy incapaz de dormirme. Hay demasiados datos ansiosos en mi cerebro que me agobian.

Zofia, Kate, Abby, mi padre, Ophelia...

Ha de haber una conexión entre Juaco y los sucesos recientes. Lo intuyo, es como una certeza que crece en mi interior.

Es todo tan extraño...

Capítulo 16

Zofia

Ya hay luz en la cocina cuando entro a las cinco y media de la mañana. El corazón inicia una intrincada carrera en mi pecho cuando imagino quien estará dentro, como cada mañana desde mi regreso.

Cada vez me cuesta más controlarme frente a Aiden, arrinconar esa necesidad acuciante de poseerlo y no decirle cuánto me importa. Llevamos diez días en casa y todavía no he superado la necesidad de lanzarme a sus labios para devorarlos. En vez de desaparecer, crece día a día casi ocupando por completo mis pensamientos.

Durante las mañanas compartidas hablamos de nuestros secretos abriéndonos en canal, como si necesitarnos mostrar nuestras almas al completo para no guardar nada en nuestro interior.

Me gusta la sensación de ser parte de su vida, de descubrir cada uno de sus sentimientos, de sus miedos, de sus alegrías. Y no tengo reparos en explicarle los míos porque a su lado me siento a salvo, capaz de surcar las olas sin tabla.

Hay demasiado entre nosotros y aunque ninguno de los dos se atreve a dar el paso ambos sabemos la realidad y tarde o temprano deberemos hacerle frente o nos acabará consumiendo.

Voy descalza. Me gusta sentir la madera en la planta de los pies sin hacer ruido y disfrutar de estos momentos de soledad. Apenas se escuchan ruidos en la cocina, solo una suave melodía muy bajita que debe salir del móvil de Aiden.

Camino muy despacio para contemplarle antes de que me vea. Es perfecto, incluso con la mirada perdida en la pantalla y el pelo revuelto.

Hoy no se ha vestido, lleva una camiseta ceñida y el pantalón del pijama. Y parece preocupado.

—¿Estás bien? —Mi voz le sobresalta. Levanta la mirada del teléfono y muestra una sonrisa un poco forzada—. Pareces un poco agobiado.

—No acabo de hacerme a mi nuevo trabajo. No es lo mío, Zofia, y no entiendo por qué Juaco se empeña en obligarme a trabajar para él.

Miente. Lo sé por cómo aprieta los puños sobre la mesa y por la vena que le late furiosa en el cuello, como si le costara contarme la verdad.

—Prometimos ser sinceros entre nosotros. —Me siento a su lado, muy cerca de él—. ¿Qué te preocupa de verdad? A ver, estoy convencida de que tu nuevo puesto no es santo de tu devoción, pero esa no es tu preocupación más inmediata, ¿me equivoco?

—Es todo demasiado perfecto. —Levanta los ojos hasta posarlos en los míos—. Lo de mi trabajo, salvarme de la cárcel, la aparición de Abby... Es como si alguien lo hubiera planeado cuidando hasta el más mínimo detalle y solo se me ocurre una persona capaz de ello. —Inspira y aguanta un segundo la respiración—. Lo de mi hermana es lo que más me desconcierta. Encontrarla aquí, saber de mi padre de nuevo, ese primer contacto telefónico con él, poder hablar con Abigail cada día, recuperarla... No dejo de darle vueltas. ¿Crees en este tipo de casualidades? —Niega con la cabeza—. Yo tampoco. Me cuesta mucho aceptarlas y más cuando me tocan tan de cerca. Y poder visitar a Abby en su floristería tras aparecer en vuestra casa como por arte de magia es demasiado para ser algo tan simple como una coincidencia. Ha de haber algo más y no quiero hacerme pajas mentales, pero estoy convencido de la mano de Juaco en todo esto.

—Llevo unos días pensando lo mismo, desde esa cena. Es demasiado extraño, tienes razón.

—Tu marido es un cerdo manipulador, es capaz de haberlo orquestado todo. Lo que no entiendo es qué gana él con todo este montaje. —Me acaricia la mejilla con mucha delicadeza y siento cómo una oleada de calor se precipita en mi cuerpo—. Llevo días buscando información de él en la red, en los ordenadores del despacho, en cualquier lugar. Y no encuentro una razón lógica a su comportamiento, pero ha de haberla.

—Tienes razón, pero quizás solo estamos ante una coincidencia.

—Lo dudo muchísimo. —Su expresión apoya sus palabras—. Juaco no parecía sorprendido en la cena ni Gerardo. Sentí como si ellos esperaran ese momento. —Entrecierra un segundo los ojos—. Y luego está tu suegra.

—¿Qué pasa con Ophelia?

—Me trata de una forma muy extraña; a Abby le hizo lo mismo. Parece como si nos tuviera miedo o respeto o yo qué sé y a la vez se emocionara al vernos. Con vosotros es más dulce, en cambio a mi hermana y a mí apenas nos mira a los ojos y nos habla muy esquiva. Me dio la sensación de que intentaba controlar sus emociones al estar con nosotros. Además, mi hermana y yo tenemos una sensación parecida respecto a ella, es como si la conociéramos y no sabemos de qué.

—Quizás estás un poco paranoico. Ophelia siempre ha sido distante con todo el mundo y es poco cariñosa, incluso con sus hijas. Puede que tenga una cara común o que su acento os parezca parecido al vuestro y os recuerde a Irlanda.

—Debe ser eso, no me hagas caso. La situación me desquicia un poco. Se acerca muchísimo a mí y el calor se convierte en fuego.

No puedo luchar contra el deseo y tampoco sé si quiero. Necesito a Aiden. Lo necesito de una forma dolorosa. Y no quiero apartarlo de mi lado ni negarme mis sentimientos ni seguir anclada a un matrimonio que solo me abre heridas cada vez más profundas.

Pero tampoco me queda otra salida.

Me debo a mi marido, le pertenezco y no tengo derecho a pensar en nadie más, pero soy incapaz de no darme cuenta de mis sentimientos ni quiero seguir engañándome al no aceptarlos. Me he enamorado de Aiden. Le amo más que a mi propia vida a pesar de mi resistencia, de mis intentos por arrancármelo del corazón, por evitar que se colara por las grietas abiertas en él y las reparara con su presencia. Pero el amor es un sentimiento caprichoso que no permite decisiones ajenas a su voluntad.

—¿Podríamos olvidarnos por unos minutos de cómo nuestras situaciones personales nos alejan? —En un acto temerario acerco mi cara a la suya—. ¿Dejarnos convencer de que solo importamos nosotros y nuestros sentimientos en este instante? ¿No pensar en el después?

—Cada vez que Juaco te toca muere una parte de mí.

Su confesión me da alas para acercarme un poco más, hasta casi rozar sus labios. Están a un milímetro de los míos. Siento su aliento cálido acariciarlos y hacerlos temblar. Y muero por devorarlos.

Le rodeo la cintura con los brazos cuando abre las piernas para dejarme espacio entre ellas.

—Desde que te conozco mis pensamientos en esos momentos son para ti. —

Él corresponde a mi abrazo y cuando noto la fuerza arrolladora de sus músculos ceñirme a su cuerpo no logro detener la aceleración de mi respiración ni ese deseo perverso que me posee. Ha llegado la hora de arriesgarme, de darlo todo por amarle, de lanzarme al vacío exponiendo mis verdaderos sentimientos porque él es el único capaz de entenderlos—. Cada noche hago el amor contigo y no con él porque Juaco solo me presta su cuerpo. Mi mente te pertenece y mi corazón es solo tuyo. Por eso es tu imagen la que me roba el alma cada vez que mi marido entra en mí y prefiero sentirte en esos instantes a no hacerlo nunca.

Sus labios acallan mis palabras y siento como si un chispazo acabara de electrificar el aire. Le beso con ferocidad, gimiendo, incapaz de aguantar sin tocarlo, sin sentirlo muy pegado a mí, sin tenerlo para siempre.

Le palpo la espalda levantándole la camiseta mientras devoro su boca. Su piel es suave, cálida, perfecta. La toco con una necesidad ávida de sellar esa pequeña declaración de hace un instante, de demostrarle que solo él ocupa mi pensamiento, de no cerrar mi mente una vez más a la realidad.

Él sube las manos por mi espalda con suavidad, palpando cada milímetro. Y también gime sin apartarse de mis labios, jugando con mi lengua, enredándola en un baile caliente y lleno de sentimientos que flotan en el ambiente para destapar una pasión arrebatadora.

De repente rompe el beso, se levanta y me da la espalda.

—No podemos arriesgarnos así. —Tiene la voz ronca—. No voy a ponerte en peligro, Zofia. Si Juaco nos descubre podríamos acabar muy jodidos.

—Lo sé. —Asiento con la cabeza incapaz de hablar demasiado—. Pero te deseo tanto y te siento tan dentro de mí...

—Te quiero. —Se da la vuelta y se arrodilla frente a mí, colocándose las manos en las mejillas—. Estoy enamorado de ti. Después de Kate pensaba que nunca más podría amar y me bastaron unos pocos días a tu lado para descubrir que no era cierto. Pero no podemos actuar sin pararnos a pensar o lo perderemos todo.

Me muerdo el labio con un sollozo. Sus palabras mezclan la felicidad con el miedo. Pero prefiero asirme por una vez a la ilusión.

Pongo mis manos sobre las suyas y me acerco a él hasta posar mis labios en su boca.

—Yo también te quiero, Aiden —admito en un susurro—. Te amo con todo mi corazón. No quiero renunciar a ti, necesito intentarlo, encontrar la forma de

ser tuya y no de Juaco.

El beso es tierno, suave, lleno de cariño. Pero no tarda en convertirse en pasional, como si ninguno de los dos pudiera contener esa escalada de deseo que nos arrolla.

Volvemos a gemir, a emitir ruiditos cargados de avidez, a enredarnos en una caliente sucesión de caricias que solo consiguen aumentar la temperatura.

Esta vez soy yo quien se detiene a tiempo. Las palabras de Aiden de hace unos instantes me disuaden de seguir conectada a él porque olvidar dónde estamos podría costarnos caro.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Mi respiración jadeante me pide volver a besarle

—Estamos atrapados. —Se separa un poco de mí con dolor en su expresión —. No podemos querernos.

—Y aun así estamos enamorados. Nunca creí que el amor me dolería tanto. —Le acaricio la mejilla con el dedo. No se ha levantado del suelo, sigue entre mis piernas, abrazándome por la cintura, a pocos centímetros de mi boca—. Te tengo aquí y te siento tan lejos, tan imposible...

—Mi padre siempre dice que los amores prohibidos son los más intensos.

—Y los más dolorosos.

Asiente con una espiración profunda.

—Vamos a encontrar la manera de escapar juntos de aquí. —Sus palabras son como caricias en mi piel—. Lo voy a dar todo por amarte, Zofia. Todo. Hasta mi vida. Cuando perdí a Kate fue devastador, no voy a dejar que vuelva a pasarme.

—Lucharemos juntos por conseguirlo. —Su sonrisa me promete imposibles y por una vez me permito creer en ellos—. Construiremos una vida conjunta. Noelia, tú y yo. Los tres contra el mundo.

—Aunque nos cueste la vida en el intento.

Vuelvo a besarlo con ansia y me dejo arrastrar durante unos minutos por esa avidez peligrosa que me invade. Sus manos palpan la piel de mi espalda, se acercan a mis pechos y disparan un fuego en la entrepierna, como si en ella se concentrara de repente la fiereza de mi deseo.

Tardamos unos minutos en separarnos, conscientes del peligro al que nos enfrentamos si seguimos dando rienda suelta al deseo que nos consume.

—Voy a darme una ducha de agua fría —se levanta con pesadez de movimientos— o cometeré una estupidez.

—Soñaré con cometerla contigo hasta encontrar la forma de librarnos de mi marido —reprimó con dificultad mis deseos de seguirlo, de lánzame a sus brazos, de dejarle entrar en mi cuerpo para siempre—. Lo lograremos.

Asiente y desaparece por la puerta.

Me quedo unos instantes en silencio, quieta, temblando, incapaz de reaccionar. Me toco los labios en un gesto ausente mientras emito un par de gemidos al recordar la calidez de sus besos, esa fuerza embriagadora con la que mi cuerpo ha respondido a ellos, mi necesidad de seguir conectada a él. Y una retahíla de lágrimas se desprenden de mis ojos al darme cuenta de la realidad.

Juaco sigue siendo mi marido, solo él tiene permiso para poseerme y ahora no sé si resistiré estar con él.

El día transcurre lento para mí. No me distraigo con nada, solo las horas compartidas con Noelia consiguen concederme un poco de paz. Mi cabeza no para de darle vueltas a lo sucedido con Aiden, a nuestras confesiones, al futuro.

No puedo hacerme ilusiones y a la vez tampoco puedo renunciar a él, a mis sentimientos, a ser feliz por una vez en mi vida.

Le amo. Nada de lo que haga a partir de ahora va a alterar esa verdad.

Las llamadas de Juaco para controlarme me demuestran que nada ha cambiado para él. Sigue queriendo conocer mis pasos y cada una de mis actividades sin dejarme espacio para respirar.

Si al menos tuviera una amiga, a alguien con quien hablar acerca de la situación...

Aiden es la primera persona a la que mi marido ha permitido traspasar esa línea y tiene razón, ha de haber una explicación a ese cambio. Juaco nunca actúa en balde, sus intenciones ocultas han de salir a la superficie en algún momento y no logro hacerme una composición de lugar para comprender cuáles son.

¿Y si nos explota en la cara? ¿Y si nos destroza?

Por la noche me disculpo de la cena arguyendo dolor de cabeza. Hago mala cara y tanto mi marido como mis suegros aceptan la excusa sin sospechar que solo se trata de una indisposición por sentimientos revueltos, amotinados, punzantes.

Necesito algo de tiempo antes de ver a Aiden o toda la familia sentirá esa corriente de alto voltaje que se dispara al estar en la misma habitación. Debo encontrar la forma de dominar el arrebató de mi corazón, la aceleración de mi respiración, ese calor que se apodera de mi cuerpo y me delata encendiendo mis mejillas.

Cuando mi marido sube a la cama finjo estar dormida, a oscuras, acurrucada en mi lado.

Siento su beso suave en la frente y un asco desmesurado me retuerce las tripas. Es como si los momentos íntimos compartidos con Aiden me hubieran blindado para seguir soportando la vida conyugal con Juaco. Pero he de encontrar la manera o mi mundo se resquebrajará.

Durante una hora permanezco quieta en la cama, con los puños cerrados en la sábana, intentando lidiar con mis sentimientos revolucionados. La idea de quedarme atrapada en este matrimonio me duele demasiado porque ahora he descubierto qué se siente al amar de verdad y no me es posible entregarme a él ni a mi marido.

Su respiración es regular cuando me levanto para bajar a la cocina. No lograré dormir, me conozco demasiado y sé reconocer los signos del insomnio.

—¿Estás bien? —murmura Juaco abriendo los ojos con dificultad y encendiendo la luz de la mesilla.

—Voy a la cocina a comer algo —me fuerzo a dirigirle una sonrisa—. Me irá bien para tomarme un Ibuprofeno y acabar del todo con el dolor de cabeza.

—Si me necesitas ven a buscarme —apaga la luz y se mueve un poco para encontrar una nueva postura en la cama—. Estaré aquí, durmiendo.

Su sueño suele ser bastante ligero, siempre está alerta. A veces me planteo drogarlo por las noches para escaparme, pero ya lo intenté una vez y acabé entre rejas.

Me pongo una bata, las zapatillas y me recojo la melena en un moño mal hecho con la goma de pelo que siempre llevo en la muñeca.

El silencio de la casa me acompaña en mi camino hacia las escaleras.

Antes de empezar a descender le doy un vistazo a la puerta cerrada de la habitación de Aiden. Está al final del pasillo, en el lado opuesto a la mía.

Una locura transitoria me invade la mente. El deseo de caminar hacia allí es intenso, demasiado para no pararme a pensar en las consecuencias.

Me agarro con fuerza a la barandilla resistiendo la tentación. Soy una auténtica temeraria, solo por plantarme la posibilidad de ir a la habitación de

Aiden, Juaco podría castigarme. Porque soy suya. Y Noelia también sufriría las consecuencias de traicionarlo.

Pero los ojos de Aiden aparecen anhelantes en mi mente. Los siento desearme, amarme, hablar de sentimientos muy fuertes. Y deseo desprenderme de las cadenas que me atan a una vida llena de dolor, obligaciones y tristeza para entregarme a una colmada de ilusión.

Aprieto fuerte los labios obligándome a bajar hacia la cocina. Debo apartarme de Aiden, es la única manera de mantenernos a salvo a los dos. Besarle ha sido un error, fantasear con la posibilidad de ir más allá es la peor idea que he tenido en mi vida, la más peligrosa, la única capaz de destruirnos sin remedio.

Cada uno de los peldaños me separa más de él.

Respiro con demasiada rapidez porque lucho desesperadamente contra mis deseos cada vez más poderosos de darme la vuelta y saltarme todas las reglas. Es doloroso alejarme de su habitación, de la posibilidad de estar con él, de sus brazos.

Cierro los ojos crispando los dedos en la barandilla mientras espiro de forma intensa. El recuerdo de sus labios contra los míos me posee. El calor de su cuerpo, la pasión, sus gemidos ahogados por los besos cada vez más intensos se cuele por las rendijas de mi mente para llenarme el cuerpo de una avidez demasiado ansiosa para aniquilarla.

El recibidor solo tiene la luz de emergencia encendida. Me muevo entre las sombras para bajar los tres peldaños que me quedan y no ceder a mis instintos. Es como si mis piernas fueran bloques de acero porque les cuesta obedecer las órdenes directas del cerebro, pero al final logro mi propósito y a pesar de sentir el peso de mis deseos arrastrarme por las turbulentas aguas de la necesidad, avanzo hacia la cocina dejando atrás la posibilidad de entregarme a Aiden.

No enciendo la luz, prefiero enfrentarme a la estancia a oscuras, caminar en la penumbra, no darme la posibilidad de iluminar mi dolor. Porque siento como si tuviera un puñal hendido en el corazón y fuera capaz de sentir cómo se remueve en él para desgarrarlo con lentitud.

Si pudiera deshacerme de Juaco, si no llego a fallar hace unos meses...

La única iluminación del lugar proviene de una de las luces de emergencia que mi suegro instaló en la casa. Hay muchas para evitar quedarnos del todo a oscuras por la noche. Es suficiente para ayudarme a encontrar los ingredientes

para prepararme una taza de chocolate caliente. Lo hago con movimientos mecánicos y la mente aislada en algún lugar apartado donde me imagino libre para entregarme a Aiden, para descubrir si lo nuestro tendría futuro, para ser capaz de tomar mis decisiones.

Con la taza humeante ando hacia el invernadero para pasar un rato entre mis plantas en busca de un poquito de paz. Ellas suelen ayudarme a encontrarla porque mientras mis manos las cuidan mi cabeza logra desconectar del presente.

Hace un poco de fresco al salir al jardín. Me arrebujó con la bata y sigo el sendero pavimentado que conduce a mi lugar preferido, uno donde me siento libre por unas horas.

Me detengo un segundo frente a la puerta. La estructura de cristal esconde en su interior un mundo perfecto para mí y lo aísla del resto cuando no hay luz exterior.

Al entrar recibo enseguida la bienvenida de las plantas al percibir su aroma. Hay una mezcla especial de olores que me embriaga y me llena de energía positiva.

No enciendo la luz, me limito a caminar entre las hileras de tiestos cuidados con mimo por mis manos para sentir la soledad perfecta del lugar y dejarme acompañar solo por mis *niñas*. Así las llamo y me encanta repetírsele, mientras les rocío con agua o les limpio las hojas o las planto para verlas crecer.

Avanzo hasta la mesa pegada a la pared más alejada de la casa. Es alargada, de madera maciza, con un par de cajones anchos donde guardo los libros de registro de las diferentes especies, sus cuidados y la evolución de las plantas. Encima se distribuyen los útiles de jardinería, junto con algunas semillas nuevas y tiestos para plantarlas.

—¿No podías dormir?

El sonido de la puerta abriéndose precede la voz de Aiden.

Me giro despacio, con el corazón latiendo a una velocidad tan acelerada que apenas logro respirar sin ahogarme.

Apoyo el trasero en la mesa y coloco las manos en el borde para agarrarme a él.

Aiden es apenas una sombra recortada en la penumbra. Ha cerrado la puerta y camina hacia mí con pasos lentos, pero decididos.

—No dejo de pensar en tus besos —musita—. Quiero más Zofia. Lo

necesito todo de ti.

—Es peligroso.

—Lo sé —se detiene a pocos centímetros de mí. Su aliento me invade, me acaricia, me llena de calor. Empiezo a temblar de anhelo y necesidad—. Pero sin riesgo no hay recompensa.

—Si nos descubre nos destrozará.

Levanta una mano para deslizar sus dedos por mi mejilla con una lentitud exasperante. Cuando me toca siento un millar de detonaciones en la piel que se precipitan a cada rincón de mi cuerpo llenándolo de electricidad.

Gimo. Jadeo. Resuello.

Su dedo continúa bajando hasta llegar al cuello. Lo recorre despacio y me quemó, ardo, me convierto en un cuerpo azotado por temblores de avidez, de pasión, de un anhelo imposible de contener.

—Voy a darte todo por amarte, Zofia. —Su voz es un murmullo suave, ronco, lleno de sensualidad—. Todo.

—¿Incluso nuestra vida? —Su dedo vuelve a subir para recorrerme el labio con delicadeza.

—Te necesito. —Da un paso hasta colocarse tan cerca que nuestros cuerpos entran en combustión—. Me da igual el después.

—Noelia —susurro agarrándome fuerte a la mesa para no ceder sin pensar en las consecuencias.

Asiente con un leve movimiento de cabeza, se retira hacia atrás, se da la vuelta y camina de regreso hacia la puerta. Mi única palabra contiene un mundo de razones para detenerlo porque él jamás se perdonaría separarme de mi hija.

—Lo siento —musita alcanzando el pomo de la puerta—. Cuando te he visto salir de tu habitación no he podido evitar seguirte. —No se gira ni hace ademán de mirarme de nuevo—. Te deseo de una forma tan desesperada que me da igual tu marido y las jodidas consecuencias. Pero tu hija siempre irá delante de mis deseos porque es tu mundo y no quiero arrebatártelo.

Abre la puerta para salir por ella.

—Aiden. —le llamo, pero cuando se gira no soy capaz de decir nada.

Capítulo 17

Aiden

Sus ojos contienen un mundo de palabras, una cantidad inmensa de sentimientos, un millar de súplicas. Apenas los veo brillar en la oscuridad, solo rota por la luz de una farola exterior y de la luna. Pero puedo sentirlos hablarme, acercarse, suplicarme que no me vaya.

Y no puedo hacerlo.

Simplemente no puedo renunciar a ella.

A pesar del coste, de las consecuencias y de la posibilidad de perder mi vida por el camino soy incapaz de darme de nuevo la vuelta para perderme en la noche.

Cierro la puerta a mi espalda acompañado por un gemido profundo de Zofia.

No se mueve, no me habla, no me detiene mientras camino a grandes pasos hacia ella, impulsado por una pasión desbordante que burbujea en mi interior haciéndome olvidar dónde estamos, quiénes somos y lo que nos jugamos.

Llego hasta ella y me quedo un instante enfrente, a pocos milímetros de su piel.

Ambos respiramos muy rápido y nuestras exhalaciones llenan el silencio con una fuerza atronadora. Soy incluso capaz de escuchar los latidos acelerados de los dos corazones. Parecen martillear el espacio con su cadencia ansiosa por la anticipación.

Resuello sin mesura. Ella abre un poco la boca y se humedece los labios con la punta de la lengua antes de soltar una espiración profunda.

Doy un último paso para lanzarme a devorarla. La abrazo por la cintura y uno mi boca a la suya, desesperado por saborearla, sentirla, hacerla mía.

Un calor ávido me invade. Es como si tuviera el cuerpo ardiendo y una fogata arreciara en mi interior.

Necesito tocarla, desnudarla, llenarla de besos y caricias.

Mis manos se convierten en una extensión de la ansiedad que me consume. No se paran a ser delicadas con la ropa porque necesitan acceder cuanto antes a su piel.

Ella hace unos ruiditos muy sensuales mientras la desnudo con tanta fiereza que quizás hasta le desgarré alguna prenda. Pero me da igual el después, no quiero pensar en otra cosa que en su cuerpo, en entrar dentro de ella, en convertirnos en uno solo.

Le coloco las piernas en mi cintura para levantarla y estirla sobre el suelo, donde terminé de desnudarla. Ella también accede a mi ropa con la misma furia. Parecemos poseídos por una fuerza imposible de detener.

Es deseo, necesidad, amor, pasión.

Recorro su rostro con besos descendentes hacia el cuello y marco un sendero directo hasta sus pechos. Zofia me clava las uñas en la espalda cuando empiezo a lamerlos con devoción. De su boca sale el gemido más sexy que he escuchado en mi vida. Tiene un tono ronco, excitado, precioso.

No tardo demasiado en bajar mis caricias hacia su punto de placer. Necesito saborearla, darle un pedazo de mí, ofrecerle el mayor de los regalos llevándola al límite una y otra vez. Porque ella es mi mundo ahora y quiero ofrecerle hasta la última migaja de mí.

Cuando empiezo a mover la lengua ella me agarra de la cabeza con resuellos cada vez más acelerados. Arquea el cuerpo, se agarra fuerte al pelo, tira un poco de él y me guía para escalar la montaña del orgasmo hasta llegar a él.

Me suelta para taparse la boca con una mano y ahogar como puede los gemidos que se escapan de su boca y le recorren el cuerpo con oleadas de un intenso placer.

—Aiden—susurra una y otra vez—. Aiden.

Escuchar mi nombre entre sus labios aumenta mi erección. Me calienta. Me lleva a un estado de embriaguez total. Porque es ella, la mujer a la que amo con absoluta devoción, por la que lo daré todo a pesar de perder mucho en el camino, por la que lucharé a partir de ahora y para siempre.

Subo mis besos hasta llegar a su boca y la devoro mientras entro en ella.

Necesito sentirla sin barreras y no quiero ponerme un preservativo para no perderme ni una sola sensación.

Zofia me recibe con un gemido extasiado y se acopla con rapidez a mis movimientos rodeándome el cuerpo con las piernas para marcar un ritmo más rápido.

Me pierdo en su interior, reclamo hasta el último pedazo de su ser y me acerco con rapidez a la cima. Está próxima, muy próxima. Mi cuerpo está a punto de detonar. Necesito romperme en mil pedazos para recomponerme una y otra vez mientras grito su nombre entere jadeos. Necesito ser parte de ella para siempre. La necesito a ella.

El primer gemido me alcanza cuando empiezan las primeras oleadas de un goce tan intenso que apenas puedo pronunciar su nombre de forma coherente.

Al segundo gemido ella se une a mí gritando mi nombre.

Ahogamos nuestros jadeos con un beso lleno de pasión.

Estamos juntos, unidos, preparados para darlo todo. Nuestros nombres salen atropellados entre los besos, se ahogan entre los gemidos de placer, se llenan de significado. Porque ella es mía y yo soy suyo. Ahora y para siempre.

Nos quedamos abrazados en silencio, estirados en el frío suelo, con las estrellas parpadeando encima de nuestras cabezas. Las vemos a través del cristal y nos iluminan proporcionándonos una visión sobrecogedora del universo.

Le acaricio el cabello con delicadeza.

—Te quiero muchísimo —musito con necesidad de volver a decírselo—. Demasiado para dejarte regresar al lado de tu marido.

—Yo también te quiero. —Hay una hebra de tristeza en su voz—. Pero los dos sabemos que debo volver a mi habitación.

—Si alguna vez te sientes perdida solo has de llamarme para que corra a tu lado. Lo dejaré todo por ti. —Le doy un suave beso en los labios—. Vamos a derrotar a tu marido, te lo prometo.

—Juntos podremos con todo.

No parece demasiado convencida de sus últimas palabras. La siento un poco lejos, pero intento acercarla con besos y caricias.

—Tarde o temprano empezaremos una vida con Noelia lejos de aquí.

—Voy a soñar cada noche con conseguirlo. —Se mueve un poco para incorporarse—. Porque nunca había hecho el amor de verdad, hace un instante me he dado cuenta. Y deseo pasarme el resto de mi vida a tu lado.

—Lo conseguiremos.

Acaba de levantarse y se viste despacio. La imito porque no puedo quedarme en el invernadero toda la noche, pero al descubrir sus intenciones se me rompe el corazón. La idea de dejarla caminar hacia su habitación para compartir el lecho con Juaco me destroza.

Ella debería ser mía, pero no lo es.

Nos despedimos en la puerta con un beso fugaz.

—Espera unos minutos y sal —susurra con tristeza—. Ya te echo de menos.

La observo perderse entre las sombras de la noche con un peso doloroso en el corazón. La amo demasiado y no puedo tenerla por entero. Es duro ser el amante, el otro, el usurpador. Deseo ocupar el trono, ser lo primero que vea Zofia al abrir los ojos cada mañana, dejar de lado los sueños y alcanzarla para siempre.

Paso los siguientes diez minutos contemplando las plantas de Zofia casi a oscuras. El interior del invernadero es un lugar lleno de colorido, desprende un aroma embriagador y ahora contiene la esencia de nuestra unión, un vínculo que va más allá del tiempo y del espacio.

Cuando salgo camino muy despacio, como si me pesara la separación forzosa y no pudiera aceptar esta distancia entre ambos, el abismo que Juaco representa.

Mi habitación me parece demasiado solitaria al llegar a ella. Me falta Zofia.

No consigo dormirme hasta un par de horas después y caigo en las pesadillas recurrentes sobre la última noche con Kate, pero su rostro no es el de mi mujer, es el de Zofia. Veo cómo el asesino dispara, siento la bala entrar en mi cuerpo, la escucho a ella gemir al recibir el balazo y me arrastro por el suelo hasta llegar a ella. Las lágrimas me anegan la cara, apenas puedo respirar, pero busco las fuerzas perdidas para acercarme, abrazarla y no dejarla exhalar su último aliento sin estar a su lado. Veo la cara de Juaco mirándome a pocos pasos, con el arma asesina en la mano, riendo con carcajadas que inundan mi mente de forma angustiada.

No es Kate a quien sostengo entre mis brazos antes de perder la consciencia ni es ella a quien anhelo. Ni siquiera la siento cerca.

El sueño se vuelve tan real que de pronto me incorporo en la cama a oscuras con el cuerpo empapado en sudor y las vívidas imágenes de mis recuerdos mezclados con las de la pesadilla.

Me levanto de la cama para meterme en la ducha. Necesito borrar los rastros del sueño, encontrar la forma de apartarlo de mí para serenarme. Necesito un trago. A pesar de los contras, de los meses que llevo rehabilitado, apartado de una botella y alejado de la tentación, ahora necesito probar el alcohol, regar mi inhóspita sensación interior de ansiedad con un buen trago.

Dentro de la ducha apoyo las manos en la pared y me encorvo un poco para

permitir que el chorro de agua templada me impacte en los hombros.

Enamorarme de la mujer equivocada no entraba en mis planes. Estoy demasiado jodido para afrontarlo con dignidad y no sé cómo voy a soportar verla día a día al lado de alguien como Juaco.

Veinte minutos después salgo del baño con una toalla aguantada en la cadera para acercarme al armario. Necesito salir de la habitación y conseguir un trago, no soporto saber que ella está cerca y no puedo tocarla.

Me visto con uno de mis vaqueros rotos y una camiseta ceñida y salgo descalzo al pasillo. Me siento más yo que cuando voy con uno de esos trajes caros de corte perfecto. Ese es el verdadero Aiden, el que quiero recuperar. No aguanto ni un segundo más representando este papel de chico bueno, no quiero esta vida, solo deseo escapar con Zofia y Noelia para vivir en algún lugar apartado, recuperar mi pasión por ilustrar y no depender de un capullo como Juaco.

Si pudiera escapar, si no me tuviera en sus manos, si pudiera elegir mi destino...

El salón está a oscuras, pero un resquicio de luz de la farola del exterior se cuele por la vidriera que hace de pared frente al porche y la piscina de borde infinito colocada sobre una alfombra de césped perfectamente cuidada.

Me acerco al mueble-bar para servirme un vaso de Chivas Rejal 18, un malta excepcional. Como buen irlandés, sé apreciar el buen *whisky*.

Con el vaso en la mano camino hacia el ventanal para apoyarme en él mientras le doy vueltas a mis próximos pasos. Miro la bebida con indecisión. Si le doy un trago quizás sea solo el primero de muchos. Llevo más de doce meses sobrio, volver a caer sería una temeridad. Pero un sorbo, permitirle a una pequeña porción del líquido anestesiarme durante unos minutos...

Me mojo los labios. Tiene un sabor único, con notas de chocolate, frutos secos, cremoso de caramelo y naranja. Deja una sensación cítrica y picante.

Lo saboreo en silencio mientras traro de asimilar los últimos sucesos, mis decisiones y el rumbo que ha tomado mi vida.

No debería seguir bebiendo, lo sé, soy un alcohólico rehabilitado, pero necesito olvidar y esta es la única manera que se me ocurre de dejarlo todo atrás...

—A mí siempre me ha gustado quedarme frente a la vidriera en silencio por las noches. —Escucho los pasos de Ophelia acompañando su voz—. Debe venirte de familia.

—¿De familia?

Me giro para mirarla deseando darle un nuevo sorbo a la bebida que mi mano derecha mantiene sujeta. Pero me controlo. Necesito lucidez, lo tengo clarísimo cuando descubro cómo avanza hasta mí en la penumbra.

—Nunca imaginé que Juaco fuera capaz de enfrentarme con mi pasado de esta forma tan cruel. —Se para a mi lado y también se apoya en la vidriera—. Primero Abby y ahora tú. —Distingo sus ojos húmedos y brillantes mirándome con una tristeza extrema—. Quiere su herencia y no parará hasta conseguirla. Le da igual a quien se lleve por delante, incluso ha expuesto a Zofia. Por eso te ha traído aquí y ha conseguido casar a Abby con Gerardo. Es maquiavélico.

—No entiendo la relación de su herencia conmigo.

—Ha ganado, ha conseguido que te enamoras de su mujer y ahora te tiene en sus manos. Acabarás cediendo, firmarás lo que sea y te quedarás sin ella porque jamás la dejará marchar.

—Lo siento, Ophelia, pero no tengo ni idea de qué estás hablando.

Percibo cómo sus labios se arquean en una sonrisa llena de dolor. Levanta el brazo con lentitud y acerca la mano a mi mejilla para acariciarla. Doy un respingo y me aparto hacia atrás, absolutamente desconcertado ante el gesto.

—Eres más guapo de lo que nunca imaginé. —Su voz contiene tristeza, heridas sin cicatrizar y emoción a la vez—. Y más fuerte. Todavía recuerdo el día de tu nacimiento. Fui tan feliz cuando te abracé por primera vez.

Abro mucho los ojos, mirándola con una aceleración excesiva de la respiración. El corazón parece a punto de salirse de mi pecho y las rodillas me fallan.

El whisky me llama, casi me quema en la mano de la necesidad absoluta de bebérmelo para no seguir escuchándola, descubriendo nuevas brechas en mi pasado.

—¿Perdona, qué? —Niego con la cabeza apartándome de ella.

—Pesaste cinco kilos, eras enorme. —Baja el tono hasta casi un susurro—. Llorabas muchísimo y yo estaba tan feliz...

—No puedes saberlo. —Creo que estoy en estado de shock porque solo niego con la cabeza sin ser capaz de dominarme—. Es imposible.

—Tu hermana había cumplido tres años el día anterior. Era preciosa. Ella también se ha convertido en una belleza.

Vuelve a intentar acariciarme la mejilla y me alejo de ella para evitarlo.

—No me toques. —Meneo la cabeza con exasperación—. No te acerques a

mí.

—Vas a pagar un precio muy alto por mi estupidez y no quiero ver cómo Juaco te hunde ni cómo se encarga de destrozar a Abby. No lo soportaré. Vete, llévate a tu hermana, huye de él o te arrepentirás.

No reacciono. Sus palabras se clavan en mi interior abriendo gritas profundas en el corazón.

Me aparto de ella todavía más, buscando el refugio de la oscuridad para ocultar mi estado agitado. La miro casi sin verla, solo descubriendo su silueta en la penumbra y mi cuerpo decide ponerse a temblar, con los sentimientos a flor de piel.

Deseo beber, pero me controlo porque necesito centrar toda mi atención en sus palabras, entenderlas, darles una dimensión de realidad.

—¿Por qué te fuiste? —susurro haciendo la pregunta que más tiempo llevo guardando en mi interior—. ¿Por qué nos dejaste?

—No tuve otro remedio. —Da un paso para acortar la distancia entre los dos—. Debía salvaros, daros la oportunidad de escapar de mi mierda.

—¡Éramos tus hijos! —Levanto la voz incapaz de dominar la rabia que me posee—. ¿Cómo pudiste? Si supieras las veces que me he imaginado este momento, si te imaginaras cómo necesité respuestas cuando era un niño.

Meneo la cabeza con rabia, ansiedad y dolor. Me zarandean demasiadas emociones para centrarme y estoy descolocado, sin saber qué decir, qué hacer, cómo reaccionar ante esta revelación.

—En ese momento era mi única salida. No ha pasado un día desde entonces en el que no pensara en vosotros. —Otro paso para acercarse a mí—. Si supieras cuánto necesitaba veros crecer. Pero dejaros era lo único honorable, la única forma de manteneros a salvo de Hernán.

—¿Tu marido? —Suelto un suspiro exasperado—. ¿Qué relación tiene él con tu cobarde huida?

No tiene sentido.

¿O sí?

De repente los últimos meses me vienen a la cabeza. La extraña coincidencia de encontrarme con Juaco en la cárcel, sus datos certeros acerca de mí, su forma de atraparme en una red tejida especialmente para tenerme entre sus manos, la aparición de Abby... Demasiadas casualidades. ¿Y ahora descubro que mi madre es también la suya? ¿Somos hermanos?

—Hernán me mandó a Irlanda hace muchos años para seducir a tu padre —

explica con lágrimas brillando en sus mejillas—. Éramos amigos desde hacía tiempo, nos conocíamos de la escuela y juntos perpetramos muchos planes maquiavélicos para conseguir cualquier cosa que queríamos. No nos importaba hacer daño a los demás ni destrozar vidas si nos salíamos con la nuestra.

Me apoyo en el cristal y la miro alucinado mientras me desgrana algunas anécdotas de su juventud. Se instaló en Madrid cuando los irlandeses nombraron embajador a su padre y lo mandaron a la embajada española para ejercer el cargo. Tenía catorce años y muchas fechorías a su espalda. Era una chica rebelde, difícil y demasiado caprichosa para conformarme con un no.

Conoció a Hernán en un exclusivo colegio inglés de la capital española y se hicieron inseparables. No tuvieron una relación romántica al uso, entre ellos tenían derecho a roce, pero alternaban con otras personas.

—Cuando teníamos veinte años Hernán se enteró de que no era hijo biológico de su padre y de que su herencia iría a parar casi por entero a un bastardo que vivía en Irlanda. —Su voz es monótona, como si le costara contar la historia e intentara rebajar el efecto emocional no transmitiendo sentimentalismo a su tono—. Su padre solo había amado a una mujer en su vida, una hija de inmigrantes a la que conoció por casualidad, pero cuando su familia se enteró de su relación les obligó a separarse. A ella la enviaron junto a su familia a Dublín con un buen pellizco y a él le prohibieron volver a verla so pena de desheredarlo.

—Y él decidió quedarse con el dinero. —Arrugo la cara en un gesto de rabia—. Típico.

—Te equivocas. La eligió a ella, se fue de su casa, se plantó en Dublín y le pidió matrimonio. —Inhala de forma sonora y suelta el aire despacio por la boca—. Vivieron felices dos años y de esa unión nació un hijo varón. Tu abuelo empezó a trabajar en una empresa de inversiones, era muy bueno en su puesto y escaló con rapidez.

—¡Espera! ¿Qué? —Niego con todo mi cuerpo—. ¿Mi abuelo?

Asiente sin pronunciar ni una palabra más en unos instantes. Supongo que me los deja para procesar la revelación, porque los necesito.

—Sus padres se pasaron esos dos años buscando la forma de obligarlo a volver a Madrid y lo lograron con chantaje —explica con suavidad—. Consiguieron incriminar a su mujer en un asesinato perpetrado un sicario contratado por ellos, fabricaron pruebas falsas para mandarla a prisión para

toda la vida y amenazaron con hacerlo público si no se divorciaba, repudiaba a su hijo y volvía a casa.

—Ya sabemos de dónde ha sacado Juaco sus malas artes. —Aprieto los músculos de la cara con ira, sin revelar cómo me duele escuchar esas palabras y descubrir una parte oculta en mi pasado—. Le viene de familia.

—Tu abuelo accedió, pero jamás se olvidó de su mujer, la única a la que amó de verdad. Se casó con una rica heredera y siguió representando el papel de hombre perfecto por miedo a las represalias de sus padres. De una infidelidad de su mujer nació Hernán.

—¿Por qué no volvió a por mi abuela cuando sus padres murieron?

—Ya era demasiado tarde, habían pasado casi veinticinco años, él tenía una nueva familia y ella había muerto de cáncer.

Recuerdo la triste historia de mi abuela y cómo mi padre se quedó solo en el mundo a una edad tan temprana. Sus abuelos habían muerto hacía unos años y apenas conocía a otros familiares. Recibió una considerable herencia y empezó su carrera de boxeador.

—¿Y su hijo? ¿Por qué no fue a buscarlo?

—Tenía miedo a las represalias. Hernán era un joven muy parecido a sus abuelos, tenía ambición y solía usar las mismas artimañas para conseguir sus deseos.

—O quizás solo se acomodó.

—No lo sabremos nunca. La verdad es que tampoco me importa demasiado averiguar por qué no fue en busca de su hijo ilegítimo ni la razón por la cuál lo incluyó en su testamento quitando a Hernán de él. Lo relevante para esta situación es saber que mi marido encontró ese testamento cuando tenía veinte años y urdió un plan para mantener a su padre lejos del tuyo y cubrirse las espaldas en caso de necesidad.

—Tú eras ese plan. —Ato cabos y un escalofrío me estremece.

Ella asiente con un suspiro tenso y doloroso.

—Mi misión era acercarme a tu padre, intimar un poco y descubrir sus puntos débiles para apretarle las tuercas cuando llegara el momento, pero me enamoré de él.

Si hubiera luz mi cara de sorpresa le hubiera dado pistas de cómo la historia me está afectando, pero por suerte estoy a salvo.

¿De verdad se enamoró? ¿Somos frutos del amor?

—¿Por qué debería creerte? —Finjo un tono tranquilo, aunque no lo logro

del todo—. Eres una mentirosa patológica que nos abandonó por dinero.

—Le quería más que a mi vida, por eso le planté cara a Hernán y acabé como una más de sus víctimas. —Su tono está lleno de un dolor casi palpable—. En todas nuestras fechorías él era el cerebro. También lo fue esta vez y consiguió matar a su padre, separarme de mi familia y que tu padre firmara una renuncia a la herencia a cambio de un pellizco.

—Chantaje otra vez —afirmo al entenderlo.

—Sus hijos o la herencia.

—¿Y tú? ¿Cómo acabaste casada con él?

—La mayor parte de nuestras malas artes de jóvenes eran delitos y el capullo de Hernán había guardado muchísimas pruebas incriminatorias contra mí por si alguna vez las necesitaba —se calla un segundo—. Pero lo que me decidió de verdad fueron las amenazas de destrozarnos la vida a Abby y a ti. Sabía de lo que era capaz Hernán y no podía arriesgarme. Necesitaba alejaros del peligro. Si tu padre firmaba jamás volverías a estar en el punto de mira.

—Y él te quería a ti.

—Siempre supe que estaba enamorado de mí. Desde niños yo era su debilidad y mandarme a Dublín con tu padre le dolió muchísimo, pero era la única en quien podía confiar. —Camina hacia el sofá sin encender la luz ni la linterna del móvil. Sus pasos son rápidos y llenos de ansiedad—. Lo pasó mal cuando se dio cuenta de que me había enamorado de tu padre, pero aguantó un poco por el bien de su causa. Tenía claro qué quería y cuánto estaba dispuesto a arriesgar para conseguirlo.

—Dinero y poder. A eso se reduce destrozarnos varias vidas.

Ocupo un lugar a su lado, cerca de ella, sin llegar a tocarla. La luz de la farola exterior le delinea el mentón y me muestra un perfil angustiado, con unos ojos húmedos y muertos por dentro.

Dejo el vaso sobre la mesa de centro, decidido a no probar ni una gota de alcohol a pesar de mi sed, de mi intenso deseo de vaciar el vaso de un trago, de la necesidad absoluta de beber. No quiero caer otra vez, no ahora que necesito todos mis sentidos para interiorizar las revelaciones. Y recuerdo demasiado bien cómo acabo cuando cedo. He pasado por demasiado para tirarlo todo por la borda. Si empiezo no podré parar.

Niego con la cabeza retirando el vaso lo más lejos posible de mí y buscando la fuerza interior suficiente para hacerle frente a esta situación sin ceder a la tentación de emborracharme.

—Aceleró el proceso cuando su madre murió. —Tensa los labios en una mueca que no acabo de ver bien por culpa de la oscuridad, sin embargo me parece colmada de heridas sangrantes—. Le envenenó con una substancia indetectable, lo mató. Al hombre que le había criado. Entonces vino a por mí, consiguió que tu padre firmara unos papeles para hacerse con todo y me amenazó con destruirnos la vida si no me casaba con él. —Suelta un suspiro—. Mi decisión fue muy fácil, Aiden. Vosotros erais mi vida y si debía perder mi felicidad para entregároslo a vosotros lo haría.

Capítulo 18

Zofia

Llevo un rato parada en la puerta del salón, angustiada, llena de una ansiedad demasiado real como para hacerle frente. Las palabras pronunciadas por Juaco hace un momento en nuestra habitación me golpean al descubrir la historia de Ophelia, dándoles una dimensión demasiado real.

Tiemblo. No logro dominar las sacudidas de mi cuerpo ni la desesperación que se abre paso en mi interior para mostrarme dónde me ha llevado mi marido y qué se espera de mí.

Voy a tomar el único camino válido en la encrucijada que me encuentro y no estoy preparada para hacerlo porque la vida me ha vuelto a poner en un lugar oscuro y lleno de espinas que van a lacerarme la piel sin remedio.

Quizás ese es mi sino, uno al que no puedo renunciar.

Una mirada a Aiden me basta para descubrir una parte importante de su pensamiento. Desea beber. Lo noto en su gesto, en cómo ha apartado en vaso para alejar la tentación y recuerdo cada una de sus palabras cuando me contó su problema con el alcohol.

A pesar de la falta de luz puedo imaginarme su expresión y cada uno de sus pensamientos.

Ojalá tuviera una varita mágica para ayudarle a superar este bache sin dejarse vencer por la adicción, pero mucho me temo que al terminar la noche no le quedarán motivos para seguir luchando.

Me he enamorado de él, he sido una estúpida. ¿Por qué los errores se cometen una y otra vez como si fueran un bucle?

Ophelia está contando cómo mi suegro consiguió retenerla a su lado para siempre. Hay demasiadas analogías con el chantaje de Juaco y me duele enfrentarme a cómo la mente perversa de ambos varones de la familia ha jugado con los sentimientos y las vidas ajenas.

Mi suegra dejó al amor de su vida de la peor forma posible, hundiéndolo en la tristeza, pero salvando así a sus hijos de un destino cruel a manos de alguno de los miembros de la familia Mora. Lo hizo sin revelarle la verdad ni decirle que le amaba porque prefirió salvar a su familia que ofrecerle consuelo con sus sentimientos.

—El miedo es un gran aliado a la hora de tomar decisiones —Ophelia habla casi en susurros, como si le costara encontrar un tono de voz más nítido para desgranar su historia—. Quería protegeros, ese fue el motivo para separarme de vuestro lado porque, aunque hubiera plantado batalla, jamás hubiera logrado ponerlos a salvo del todo. En cambio, si no había herencia nadie os haría daño. Era mejor que tu padre firmara, que se despidiera de mí pensando lo peor porque si llega a conocer mis sentimientos hubiera luchado por conservarme y eso nos hubiera destrozado a todos.

—Deberías haber confiado en él. —La voz de Aiden está llena de dolor—. Entre los dos podíais decidir si os arriesgabais o no. Ese tipo de decisión no te correspondía solo a ti, debiste contar con papá.

—¡Hernán consiguió que tu padre se metiera en una pelea con un hombre contratado por él para provocarle! —Sube el tono, angustiada—. Lo hizo para defender mi honor. Y Hernán consiguió hacerle creer a tu padre que el hombre había muerto, aunque no era verdad. ¿No lo entiendes? Si no firmaba lo perdía todo. —Hay unos instantes de silencio solo empañado por un par de sollozos de Ophelia—. Fui yo. Yo me convertí en una mala persona a sus ojos, le presenté pruebas irrefutables de la muerte de su contrincante en la pelea y le aseguré que si quería mantener la libertad y a sus hijos debía firmar los papeles de renuncia a la herencia.

—Le amenazaste. —No suena como una afirmación ni como una pregunta, es más bien un ruego, como si estuviera pidiéndole una exculpación imposible—. Le destrozaste porque él te amaba.

—Era la única manera de que firmara y de que me dejara marchar sin preguntas. —Escucho un suspiro lleno de dolor—. Y necesitaba salvarle de Hernán porque él lo era todo para mí, igual que vosotros.

El silencio invade el espacio y solo escucho mis pensamientos acelerados intentando encajar todas las piezas, cómo mi mente ensambla los cabos sueltos que me ha dejado la conversación con Juaco de hace unos minutos, rellenando los huecos con la historia de Ophelia.

Todavía no alerto de mi presencia, prefiero permanecer escondida entre las

sombras para acabar de asimilar la realidad, las semejanzas entre la historia de mi suegra y la mía, la mente pérfida y cruel del hombre con el que comparto cama.

Se me huela la sangre al entender el grado de maldad de mi marido y de su padre y comprendo con demasiada claridad que no tengo salida.

Esa certeza me dispara un molesto temblor en el cuerpo y humedece mis ojos porque ha llegado la hora de aceptar mi destino, el que me corresponde, el único capaz de salvar mi alma a pesar de que me haga perder el corazón por el camino.

Respiro hondo intentando controlar el llanto.

Necesito reunir valor para hacer lo que debo y quizás la historia de Ophelia me ayude a encontrarlo porque en este instante solo deseo fundirme con la nada para desaparecer.

A veces hacer lo correcto te destroza porque tus deseos son otros.

—No entiendo cómo Juaco consiguió hacerse con todo si Hernán es tan inteligente —apunta Aiden toqueteando el vaso con los dedos—. Zofia me contó que pasó algo hace unos años, mientras estaba en Polonia de viaje. Pero nunca ha descubierto qué.

—Juaco averiguó demasiado. —Se le quiebra la voz—. Es todavía más inteligente que su padre, siempre lo ha sido. Llevaba tiempo espiando a Hernán, quería conocerlo todo de él para emularlo porque lo idolatraba. Un día decidió colocar una cámara con micro en su despacho para escuchar sus conversaciones telefónicas y seguir cada uno de sus pasos. Así fue cómo descubrió la existencia de una caja fuerte secreta y la combinación para abrirla.

—¿Qué había en esa caja? —Trago saliva en un intento de rebajar mi ansiedad.

—Todas las pruebas contra mí, los papeles firmados por tu padre, algunos documentos que probaban que no era hijo biológico de su padre, un diario con anotaciones precisas de cada uno de sus engaños que a la luz de un juez se convertiría en una prueba irrefutable de su corrupción y varios documentos que prueban la implicación de mi marido en todos sus delitos, incluido el asesinato de su padre. —Se detiene un segundo a recuperar el aliento—. Eso le dio poder y le volvió un hombre despiadado. Juaco no era así de niño, tenía un poso amargo, pero no era como su padre. Si no llega a encontrar nunca esos papeles...

—No entiendo por qué alguien tan precavido guardaba esas pruebas.

—Para jactarse de sus triunfos. Mi marido es una persona muy inteligente y se creía por encima de los demás. —La voz de Ophelia se apaga por las lágrimas—. No esperaba que nadie fuera capaz de descubrir sus secretos y quería guardar recuerdos de cómo había logrado doblegar a todo el mundo a su antojo. Los necesitaba para sentirse todavía más poderoso.

—Y en realidad ese egocentrismo acabó convirtiéndose en su talón de Aquiles.

—Por eso le disparó. —Se le quiebra la voz y se calla un segundo para recuperarla—. Cuando Juaco entró en su despacho para espetarle a la cara lo que sabía y explicarle que tenía las pruebas a buen recaudo, Hernán sacó un arma y apretó el gatillo. No le importaba matarlo.

Apenas puedo respirar al comprenderlo todo.

—La historia del atraco era mentira —susurra Aiden—. ¡Lo mandó al hospital!

—Al salir con vida, Juaco le dio la vuelta a la situación. Se enteró de demasiado, incluso entre los papeles de Hernán encontró la guinda del pastel, una prueba de paternidad de Juaco.

Se calla y yo aprovecho para dar un par de pasos hacia ellos y delatar mi presencia. Esta parte de la narración la conozco.

Avanzo entre las sombras y ocupo uno de los sillones solitarios a su lado.

—Juaco nació solo ocho meses después de la boda y Hernán nunca se creyó que fuera su hijo biológico. Por eso pidió esa prueba y se cabreó cuando lo corroboró.

—¡Joder! —El impropio de Aiden nos sume en unos instantes de silencio. Se levanta, camina un poco por el salón y vuelve a ocupar de nuevo su sitio en el sofá mirando a su madre mientras mueve una de sus piernas sin contención y repiquetea con los dedos de la mano derecha en el muslo. Suelta una espiración rápida y profunda mirando a Ophelia—. ¿Lo sabías cuando viniste a España? ¿Le partiste el corazón a mi padre sin darle la oportunidad de conocer a su otro hijo?

Ella asiente cubriéndose los ojos con las manos.

—Decírselo a tu padre solo hubiera conseguido destrozarlo más —musita casi sin voz—. Debía tomar una decisión difícil por el bien de todos y lo hice. Sacrifiqué hasta la última gota de mi felicidad, me entregué a un hombre al que no quería y acepté que criara a mi hijo como propio.

—¡A cambio de jodernos la vida! —le espeta Aiden con rabia—. No es mi medio hermano, lo es entero, igual que Abby. ¿No te das cuenta, Ophelia? Todo lo sucedido estos meses es obra de él. ¡Nos ha traído a los dos aquí! ¡Ha conseguido casar a su hermana con uno de sus amigos! —Menea la cabeza con ira—. Y todavía no tengo la menor idea de qué espera de mí ni cómo tú —me señala con el índice— sabes quién era su padre.

—Llevo tiempo sabiéndolo —contestao ocultando las lágrimas que le me queman en la garganta—. Por eso me acerqué a ti, para traerte a esta casa, para conseguir que Juaco tuviera acceso a sus dos hermanos, para que entre todos lograrais recuperar vuestra herencia.

—Lo sabías desde el principio.

No veo bien su expresión, pero intuyo cómo se desmadeja y se convierte en una dolorosa máscara de su dolor. Aprieto los puños contra la tela del vaquero negro que me he puesto antes de bajar al salón para destrozarlo. Porque debo hacerlo y no hay nada que me impida realizar esta caída suicida en picado.

Pero me duele, me parte, me convierte en un despojo incapaz de perdonarse.

Levanto el mentón dispuesta a hundir todavía más el puñal en su corazón y desmigarlo en mil pedazos llenos de rencor hacia mí.

—Ha llegado el momento de quitarme la careta y pedirte que escuches las condiciones de Juaco para recuperar tu vida. —No logro contener las emociones escondidas en mi interior y se cuelan por mi voz hasta alcanzarle—. Se acabó mentir.

—¿Condiciones? —Parece conmocionado—. ¿Ha sido todo mentira? ¿Una jodida treta para traerme aquí y conseguir una herencia? —Se pone en pie y se acerca a mí—. ¿Es eso Zofia? —Me agarra por los hombros con fiereza—. ¿Por eso has fingido quererme? ¿Para obtener mi firma en un papel?

—La tuya, la de tu padre y la de Abigail. —Lo pronuncio sin dejar entrever mis emociones, aunque me cuesta un mundo dejarlas fuera de esto.

Se aleja de mí con un movimiento ansioso, dolido, lleno de heridas difíciles de cerrar. Y mis deseos son los de correr a sus brazos, besarle, prometerle que nunca más voy a separarme de él ni a traicionarle ni a destrozarle la vida.

Pero no puedo.

Quizás nunca pueda.

Debo seguir destruyéndole un poco más, es la única salida que tenemos.

Sigo su mirada hacia el vaso lleno de un líquido ambarino y siento cómo una punzada de dolor se desencadena en mi estómago. Es como si pudiera acceder

a su lucha interna ente el deseo de beber y la necesidad de no hacerlo. Y me gustaría poder tenderle una mano, ayudarle a no ceder, a no caer, a no volver a ese pozo.

Me gustaría cambiar la realidad.

Me gustaría tanto poder hacerlo.

Durante unos minutos solo se escuchan nuestras respiraciones irregulares, algunos sollozos de Ophelia y el silencio de la casa. Solo eso. Mis pensamientos, las mil palabras atragantadas en la mente que necesito decirle, los deseos no resueltos y la realidad se quedan escondidos en mi interior, asidos a un hilo invisible que me ata la capacidad de actuar según mis deseos.

—Dime qué quiere tu marido a cambio de mi libertad —dice de golpe Aiden con la voz severa, como si quisiera zanjar este asunto cuanto antes—. ¡Habla de una jodida vez y acabemos con esto!

—Va a anular la herencia que recibió su padre y a conseguir validar el testamento de vuestro abuelo. —Lo digo de forma mecánica porque al hacerlo ya estoy desgarrando mi corazón sin remedio—. No quiere quitaros a Abigail y a ti lo que os corresponde por ley porque si lo hiciera no conseguiría ver ni un centavo. Ahora sois tres contra Hernán. Solo necesita unas cuantas firmas.

—¡No lo entiendo! —Ophelia interviene en ese instante con una voz aguda y llena de ansiedad—. ¿Por qué? El legado de mi marido es para Juaco, no necesita cambiar el pasado ni regalarle nada a sus hermanos.

La luz del salón se enciende de repente, revelándonos la presencia de Juaco en la puerta.

—Papá puede cambiar su testamento en cualquier momento sin decírmelo. —Mi marido camina hacia los sofás y se sienta al lado de su madre—. No puedo prever todas las variables si no tengo el control absoluto de la situación. Solo quiero eso, las acciones de la empresa y la mitad de los bienes de la familia a cambio de tu libertad, Aiden.

—¡Maldito bastardo cabrón! —Da tres zancadas hasta agarrarlo por la solapa de la camisa.

—Insúltame todo lo que quieras, hermano. —Muestra su sonrisa más cínica—. He conseguido traerte hasta aquí, dejarte sin tu mujer, tener pruebas contra ti y casar a nuestra hermana con uno de mis mejores amigos. Y la guinda ha sido que te enamoraras de mi mujer cuando ella solo intentaba acercarse a ti para cumplir con mis deseos. Estás en mis manos, te guste o no. Porque también tengo pruebas de un desfalco mientras te empapabas de tu nuevo

puesto y si todo lo demás te importa una mierda la amenaza de acabar en la cárcel durante muchos años debería acabar de convencerte.

Su expresión me revela tanto que las migajas de mi corazón se desmenuzan todavía más, convirtiéndose en polvo. Me duele el alma y lo somatizo con un dolor intenso en el vientre, palpitaciones furiosas y una necesidad intensa de llorar por lo que acabo de perder.

Veo cómo sus ojos dañados de muerte se posan en los míos y ahogo un gemido cuando se tornan fríos, duros, llenos de rencor. El brillo opaco de sus pupilas esconde heridas mortales y la frialdad con la que me miran está turbada con un dolor tan intenso que me alcanza desgarrándome el corazón.

Cuando no puedo aguantar más aparto la mirada, la centro en el exterior y aprieto los puños con fuerza en un intento desesperado de dominar el llanto deseoso de manar sin tregua.

—¿Cómo me dejaste sin mujer? —pregunta girándose hacia Juaco y apretando los dedos en su camisa con deseos de herirlo—. ¿Tuviste algo que ver con su muerte?

—Eres un lince. —Mi marido no parece asustado porque le dirige un guiño—. Empecé a ejecutar mi plan para tenerte en mis manos hace dos años y medio, cuando descubrí que el imbécil de Hernán había cambiado el testamento y me di cuenta de que podía hacerlo tantas veces como quisiera. Tú eras el eslabón débil de la cadena, por eso fui a por ti.

—Mataste a Kate —susurra mientras le suelta la camisa y da tres pasos atrás, alejándose lo máximo de él y clavando la mirada en el whisky—. Enviaste a esos hombres a nuestra casa.

—Fue un daño colateral. No quería matarla, solo asustarte lo suficiente para que buscaras venganza. Eres boxeador profesional, tienes carácter y te alteras con facilidad. Necesitaba despertar tu vena vengativa para tenerte contra las cuerdas. Me gusta emular los pasos de Hernán y me lo pusiste a huevo.

Siento cómo la última fibra que nos unía se rompe al escuchar las palabras de Juaco y girar la vista hacia mí. En sus ojos leo una acusación que me parte en dos.

No puedo hablar, pero sí mostrar mi arrepentimiento en la mirada, suplicarle en silencio para que me perdone porque cuando abandone esta casa voy a pasar el resto de mi vida intentando superar su pérdida.

—¿Qué quieres? —le espeta a Juaco volviendo a posar su atención en él.

—Veo que empezamos a entendernos. —Mi marido sonrío con alevosía,

satisfecho ante el último giro de los acontecimientos.

—¡Suéltalo de una vez! —Aiden apenas logra contener su tono alterado—. Solo quiero escucharte para irme cuanto antes.

Juaco ensancha la sonrisa, alarga el brazo y alcanza el vaso para darle un generoso trago. Después levanta la mirada hacia Aiden y se relame un poco los labios.

—Mi abogado ha preparado los documentos para reclamar la herencia que nos pertenece una vez meta al cabrón de Hernán entre rejas para siempre —dice—. Tu padre ha de volver a renunciar a ella cuando demuestre que Hernán no es hijo legítimo de nuestro abuelo y él sí. —Se pasa una mano por el pelo en un gesto muy característico de él cuando siente que está a punto de cerrar un buen trato—. Hoy en día las pruebas de ADN son determinantes en estos casos. Después la herencia pasará a los tres y tanto Abbs como tú me compraréis mis acciones de la empresa a un buen precio. Podéis quedaros la mitad del patrimonio, no me importa. Solo quiero la casa y los coches.

—¿Qué hay de Gerardo? —pregunta con frialdad—. ¿Su matrimonio con Abby es por amor o parte de tu plan?

Una sonrisa glacial ocupa la cara de Juaco. Cruza las piernas, alarga los brazos en el cabecero del sofá y mira a Aiden con seguridad en sí mismo.

—Podrías contratarme de Cupido porque doy en la diana cada vez. —Su mirada se desvía de Aiden hasta mí y cuando vuelve a dirigirla a él descubro esa media sonrisa malévolamente en su rostro, una que esconde demasiado—. Ger está coladísimo por nuestra hermana. Nunca le conté mi plan, solo le mandé a por ella para tantear el terreno, pero cayó de cuatro patas y se enamoró como un imbécil.

—Abby se merece ser feliz. —Aiden camina hacia la puerta del salón—. Mañana hablaré con ella y volaré a Dublín para explicarle a mi padre la verdad.

—Es nuestro padre. —Juaco lo acompaña con los ojos—. Quiero conocerle, establecer algún tipo de vínculo con él y no le voy a dejar en la estacada. De vuestra mitad del patrimonio le cederemos una parte importante.

—¿Cómo te atreves a intentar comprar los sentimientos? —Se gira para encararlo casi llegando a la puerta—. Los lazos de sangre no son suficientes para formar parte de una familia. El cariño se gana, no se consigue pagando.

—Pues habrá que solucionarlo de alguna manera porque es tan padre mío como tuyo y no va a tardar en reconocermelo para que yo tenga la herencia.

—Tu vida está vacía.

—Tengo lo que más quieres en este mundo. A Zofia. ¿Verdad, cielo?

—Me tienes —confirmo recurriendo a toda mi fuerza de voluntad para no venirme abajo.

Aiden clava la mirada en mis ojos y crispa los labios en una mueca de auténtico dolor.

—¿Cómo has podido mentirme así? —Flaquea un segundo, pero enseguida vuelve a componer una expresión de fría resolución—. ¡Eres una puta mentirosa! ¡Jamás te perdonaré!

No le contesto porque no tengo palabras ni argumentos para hacerlo.

—Te quería de verdad, Zofia. —Sigue mirándome con tanto odio que me destroza—. Lo di todo por amarte, todo, y jamás pensé que serías capaz de apuñalarme así por la espalda. Pero te juro que a partir de este momento voy a darte todo por olvidarte porque del amor al odio solo hay una fina línea que no me costará cruzar.

Le veo darse la vuelta y marcharse sin mirar atrás y me dejo llevar por las lágrimas que me queman en los ojos, esas que se deslizan por las mejillas para constatar cuánto acabo de perder.

Desearía seguirlo, correr tras él y encontrar la forma de hacerle entender cuánto le amo, de suplicarle perdón, de explicarme, pero no puedo hacerlo.

Nunca podré.

SEGUNDA PARTE

Lo di todo por olvidarte

Capítulo 19

Aiden

En la actualidad

Veó cómo las puertas del ascensor empiezan a cerrarse y cómo ella corre hacia mí para llegar a tiempo y meterse en el interior. Aparto la mirada, me concentro en los números del panel, alejo mi mente de ahí y lucho contra la intención de mis pensamientos de traer esos recuerdos dolorosos del pasado, pero siguen aquí, convertidos en puntas de puñal que atentan contra mi piel.

La última noche se proyecta a cámara rápida acelerándome la respiración. Fue como si descubrir su implicación con Juaco me desgarrara por dentro para arrasar con mi corazón hasta convertirlo en polvo. Necesité meses para remendarlo con malos zurcidos hasta congelarlo y volverlo insensible. Y solo ha bastado una mirada suya, escuchar su voz y oler su aroma para hacerlo latir de nuevo.

Me recuerdo en el salón a oscuras junto a mi madre, descubriendo esas partes sombrías de mi pasado, del suyo, del de Juaco y rompiéndome minutos después por la aparición de Zofia y su forma de mostrar la realidad escondida tras sus actos.

Mientras me hundía un puñal en el corazón lo sentí romperse, agrietarse, llenarse de un dolor penetrante. Sus ojos escondían determinación y los míos unas heridas incapaces de cicatrizar.

Salí de ese salón con rapidez. Solo deseaba huir de ahí para no volver jamás, escapar, alejarme, dejar atrás todo cuanto hacía apenas unos minutos me importaba.

La mirada de Zofia me acompañó en mi ascenso por las escaleras. Me ahogaba por culpa de las lágrimas que luchaban por apoderarse de mis ojos, por llenarlos, por derramar ese dolor demasiado jodido para aguantarlo con la

entereza necesaria. Pero no podía dejarlas ganar ni podía volver a ese Aiden derrotado, a ese hombre sin futuro, a ese alcohólico que solo quería la maldita venganza que me había llevado a ese momento.

No podía soportar la realidad, me abrían brechas cada vez más anchas en la piel, la desgarraba con sentimientos desbocados, rotos, quebrados por las palabras de Zofia.

Me había engañado, había permitido que me enamorara de ella solo para usarlo en mi contra y la idea de perderla era letal. A pesar de conocer sus intenciones, de acabar de ser testigo de su frialdad, nunca había experimentado ese grado de dolor al tener que abandonar a alguien.

Porque la amaba con desesperación.

Había traicionado la memoria de Kate por ella, todo cuanto le prometí. Me había enamorado de una mujer perversa que solo intentaba destruirme lo suficiente para ceder ante el chantaje de un hombre que me lo había arrebatado todo y en esos instantes solo quería dejar de amarla. Pero el corazón no responde ante deseos ni peticiones desesperadas.

Ojalá pudiera mandar en él. Lo necesitaba, ansiaba recuperar la cordura, obligarme a olvidarla, a borrarla de mi memoria. Pero durante estos dos años ha seguido ahí, clavada como una espina en mi corazón, agujoneando constantemente mi alma para mostrarme cómo el amor puede destrozarse las esperanzas y las ilusiones.

Zofia sabía desde el principio que Juaco era el responsable de la muerte de Kate, de mi encarcelamiento, de los cargos, de las presiones. Incluso conocía la historia de Abby y me lo había ocultado todo.

¿Por qué se había entregado a mí en el invernadero? ¿Qué buscaba con eso? ¿Qué necesidad tenía de hacerlo?

Ese acto fue cruel porque me dejó probar la sensación de tenerla entre mis brazos, me abrió las puertas de su alma para después arrebatarme la mía. Y no ha pasado un solo día desde entonces en el que no haya revivido ese momento.

Recuerdo cada uno de sus gemidos, el sabor de su piel, su aroma, cómo encajaron nuestros cuerpos.

Al escapar del salón esa noche no podía lidiar con mis sentimientos desbocados ni contra los que se habían rebelado tanto que se amotinaban convirtiéndose en puntas afiladas que herían cada pedazo de mí.

Corrí escaleras arriba, llegué a la protección de mi habitación y abrí la maleta sobre la cama con movimientos furiosos. Las lágrimas no podían

quedarse un segundo más ancladas en mis ojos y empezaron a surcar caminos sinuosos en mis mejillas hasta perderse en el cuello de la camiseta. La furia tensaba mis músculos y el dolor los agujereaba.

Las prendas empezaron a amontonarse en la maleta sin ningún orden. En el armario seguían colgados los trajes que no me pertenecían. No los quería, jamás en mi vida iba a volver a desear vestirme así ni recordarlos.

De repente Juaco, mi hermano recién descubierto, esa persona ruin y despreciable que me había hundido en la más absoluta desesperación, entró en la habitación sin anunciar su presencia.

—Ha estado bien conocernos, ¿no crees? —Caminó hasta la cama donde tenía la maleta abierta con la ropa mal puesta dentro de ella, sin rebajar su maldita sonrisa de suficiencia, y se sentó en un lado, con la mirada puesta en mí—. Ahora compartimos algo más que sangre y genes porque ambos sabemos cómo es follar con Zofia. Pero ella es mía para siempre.

—¡Cabrón! —Me giré hacia él con la sangre bullendo en mi cuerpo—. ¿Cómo pudiste joderme así? Primero Kate y luego Zofia. ¿Quieres que te firme los jodidos papeles? ¡No necesitabas destrozarme la vida! ¡Si lo hubieras pedido no hubiera tardado en dártelo todo! —En ese instante el corazón y la respiración estaban tan aceleradas que no lograba contener mi voz—. ¡Eres un maldito hijo de perra! ¿Por qué me lo has arrebatado todo? ¿Qué necesidad tenías de hacerme tanto daño? ¡Déjame en paz! ¡Lárgate de mi vida!

—¿Crees que vas a deshacerte de mí así de fácil? —Sus palabras sonaban firmes, con una frialdad demasiado aterradora—. Eres mi hermano y te quiero en mi vida. No olvides jamás que te tengo en mis manos. Basta un solo movimiento para destrozarte otra vez. Y también puedo joderla a ella, a Zofia. ¿Te gustaría ver cómo la alejo para siempre de Noelia? ¿Cómo la castigo por lo de esta noche? Podría volver a meterla en la cárcel para siempre. Y esta vez no elegiría una de baja seguridad, la metería en la más jodida de todas.

Levantó las cejas en un movimiento que me heló la sangre. A pesar de la traición, de los mil motivos para desearle lo peor a Zofia y de lo sucedido no podía permitirlo. Porque muy a mi pesar la quería y la vida acababa de mostrarme cómo la venganza puede volverse en contra tuyo.

—¿Qué quieres? —pregunté derrotado.

—Eso está mejor. —Su sonrisa me provocó el deseo de hundirle un puñal en el corazón para borrarla, pero me contuve—. Cuando descubrí que tenía dos

hermanos de sangre busqué la manera de traeros cerca. Por eso te he metido en el banco, eres importante para mí.

—Tienes una manera muy mezquina de demostrarlo.

—Solo intentaba hacerte entender cómo me siento con mi familia. Ahora vas a estar a mi lado mucho más receptivo.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú me tendiste una trampa para llevarme a la cárcel.

—Maté dos pájaros de un tiro en realidad. —Su sonrisa me inducía a saltar sobre él para arrancársela de cuajo—. Al principio solo quería atraerte a Madrid trayendo al capullo que disparó a tu mujer para grabarte cuando lo golpearas. Me bastaba eso para tenerte en mis manos. Pero entonces Zofia intentó escaparse y decidí que merecía un castigo. —Sus facciones se crispan un segundo—. Cambié el plan para adaptarlo a las nuevas circunstancias. Ella necesitaba un escarmiento por su desfachatez y tú una motivación extra para hacerme feliz. Al final salió mucho mejor, lo de la cárcel tuvo su punto, la verdad.

Se me agrió la bilis en el estómago porque descubrí hasta donde llegaba su maldad.

—Dime qué coño quieres y lárgate. —Lo fulminé con la mirada—. Ya me ha quedado claro que me tienes cogido por los huevos, ahora suelta de una vez qué precio pagaré por ser tu hermano.

—Voy a regalarte una parte importante del patrimonio de los Mora. Deberías agradecermelo con una buena predisposición a escucharme, ¿no crees?

—Es mío por derecho. No me estás regalando nada y mucho menos me lo das de gratis.

Me moví por la habitación hasta ocupar la silla del escritorio. Mis nervios se contraían una y otra vez, punzaban, me llenaban de emociones disparadas y cargadas de dardos envenenados que se incrustaban en mi piel. Pero debía mantenerlos a raya hasta que él se marchara porque era importante llegar al fondo de sus aspiraciones.

—Te daré el puesto de jefe de operaciones en la sucursal de Irlanda del banco para que además de poseer parte de la fortuna familiar la aumentes con tu trabajo. Llevas solo diez días de formación, cuando vuelvas a Dublín la seguirás hasta convertirte en un experto.

—No me interesa.

—Claro que sí. —Me guiñó un ojo—. No es una propuesta, es una orden

directa. Firmaste un contrato conmigo, ¿recuerdas? Y no voy a romperlo jamás. Me perteneces y me vas a ayudar a ser un buen hijo para nuestro padre y a que Abbs me quiera como al hermano perdido que soy. Vamos a fingir que nos acabamos de enterar para conseguirlo. Incluso dejaré que nuestra madre busque el perdón de nuestro padre. Una vez Hernán esté en la cárcel nada logrará destruir nuestra familia de verdad.

—¡Estás enfermo! —le espeté—. ¿Por qué quieres formar parte de una familia a base de engaños y chantaje? ¡El cariño se gana con afecto, no con amenazas!

—Te has enamorado de mi mujer. —Su tono se volvió gélido—. ¿A eso lo llamas amor fraternal? ¿A intentar quitarme lo mío?

—No entenderé nunca cómo afinaste tanto el tiro con Zofia. ¿La entrenaste para que cayera de cuatro patas? —La sangre me bullía con fuerza—. No os lo perdonaré nunca a ninguno de los dos.

—Mejor, así la tendré solo para mí. —Soltó una carcajada sarcástica mientras se levantaba—. Mañana es el principio de nuestra nueva vida. No la estropees, hermano.

Y salió de la habitación llevándose para siempre la calidez de mi corazón.

Desde ese día lo di todo por olvidarla, por arrinconar los sentimientos que pugnaban para volver a explotar en mi alma y arrasar con el control al que los someto cada día.

Me refugié en un hotel durante dos días, pensando en cómo encarar la situación. A pesar de lo sucedido no quería condenar a Zofia a la ira de Juaco y sabía que si no lo obedecía la destrozaría. Ese hombre no tiene alma ni sentimientos, es una máquina fría y calculadora que me puso en una situación comprometida para no dejarme otra salida que obedecer sus órdenes.

Terminé cediendo en casi todo y no fue por mantenerme fuera de la prisión ni para conservar mi libertad, solo lo hice por ella, por la mujer que acaba de aparecer de nuevo en mi vida y está a punto de provocarme un ataque al corazón porque a pesar de todo lo que me hizo no he logrado olvidarla.

—Aiden... —musita.

Observo impotente cómo su pie bloquea las puertas y levanto la mirada fría hacia ella. Jamás le permitiré traspasar mis defensas de nuevo porque me engañó, jugó conmigo, me transformó en lo que soy ahora y no voy a retroceder ni a permitirme sentir otra vez.

El riesgo es demasiado elevado.

—Lárgate —le espeto sin rebajar la dureza de mi mirada a pesar de los sentimientos amotinados en mi interior—. Déjame en paz.

Su brazo se mueve con lentitud una vez las puertas se cierran a su espalda. Recorre la distancia hasta mi rostro para deslizar un dedo por mi piel.

—Te he echado tanto de menos —susurra con los ojos húmedos—. Tanto. No ha habido un solo día en el que haya dejado de pensar en ti.

—¿A qué jugamos ahora, Zofia? —Lleno mi tono de hielo y lo moldeo para herirla en lo más profundo de su alma—. ¿Quieres follar? ¿Tu marido no te da placer y recuerdas cómo lo hicimos en el suelo de tu invernadero? Porque puedo demostrarte que sigo en forma, pero no volverás a encontrar al pringado que se enamoró de ti. Ese Aiden ya no existe.

Sus ojos muestran dolor ante mis palabras. Baja el brazo y niega con la cabeza.

—Nunca quise hacerte daño.

—¿En serio? —Suelto una carcajada irónica—. Fuiste muy poco eficiente entonces porque te metiste hasta el fondo en el papel y me jodiste bien. Pero no volverá a suceder. He cambiado, he aprendido a no permitir que mis sentimientos me dirijan. Ahora solo me rijo por los objetivos.

Cierra los ojos un segundo y suelta una larga espiración bajando la cabeza. Al subirla y despegar las pestañas leo dolor en sus pupilas.

—A veces nada es lo que parece.

Llegamos a mi piso y las puertas del ascensor se abren.

—Ni que lo jures. —La rodeo para salir al rellano sin esperarla. Necesito refugiarme en mi casa o acabaré rompiendo la burbuja gélida de la que me rodeo para explicarle hasta la última migaja de esos sentimientos punzantes que intentan apoderarse de mi corazón—. Eres el mejor ejemplo de tus palabras.

—Aiden. —Me sigue con rapidez. Su voz suena a súplica—. Déjame explicarme. He venido para hablar contigo. Solo escúchame y si después deseas mi marcha desapareceré para siempre de tu vida.

—¿Por qué debería hacerlo? —Me doy la vuelta para encararla con una frialdad que la hace estremecer—. ¡Me engañaste una vez! ¿Crees que puedes aparecer ahora para volver a engatusarme? —Aprieto los puños con fuerza para intentar reprimir mi ira—. ¿Qué quiere ahora Juaco? ¿Más firmas? ¿Más poder? ¿No tiene suficiente? —Meneo la cabeza—. Ya sé lo que quiero antes de escucharte. Deseo que te largues. Ahora.

Da un paso atrás cuando descubre cómo mis facciones se endurecen. Su rostro se desmadeja como si acabara de abofetearla. Puedo sentir su dolor alcanzarme, introducirse por los poros de mi piel y recorrerme el cuerpo como si intentara reblandecerme. Pero no puedo dejarme ir ni escucharla ni darle la potestad de herirme de nuevo.

Necesito que se marche y no vuelva jamás.

—Juaco está muerto —musita bajando la mirada aguada al suelo—. No podrá hacerte daño nunca más. Ni a ti ni a nadie.

—¿Muerto? —repito en un tono demasiado bajo por culpa del impacto del que intento desesperadamente deshacerme—. ¡Imposible! Lo vi la semana pasada y no tenía aspecto de cadáver.

—Fue anoche. Apenas han pasado doce horas.

No añade nada más. Sus ojos vuelven a posarse en los míos, parecen ansiosos, angustiados, heridos y sinceros.

Demasiado sinceros.

Las imágenes de la última noche con ella desfilan insistentes en mi mente. Recuerdo su cuerpo bajo el mío, su tacto, sus jadeos y luego irrumpe como la persona capaz de hundirme el peor puñal en el corazón para destruirlo.

—¡Lo sabría! —Me niego a aceptar sus palabras a pesar de que mi corazón ha iniciado una intrincada carrera contra ese patético intento de mantenerlo congelado en el pecho—. Solo intentas llevarme al huerto otra vez. ¡Suelta qué quieres y aléjate de mí! Eres tóxica y no me apetece volver a verte.

—No ha trascendido todavía. —Crispa los labios con dolor al acatar mis palabras y baja el tono de voz hasta casi un susurro—. La policía está investigando las causas de su muerte y van a esperar a esta tarde para hacerlo público. Les he pedido venir yo a informarte en persona y han accedido. Cara al mundo erais los hermanos perfectos, los que tras años de ignorar la existencia del otro se habían encontrado.

—Fue él quien vendió esa mierda de historia a la prensa. —Insisto en mostrarme incrédulo—. Desde que firmé esos patéticos papeles para venderle la empresa ha mantenido el contacto conmigo y con mi padre. Se paraba siempre que había periodistas cerca, sonreía, se convertía en mi hermano perfecto. Si estuviera muerto lo sabría.

—Estoy aquí para darte la noticia.

—No tiene sentido. —Niego con la cabeza con un acceso de ansiedad—. Tú no eres nadie para venir a contármelo. ¡Nadie! —Fijo la mirada en sus ojos en

busca de respuestas—. ¿Por qué has venido? Dime la verdad.

—Quería verte. —Su voz se ha convertido en una súplica—. Necesito hablar contigo, explicártelo todo. Mereces conocer todos los datos antes de tomar una decisión.

—¿Y Noelia? ¿Por qué no estás con ella?

—Está con la escuela en unas convivencias. Vuelve mañana y si no queremos levantar sospechas de que pasa algo es mejor dejarla ahí.

Una parte de mí quiere escucharla para entender hasta la última coma de lo sucedido, pero la otra, la más herida, la que lleva dos años dirigiendo mi vida para convertir mi corazón en un músculo incapaz de sentir, no desea ahondar en ella.

—¿Cómo ha muerto? —pregunto sin rebajar la dureza de mi voz.

—Asesinado. Le dispararon en su despacho por la noche cuando casi no quedaba nadie en el banco. Todo apunta a un ajuste de cuentas. Pero es demasiado prematuro para especular.

—El banco es un bunker. Trabajé ahí unos días y aunque no fueron muchos fui testigo de la seguridad del lugar. Nadie puede llegar al despacho de Juaco con facilidad. ¡Me estás metiendo otra vez!

—Muchas veces la realidad supera la ficción. —Se acerca un poco a mí y dispara un fuego que me consume—. Ha muerto. Es la verdad.

Su respuesta esconde algo y no tengo muy claro qué es. Pero tampoco me interesa. Esta mujer es una mentirosa, me engatusó para conseguir que me doblegara ante su marido y jamás la perdonaré por enamorarme, por dejarme creer que ella también me quería.

Doy un paso hacia atrás para alejarme al máximo de ella y rebajar mis deseos. No le voy a permitir traspasar mi coraza de nuevo.

Le dedico una mirada cargada de sarcasmo.

—El karma tiene una forma curiosa de hacer pagar a los capullos como Juaco. —Suelto una carcajada para destensar el ambiente y mostrarle frialdad—. No me esperes en su funeral.

—No fue el karma, créeme.

—Me importa una mierda. —Inspiro con fuerza para regresar a mi coraza—. Tu marido era un cabrón que está mejor muerto. —Curvo un poco los labios en una mueca mezquina—. Eres patética, Zofia. ¿A qué has venido en realidad? ¿A joderme otra vez? —Me doy la vuelta para caminar hacia mi piso e ignorar su presencia. Me paro frente a la puerta, saco las llaves y sin mirar atrás

añado—. Lárgate. La policía española ya se pondrá en contacto conmigo para informarme y preguntarme lo que necesiten.

—¿Puedo entrar? —Está detrás, muy cerca, tanto que huelo ese perfume que lleva acompañándome en sueños los últimos dos años.

—¡Ni de coña!

Abro la puerta, entro en casa y la cierro impidiéndole seguirme.

No aguanto demasiado tiempo sin derrumbarme tras la madera, en el suelo, con el dolor atenazándome.

Capítulo 20

Zofia

*M*e quedo unos segundos de pie frente a la puerta antes de estallar en un llanto ansioso.

Sabía cuál era el precio a pagar por lo sucedido, pero nunca imaginé el dolor que me causaría. No valoré la magnitud de mi sufrimiento ni cómo iba a destrozarme.

Debería aporrear el timbre hasta conseguir que me escuche. Lo necesito. No puedo respirar sin hablar con él y abrirle mi alma. Por eso he salido corriendo tras recibir una noticia impactante y he priorizado ver a Aiden. Se merece conocer la historia completa antes que nadie porque no puedo evitar sentir cómo me rompo cuando me dirige una de esas miradas letales de hace unos momentos.

¿Dónde está mi Aiden? ¿Cómo se ha convertido en ese hombre gélido y lleno de heridas? ¿Por qué no puedo ver la calidez en sus ojos?

Si pudiera girar hacia atrás las hojas de un calendario para regresar al maldito momento en el que uní mi vida por primera vez con Juaco cambiaría cada una de mis decisiones.

Golpeo la puerta con el puño.

—Aiden, déjame entrar —suplico—. Por favor. —Se me quiebra la voz por culpa de las lágrimas—. Te quiero. Jamás he dejado de hacerlo. Y solo puedo estar aquí unos minutos, debo regresar a Madrid con urgencia.

No sé si me escucha, si puede imaginarse por un instante la cantidad de heridas abiertas en mi corazón durante estos últimos dos años.

Solo necesito hablar con él, explicarle mi verdad antes de regresar a casa para enfrentarme a la realidad.

Durante los sesenta segundos siguientes solo escucho el silencio empañado por mis sollozos.

Decido volver a llamar, esta vez al timbre y a la puerta, una y otra vez, con insistencia.

—Pienso quedarme aquí hasta que me abras.

Nada. Silencio.

Cierro los ojos con fuerza y aprieto los labios. El dolor es como una condena demasiado intensa para domarla con facilidad. Se ensaña con mi pecho, con mi corazón, con mi alma.

—¡Aiden! —grito aporreando la puerta—. ¡Ábreme!

La ausencia de respuesta me golpea de nuevo.

Sé que no me voy a rendir. Ya lo hice una vez y fue por él. No voy a volver a renunciar a mi felicidad por su obcecación.

Golpeo el timbre y la puerta con rabia.

—¡Te quiero! ¿Me oyes, cabrón? —Mi voz se convierte en chillidos colmados de ira—. ¡Abre la jodida puerta para que te lo pueda decir a la cara! ¡Lo hice todo por ti! ¿Me vas a dar la oportunidad de explicártelo? ¡Solo pido eso!

Le doy patadas a la puerta fuera de mí, con las lágrimas acompañando mis palabras. La necesidad de hablar con él es como un puño que me estruja el corazón.

De repente escucho el sonido de la puerta abrirse y me quedo quieta, mirando con una mezcla de esperanza y miedo a Aiden. Las lágrimas siguen manando de mis ojos para llenarme la boca. Tiemblo. Me ahogo.

—¡Lo di todo por olvidarte! —me espeta—. ¡Todo! Y lo he logrado, te he apartado de mi recuerdo, te he arrancado de mi corazón y ya no quiero nada de ti. —Sus labios se curvan en una sonrisa tan fría que me produce un escalofrío—. Vete. Olvídame como yo lo he hecho contigo. No te mereces nada. Me engañaste, me usaste, me permitiste enamorarme de ti para luego aplastar mi corazón. ¿Cómo te atreves a decirme que me quieres?

—No dudaste ni un solo segundo. —Apenas logro mantenerme en pie, pero le sostengo la mirada—. Me has juzgado desde el inicio. ¿Y dices que me querías? ¿Que estabas enamorado de mí? —Empiezo a levantar la voz—. ¡Jamás me has querido! Si lo hubieras hecho me habrías dado el beneficio de la duda esa noche. —Doy un paso hacia él clavándole el índice en el estómago mientras siento cómo la ira se propaga por mi interior—. ¿Te has parado a pensar que quizás Juaco me amenazó para destrozarte? ¿Lo has valorado alguna vez? ¿O decidiste desde el primer momento que era culpable?

—¡Lo eras! —Me mira con un odio que me perfora la piel—. ¡Fuiste una auténtica hija de puta! —Me aparta el dedo de un manotazo y se retira un poco hacia atrás—. ¿Intentas volver a engatusarme? ¿Qué buscas, Zofia? ¿Qué coño haces aquí? ¿Pensabas llamar a mi puerta y conseguir mi perdón?

—Necesitaba contarte mi verdad.

—Me importa una mierda. —Suelta una carcajada sarcástica—. No eres nada para mí. Me da igual cuáles fueron tus razones para romperme el corazón. Ya no te quiero, te he olvidado. Me ayudaste a conseguir dinero, posición y una tía distinta en mi cama cada noche. ¿Por qué iba a querer liarme solo con una pudiendo tener un millar?

—Si esa noche hubiera sido al revés yo me hubiera cuestionado tus palabras. —Reprimo el llanto y le miro descargando mi dolor en los ojos—. Tú no dudaste y eso me dolió más que hundirte de esa forma. Jamás te mentí hasta ese momento, Aiden. Pero tú preferiste pensar lo peor de mí, era más fácil.

—¡Maldita zorra! —Se adelanta para empujarme lejos de la puerta—. ¡Lárgate de una vez! ¡Deja de mentirme a la cara!

—Jamás me voy a arrepentir de mis decisiones esa noche porque todo lo hice por ti, para salvarte la vida, para mantenerte apartado de Juaco. —Bajo la voz al recordar lo sucedido—. Me castigó durante meses por haberme acostado contigo, no le bastó con destruirme, me hundió en un saco de mierda y me mantuvo ahí sin piedad. ¿Y sabes qué me mantenía con vida? Tu recuerdo. —Meneo la cabeza sollozando, con las lágrimas deslizándose sin medida desde mis ojos moribundos—. Me imaginaba este momento, cuando por fin pudiera venir a buscarte para explicártelo todo. Eras mi salvavidas.

Estalla en carcajadas, me señala y menea la cabeza.

—Eres una actriz cojonuda. —Junta las palmas para aplaudir—. En vez de venir a buscar algo de mí deberías coger un avión a Hollywood. Porque lo clavas.

—Has cambiado, Aiden. Te has convertido en una mala versión de ese joven al que conocí una vez y que me robó el corazón. —Cierro los ojos y me abrazo con fuerza por la cintura—. Mi Aiden me hubiera escuchado y esa noche se hubiera cuestionado mi actuación, no ahora.

—Quizás te acercaste a un espejismo.

—O a lo mejor has cambiado tanto que no eres capaz de calentar ese corazón helado.

—Lárgate, Zofia. —Su mirada se llena de determinación y de odio—. Vete y no vuelvas. No quiero verte nunca más. Solo me has traído dolor. ¡Eres una puta sin sentimientos!

Me doy la vuelta con el corazón roto en mil pedazos.

Necesito alejarme, correr, encontrar un lugar donde sanar las heridas sangrantes tras sus palabras envenenadas.

¿Cómo he podido imaginar un reencuentro feliz? ¿Por qué me he convencido de que me escucharía? ¿Qué oscura razón me ha impulsado a dejarlo todo de lado para correr a sus brazos?

He actuado como una estúpida enamorada y ahora lo pagaré caro.

Camino hacia el ascensor con pasos cada vez más rápidos. Y a pesar de intentar con todas mis fuerzas aniquilar mis deseos son demasiado punzantes.

Anhelo escuchar cómo me detiene su voz, alguna señal de que todavía tenemos una oportunidad. Pero solo oigo el sonido de la puerta cerrarse con fuerza y luego la nada más atronadora.

Me cuesta mantenerme en pie cuando el llanto me sacude hasta los cimientos.

Mientras espero el ascensor me apoyo en la pared en busca de estabilidad.

Creía que lograría su atención. Me dolió tanto la actitud de Aiden esa noche que me partió el alma. Merecía el beneficio de la duda, una esperanza en sus ojos, una señal por su parte de que conocía la pérvida mente de mi marido.

¿Cómo puede pensar que fue todo mentira?

La esperanza es una capulla porque cuando el ascensor llega al rellano y se abren las puertas me doy la vuelta para mirar una última vez su puerta, suplicando en voz baja que se abra.

No lo hace, permanece tan cerrada, tan impenetrable, tan fría.

Bajo en el ascensor doblada por la mitad, presa de un llanto descontrolado, con el mundo derrumbándose sobre mí.

Se acabó. Ya no hay ni una brizna de esperanza de recuperar mi felicidad, mi vida, mi amor.

Estoy condenada a amarle para siempre sin ser correspondida. Le hice demasiado daño. Pero él también me hirió esa noche al no plantearse la posibilidad de que todo hubiera sido una farsa perpetrada por los maquiavélicos planes de mi marido.

Salgo a la calle de Dublín. Hace frío, una fina llovizna empapa el ambiente y empieza a posarse sobre mi ropa mientras avanzo despacio hacia el coche

donde un agente de policía irlandés aguarda mi aparición. Ha sido la única condición por parte de los detectives que llevan el caso de Juaco en Madrid para viajar al extranjero, aceptar la escolta policial. Y no he dudado en acceder porque mi único deseo era llegar a los brazos de Aiden.

Ahora debo regresar a España y buscar la forma de olvidarle para siempre. Ya es tarde para hacerle cambiar de opinión.

Si hubiera encontrado la manera de hablar con él antes, si Juaco no hubiera luchado contra todos mis intentos de llegar a él.

Es tan cruel el destino, esa correlación absurda entre presente y pasado, esa imposibilidad de cambiar los hechos acaecidos o las decisiones desacertadas.

Hace unas horas estaba celebrando la muerte de mi marido. Tonta de mí me he imaginado un final diferente a esta visita.

Llego al aeropuerto sin deshacerme de la tristeza, sin sanar ni un pedacito mi alma, sin encontrar la paz necesaria para iniciar la necesaria curación.

El agente me acompaña hasta un mostrador de British Airways para conseguirme un billete en el primer avión. Su cometido es asegurarse de que subo a él e informar a sus colegas españoles.

No soy sospechosa del asesinato de mi marido, tengo una coartada irrefutable y fuera de los muros de nuestra casa nuestro matrimonio era perfecto, idílico, un cuento de hadas. Por eso no me costó conseguir permiso para venir a por Aiden.

Tenía tantas esperanzas puestas en esta reunión...

Ni siquiera me planteé quedarme o ir en busca de Noelia. Aiden era lo primero.

Paso la siguiente hora sentada en una silla del aeropuerto sin hacer nada más que llorar. El agente interpreta mi tristeza como la de una viuda que acaba de perder a su marido. Es una reacción natural. Y es incapaz de imaginar el verdadero origen de mi desconsuelo.

Mis ojos no dejan de escrutar cada uno de los pasajeros porque a pesar de lo sucedido sigo esperando la aparición de Aiden. Es absurdo pensarlo, mantener la esperanza de recuperarlo, de que crea en mí.

Una hora después subo al avión con destino a Madrid sin saber nada de él.

Duele. Es demasiado duro enfrentarse a esa realidad, pero no me toca otro remedio, debo empezar a aceptarlo y a reconstruir lo que queda de mí para encontrar un nuevo rumbo.

Durante el vuelo recuerdo el calvario de estos últimos años, obligada a

vivir al lado de un hombre mezquino, siempre buscando la forma de escapar de él y con la constatación de que me era imposible.

Mi corazón no me pertenecía, ya no. Lo entregué sin derecho a devolución una noche en mi invernadero. O quizás fuera antes, al ritmo de nuestras conversaciones, de conocer cada uno de los datos ocultos de nuestros pasados, de acceder a su alma y permitirle entrar en la mía.

Una vez en el aeropuerto de Barajas el detective asignado al caso me recoge en la terminal de llegadas. Es el mismo que vino anoche para informarme del fallecimiento de Juaco, el encargado de desenmascarar a su asesino.

No debe pasar de los treinta y cinco y parece competente.

—¿Ha podido hablar con su cuñado? —me pregunta cuando llego a su lado y avanzamos por los pasillos del aeropuerto a un buen ritmo.

—Está muy afectado —miento caminando tras él hacia el exterior—. Gracias por permitirme volar a Dublín. Era importante para mí darle la noticia a Aiden en persona. Compartimos un tiempo en la cárcel. Esas cosas unen mucho.

Se detiene un segundo, me repasa con la mirada y compone una expresión seria.

—Esperaba que fuera sincera conmigo. —Su tono de voz está a la altura de su rictus—. Su marido tenía muchos enemigos y Aiden Naylor era uno de ellos.

—¿De dónde ha sacado esa idea?

—Llevo tres años tras su marido. —Empieza a andar de nuevo a paso rápido—. Sé cómo se las gastaba, tenía información susceptible de muchos agentes y de personas de todos los ámbitos. Conozco su tendencia a crear pruebas falsas para incriminar a los demás en crímenes de lo más diverso, incluso puedo adivinar que su matrimonio no era ni por asomo tan idílico como lo pintaban. —Me lanza una mirada penetrante—. Usted también tenía razones para matarle y su coartada no vale nada si contrató a un sicario. Así que déjese de juegucitos y a partir de ahora cuénteme solo la verdad.

No puedo hablar, tengo un nudo en la garganta.

Llegamos al coche con el que me ha traído al aeropuerto hace unas horas, un Seat Ibiza antiguo de color blanco. Me abre la puerta sin romper el silencio que se ha instaurado entre nosotros. Es un silencio tenso porque sus palabras de antes tienen demasiadas connotaciones para pasarlas por alto.

—He buscado la información sensible que tenía su marido y las pruebas

inriminatorias sin ningún éxito. —Al iniciar la marcha su voz inunda el coche—. De momento estoy actuando con mucha discreción, no nos interesa alertar todavía al responsable de su muerte ni a la opinión pública, por eso el asesinato no ha trascendido. Esperaba conseguir su colaboración antes. Por eso la he dejado volar. Un *quid pro quo*.

—¿Qué clase de colaboración? —Levanto la mirada hacia él sintiendo cómo me tenso.

—Mire, Zofia, sé que me extralimito, pero por suerte o por desgracia su marido está muerto y debemos proteger a sus víctimas. Necesito encontrar las pruebas y destruirlas antes de que otra persona se haga con ellas.

—Su petición no es demasiado profesional.

—Cierto. Pero a veces hay que saltarse un poco las normas para un bien mayor, ¿no cree? El señor Hernán Mora está en la cárcel pagando sus delitos y su marido está muerto, ¿qué necesidad hay de guardar esa cantidad de información que podría destruir a muchísimas personas?

Lo pienso unos minutos, dándole vueltas a sus palabras. Cualquiera de las víctimas de Juaco podría ser su asesino. Pero entonces...

—¿Por qué el asesino no buscó las pruebas? —Niego con la cabeza—. No tiene sentido, si cree que lo mataron para librarse de un chantaje nada de lo sucedido cuadra.

—En realidad sé quién ordenó el asesinato.

—¿En serio? —Levanto las cejas—. ¿Cómo?

—Ya le he dicho que llevo tres años investigando a los Mora. —Hay bastante tráfico y circulamos a una velocidad muy lenta, parándonos en muchos tramos—. Tengo un informante muy bien posicionado y he podido reunir muchísimos datos de cada miembro de la familia. Ninguna víctima de chantaje mataría así, con esa profesionalidad. El asesino entró en el banco eludiendo las cámaras de seguridad, consiguió llegar al despacho de su marido sin ser visto ni detenido por los guardias armados y disparó una sola vez, al corazón. Era un sicario. Queda claro.

—¿Y quién lo contrató?

—Llegamos al meollo del asunto. —Se permite la primera sonrisa desde que le conozco hace unas horas—. ¿A quién jodió más su marido? Después de a usted y a su enamorado, claro. —Recibo esa última afirmación con una aceleración de mi respiración—. No se altere, no voy a por ustedes.

Necesito tomarme unos segundos para calmarme y analizar la pregunta con

detenimiento.

—Hernán —digo sin dudar—. A él lo metió de verdad en prisión, lo han condenado a veinte años por un algunos crímenes cometidos y otros preparados por Juaco. Además, le arrebató su fortuna. A él y a mis cuñadas, a las que ha dejado un fidecomiso y nada más.

—Pues ya tiene a su asesino.

—Pero, pero... —Inspiro buscando argumentos.

—Un pero anula todo lo anterior. —Gira un segundo la cara para dedicarme una sonrisa—. ¿Qué le parece tan increíble? Tenía el móvil, los medios y los contactos.

—¡Era su hijo! —me altero.

—Mire, Zofia, sé que le parece difícil de asimilar porque ha vivido muchos años con esos hombres. Es normal, a mí también me parecería una locura si estuviera en su lugar. —Hace una pausa y continúa—. Juaco no era hijo biológico de Hernán, lo era del hombre que le robó el amor de su mujer. Es un hombre despiadado. Y no tenía nada que perder si Juaco moría.

—Me cuesta entender cómo un padre puede contratar a un asesino a sueldo para deshacerse de su hijo. —La ansiedad de las últimas horas se entremezcla con las revelaciones—. A pesar de la sangre hay lazos afectivos.

—¿Cómo los suyos con el señor Naylor? —Me mira un segundo levantando las cejas—. No corrió a abrazar a su hija cuando le conté lo sucedido, enseguida se apuntó a mi idea de no traerla de las convivencias antes de tiempo, ni pensó en su suegra ni en su familia. Solo quería verlo a él, explicarle lo sucedido.

—Mi hija solo tiene ocho años. —Endurezco la voz intentando defenderme, aunque no sé de qué—. Me pidió discreción, no quería hacer público el asesinato hasta mañana y me pareció más urgente ir en persona a Irlanda. Si Noelia hubiera estado en casa las cosas hubieran sido distintas.

—Elegió ir en busca de la única persona a la que ama y no priorizó hacer que su hija regresara antes de las convivencias. Eso dice mucho de usted.

Tiene razón. Por muchas excusas que ponga la tiene. Tras enterarme de la noticia solo me importaba hablar con Aiden, recuperarle, traerle de vuelta a mi vida.

Noelia es lo más relevante en mi vida. Pero es una niña y cuanto más tarde se entere de la muerte de su padre, mejor. Esos fueron mis pensamientos

cuando el detective Lorenzo me informó de lo sucedido, esos y la necesidad imperiosa hablar con Aiden. Llevo dos años necesítándolo.

Debo ser sincera de una vez.

—Está bien, lo admito. Inspiro fuerte.

Tenso los labios—. Estoy enamorada de Aiden y quería recuperarle, pero estoy de vuelta sin él. Solo puedo luchar por rehacer mi vida a partir de ahora.

—Le deseo suerte.

—¿Quién es su informante? ¿Alguien de la casa?

—Una persona que la aprecia muchísimo y conoce toda la historia.

No dice nada más a pesar de mis intentos por sonsacarle.

Cuando me deja en casa le prometo buscar las pruebas y me comprometo a entregárselas si las encuentro.

El dolor vuelve a invadir mi corazón al traspasar la puerta de mi habitación.

Capítulo 21

Aiden

Solo deseo una copa tras otra, emborracharme, anestesiarme con alcohol para no sentir la opresión en el pecho que me llena de una ansiedad difícil de asumir.

Han pasado dos días desde la visita de Zofia y no he pasado una sola hora sin pensar en ella, en sus palabras, en la muerte de Juaco y en los años separados.

No sé cómo afrontar este barullo de emociones encontradas que luchan para deshacer el hielo con el que he recubierto mi corazón, para calentarlo, para instarlo a volver a latir con fuerza, a deshacerme de la coraza de hombre duro y abrazar de verdad la posibilidad de avanzar.

Pero llevo tanto tiempo enfadado que me cuesta dejar a un lado la rabia para mirar los sucesos desde otra perspectiva. Aunque me atormenta la posibilidad de que ella tenga razón y haya malgastado mi tiempo obligándome a odiarla en vez de buscar la manera de volver a tenerla entre mis brazos.

Solo estuvimos juntos una vez y valió por una vida. Por eso me dolió tanto su traición y destrozó mi corazón sin remedio.

Me enamoré de ella lentamente. Fue como si se apoderara de mi alma poco a poco, dejando migajas de la suya en cada conversación o encuentro furtivo.

Estos dos años se han llenado de mujeres en mi cama, de relaciones cortas, de una búsqueda infructuosa de una mujer capaz de desbancar a Zofia. Pero ninguna lograba hacerme sentir ni la milésima parte que una sola mirada suya porque ella es la única capaz de atravesar mis defensas para ocupar mi corazón, mi alma, mi piel.

Salgo a la terraza de mi lujoso piso para observar las luces de Dublín mientras el frío cala en mi piel. El dinero compra cosas materiales, me ha dado seguridad, posición y un sinfín de caprichos. Sin embargo no compra el

amor, los sentimientos, la necesidad de volver a besar sus labios, de acariciar su piel o de perderme en su interior.

Cada uno de los días de estos dos años lo he dedicado a intentar olvidarla. He llenado mis horas de trabajo, he cambiado de vida, he dejado de dibujar, me he empapado de cómo funcionan las finanzas de un banco y he abandonado a la persona que era antes para darle vida a alguien muy alejado de ese hombre, sin la creatividad innata, sin la sensibilidad, sin la ternura que anidaban en mi corazón.

Me he convertido en una persona fría y calculadora, en alguien a quien antes hubiera despreciado. He dejado atrás al boxeador, al ilustrador y al soñador, para abrazar a una persona capaz de superar el dolor a base de dureza.

Llevo dos años manteniendo a raya mis sentimientos alterados y revolucionados, luchando día a día para romper con el pasado, con los recuerdos de Zofia, con ese amor que a pesar de intentar aniquilarlo me consume.

Sin embargo bastó solo una de sus miradas para abrir las compuertas que lo retenían para invadirme por completo.

En momentos como este intento equiparar la pérdida de Zofia con la de Kate. Quiero igualarlas. Lo intento con todas mis fuerzas. Regreso a mi vida con ella, la repaso con ansiedad, busco su rostro en mi memoria y deseo traer mi amor por ella de nuevo a mi vida, sin embargo solo veo a Zofia, sus ojos oscuros, su sonrisa eterna, la tristeza de su mirada hace dos días.

Kate jamás me hubiera fallado. Era una mujer colmada de bondad, alguien a quien era fácil querer y que regalaba amor a destajo. Me pregunto si le gustaría descubrir al Aiden de ahora, a este ser carente de emociones, con el corazón recubierto de hielo y las esperanzas convertidas en polvo.

La tarde está llegando a su fin y la oscuridad invade el cielo tapado por nubes amenazantes de tormenta. Me agarro a la barandilla con un ahogo en el pecho, recordado sus palabras del otro día. Fueron dolorosas y demasiado reales. Me llenaron de grietas profundas.

¿Es posible que nada de lo sucedido hace dos años fuera cómo lo imaginé? ¿Pudo Zofia actuar así para protegerme? ¿Me dejé engañar por Juaco?

Niego con la cabeza. Soy incapaz de contestar las preguntas sin ponerme a temblar porque si existe una mínima posibilidad de descubrir una verdad diferente a la mía puedo haberla perdido para siempre.

Mañana es el entierro de Juaco. Lo han retrasado porque la policía tardó en

dar la noticia a los medios y al resto del mundo. Cuando lo hicieron los noticiarios del país pasaron horas especulando acerca de la identidad del asesino, hasta que el detective asignado al caso identificó al acusado.

Todavía me sorprende imaginarme cómo Hernán Mora pudo cometer semejante crueldad. Matar a un hijo al que has criado, a pesar de no ser de tu sangre, es la más vil de las traiciones. Parece increíble estar emparentado con una familia con semejante bajeza moral y ante los hechos no dejo de percatarme de las ironías de vida. No tenían lazos biológicos, pero Juaco y Hernán sí compartían maldad en los genes.

¿Debo ir al entierro? No dejo de preguntármelo de forma obsesiva. Despedir a un hermano al que despreciaba no es motivo suficiente para subirme a un avión, sin embargo, mi padre ya ha comprado el billete y me ha rogado mil veces mi compañía.

Durante estos años se ha acercado a Juaco lo suficiente para llorar su muerte y ha empezado a relacionarse de nuevo con mi madre. Conocer la historia completa de cómo se separaron limó asperezas y consiguió darle alas para reconstruir ladrillo a ladrillo su amistad.

Les queda camino por delante para dejar atrás el dolor de lo sucedido entre ellos, pero tengo muchas esperanzas en que el tiempo los vuelva a unir porque cuando los veo juntos no me pasa desapercibida su mirada llena de luz, como si el amor todavía brillara en ella.

Aunque Juaco me pareciera un hombre sin alma, entiendo la necesidad de mi padre de conocer a su hijo, de acercarse a él lo suficiente para despertar lazos afectivos.

Ahora necesita apoyo, al igual que mi madre, a quien he frecuentado estos dos años.

Abby también le ha dado una oportunidad. Al final le conté la verdad completa porque, a pesar del amor de su marido, merecía tener la potestad de decidir qué quería hacer con su vida y con su matrimonio.

Durante los primeros meses su relación con Gerardo se resintió, pero sus sentimientos son fuertes y juntos consiguieron salir adelante.

Siguen viviendo en Madrid y pronto van a ser padres.

Me alegro por ella porque es feliz y ha conseguido esa familia soñada.

Entro de nuevo al salón, me sirvo un poco de zumo de piña fresquito y me siento en el sofá. Instalé una nevera pequeña en el salón para tener a mano

bebidas sin alcohol a buena temperatura siempre y resistir la tentación de bajar al supermercado a llenar la despensa de botellas de whisky.

No sabe igual que un buen Malta, pero me reconforta.

Hay tanto por lo que beber, tanto que olvidar, tanto dolor para superar.

Si la vida fuera justa no estaría aquí lamiéndome las heridas y cuestionándome lo sucedido esa noche en casa de Juaco. Porque a veces me pregunto cómo funciona el karma y hasta cuándo va a castigarme por mis deseos de venganza, por los pecados del padre de Juaco, por amar a la mujer equivocada.

La siguiente hora intento distraerme mirando la televisión, buscando un programa que me distraiga, dejando mi mente en blanco, pero nada logra sacar a Zofia de ella.

Sus ojos, su voz, esa tristeza que emanaba, sus palabras...

¿Y si...?

No quiero seguir formulando la pregunta porque solo con las dos primeras palabras ya me rompo. Si es cierto, si la condené sin motivo, si fui capaz de tacharla de traidora sin pruebas y resulta que me equivoqué...

Me levanto de golpe con la sensación de que llevo dos años anclado en ella, obstinado en olvidarla, en odiarla. Y me perco demasiado tarde de que merecía el beneficio de la duda. Debí escucharla, darle una oportunidad para explicarse cuando vino a verme hace dos días, pero estaba dolido y fue todo tan precipitado...

Camino con rapidez hasta el despacho para darle vida al iMac y conectarme a un buscador de vuelos. Necesito aclarar la situación, descubrir la historia al completo. No tardo en comprar un pasaje para Madrid mañana a primera hora en el mismo avión que mi padre.

Voy a verla una vez más, a encarar su verdad, a dejarla hablar.

Lo necesito. Si no consigo desvelar las dudas que me dejó tras su última visita no podré seguir adelante con mi vida.

Apenas ceno un poco de fruta y un vaso de leche antes de meterme en la cama. Llevo dos noches sin pegar ojo y esta no es diferente. Me impactó la aparición de Zofia, saber que lo dejo todo para venir a por mí, incluso a su hija.

Paso la noche dando vueltas inquietas en la cama, con sueños revueltos y llenos de ansiedades.

Llevo demasiado tiempo bloqueando mis sentimientos, actuando sin hacer

caso al corazón, solo de la mano de la razón. Y ahora me caen encima como si fueran los cristales astillados de un jarrón de cristal que se incrustan en mi piel para llenarla de heridas.

Una larga ducha de agua fresca me ayuda a desprenderme de los rastros del sueño, pero no borra la sensación de estar a punto de perderme en un intrincado laberinto de verdades y mentiras, construido para atraparme en su interior sin capacidad de salir ileso de él.

Paso por la cocina vestido con unos vaqueros, una camiseta y un jersey de lana caro. Con un tazón cargado de café en la mano me detengo un segundo frente al horno. Me devuelve una imagen distorsionada del hombre que soy ahora. Y no me gusta. Prefería al Aiden desenfadado, al ilustrador, al boxeador, al soñador. No a este perfecto desconocido con ropa de marca y sin rastro de la espontaneidad de antaño.

El día es gris cuando salgo a la calle con la maleta de ruedas rodando a mi lado. Me recibe la humedad, una niebla espesa y las primeras gotas de una fina llovizna que cala en mi gabardina beige.

Mi padre me espera con el coche en la entrada para ir juntos al aeropuerto. Ayer apenas hablamos para concretar el encuentro. Solo dijimos las palabras justas para quedar.

El silencio también nos acompaña en el trayecto hasta el aeropuerto. Ambos estamos inmersos en nuestras propias cavilaciones, buscamos la fuerza para afrontar las horas siguientes y para lidiar con la situación.

Seguimos con la misma tónica al pasar el control de pasaportes y durante un fugaz desayuno compartido en la terminal.

Una vez en el avión me dirige una mirada intensa y coge aire antes de hablar.

—Era un capullo, pero también era mi hijo.

—Lo sé. —Asiento dándole una pequeña palmada en la mano que tiene apoyada a mi lado.

—Y tu hermano.

Niego con la cabeza y con todo el cuerpo renegando de esa afirmación.

—Nunca se comportó como tal. Me obligó a trabajar para él, me engañó, logró que me enamorara de su mujer para luego arrebatármela, me chantajeó y fue el cabrón que envió a los asesinos de Kate. —Cojo aire para serenarme un poco—. Jamás lo sentiré como parte de mi familia.

—La vida es cruel. —Crispa los labios para luego curvarlos en un amago de sonrisa—. Mírame a mí con tu madre. Éramos felices, lo teníamos todo y un

día desapareció llevándose mi corazón. Pero al reencontrarnos y conocer su historia supe que todavía hay esperanza. Quizás algún día superemos todo el daño que nos hicimos y volvamos a estar juntos.

—Me alegraría muchísimo si arregláis las cosas. Mereces ser feliz, papá. —Le doy un suave apretón en el brazo—. Pero lo de Juaco es distinto. Me destrozó la vida y lo hizo con alevosía. Quería joderme y lo consiguió con todas las letras, sin darme la posibilidad de levantarme después de tumbarme. Jamás podré perdonarlo.

—¿Y a ella? ¿A Zofia?

Cierro los ojos un segundo, los vuelvo a abrir y miro al infinito.

—No lo sé —admito—. Cuando vino a buscarme hace dos días estaba tan cabreado que apenas la escuché. ¿Y sabes? Tiene razón en algo, desde el primer instante la condené. Conocía la historia de mamá, la del abuelo, la de Hernán, la de la familia Mora y nada me hizo dudar de que Zofia acababa de traicionarme. ¿Qué clase de hombre hace eso?

—Estabas ofuscado, acababas de enfrentarte a muchas revelaciones.

—No es una excusa. —Me paso la mano por la frente en un gesto ansioso—. He tenido dos años para recapacitar y no lo he hecho. Debería haberle dado la posibilidad de explicarse. Quizás nada hubiera cambiado, pero, ¿y si sí lo hubiera hecho? ¿Y si ella lo hizo por mí?

—Las heridas sin cicatrizar suelen cegarte. —Me palmea la mano con cariño—. No te dejan ver más allá de tus narices, por eso no te paraste a pensar en su verdad. Ahora tienes una segunda oportunidad para preguntarle y descubrir toda la historia, no la desaproveches.

—Es irónico que deba agradecérselo a Hernán. Si él no hubiera mandado un asesino a matar a Juaco las cosas seguirían como antes.

No hablamos más, nos quedamos apoyados en el respaldo con los ojos cerrados, dándole vueltas a la última conversación.

Madrid nos recibe con un día soleado y caluroso de finales de junio.

Mi madre nos espera a la salida de la terminal. Parece cansada, sus rasgos están apagados y le falta la luz de los últimos meses. No lleva maquillaje ni va vestida perfecta como siempre.

Está afectada, Juaco no dejaba de ser su hijo y le cuesta lidiar con los actos de Hernán.

Ayer hablamos mucho rato por teléfono. Intentamos recuperar el tiempo perdido día a día y construir una relación madre-hijo lo más sólida posible.

Espero conseguirlo del todo algún día porque todavía queda mucho que asimilar para llegar a se punto.

Hablamos como mínimo un par de veces a la semana por teléfono y una vez al mes viene a Dublín para pasar un fin de semana largo conmigo y unos días con mi padre, sin embargo, estoy dolido por su abandono, por sus mentiras, por no haberme dicho desde el principio la verdad, y no acabo de perdonarla.

Solo necesitamos tiempo para asentar nuestros sentimientos. Solo eso.

Al abrazarla siento cómo los nervios se apoderan de mi razón. Nos ha invitado a su casa a pasar unos días y a pesar de mis objeciones iniciales he aceptado. La idea de estar cerca de Zofia es tentadora, tanto que empiezo a respirar más rápido a medida que nos acercamos al coche.

Observo cómo mi padre la envuelve entre sus brazos y no me cabe duda de su amor mutuo.

No participo en su conversación una vez subimos al coche porque soy incapaz de concentrarme.

El tráfico es tan infame como recordaba. No he vuelto a Madrid salvo un par de veces por trabajo durante los últimos dos años. Tanto mi madre como Abby han viajado mucho a Dublín para no perder el contacto.

Me paso el trayecto intentando ralentizar mis latidos cada vez más agitados.

Los recuerdos de la primera vez que pisé esta ciudad me inundan, junto con el tiempo pasado en la cárcel, la irrupción de Zofia, la aparición de Juaco y la larga condena a sus órdenes.

Cuando el coche de mi madre se para frente a la verja de casa de los Mora el sudor ocupa hasta la última porción de mi piel y tengo los nervios tan en punta que podría saltar solo con una palabra más fuerte de lo habitual.

El jardín está tal como lo recordaba. Cuidado, frondoso, con un colorido armónico y una fragancia que se cuela por los conductos de ventilación.

Nos detenemos frente a la escalinata que lleva a la casa. Trago saliva intentando desenmarañar los mil sentimientos que me atraviesan el alma. Recuerdos, felicidad perdida, momentos, el invernadero...

Me cuesta respirar al descender del vehículo y caminar tras mis padres con la maleta en una mano.

Ella está dentro, estoy a punto de volver a verla. Y no sé si estoy preparado, si voy a ser capaz de aguantarlo, si me mantendré cuerdo.

Ophelia abre la puerta con su llave, la empuja hacia dentro y camina decidida hacia el recibidor. Siento la mano firme de mi padre en el brazo para

darme el empuje necesario y seguirla.

Me infundo valor dando un contundente golpe de cabeza, doy tres pasos y me planto en el interior con el corazón a punto de salir a correr una maratón por el suelo. Mantengo los ojos cerrados y la respiración durante unos segundos, esperando verla al abrirlos, pero me recibe la soledad.

—Te han preparado la misma habitación de la otra vez. —Mi madre se acerca a darme un beso en la mejilla—. Quedamos en una hora aquí para ir juntos al tanatorio. Zofia ya está ahí desde primera hora. Nosotros nos encargaremos de mis hijas y de Noelia.

No puedo contestar, así que me limito a hacerlo con gestos.

Mi padre la sigue a la primera planta y yo me muevo casi a cámara lenta ascendiendo las escaleras mientras retazos de mi paso por esta casa regresan a mí. Zofia abrochándose la corbata, nuestras conversaciones matutinas en la cocina, la noche en el invernadero.

La habitación está tal como la recordaba. No ha cambiado, tiene ese aspecto impersonal de un cuarto destinado a invitados.

Paso la siguiente hora muy nervioso. Vuelvo a ducharme, me pongo un traje oscuro y termino dando un paseo por la casa.

Cada uno de los rincones me evoca un instante con Zofia. Y no puedo lidiar con la explosión de sentimientos que dispara en mi corazón. Es como si acabara de dar un paso atrás en el tiempo sabiendo lo sucedido y me percatara de cómo la amo.

Salgo al jardín y camino hasta el invernadero con las emociones arremolinándose en mi corazón. A medida que me acerco las siento más punzantes, como si quisieran mostrarme cómo me afecta Zofia.

Las paredes de cristal muestran un moderno interior lleno de flores multicolores, de armonía, de ilusiones.

Me detengo frente a la puerta como esa noche hace dos años y un par de lágrimas se asoman a mis ojos al pensar en la pérdida de después.

Inhalo con fuerza, cierro los ojos y apoyo la mano en el pomo buscando en mi interior la fuerza necesaria para enterar.

—Te quiere de verdad. —La voz de mi madre me hace dar un respingo—. Ha pasado un calvario desde que te fuiste, pero ha aguantado por ti. Merece una segunda oportunidad. Los dos os la merecéis.

Abro los ojos y la encaro.

—¿Conoces la historia completa? —Levanto un poco el tono enfadado al

descubrir su implicación en el silencio de Zofia.

—Sí. —Asiente colocándome la mano en mi brazo de forma cariñosa—. Ella me la contó, pero me pidió que le guardara el secreto.

—¿Y lo hiciste? —Me enciendo—. ¿Permitiste que viviera engañado?

—No podía hacer nada para ayudaros, estabais condenados a estar separados. ¿Qué necesidad había de haceros más daño? Pensaba que lo superarías tarde o temprano. Pero me equivoqué. —Una sonrisa sincera tensa sus labios—. Hernán os ha ofrecido mucho, Aiden, no lo desaproveches con reproches. Sé feliz de una vez.

—Cuéntamelo todo —solicito rebajado mi tono—. Necesito saberlo.

—Lo siento, hijo. Le corresponde a Zofia explicártelo. Deja que sea ella quien te lo cuente a su manera, dale esa oportunidad de desnudar su alma ante ti.

—De acuerdo —acepto con un movimiento de cabeza—. Me quedaré un par de días y buscaré el mejor momento para hablar con ella. Pero no te prometo nada.

Su mirada esconde un millar de palabras no pronunciadas. Arquea los labios con una sonrisa y me acaricia el mentón en un gesto tierno.

—No dejes que tu hermano te lo arrebate todo. Puedes ser feliz de una vez, tienes el futuro a tus pies, solo has de decidir cómo y con quién lo quieres vivir.

—Quizás es tarde para eso.

Bajo la cabeza con esa realidad acosándome porque es demasiado real para no hacerle frente. Quizás Zofia tiene razón y yo me limité a creerla culpable sin ahondar en lo sucedido, puede que fuera más fácil pensar mal de ella porque la idea de enfrentarme a amarla en la distancia, con la imposibilidad de hacerla mía, era más difícil de asumir.

¿Y si soy un cobarde? ¿Alguien no merecedor de un futuro feliz?

—Lo único que debería importarte ahora es contestar a una pregunta. —La voz suave de Ophelia me trae de vuelta.

—¿Qué pregunta? —Levanto la mirada hacia sus ojos chispeantes.

—¿La amas?

Capítulo 22

Zofia

Camino por los pasillos del tanatorio para tomarme un café en el bar antes de empezar el último día de velatorio. Ayer fue agotador. El torrente de personas que me daba el pésame no cesaba, a pesar de la animadversión despertada por mi marido en vida. En los rostros de los asistentes descubría muchas veces ansiedad, alivio o desesperación, pero en ningún momento había pena.

Me paro frente a la barra para encargar algo ligero, junto a un tazón de café con leche muy cargado.

Suspiro.

Llevo tres días preguntándome cómo voy a despedir a alguien como Juaco.

¿Cómo se supone que debo sentirme?

Nado en un millar de emociones porque mi corazón tiene dueño, pero no puedo evitar extrañar un poco al chico que conocí al llegar a España, a la primera versión de mi marido, al que fue mi pareja durante unos años y al que quise.

La pérdida de personas cercanas siempre despierta una melancolía en el corazón. No puedo luchar contra ella ni reprocharme sentirla. Juaco me destrozó en muchos sentidos, me ahogó en una vida opresiva y carente de libertad, pero también me dio una hija y hubo un tiempo que me ofreció su corazón.

Me encamino a una mesa con la bandeja llena y los pensamientos anclados en el pasado.

Recuerdo su sonrisa sincera, esa que perdió tras recibir una primera bala de parte de su padre, tras descubrir los secretos de su pasado y enfrentarse a un hombre que no le quería a pesar de haberle criado. Evoco los momentos de felicidad a su lado, cuando nuestra vida era otra. Rememoro nuestras conversaciones de entonces, esa energía con la que encaraba los días y me

pregunto cómo pudo enfriarse tanto su corazón, cómo fue capaz de cubrirlo de hielo para traspasar la línea prohibida y destrozar a todos cuantos le queríamos.

Pensar que una persona oscura solo tiene negrura en su interior es un error. Todo malvado tiene su pedacito de bondad, sus motivos, su pasado. Y Juaco no era inmune a esa realidad. Poseía esa parte luminosa en un recodo escondido de su alma.

Hay demasiados recuerdos que lo corroboran.

Mientras le doy un mordisco a la magdalena que me he pedido para desayunar desligo los últimos años con Juaco de los primeros y me consiento apenarme de nuevo por haber perdido a ese chico. Pero al llevarme la taza de café a los labios y sorber un poco me permito una sensación de alivio al saberme libre de sus garras.

Es extraño estar vapuleada por tantas emociones contradictorias. Es como si invadieran mi corazón a oleadas y no pudiera decidir cuál de ellas es la que persiste.

Y luego está esa insistente sensación al pensar en Aiden. Está aquí, va a venir a la ceremonia, va a pasar unos días en casa. Estoy nerviosa ante el inminente encuentro. Después de dejarlo todo por impulso al enterarme de la muerte de Juaco para ir en su busca y encontrarme con un bloque de acero no sé qué esperar.

Le amo. No le he olvidado y no creo que lo logre en mi vida. Quiero pasarla junto a él, recorrer juntos el camino que iniciamos hace dos años y descubrir si llega a buen puerto o nos deja varados en algún punto indefinido del océano.

Mis deseos se presentan como puntas afiladas porque no puedo asumir otro rechazo. No sería capaz de sobrevivir de nuevo si vuelve a dejarme atrás.

Tras dos años sufriendo en silencio, deseando a cada instante encontrar una brecha por la que colarme para deshacerme de Juaco y recuperar a Aiden, al fin tenemos una oportunidad para estar juntos. Podríamos intentar conocernos de nuevo, encontrar un punto de unión para no despegarnos jamás y convertirnos en un nosotros.

Podríamos...

Pero tras mi visita ya no sé qué esperar y mi corazón parece decidido a romperse cuando pienso en él.

—Buenos días. —La voz del detective Lorenzo me despega de mis pensamientos—. ¿Algún avance con la búsqueda de la caja fuerte?

Ocupa una silla frente a mí y me dedica esa mirada penetrante que augura otra conversación difícil. Es un hombre misterioso porque hay algo en su forma de actuar que me indica una vinculación secreta con Juaco. Su empeño por encontrar las pruebas acumuladas por mi marido durante estos años es demasiado intenso.

—¿Qué tenía contra usted? —pregunto fijando la mirada en sus ojos—. Su empeño es demasiado revelador.

—Es una persona muy intuitiva. —Hace un gesto con la cabeza para mostrar admiración—. Pero no era contra mí, sino contra mi novia. Ella tenía plaza de fiscal. Su marido la chantajeaba para conseguir casos a su favor. Ahora está aterrada con la posibilidad de que las pruebas falsas caigan en malas manos.

—No he encontrado nada —admito tras unos segundos de silencio en los que analizo su historia—. Juaco era un hombre muy previsor y hasta me atrevería a tacharlo de paranoico con todo lo relativo a la seguridad y a su vida privada. Esa caja fuerte ha de estar muy protegida y bien oculta. Nos costará dar con ella.

—Mientras no lo haga otro antes.

—También tiene pruebas contra mí. —Y contra Aiden, pero este detalle me lo callo—. Le entiendo, detective. Y comparto su miedo. Si alguien sin escrúpulos consigue ese material puede arruinar muchas vidas, la de su novia y la mía entre ellas —asiento con contundencia—. No pararé hasta dar con ello, se lo prometo. Sin embargo antes me gustaría enterrar a mi marido.

Lo veo titubear un instante, como si no acabara de decidirse a hacerme la siguiente pregunta. Al final espira con lentitud y sus ojos se llenan de decisión.

—Dígame una cosa —empieza a hablar con suavidad—. ¿Le quería? ¿Se puede amar a una persona como Juaco Mora?

—Es una pregunta difícil. —Bajo las pestañas un poco, acompañada de la mirada. Inspiro aire por la nariz con fuerza para llenar mis pulmones y cuando lo expulso por la boca vuelvo a centrar mis ojos en los suyos—. Las personas tenemos dos caras, detective. Una pesa más que la otra y por eso nos decantamos entre el bien y el mal, pero incluso la persona más malvada y fría, siente. Quizás no de la misma forma que nosotros, pero siente.

—¿Y su marido qué sentía?

—Tuvo una infancia difícil. Su padre era un déspota hasta que él le paró los pies. —No sé por qué le defiendo, pero lo necesito. Ansío reconciliarme con la imagen de Juaco, con nuestro pasado, con sus maldades para poder avanzar

—No es una excusa, podría haber actuado bien y no joder a todo ser vivo que se cruzaba en su camino. Lo sé. —Bebo un sobo de café con leche para hacer una pausa y encontrar las fuerzas perdidas estos años—. Juaco sufría mucho por el pasado, por su padre, por no ser correspondido por mi amor... Era humano.

—No intente hacerlo parecer un santo. No le pega. —Su tono se llena de brusquedad—. La humilló, la metió en la cárcel para hacerle pagar su intento de fuga, la obligó a casarse con él, la tenía vigilada las veinticuatro horas, incluso consiguió que se enamorara de su hermano para después destrozarlo haciéndole creer que lo había traicionado. —Crispa los labios—. ¿Cómo puede defenderle?

Todos esos datos, cada una de sus afirmaciones...

Aprieto los puños contra la tela de mi vestido fourreau negro y respiro rápido al interiorizar la conclusión a la que llego sin necesidad de darle demasiadas vueltas.

—Ophelia. —Es apenas un susurro—. Ella es su informante anónima.

—Es usted muy lista. —Muestra una sonrisa de admiración—. Su suegra lleva unos años ayudándome, pero hasta la fecha todos nuestros intentos de encontrar pruebas contra su esposo habían caído en saco roto. Juaco era muy astuto.

—Era su hijo...

—Y también su extorsionador. Ella no buscaba matarle, solo quería justicia. ¿Acaso usted no le hubiera metido en la cárcel con los ojos cerrados?

Asiento y mordisqueo un poco la magdalena para quemar la ansiedad que me corroe.

—Lo hubiera hecho —admito sin dudar—. Era una mala persona. Se merecía acabar en prisión, igual que Hernán.

—Ophelia es una mujer muy valiente. Ella también me ayudó a intentar cazar a Hernán Mora. Quería empezar de nuevo lejos de ellos.

—Ahora lo tiene a su alcance.

—Cierto, por fin está donde merece y su marido también, aunque sea cruel por mi parte pensar así. —Se pone en pie—. Ha llegado la hora de retirarme. Gracias por escucharme. Tiene un día difícil por delante y no quiero robarle más tiempo. Pero no olvide nuestra búsqueda.

Asiento con un amago de sonrisa.

—No se apure, si hay novedades me pondré en contacto con usted

enseguida.

—Es admirable, de verdad —dice antes de darse la vuelta para irse—. Cualquiera otra mujer en su lugar sentiría alivio y una rabia infinita contra el hombre que la torturó psicológicamente durante años. En cambio usted busca justificación a sus actos. —Una sonrisa curva sus labios—. Y cuando ama lo hace de verdad, sin medias tintas. No todas lo hubieran dejado todo para volar en busca de su verdadero amor al enterarse de la muerte de su carcelero.

—Actué sin pensar y no fue una decisión demasiado acertada, la verdad.

—Es una mujer muy valiente y compasiva —añade—. No cambie nunca, el mundo necesita más personas como usted.

Observo cómo camina hacia la puerta con el corazón acelerado. Sus últimas palabras, esas afirmaciones, la realidad de mis sentimientos...

¿Acaso soy un libro abierto? ¿Pueden los demás penetrar en mi alma con esa facilidad? ¿Descubrir el alcance de mi amor por Aiden? ¿De mi necesidad de tenerlo de nuevo conmigo?

El detective Lorenzo me ha leído como si estuviera frente a un libro abierto de par en par y con unas letras enormes. Ha entendido mis actos, mi corazón y mi necesidad de dejar atrás lo sucedido con Juaco para abrazar un futuro incierto. Ha descubierto la profundidad de mis sentimientos por Aiden y no ha cuestionado mi impulso de ir a por él tras descubrir la muerte de Juaco.

¿Por qué no me escuchó y me despidió sin ablandarse ni un ápice? ¿Acaso no tengo la posibilidad de ser feliz? ¿Me castiga el karma por alguna irreverencia de mi pasado? ¿No merezco tener al lado al hombre por el que mi corazón suspiro desde hace más de dos años?

Termino el desayuno con un desasosiego que crece por minutos.

Aiden ha venido para el entierro, lo veré en unos minutos, lo tendré al lado y no sé cómo voy a reaccionar ante su presencia. Si me muestra desprecio me romperé otra vez porque le necesito. La esperanza de recuperarle algún día me ha mantenido cuerda estos dos años y ahora que existe la posibilidad de hacerlo no soportaría su rechazo.

¿Es posible sentir cómo el corazón se parte en mil pedazos una y otra vez? ¿Se podrá remendar? ¿O llegará el momento en el que me perderé para siempre en la desesperación, en el dolor, en la insostenible realidad de haberle perdido sin capacidad de recuperarlo?

Apenas me sostienen las piernas al levantarme para caminar hacia la sala donde descansan los restos mortales de mi marido. Me cuesta andar con

soltura sobre los tacones cuadrados y cómodos que he elegido para la ocasión.

No necesito fingir dolor porque lo siento en el alma, agarrándose a ella, preparado para clavar sus garras y arañarla con saña cuando le tenga enfrente y descubra su menosprecio.

¿O acaso existe la posibilidad de que me deje explicarme?

Solo pido eso, contar mi verdad, desnudar mi alma, permitirle entender por qué me comporté de esa forma. Quizás si lo hago le recuperaré.

Necesito recuperarle.

Entro en la sala desierta que nos han concedido los miles de euros de Juaco. Es una habitación moderna, decorada en tonos suaves, ancha y carente de alma.

Hay tres sofás enormes de polipiel marrón colocados contra la pared de enfrente, un armario perchero en la entrada donde dejo mis cosas antes de cerrarlo con llave, una mesa preparada con servicios de café, infusiones y agua, y mucho espacio para albergar a los familiares y amigos de los difuntos.

El silencio es aterrador cuando me decido a visitar la última estancia, la que se esconde tras la abertura del final y donde lo que queda de Juaco yace bajo una urna de cristal, vestido con uno de sus impecables trajes, sin rastro de palidez en la cara gracias al maquillaje de los expertos, con los ojos cerrados y la constatación de haber abandonado la vida.

Me paro frente a la imponente visión del hombre al que una vez amé y acabé destruyéndome. Parece tan endeble, tan distante, tan incapaz de herirme.

Durante veinte minutos me quedo quieta observándole mientras mi mente reproduce la película de nuestra vida juntos. Los malos momentos son como espinas que desgarran mi piel, los buenos un soplo de aire fresco, una brisa suave que consigue desterrar los últimos años.

Me abrazo por la cintura buscando la fuerza necesaria para enfrentarme a los acontecimientos.

Él me arrojó a los brazos de Aiden para castigarme después, despertó un corazón marchito, le dio alas para creer en la felicidad vedada y luego me lo arrebató con un simple movimiento.

Los últimos dos años los he pasado soñando en un futuro junto a Aiden. Fue mi impulso tras descubrir la muerte de mi marido, mi único anhelo. Recuperarle. Por eso volé a Irlanda sin importar nada más.

Tenía tantas esperanzas en ese acto...

—Nadie debería morir a tu edad —susurro mirando el cuerpo sin vida de mi

marido—. Nunca deseé tu muerte. Ojalá hubiéramos encontrado otra forma de despedirnos. Jamás celebraré lo que hizo Hernán, créeme, pero me siento liberada, capaz de abrazar por una vez la felicidad, de encontrar un camino directo hacia ella, o como mínimo intentarlo. —Cierro un segundo los ojos con una espiración profunda—. Me destrozaste, Juaco. Durante nuestro matrimonio te dedicaste a destruirme de forma sistemática, quitándome todo. Si Noelia no hubiera alumbrado mi vida hubiera acabado con ella, lo sé porque cada día a tu lado me era más doloroso. —Las lágrimas anegan mis ojos para desprenderse de ellos con facilidad—. Pensaste que acercarme a Aiden para después quitármelo sería un castigo. Lo fue, pero también fue un chute de emoción. Me diste una ilusión por la que luchar día a día. Le amo y siempre le amaré. Esa realidad es la que me ha mantenido viva estos años. Él y Noelia. Y a partir de este instante batallaré hasta mi último aliento por construir un futuro junto a ellos.

Escucho la voz de mi hija fuera. Para ella es todo muy irreal, apenas tiene ocho años y todavía no es consciente del significado de la muerte, aunque añora a su padre y siente deseos de llorar al pensar en no volver a verlo nunca más.

Me limpio los restos del llanto, asiento con fuerza un par de veces para insuflarme coraje y me dispongo a salir a la zona de la sala donde la presencia de mi marido no me incomoda.

Es un tanatorio bastante nuevo, lujoso, bien aislado del sonido exterior y decorado con la intención de no hacer sentir una opresión en los corazones de los desconsolados familiares.

Mi respiración parece decidida a colapsarse al avanzar hacia mi hija. La lleva Ophelia de la mano. Le sonrío con mucha dificultad al descubrir la figura de Aiden junto a su padre al lado de mi hija. Sus ojos están llenos de ansiedad, su postura es rígida y no puedo leer cuáles son sus sentimientos.

Se detiene a pocos centímetros de mí, igual que mis cuñadas y su padre.

Me cuesta un mundo desviar la atención a mi hija. Necesito tanto un contacto físico con él. Abrazarlo, sentir su calor, oler su fragancia, escuchar su respiración contra mi piel.

—Mami, ¿estás bien? —Noe me tira de la manga del jersey obligándome a deshacerme de mis pensamientos tan fuera de lugar—. ¿Ya echas de menos a papi? Has llorado.

Me acuclillo para tener mis ojos a su altura, le pongo un mechón de pelo tras

la oreja y me fuerzo a arquear los labios para mostrar una sonrisa triste y muy tensa.

—Solo me estaba despidiendo de él —digo—. Estoy bien.

—Te quiero. —Me abraza.

Es increíble ese sexto sentido de mi niña porque sus bracitos me otorgan un pedacito de paz momentánea y logran deshacer un poco el nudo que se ha formado en mi corazón.

La sala empieza a llenarse de gente. Me fijo en sus rostros cuando se acercan a darme el pésame y me percato sin dificultad de lo poco sinceras que son sus condolencias.

Despedirse de este mundo sin despertar desconsuelo en la gente que vivía junto a ti es triste.

Los últimos años de Juaco se llenaron de tantos actos crueles que perdió el afecto de todos cuantos le rodeábamos y ahora su entierro se llena de un circo de personas sin sentimientos de pena por su fallecimiento.

Siento la cercanía de Aiden en la aceleración de mi ritmo cardíaco. En demasiados momentos desvío la mirada hacia él para descubrir un mundo de emociones encontradas en el interior de sus ojos.

Cuando subimos a la capilla para escuchar el último adiós de labios de un sacerdote apenas soy capaz de sentir otra cosa que necesidad de avanzar hacia Aiden para abrazarlo. Quiero tener sus brazos protectores alrededor de mi cuerpo, sus labios cálidos sobre los míos, sus manos en mi piel.

¿Soy una mala persona? Acabo de entrar en una capilla para despedir a mi marido y solo pienso en escapar con otro hombre, en volver a unir mi alma a la suya y no separarlas nunca más.

Paso las siguientes dos horas debatiéndome entre mis sentimientos descontrolados y la necesidad de interpretar el papel de la viuda desconsolada ante la riada de personas que solo desean quedar bien.

En muchos rostros descubro la misma pregunta callada que en los labios del detective Lorenzo. Las víctimas de Juaco intentan saber si en mis manos se halla el material contra ellos, si lo voy a usar, si su vida seguirá siendo un calvario.

Es lícito sentirse así. Yo en su piel también lo haría.

Ojalá tuviera respuestas. Apenas he tenido tiempo de pensar en la ubicación de la caja fuerte estos últimos dos días. Preparar el funeral, enfrentarme a la

inmensa cantidad de obligaciones frente a la empresa, consolar a mi hija, pensar en Aiden...

Me prometo empezar mañana la búsqueda en serio. Lorenzo tiene razón, hay que terminar con la era de terror propiciada por un Juaco sin alma y otorgarles a las personas a las que extorsionaba la serenidad necesaria para continuar con sus vidas.

Serenidad para continuar con sus vidas...

Esa frase la repite mi mente sin descanso mientras el féretro de madera se introduce en un horno candente para incinerar hasta el último resto de mi marido.

El fuego purifica el alma. Esa afirmación me ayudó a decidir cómo iba a proceder con su cuerpo, con su adiós.

Cuando me entregan la urna con las cenizas camino hacia el coche para depositarla cuanto antes en el mausoleo de los Mora, situado en el cementerio de la Almudena.

Una hora después llegamos a casa. Noelia entra con su mano agarrada a la mía, como ha hecho en las últimas horas, sin dejar de sentir el peso de cada acto, de cada realidad, de cada pésame.

Es una niña callada y obediente. Criarse en un ambiente opresivo como nuestra casa no es fácil para alguien de su edad.

Deseo cambiar eso, darle una vivacidad intensa a partir de ahora, dejarla ser una niña normal y no castigarla porque habla a la hora de comer o cuenta sus vivencias en voz alta y emocionada.

—Voy a darme una ducha —anuncio al llegar al recibidor y colgar las chaquetas y el bolso en el armario perchero, y miro a mi niña—. Si tienes hambre baja a la cocina, Magdalena te hará lo que pidas.

—¿Puedo pedir cualquier cosa? —Sus ojos chispean ante esa posibilidad—. ¿Lo que me apetezca? ¿Sea lo que sea?

—Hoy tienes permiso para pedir lo que desees.

—Mami, te quiero. —Salta de alegría un segundo, pero luego la tristeza vuelve a su rostro—. A papi no le hubiera gustado.

—Lo sé. —Le sonrío—. Pero quizás hoy hubiera deseado que fueras feliz.

—Vale. ¡Voy!

La veo correr hacia la cocina seguida de mi suegra y mis cuñadas. El padre de Juaco y de Aiden murmura una disculpa y no tarda en poner rumbo a la cocina.

Solo quedamos Aiden y yo en el recibidor.

Capítulo 23

Aiden

*E*stá de espaldas a mí. No me mira y necesito que lo haga, que se gire, que me dedique una palabra porque no aguanto ni un segundo más sin hablar con ella.

Las horas en el tanatorio y en el cementerio se han sumado con ansiedad. Cada vez que mis ojos la descubrían una fuerza extraña avivaba mis sentimientos, como si quisieran mostrar su magnificencia y pugnaran por arrasarse con mi decisión de no volver a confiar en ella.

Pero luego el enfado volvía con fuerza y arrasaba con todo a su paso, como si no pudiera vencer ese rencor que anida en mi interior agarrándose con fuerza a mis entrañas y retorciéndolas hasta dejarme yermo de aire en los pulmones.

Sigue quieta, de cara a las escaleras, a pocos centímetros de mí.

El deseo de tocarla crece con los segundos. Pero no me muevo, no avanzo, no inicio una conversación ni le doy la posibilidad a ella de empezarla.

Si lo hago estaré perdido.

Si vuelve a mirarme con la constatación de sus sentimientos en esos ojos anegados de dolor no seré capaz de negarle nada. Porque a pesar de mis reticencias, de su traición, de los dos años intentando olvidarla, ella es la única dueña de mi corazón.

Durante cinco minutos permanecemos así. Sin ningún movimiento. Sin hablar. Sin tocarnos.

Solo se escuchan sus sollozos casi ahogados, el repicar de mi corazón, la fuerza arrolladora que chispea en el aire electrificándolo.

Mis dedos sienten un hormigueo intenso. Desean tanto que alargue el brazo para tocarla. Desean tanto sentirla. Desean tanto perdonarla.

Los labios me queman por el deseo de besarla. Y mi piel parece a punto de perecer a manos de las llamas que las abrasan.

Pero sigo quieto, inmóvil, incapaz de dar el primer paso.

Ella se abraza por la cintura con ambas manos y se encorva un poco, como si le costara aguantarse en pie.

Debería sostenerla, ser su pilar, su ancla a la vida.

Debería olvidar lo sucedido y escucharla.

Sin embargo permanezco pasivo, alejado de ella y a la vez cercano. Mantengo una lucha encarnizada entre mis sentimientos y los dos años de odio, dolor, ausencia.

Unos pasos acercándose rompen el momento de tensión. Es como si al invadir el silencio hubieran obligado a nuestros cuerpos a reiniciarse.

Veó casi a cámara lenta cómo Zofia alarga un brazo para posarlo en la barandilla de las escaleras y sin girarse sube el primer peldaño con mucha pesadez, como si le costara apartarse de mí.

Cuando una de mis hermanastras aparece a paso rápido y sin decir más que un *hola* asciende por la escalera a toda velocidad, Zofia se da un segundo la vuelta para mirarme.

Mi corazón se desgarró ante esa expresión de absoluta necesidad, de dolor, de heridas sangrantes.

No le permito atisbar en mi alma, compongo un rictus frío e impenetrable y obligo a mis ojos a mantenerse herméticos, sin traslucir las mil emociones que anidan en ellos y en mi interior.

Siento cómo se le rompe el corazón. Es como si pudiera verlo destruirse en mil pedazos a través de esa mirada herida. Un sollozo desgarrado se escapa de sus labios y en el momento en el que las lágrimas empiezan a manar como si sus ojos fueran un manantial infinito, se gira para subir los peldaños con dificultad, encorvada, con las piernas temblorosas.

El mío también se convierte en polvo, pero lo disimulo y la dejo marchar.

A pesar de mis sentimientos llevo demasiado tiempo enfadado para dejarla entrar sin más en mi vida. Aunque verla de nuevo ha hecho trizas cualquier atisbo de desamor.

Sigo amándola. Igual o más que cuando me marché. Y no quiero, me niego a regalarle de nuevo mi corazón para que lo destruya.

Espero a que desaparezca en lo alto de las escaleras para subir e irme directo a mi habitación. No puedo comer y no sería buena compañía para el

resto de la familia.

Las otras dos hijas de mi madre también son mis medio hermanas. Con ellas apenas he hablado durante estos últimos dos años porque me he negado a asistir a cenas o celebraciones familiares, pero estoy dispuesto a establecer algún tipo de relación con ellas. Y no quiero destrozar esa posibilidad mostrándome huraño.

Una vez traspaso la puerta lanzo la americana a la cama y me permito desmontarme por primera vez desde mi llegada. Crispo los labios, los ojos se me humedecen, las piernas apenas me sostienen y dejo salir todo el dolor anidado en mi interior, cada una de mis roturas, cada una de mis decisiones dolorosas.

Me siento en la cama, con la cara enterrada entre mis manos, dándome cuenta de cómo la quiero y de la mierda de vida que me espera.

Unos golpes suaves en la puerta me obligan a calmarme.

Parpadeo un par de veces para desprenderme de las últimas lágrimas, me seco los ojos y me levanto.

—¿Quién es?

—Deberíamos hablar.

Esas dos palabras disparan de nuevo mi corazón. Parecen un susurro que se introduce en mi riego sanguíneo para alterar los latidos hasta casi el infinito.

Me fuerzo para deshacerme del sentimentalismo barato de hace unos minutos y clavo una mirada acerada en la puerta, donde ella me reclama. Sus ojos muestran la misma desesperación que los míos, como si estuvieran a punto de partirse.

Me quedo unos segundos en silencio observándola y se crea un tenso silencio entre los dos.

—¿Puedo? —pregunta bajando la mirada al suelo y retorciendo las manos en el regazo—. Estaría bien hablar un poco.

—Pasa —pronuncio con hielo en la voz señalando la silla que se encaja en el escritorio.

Sus pasos son lentos, preocupados, llenos de dolor. No me mira, no levanta los ojos del suelo ni intenta acercarse a mí. Se limita a cerrar la puerta tras de sí, avanzar hacia la silla y sentarse.

Se ha cambiado de ropa, ahora lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta simple de tirantes por encima.

Con los dedos se dedica a enroscar el dobladillo de la camiseta.

Los segundos pasan demasiado despacio. Es como si la tensión ambiental empezara a calar en mi interior porque siento los nervios en punta y una ansiedad imposible recorriéndome las terminaciones nerviosas del cuerpo.

No aguanto demasiado rato mirándola. Me duele descubrir sus heridas en la posición que mantiene, en esa mirada baja que rehúye conectarse con la mía.

—Tú dirás —proclamo cuando no aguanto más—. Soy todo oídos.

—Merecía que me dieras la presunción de inocencia. —Por fin levanta la barbilla despacio, suelta el dobladillo de la camiseta y me mira—. Cuando amas a alguien de verdad no piensas lo peor sin dejarle explicarse.

Una risotada se escapa de mis labios. Es por la tensión, la inquietud y la realidad que esconden sus palabras. No puedo negarla, debería haberle concedido el beneficio de la duda. Pero ahora es demasiado tarde para lamentar decisiones pasadas.

—Ya no importa —sentencio—. Hemos seguido con nuestras vidas.

—¿De verdad? —Levanta la voz de forma imparable—. ¿Tú has podido dejarlo atrás? ¿Es eso? —Me dirige una mirada cargada de resentimiento—. ¡Yo me he pasado estos jodidos dos años pasando un calvario! ¡Juaco me castigó por acostarme contigo! ¡Fue la peor tortura de todas! ¿Y sabes qué me mantenía cuerda? ¿Qué conseguía darme fuerzas para levantarme cada mañana? —Aprieta los labios para reprimir las lágrimas que humedecen sus ojos heridos—. ¡Librarme de él para volver contigo! —Baja otra vez la cabeza cuando el llanto se desata—. Me enamoré de ti, ¡maldita sea! Sigo enamorada de ti. Jamás he dejado de amarte. Por eso cuando me dieron la noticia de la muerte de Juaco reaccioné al impulso de venir a por ti. ¡Pero tú estabas cabreado! —Se levanta con un movimiento brusco para caminar hasta la puerta—. ¡Yo también estoy muy enfadada contigo! ¡Mucho! —Se detiene aguantando el pomo con la puerta—. Porque me merecía tu atención aunque ya no sientas nada por mí.

Ahora las lágrimas manan sin medida de sus ojos.

Se queda unos segundos con el pomo de puerta entre los dedos de la mano derecha, mirándome, con un dolor tan intenso en los ojos que me parte en mil pedazos.

—¿Sabes por qué lo soporté todo? —añade casi en un susurro—. ¿Por qué bajé esa noche dispuesta a hacerte creer que te traicionaba? —Cierra los ojos e inspira con fuerza. Cuando los abre de nuevo los posa en mí—. Fue para protegerte. Juaco iba a destrozarte la vida si no lo hacía. Estaba decidido a

acusarte de asesinato para que te pudieras en la cárcel. Quería asegurarse de que me quedaría para siempre a su lado y nos utilizó a los dos. —Crispa los dedos en el pomo intentando contener las lágrimas sin demasiado éxito—. Él no sabía hasta dónde llegarían mis sentimientos por ti, pero estaba convencido de que si me permitía hacerme tu amiga nunca te traicionaría después. Por eso lo hice, para mantenerte a salvo de él, aunque yo me pringara de mierda hasta el cuello. Porque te quería. Nunca he dejado de quererte.

—Si pudiera creerte... —Quiero decirle algo más, pero mis labios apenas pronuncian el murmullo de su nombre.

¿Y si es cierto? ¿Y si Juaco nos hizo caer en su trampa para conseguir sus metas? ¿Y si lo preparó todo?

—¡Jamás te mentí! —Se da la vuelta de nuevo para encararse a la puerta y no dejarme ver como se rompe otra vez—. Te quería, Aiden. Me enamoré de ti de verdad.

Sale al pasillo sin darme tiempo de procesar esas últimas palabras, su forma verbal, ese pasado que hace un instante contradecía.

Coloco los codos en las piernas, levanto los brazos y escondo la cara entre las manos.

Verla, olerla, sentirla tan cerca ha revivido cada uno de los sentimientos que creía olvidados. Y no puedo quitarme de la cabeza esa expresión destrozada de sus ojos ni la posibilidad de que su discurso sea cierto. Si lo es, si me he pasado dos años envenenándome con falsos argumentos...

Por suerte la habitación tiene baño propio. Me deshago de mi ropa para meterme en la ducha, necesito un chorro de agua sobre mis músculos entumecidos y regar la inhóspita sensación de desolación que anida en mi alma.

Cuando Kate murió mi mundo se resquebrajó, pero cuando Zofia me traicionó se convirtió en un desierto árido, lleno de cactus con espinas afiladas que se clavan en mi piel para desgarrarla.

Tras media hora bajo el agua me visto con un chándal y una camiseta de manga corta y me estiro en la cama a mirar el techo. No puedo dejar de darle vueltas a lo sucedido y a la conversación con Zofia de hace un rato.

La noche se me cae encima sin enterarme. Las horas avanzan con esa cadencia dolorosa de cuando tienes el corazón tan agrietado que es imposible remendarlo.

Me quedo dormido en algún momento, lo sé porque mis sueños son una

sucesión de imágenes inconexas de mi relación con Zofia, de los días en la cárcel, de la noche en el invernadero, de estos dos años anhelándola en silencio a pesar de negármelo constantemente.

Despierto de golpe. Estoy cansado, apenas he logrado unas horas de sueños demasiado inquietos para descansar la mente y me escuecen los ojos.

Paso otra vez por la ducha para intentar despejarme. Son las cinco y media cuando me visto con unos vaqueros ajustados y una camiseta arrapada y bajo descalzo a la cocina.

Los recuerdos de otro tiempo me inundan en mi camino. La esperanza de encontrarla ahí se desvanece al llegar y hallar la estancia vacía.

Me preparo un café cargado y consigo una bolsa de magdalenas en la despensa. También hay un par de cajas surtidas de galletas y unos cuantos donuts de chocolate.

Dejo el botín sobre la barra americana y me apresuro a apagar el fuego al escuchar el café burbujear para avisar de que está a punto.

No se me ha olvidado dónde están los tazones ni los platos ni nada. Es como si estos dos años no existieran, como si ella estuviera ahí sentada hablándome de su pasado, de sus ilusiones, de sus anhelos, de los sueños de antaño truncados por culpa de un hombre malvado.

Me lleno el tazón con café humeante. Siempre me ha gustado solo y sin azúcar. Fuerte, aromático, amargo, perfecto. Le doy un sorbo caminando hacia la mesa para darle un buen mordisco a una magdalena. Mis tripas rugen hambrientas tras demasiadas horas en ayuno.

El amor duele. Recuerdo esta frase en labios de Kate cuando choqué con ella en el pasillo del instituto el día que la conocí. Fue su revelación porque caminaba leyendo una novela romántica muy emotiva y tenía los sentimientos a flor de piel.

Tenía catorce años y parecía tan inocente...

Ahora me viene a la memoria cómo en vez de enfadarse por el choque me susurró esas palabras. Después se pasó un rato explicándome el argumento de la novela para excusar su comportamiento. Sus ojos eran brillo, su sonrisa emoción y su voz un torrente de sentimientos.

Me enamoré de ella ese día, lo sé.

Y sí, el amor duele. Me destrozó cuando la perdí y me clavó una daga en el corazón hace dos años. Las heridas no han cicatrizado y por mucho que me haya repetido hasta la saciedad la necesidad de odiar a Zofia ha bastado un

solo segundo a su lado para revivir ese fuego que me consume hasta dejarme sin aliento.

Dirijo la mirada a la ventana. Es alta, grande y poderosa. A través de ella se ve un poco el jardín y el cielo todavía oscurecido.

Tengo el tazón agarrado entre las dos manos para sorber poco a poco el café. Lo saboreo. Cuando dejé el alcohol me hice adicto al café. Es una de las bebidas más reconfortantes que conozco.

Como un par de galletas y sigo mirando al exterior con los ojos absortos en el pasado.

Kate solía ser la voz de la razón en nuestra relación. Si estuviera aquí ahora me exhortaría a escuchar a Zofia, a dejar atrás la desconfianza, a concederle el beneficio de la duda.

El enfado de estos años remite, se está convirtiendo en ansiedad a marchas forzadas, en desasosiego, en un dolor penetrante que me corta la respiración.

—Esperaba encontrarte aquí. —El suave sonido de su voz me hace girarme despacio.

Camina hacia la encimera para llenarse una taza con un poco de café y mucha leche.

Va vestida con un pijama sencillo. Unos pantalones cortos de algodón que se adaptan a su cuerpo y una camiseta de tirantes larga y arrapada. Encima se ha colocado un sencillo jersey largo de una tela finita y ligera.

—Zofia —susurro sin apartar la mirada de ella.

—No he pegado ojo. —Se sienta en un taburete a mi lado, deja la taza sobre la barra y alarga la mano para coger una magdalena—. Ayer no bajaste a cenar.

Niego con la cabeza. Es como si mi voz se hubiera atragantado en las cuerdas vocales porque no soy capaz de decir nada.

—Aiden, ¿no podemos dejar atrás el sufrimiento y empezar a vivir? — Alarga la mano sobre la barra hasta rozar la mía—. Cada mañana al bajar aquí recordaba nuestros encuentros y dolía tanto que necesité unos meses para acostumbrarme a sentirme así. Muerta en vida. —Sus ojos brillan de humedad al posarse en los míos—. Solo contigo puedo revivir, Aiden. ¿No lo entiendes? Juaco me humilló tantas veces cuando te fuiste... Aumentó el control sobre mí, me castigó mandando a Noelia cada tarde con una canguro, prohibiéndome ir a buscarla al colegio o llevarla o estar con ella, solo lo justo, con un horario estricto. Me apartó otra vez de mi madre y se dedicó a

tratarme mal verbalmente delante de la familia. Me llamaba adúltera y cosas peores. A veces me encerraba durante días en la habitación porque debía irse de viaje y no quería correr riesgos. Fue cruel, Aiden. Muy cruel. Pero muchas noches me hacía el amor como si fuera cariñoso, como si me quisiera.

Sus palabras se clavan en mi corazón, lo destrozan, lo desmenuzan. La imagino viviendo su calvario particular y me hundo en la desesperación. ¿Por qué me duele? ¿Por qué la dejo convencerme con palabras? ¿Por qué me suenan tan creíbles?

—Me dejaste muy claro que no me querías —suelto sin pararme a pensar en el resentimiento de esa frase, en la motivación para hablarle así, en mis verdaderos deseos. Quito la mano de debajo de la suya con un gesto brusco y la miro con desafío—. ¿Qué buscas ahora?

—Te quiero, ¿tan difícil te es creerme? —Retira la mano dolida por mi brusquedad y se gira para que no la vea llorar—. Lo hice por ti. Pero ya veo que fui una estúpida.

Su tono me demuestra que no intenta convencerme de una mentira, pero todavía tengo las espinas de la otra vez clavadas en la piel y me cuesta rebajar lo suficiente mi enfado para dejarla traspasar las defensas construidas a base de una lucha diaria.

Ahoga un par de sollozos y se limpia los ojos con las manos sin darse la vuelta. Sigue de espaldas a mí. No puedo evitar repasarla con los ojos, sentirla, desear abrazarla, consolarla, no dejarla escapar nunca más de mi lado.

—Aquella noche me destrozaste, Zofia. —Mi voz sale estrangulada a pesar de intentar modularla más dura—. Por completo.

—Era la única forma de alejarte de nosotros y de salvarte la vida. Prefería sacrificarme a mandarte a la cárcel para siempre. Jamás me lo hubiera perdonado.

La última parte la pronuncia inundada por las lágrimas.

—¿Por qué?

—Juaco me quería a mí, necesitaba asegurarse de mantenerme a su lado para siempre. Una noche me contó cómo había ideado su plan maestro y cómo lo cambió sobre la marcha cuando intenté escaparme. —Se da la vuelta muy despacio, pero mantiene la mirada baja—. Al principio su intención era vengarse de su padre, de su madre, de su familia. Quería haceros daño a

Abigail y a ti, haceros pagar el haber vivido al lado de vuestro verdadero padre.

—¿Pensaba mandarme a la cárcel?

—Solo a ti. Quería que te pudieras ahí durante el tiempo suficiente para hacerse con la fortuna familiar. —Se tapa la cara con las manos—. En realidad tenía planeado matar a Hernán para heredar, pero entonces se enteró de lo de su testamento y yo intenté marcharme y decidió meternos en la prisión contigo para perpetrar este nuevo plan. Le daba igual perder dinero por el camino, darte un trabajo o ver cómo Abby era feliz con Gerardo. Solo me quería a mí, conservarme y recuperar a su verdadero padre.

—Tenía una mente enferma.

—Estaba desquiciado, la verdad. —Levanta la mirada muy despacio—. Su forma de querer era enfermiza y me despedazó. —Vuelve a intentar acercar la mano a la mía—. No le permitamos destrozarnos más. Por favor.

¿Puedo hacerlo? ¿Puedo creerla? ¿Seré capaz de perdonar, olvidar y buscar la forma de construir un nosotros?

Capítulo 24

Zofia

Necesito deshacerme de este peso que me ahoga el corazón, superarlo, escapar a algún lugar donde su sombra no me llene de heridas incurables. Si no me quiere, si me va a echar de su vida para siempre he de encontrar la manera de avanzar sin él.

Durante estos últimos dos años he soñado cada día con recuperarle y me destroza descubrir que quizás la amargura ha destruido esa posibilidad.

Si hubiera tenido una oportunidad de explicarme hace dos años, si Juaco no me hubiera mantenido encerrada en su burbuja de control...

Me cuesta mirarlo sin romperme en mil pedazos. Le amo tanto y llevo tanto tiempo esperando este momento que afrontar su rechazo es demasiado doloroso. Quizás por eso insisto una y otra vez.

No puedo continuar aquí sentada sin tocarlo, sin sentirlo, sin ser suya. Anhele tanto avanzar los pocos centímetros que nos separan y besar sus labios...

Es un deseo profundo, penetrante, doloroso.

Juaco me lo arrebató todo. Nunca le perdonaré esta venganza cruel y despidida. ¿Por qué me lanzó a los brazos de Aiden? ¿Qué buscaba? ¿Destrozarnos?

Ayer no pensaba así, recordaba los buenos momentos, intentaba dejar atrás sus malvadas acciones para superarlas, pero ahora, con Aiden aquí negándome la posibilidad de rehacer mi vida a su lado, sintiendo cómo me dedica miradas y gestos despectivos, odio a mi marido con toda mi alma.

Ojalá nunca le hubiera conocido, ojalá pudiera deshacer mis decisiones, ojalá consiguiera dejar de amar a Aiden. Entonces no me dolería tanto.

Nunca entenderé las razones de Juaco para destruir a cualquier persona que le quería. Nunca. Me es imposible imaginarme en una situación parecida

porque soy incapaz de ver cómo los demás se resquebrajan ante mi mirada. No sería impasible como él, no conseguiría superarlo ni sentirme feliz tras arruinar a quien debería estar a mi lado.

En cambio Juaco disfrutaba haciéndole daño a los demás.

Aiden me mantiene la mirada con una expresión hermética. Me gustaría poder entrar en su mente, descubrir el rumbo de sus pensamientos, averiguar si todavía me quiere, si sigue sintiendo el peso de este amor que a mí me ahoga y me consume hasta convertirme en una extensión de su piel.

Mi corazón bombea al triple de su velocidad normal.

Está tan cerca y a la vez tan lejos. Hay fuego en su mirada, unas llamas extrañas y nada claras. De furia, pero también de anhelo.

Si pudiera leerle como hacía antes, saber si existe una posibilidad.

Necesito tocarle. Es una necesidad demasiado intensa como para ceder al impulso.

Alargo la mano sobre la barra hasta rozar sus dedos. Siento un chispazo encendiendo mi cuerpo. Mi respiración alcanza un punto crítico.

Él no se mueve, pero se pasa la punta de la lengua por el labio superior y suelta una exhalación que intenta silenciar sin éxito.

Avanzo un poco mi cuerpo. Es como si su presencia fuera un imán para mis deseos, como si no pudiera resistirme a ese implacable apremio de besarle.

Me arden los labios. Los siento llenos de electricidad, cosquillas, deseo. Me los humedezco en un gesto lento y pausado mientras intento ralentizar mis latidos.

El gemido ahogado de Aiden retumba en la cocina, en mis oídos, en mi cuerpo. Reverbera por mi piel, excitándola todavía más y arremete contra mi corazón llenándolo de esperanza.

—He luchado con todas mis fuerzas para olvidarte —susurra acercándose un poquito más a mí.

Le tengo a cuatro milímetros. Siento su aliento en los labios, estremeciéndome.

—¿Y lo has conseguido? —pregunto en un murmullo ronco y cargado de avidez.

—Ni un segundo. —Una de sus manos se acerca a mi pelo para enrollar un mechón entre sus dedos. Al rozarme la mejilla suelto un gemido necesitado—. Estabas ahí, en mis putos pensamientos a todas horas. Quería odiarte, lo deseaba con todas mis fuerzas. —Suelta el pelo para acariciarme la mejilla

con un dedo—. Si supieras las energías que gasté intentando arrancarte de mi corazón.

—Te quiero —musito casi sin voz cuando su dedo se desliza por mis labios—. Nunca en mi vida había imaginado la fuerza de ese sentimiento. Me diste esperanza, me ofreciste la posibilidad de encontrar una razón para seguir viviendo a pesar de la oscuridad. Llevo tanto tiempo esperando este momento.

—Cada una de las tías que pasaba por mi cama era una mala versión de ti. —Baja el dedo por mi rostro hasta el cuello en un movimiento tan suave que me llena de jadeos roncós—. Siempre has sido tú, desde ese primer instante. Solo tú. Conseguiste hacerme superar lo de Kate, me diste luz, serenidad, amor.

Adelanto el cuerpo lo máximo que me permite el taburete hasta casi rozarle. Me muerdo el labio para ahogar la retahíla de suspiros anhelantes que se escapan de mi boca mientras él desciende todavía más su mano, recorre la clavícula sobre el pijama y sigue su recorrido hasta sobrevolar mi pecho.

No puedo hablar, las palabras se me han secado en la garganta formando un nudo cargado de anticipación.

Casi puedo sentir ese beso que no llega.

—Te quiero —murmura posando sus labios en los míos—. Zofia, te quiero. Nunca he dejado de hacerlo.

—Ni yo. —Es casi un sollozo acompañado por las lágrimas que resbalan por mis mejillas—. Jamás.

Permanecemos unos largos segundos así, con los labios pegados y mis lágrimas mojándolos. Escucho su corazón retumbar con fuerza en el silencio al ritmo del mío. Siento su respiración acelerada a través de nuestras bocas. Percibo su calor al tenerlo tan cerca.

De repente me abraza por la cintura, me acerca tanto a él como puede y abre la boca para devorarme. Gimo de puro deseo. Le devuelvo el beso levantándome para sentarme a horcajadas en su regazo y rodearle el cuello con los brazos.

Sus manos me palpan la espalda bajo la camiseta provocándome una fogata entre las piernas.

Mis lágrimas no cesan. Son la constatación de mi emoción al tenerlo por fin entre mis brazos. Es como si no pudiera contener el millar de emociones que me zarandean uniéndose a esa avidez desesperada que me lleva a quitarle la

camiseta sin atender al lugar, a la hora, a la insensatez de seguir adelante con mis intenciones.

Acariciar la piel de su espalda me produce un placer infinito. He soñado tantas noches con esto que tenerlo tan cerca, poder besarlo, abrazarlo y sentirlo es como si tocara el paraíso prohibido.

No tarda en quitarme mi parte de arriba y cuando nuestros pechos desnudos entran en contacto gimo tan fuerte que la cocina se tambalea ante mi deseo imposible de contener.

Nos movemos lo suficiente para deshacernos de la ropa que nos queda de forma temeraria y nos estiramos en el suelo sin importarnos el frío de las baldosas.

Deberíamos subir a una habitación, pero la urgencia nos devora. Ambos respiramos cada vez más rápido, nos besamos con una furiosa avidez, nos acariciamos con la agresividad propia de un deseo desbordante.

Estoy desnuda sobre él y su cuerpo me calienta de una forma devastadora.

Cuando entra en mí gimo su nombre. Levanto un poco el torso y apoyo las manos en su pecho para moverme al ritmo de sus jadeos.

Somos uno. Durante unos minutos nuestros cuerpos se funden para mostrar la intensidad de nuestros sentimientos, el amor que nos envuelve en una nube de lujuria y necesidad.

Sus manos ascienden hasta mi pecho consiguiendo que me estremezca de placer.

Aumento el ritmo. Siento cómo cada pedazo de mi cuerpo le pertenece, cómo vuelve a introducirse en mi alma para ocuparla casi por completo, cómo me acerco a la cumbre con la emoción de ser parte de su vida para siempre.

Me tapa la boca con la mano al descubrir mis primeros gemidos.

La oleada de placer más impresionante de mi vida sacude mi cuerpo de forma despiadada. El mundo desaparece, solo existe Aiden, sus manos, su cuerpo, su esencia vaciándose en mi interior, derramándose en mi corazón, inundando por completo mi ser.

Susurro su nombre entre gemidos a su compás. Ambos explotamos en el mismo instante uniéndonos en el acto más profundo que existe.

Me dejo caer sobre su cuerpo al terminar. Estoy exhausta y feliz.

Él me rodea con sus brazos y me acaricia la espalda.

—Te he echado muchísimo de menos —susurra.

—Yo moría cada día sin ti.

Pasamos diez minutos abrazados, piel contra piel, corazón contra corazón, alma contra alma.

Escucho el retumbar de su corazón, siento sus manos desplazarse por mi espalda y sus labios acariciarme el hombro.

Es como estar en una nube de algodón donde todo es posible.

Al fin tenemos un futuro ante nosotros.

Hemos pasado tanto...

Levanto la cabeza para mirarlo. Todavía no me creo que esté con él al fin. Lo he imaginado en tantas ocasiones que ahora me parece estar en un sueño.

—Si supieras cuántas veces he imaginado tenerte así —susurro acercando mis labios a los suyos—. No voy a volver a separarme de ti.

—Jamás.

Sellamos la decisión con un largo y profundo beso y decidimos vestirnos para no desafiar más a la suerte.

—Necesito una ducha —anuncia una vez su piel está cubierta con ropa.

Asiento. Yo también la necesito, una que borre el dolor de los últimos años y que me muestre la realidad, ese camino directo a la felicidad recorrido hace apenas unos minutos.

Me gustaría tanto ducharme con él.

Le echo un vistazo rápido a su cuerpo. Los músculos se le marcan en la camiseta y tiene el pelo revuelto por lo que acabamos de hacer. El deseo vuelve a crecer en mi interior y me sube hasta las mejillas para ruborizarme.

—Te veo a la hora del desayuno. —Me doy la vuelta y empiezo a recoger los platos de la mesa intentando desviar mi imaginación hacia otros derroteros o acabaré saltando encima de él como una fiera en celo.

—Podrías ducharte conmigo —susurra abrazándome desde atrás y acercando su boca a mi oreja—. Y quedarte en mi cama hasta la hora del desayuno.

—Nada me gustaría más.

Acerco mis manos a sus brazos para rodearlos.

Pasamos las dos horas siguientes haciendo el amor, regalándonos caricias, besos, instantes. No hablamos a pesar de lo mucho que tenemos para debatir. Solo nos dedicamos a adorarnos, a sentirnos, a compartir nuestro anhelo de estar juntos.

Ya habrá tiempo de hablar.

Desayunamos con la familia. No dejo de dedicarle sonrisas y miradas

furtivas. Él también se muestra feliz, como si al fin pudiéramos disfrutar de esa emoción de unir nuestros destinos.

Me fijo en las miradas cruzadas entre sus padres. Ophelia ha pasado estos dos años a caballo entre Madrid y Dublín, recuperando como podía la relación con el padre de Aiden. Hace unos meses me confesó que seguía queriéndolo, que era el hombre de su vida.

Sus palabras mostraron una verdad absoluta. Cuando le regalas tu corazón a alguien es imposible recuperarlo. Por muchos años que pasen la fiereza de tus sentimientos se desatará como un torbellino al reencontrarlo.

Aiden es mi hombre y nunca dejará de serlo. Quizás James es el de Ophelia.

Paso la mañana en el invernadero tras dejar a Noelia en la escuela. Todavía me quedan varias conversaciones pendientes, pero me va bien poner mi vida en perspectiva aislándome de los demás durante unas horas.

Aiden está en el banco, era necesaria su presencia para ocuparse de algunos de los asuntos urgentes de Juaco. Ophelia y James han salido a dar una vuelta y mis cuñadas están en sus respectivos centros de estudio.

Mis plantas escuchan cada una de mis palabras mientras ordeno mis sentimientos y mis prioridades. Necesito cerrar el capítulo de Juaco para siempre, dejarlo atrás e iniciar mi historia con Aiden en un folio en blanco. Sin recuerdos dolorosos, sin rencores, sin pasado. Y para hacerlo debo hacerle frente a la petición del detective Lorenzo porque tiene razón, nunca viviremos tranquilos si no destruyo esas pruebas malditas.

—Estás muy pensativa. —La voz de Aiden me sobresalta. Está en la puerta del invernadero, como esa noche en la que hicimos el amor por primera vez—. ¿Todo bien?

Contesto que sí con un movimiento de cabeza porque no puedo hablar. Su presencia me sobrecoge. Está impresionante con un pantalón de traje y una camisa blanca un poco desabrochada. Tiene los ojos luminosos, con rastros de emoción, y me mira con una profundidad que me colma de deseo.

—Estaba dándole vueltas a algo —digo levantando la vista de sus labios para posarla en sus ojos.

Él avanza hasta quedarse a pocos centímetros de mí.

Tengo las manos llenas de tierra, llevo un delantal de jardinería sobre la ropa y el pelo desordenado, solo sujeto con una pinza sobre la coronilla. No sé si le gustará mi aspecto.

—¿Y a qué le dabas vueltas? —Está tan cerca...

—El detective Lorenzo me sugirió que buscara las pruebas de Juaco y las destruyera, pero no tengo ni idea de dónde está la caja fuerte.

—Debe contener muchísima información jugosa.

Da otro paso para quedarse tan cerca que me pongo nerviosa. Limpio las manos en el delantal sin lograr deshacerme del todo de la tierra y me paso el dorso de una de ellas por la frente para separar un par de mechones rebeldes.

—Extorsionaba a un montón de personas. Merecen vivir tranquilas y no deberle nada a nadie. Si alguien encuentra esa caja fuerte antes podría causarles un dolor irreparable.

—Mi hermano era un cabrón. —Me acaricia la mejilla—. No quiero para otros lo que nos sucedió a nosotros ni a nuestras familias. El detective tiene razón, debemos encontrar las malditas pruebas, pero en vez de deshacernos de ellas deberíamos entregárselas a las personas a las que se refieren para darles tranquilidad.

—Me parece bien. Pero si te digo la verdad no tengo ni idea de por dónde empezar a buscar su maldita caja fuerte.

El último paso lo sitúa a la distancia necesaria para rodearme por la cintura y estrecharme hacia él. Sus labios desatan una fogata en mi cuerpo. Le abrazo sin posar las manos sucias en su ropa y respondo al beso con ardor.

—¡Joder! —dice de pronto separándose de mí—. ¡Sí que sabes dónde está la caja!

—¿A sí? —Le dedico un aplazamiento de mis cejas.

—¡Claro! —Arquea los labios con ese tipo de sonrisas llenas de un descubrimiento reciente—. ¿Recuerdas la historia que nos contó mi madre esa noche? ¿La que todo voló por los aires? —Asiento con la cabeza—. Juaco descubrió la información que guardaba su padre en la caja fuerte que había en su despacho. Puso cámaras para revelar la contraseña y su ubicación.

—Cierto.

Empiezo a sentir la misma emoción que él, pero se desmorona con rapidez.

—Aunque encontráramos esa caja, cosa que me parece complicada, no tenemos ni idea de la combinación —afirmo dándome cuenta de la cantidad de desinformación que tenía acerca de mi marido—. No sé si lograremos abrirla.

—Hernán nos dirá dónde está esa caja.

—¿Piensas ir a la cárcel a verlo?

—Es lo mejor. Él conoce la ubicación y nos puede dar la contraseña antigua, incluso la dirección de la empresa que la instaló. Juaco ha muerto, como su

viuda puedes reclamar que la abran.

Niego con la cabeza.

—Eso sería como darle las pruebas a la policía. No podemos hacerlo.

—Tienes a un detective de tu lado. Seguro que nos ayuda.

Es cierto, podemos encontrar la forma de llegar a esas pruebas sin levantar demasiado la liebre. Lorenzo me apoyará, él tiene tanto interés como yo en encontrar el contenido de esa caja. Y sé que para mí es la única forma de dejar atrás el pasado para siempre.

—Prométeme algo. —Vuelvo a posar mis labios en los suyos.

—Lo que sea.

—Vamos a deshacernos de las pruebas, a dejar atrás los malos momentos y a ser felices. Noelia, tú y yo.

—Para siempre, Zofia —susurra abrazándome más fuerte—. Jamás dejaré de amarte y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Epílogo

Aiden

Dos años después

*L*os periódicos abren la sección de noticias económicas con los resultados obtenidos por el banco en el último semestre. Sonrío con emoción. Por fin tengo cogido el tranquillo a esos asuntos y gracias a la colaboración de mi cuñado Gerardo he logrado dirigir con acierto.

Doblo el periódico cuando Zofia entra en el comedor con Noelia y Chris en brazos. Está preciosa a pesar de las ojeras y del pelo revuelto. Esta noche el niño no nos ha dejado casi pegar ojo, estaba un poco inquieto. Mis ojos la observan con una sensación de calidez en el corazón. Está preciosa. Y es mía.

No dejo de repetirme la suerte que tengo de haberla encontrado y de haber logrado superar mi enfado para construir una vida a su lado.

Deja a Chris en la hamaca y se sienta con Noe a la mesa.

—Buenos días —dice desperezándose.

—Buenos días. —Le mando un beso a ella y otro a Noelia.

Estos años a su lado han creado unos lazos irrompibles y la niña ha pasado a ser una parte importante de mi vida, igual que nuestro pequeño.

A veces recuerdo a Kate y me entra la nostalgia. Ella quería una vida así conmigo. Una familia, unos hijos, una estabilidad. Hubiera sido feliz a su lado, estoy convencido, pero con Zofia he alcanzado un nivel de felicidad estratosférico y no dejo de recordarme cada día la suerte que tuve al encontrarla.

El desayuno transcurre entre risas, una conversación entretenida con Noelia y unos cuantos planes que trazamos para el siguiente fin de semana. Nos vamos los cuatro a Dublín de visita, como cada quince días, y esta vez va a ser especial porque, al fin, mis padres vuelven a casarse.

Será una ceremonia íntima, solo acompañados de la familia y los cuatro amigos cercamos a mi padre. Abby y Gerardo volarán con nosotros, junto a sus mellizos.

Noelia muestra la emoción de siempre al hablar de la boda. Y me alegro de que a pesar de sus primeros años de vida al lado de un padre autoritario y malvado haya conseguido ser una niña con esa luz y esa alegría contagiosa.

Me voy a trabajar con una sonrisa, como cada día. He vuelto a ilustrar, aunque decidí hace un tiempo que lo haría para mí. No necesito reconocimiento ni fama ni dinero, solo la ilusión en los ojos de mis personas queridas.

El edificio que alberga mi banco me saluda como cada mañana. He instaurado los viernes como el día informal a la hora de vestir y soy el primero en adoptar mi antigua ropa.

Saludo a Margarita, mi secretaria, y entro en el despacho.

—¡Llegas tarde! —Gerardo está sentado en el sofá que hay bajo la ventana con vistas imponentes a Madrid.

—Me he entretenido de camino.

Parece mentira cómo ha cambiado mi vida. Gerardo se ha convertido en un gran amigo, por eso le ofrecí un puesto importante en el banco y le conté cada uno de mis momentos bajos.

Gracias a él conseguimos hacernos con las pruebas que Juaco guardaba en este despacho, en una caja fuerte escondida tras una pared, en un hueco oculto.

Cuando fui a la cárcel a hablar con Hernán se negó a cooperar. Es un hombre lleno de amargura y con un corazón más negro que el de Juaco.

Zofia y yo pasamos días enteros intentando encontrar la caja por nuestros medios, pero fue una búsqueda infructuosa. Suerte que mi cuñado nos sorprendió un día en plena búsqueda y tras escuchar nuestra historia nos confesó que Juaco tenía una caja de seguridad en nuestra entidad bancaria donde escondía sus secretos, pero desconocía los detalles.

No nos costó demasiado encontrar la ubicación exacta de la caja gracias a mi acceso a toda la información de la entidad y el certificado de defunción de mi hermano, junto con la designación de la herencia, bastaron para allanarnos el camino.

Dentro de la caja de seguridad del banco encontramos una libreta con anotaciones de cada una de sus fechorías. También había un plano detallado de la ubicación de la caja fuerte y la contraseña estaba anotada debajo del dibujo.

Nunca sabremos qué le pasó por la cabeza cuando se dedicó a joder la vida de los demás, pero gracias a su naturaleza previsorá logramos desenterrar las pruebas acumuladas y fabricadas durante años y las entregamos a sus víctimas.

Las nuestras las destruimos en una hoguera, abrazados, sintiendo que por fin nos deshacíamos de la carga de un pasado doloroso. Miro a mi cuñado con una sonrisa.

—¿Estás dándole vueltas todavía? —me pregunta con una expresión socarrona—. Nunca imaginé esta faceta tuya.

—No me voy a echar atrás. —Niego con la cabeza—. Ni de coña.

—Abby me ha pedido que quede contigo mañana para que no llegues tarde. —Me guiña un ojo—. Así que hazlo rápido y no te pases la noche en vela. Tus padres nos esperan.

—¡Serás capullo! —me río a carcajadas.

Es precioso el sonido de mi risa, saber que por fin soy capaz de reír sin sentir el peso de la culpa o del dolor.

Paso la mañana despejando mil asuntos con la celeridad de siempre. A pesar de mis reticencias iniciales he acabado cogiéndole gusto a este trabajo. Los números no se me dan tan mal y es mucho mejor que usar los puños para ganarme la vida. Aunque sigo entrenando a diario y apuntándome en algún combate amistoso. Mi padre también lo dejó al recibir la herencia y ahora se dedica a vivir.

A la hora de comer me despido de Gerardo hasta mañana. Hoy me cojo la tarde libre.

—Suerte. —Me guiña un ojo—. Aunque no la necesitas.

—Te mantendré informado —le contesto con chanza.

Repaso el plan antes de salir. Lo tengo todo bajo control y a pesar de estar convencido de que va a salir bien, no dejo de estar nervioso.

Al llegar a casa pico cuatro cosas en la cocina sin alertar a Zofia todavía de mi presencia. A esta hora suele estar en el invernadero mientras Chris duerme la siesta bajo la atenta vigilancia de la niñera.

Camino por el jardín despacio, con inquietud. Me parece alucinante esta clase de comportamiento siendo un adulto y con la seguridad en mí mismo que me caracteriza, pero nunca había estado a punto de hacer una locura semejante.

Antes de entrar en el invernadero me paro un segundo a observarla a través del cristal. El recuerdo de las veces en las que hemos sellado nuestro amor en

este lugar me sacude y entonces me viene a la memoria el día que vino a buscarme a Dublín y la rechacé.

Si alguna vez tuviera que contar nuestra historia empezaría por ese instante porque fue cuando descubrí muy a mi pesar que nada podría hacerme dejar de amarla.

Está centrada en un tiesto, con las manos llenas de arena como de costumbre, la frente arrugada por la concentración, el pelo mal recogido con una pinza enorme de carey y el delantal cubriendo su ropa informal. Mi determinación se reafirma.

Entro en silencio, intentando no revelar mi presencia antes de tiempo. Avanzo hacia ella arrastrando los pies. Lleva unos cascos en los oídos, así que no necesito esforzarme demasiado en no hacer ruido para sorprenderla. Al llegar a su espalda la rodeo por la cintura y le planto un beso en el cuello.

Ella da un respingo estirando el hilo de los auriculares.

—¡Qué susto me has dado! —Apoya la cabeza en la mía—. Es ponto, no te esperaba hasta la noche.

—Tenía algo importante que hacer.

—¿A sí?

—Límpiate la tierra y cámbiate de ropa. Hoy nos vamos de excursión.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa.

Me dirige una de sus miradas curiosas dándose la vuelta y rodeando mi cuello con los brazos, con cuidado de no ensuciarme.

—Me has dejado muy intrigada. —Acerca los labios a los míos para darme un beso suave—. ¿Me das alguna pista?

—Te quiero.

—¿Qué clase de pista es esa?

—La única que se me ocurre ahora mismo. —Me deshago del abrazo y doy un par de pasos atrás—. Si sigo besándote vamos a acabar calentando el ambiente y no quiero estropear la sorpresa.

Tuerce los labios poniendo los brazos en jarras.

—Estoy muerta de curiosidad.

—Cuanto antes te arregles antes sabrás de qué se trata.

Asiente con un suspiro exagerado.

—Está bien —dice quitándose el delantal—. Espérame en el salón. Voy a hablar con Dorita para avisarla de que nos vamos.

—Ya está todo arreglado. Irá ella a buscar a Noe al cole.

Abre mucho los ojos con sorpresa. Solo son las dos y media y la niña no sale hasta de aquí a dos horas.

—Mañana nos vamos a Dublín, no lo olvides.

—Estaremos en el aeropuerto puntuales, lo prometo.

Refunfuña un momento, pero al final me da un beso en la mejilla y desaparece hacia la habitación.

Sonríó. Tiene luz, es mi faro en la oscuridad y consigue iluminar mi camino siempre.

La espero ansioso en el salón. Soy incapaz de estar sentado. Voy andado de un lado a otro, controlando el reloj para contar los segundos que me separan de ella.

Al final aparece en el salón. Está radiante y preciosa.

—¿Me vas a decir ya dónde vamos? —pregunta arrimándose para darme un beso.

—A dar una vuelta.

—Muy gracioso. ¿Dónde exactamente?

—Mis labios están sellados.

Subimos al coche y nos pasamos la primera media hora de trayecto jugando al gato y al ratón. No pienso delatar mis planes antes de tiempo, quiero ver su expresión llena de sorpresa y emoción cuando los descubra.

Llegamos a un punto de la carretera en el que es inevitable descubrir nuestro destino.

—¿Me llevas a la prisión? —Me mira sorprendida—. Pensaba que querías sorprenderme.

—Quiero sorprenderte.

—¿Llevándome a la cárcel?

—Vas a tener que confiar en mí. —Levanto las cejas enigmático—. Vamos a visitar el lugar donde nos vimos por primera vez.

—¿Por? ¿Qué pretendes? ¿Quieres recordar algo en concreto?

Sigue disparando preguntas a las que solo respondo con silencio. Y se va poniendo nerviosa, pero no pienso estropear la sorpresa hablando antes de tiempo.

—Me ha costado un huevo que me dejaran visitar la cárcel. —Le abro la puerta al llegar—. He necesitado tirar de mil contactos de la familia y de Gerardo, pero al final lo he logrado.

—¿Y qué esperas exactamente de esta visita?

—Demostrarte cuanto te quiero.

Me callo a pesar del nuevo torrente de preguntas que enumera su voz.

Caminamos por la conocida prisión acompañados por un par de funcionarios. Pongo la mano en el bolsillo para estar seguro de que está todo en su lugar y avanzo dándole la mano.

—Vamos a la biblioteca —le susurro al oído—. Ahí es donde te vi por primera vez.

El recinto no ha cambiado en los cuatro años de ausencia. Mientras camino con ella a mi lado retrocedo en el tiempo para recordar a ese Aiden enfadado con la vida que entró aquí, donde encontré una razón para luchar por mi felicidad.

—Tienen diez minutos —anuncia la funcionaria antes de abrir la puerta de la biblioteca desierta—. Ni un segundo más.

—Será suficiente, gracias. —La premio con un billete de cien euros y sonrío.

—¿De verdad vamos a entrar ahí? —pregunta Zofia cuando la cojo de la mano para traspasar el umbral.

—Exacto.

Las puertas se cierran tras nosotros dejándonos solos ante un escenario conocido.

—Este sitio significa mucho para mí —empiezo a decir sin quitarle los ojos de encima—. Nunca olvidaré el primer día que coincidí contigo. Los dos estábamos enfadados con la vida y lo pagamos discutiendo. ¿Recuerdas?

—Admite que fuiste un gilipollas.

—Igualito que tú.

Suelta una carcajada.

—Vale, los dos éramos unos capullos.

—Después de esa primera vez empezamos a vernos casi a diario, pasamos de ser simples desconocidos a dejar atrás la rabia para abrírnos.

—Nos hicimos amigos.

—Creo que me enamoré de ti al cuatro o quinto día, pero intentaba hacer ver que no era cierto, me lo negaba y prefería aferrarme a Kate. —Sonrío con nostalgia—. Lo nuestro era complicado. Eras la mujer de Juaco, tenías un carácter de mil demonios y no parabas de pelearte conmigo. Pero me fascinabas, Zofia. Empecé a dibujarte al poco tiempo de conocerte, a cambiar

mi obsesiva necesidad de pintar una y otra vez el rostro de Kate por creatividad. En cierto modo me devolviste las ganas de vivir, pero también me las arrebatase esa maldita noche.

—No puedo decirte el momento exacto en el que me enamoré de ti. —Me acaricia la mejilla con delicadeza y contiene la emoción en sus ojos chispeantes—. Nunca había amado de verdad, ni siquiera al principio con Juaco, cuando creí estar enamorada de él. Contigo era todo tan intenso... Esa noche morí contigo, Aiden. Tú eras todo lo que me importaba y debía dejarte marchar para concederte una oportunidad de vivir.

Ha llegado la hora.

Me arrodillo mirándola fijamente a los ojos, con los sentimientos a flor de piel y los nervios acosándome. Pongo la mano en el bolsillo del vaquero para sacar la cajita que llevo unos días guardando. La abro y contengo la euforia al escuchar un grito emocionado de Zofia. Sus ojos se abren con ilusión y me mira con tanta felicidad que tardo unos segundos en conseguir serenarme lo suficiente para pronunciar mi discurso largamente ensayado.

—He querido traerte aquí a pesar de las mil dificultades, y ha habido muchas. —Me tiembla un poco la voz y la mano al comprobar cómo las lágrimas empiezan a llenar sus mejillas—. Este lugar nos unió, nos acercó, consiguió abrirnos el uno al otro hasta despertar nuestros sentimientos. Después la vida nos lo arrebató todo. No he dejado de pensar en esa película que Juaco nos hizo ver, era una premonición del futuro. Sin embargo se equivocó en el final porque estamos juntos para siempre.

Hago una pausa. Ella se ha colocado las palmas abiertas en ambas mejillas y su expresión es de pura emoción.

Está preciosa.

—Quiero que ese para siempre quede impreso en un papel —prosigo con mi monólogo ante los pequeños gritos de felicidad de ella—. Quiero ponerte un anillo en el dedo y proclamar a los cuatro vientos mi amor por ti. Quiero convertirme en tu marido porque necesito demostrarte de todas las maneras existentes que te amo. Me salvaste de la oscuridad, iluminaste mi camino y me diste la oportunidad de ser feliz. —Abro la cajita para dejar al descubierto una magnífica alianza de diamantes—. Zofia, ¿quieres casarte conmigo?

Solloza, gime y se arrodilla frente a mí.

Alarga la mano derecha para coger la sortija entre dos de sus dedos y la desliza en el anular de la mano izquierda sin apartar la mirada de mí. Después

me rodea el cuello con sus brazos, me acerca a sus labios y sonrío pegada a ellos.

—Te quiero, Aiden. Te quiero tanto que a veces hasta me duele el corazón de tanto amarte.

Me da un beso suave.

—¿Eso es un sí? —pregunto esperanzado.

—Es un no pienso separarme de ti nunca más en mi vida.

—¿Y te casarás conmigo?

Necesito escuchar el sí, a pesar de que sus actos ya lo anuncien, quiero oírlo de sus labios.

—Sí, Aiden. Nada me hará más feliz.

Agradecimientos

A veces una situación determinada me da la pista para escribir una novela. Es una chispa que se enciende de golpe, sin avisar, y me colma de una necesidad absoluta de darle vida, explorarla, averiguar si puede convertirse en una historia.

Lo di todo por amarte nació hace casi un año, en una comida en el despacho antiguo, en ese office donde cabíamos hasta cinco personas sentadas a la mesa para un almuerzo rápido.

Fue una frase de un compañero la que me dio de lleno y disparó mi imaginación.

—¿Existen cárceles mixtas?

Solo necesité esa pregunta en un contexto diferente para delinear las primeras impresiones acerca de Aiden. Aunque no era irlandés ni acababa en una cárcel española ni ella se llamaba Zofia ni el marido se llamaba Juaco...

Le escribí esto a mi amiga Mabel en el chat: «¡He tenido una idea! Aiden llega a un correccional y allí conoce a Jake, el cabecilla, q es hijo de un senador muy poderoso, un pijo de esos con mal comportamiento. Jake es un hijo de p..., pero como Aiden es un chulo fuerte y le planta cara acaban haciéndose colegas».

A partir de ese párrafo empecé a escribirle per el *chat* una lluvia de ideas y con su ayuda fui dándole vida a la historia, cambiando el escenario a España, encontrando a Zofia, pintando de colores cada rincón que mi mente tejía mientras avanzaba en la escritura y le escribía: «he pensado que eso lo podría cambiar, seguro que quedaría mejor así...».

Ella fue la que me animó durante todo el proceso de escritura, la que leyó el manuscrito y hace poco me dijo que esta novela es oro.

La vida me ha regalado amigas como ella, nunca me cansaré de agradecerle la infinita paciencia que ha de tener conmigo y mis ideas locas.

Cuando le doy a enviar a mis beta me quedo expectante, con una ansiedad en los dedos y en el corazón. Porque la novela es tan mía que me es difícil esperar a escuchar sus opiniones.

Carmen fue la primera lectora de esta historia, una diferente a las que suelo escribir, mucho más sentimental y con una carga emotiva más intensa. Ella me animó a darle un par de vueltas, a añadir algunas puntadas y a seguir adelante con este nuevo registro. ¡Gracias Carmen! ¡Me encanta contar contigo!

Y no hubo más lecturas de amigas, de hecho hay algunas de ellas que me han preguntado porque no se la mandé. Era tan diferente, me había quedado tan vacía de sentimientos tras el esfuerzo de escribirla y la acabé tan rápido, que preferí mantenerla oculta hasta que decidí mandarla al Premio Terciopelo.

¡Gracias chicas! A Senda, Mercè, Mara, Nieves y Lara. De verdad, siento no haberos mandado la historia antes como suelo hacer, espero que una vez publicada os animéis a leerla. ¡Seguro que con el mimo de la editorial quedará perfecta!

Mi familia es una fuente inagotable de sonrisas y felicidad. ¡Os quiero un montón!

Y no tengo palabras para agradecer al equipo de eTerciopelo haber elegido la novela como finalista en el premio y haberme dado la oportunidad de que llegue a manos de los lectores. Es bonito entrar a formar parte de una editorial como la vuestra y espero que juntos crezcamos en ella.

Lector, sí tú, quien esté leyendo estas letras. Gracias. Sin personas como tú que has llegado hasta el final de la historia e incluso has seguido hasta el final de los agradecimientos, las historias nunca verían la luz. Así que te agradezco infinitamente tu lectura y espero haber llegado un poquito a tu corazón con Aiden y Zofia.

© 2019, Pat Casalá

Primera edición en este formato: marzo de 2019

Finalista XII Premio de Novela Romántica Terciopelo

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-12-1

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.